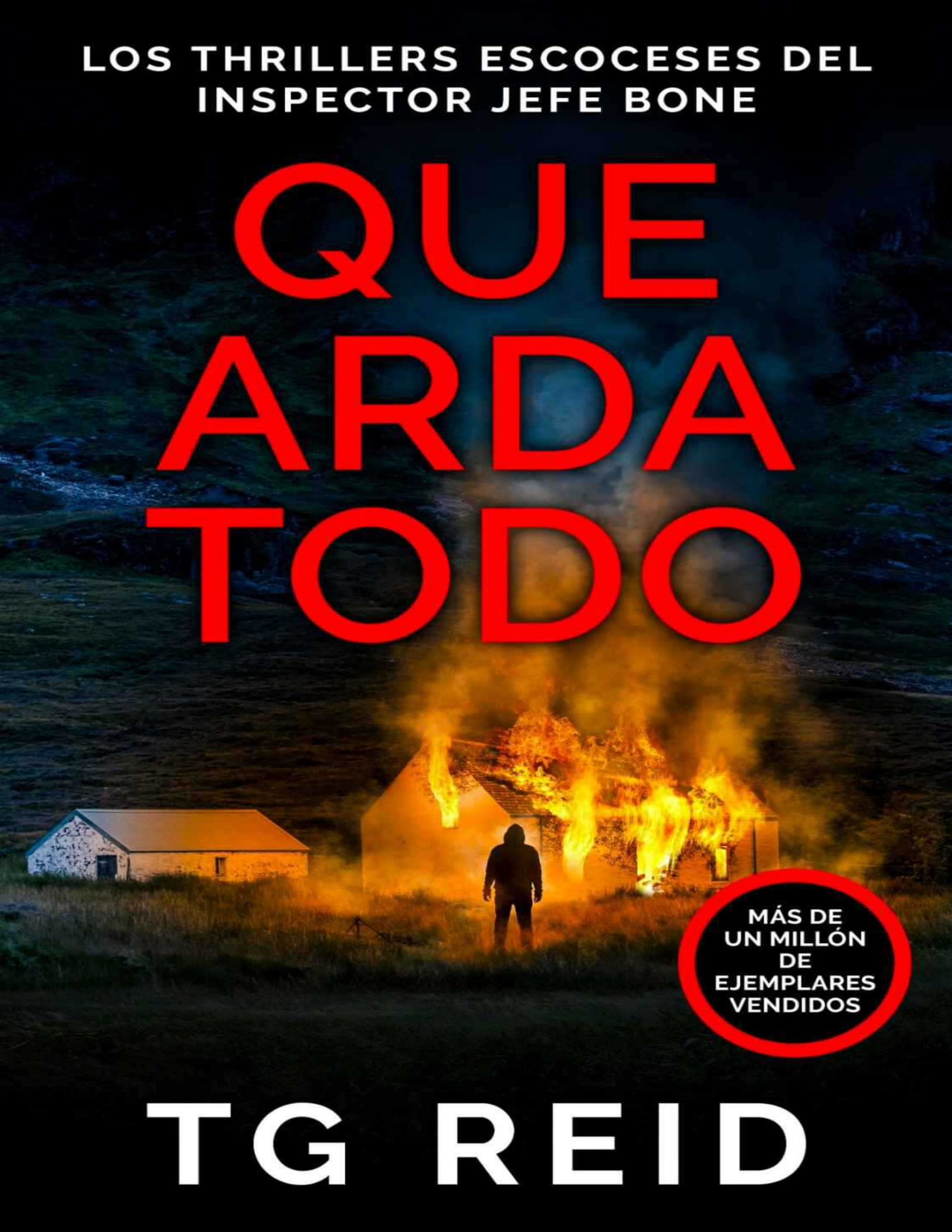
LOS THRILLERS ESCOCESES DEL INSPECTOR JEFE BONE

QUE ARDA TODO



MÁS DE UN MILLÓN DE EJEMPLARES VENDIDOS

TG REID

Que arda todo

un thriller escocés del inspector jefe bone (libro 7)

TG Reid

TRADUCIDO POR

Raphael Benavides



Glass Work Press

Índice

Prologo
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Dieciséis
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta Y Uno
Treinta Y Dos
Treinta Y Tres

Treinta Y Cuatro
Treinta Y Cinco
Treinta Y Seis
Treinta Y Siete
Treinta Y Ocho
Treinta Y Nueve
Cuarenta
Cuarenta Y Uno
Cuarenta Y Dos
Cuarenta Y Tres
Epílogo

El Inspector Jefe Bone Regresa En…

QUE ARDA TODO

Publicado en todo el mundo por Glass Work Press.
Esta edición traducida se publicó en 2025.
Copyright © 2025 por TG Reid. Se ha reivindicado el derecho de todas las personas mencionadas a ser identificadas como autoras de esta obra, de conformidad con la Ley de derechos de autor, diseños y patentes de 1988. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.
La historia, todos los nombres, personajes e incidentes descritos en este libro son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos.
Editores: Emmy Ellis, Hanna Elizabeth, Lisa Wright
Diseño de la portada: Andrew Dobell (creativeedgestudios.co.uk)
Composición tipográfica: Emmy Ellis
Traducción y edición: Raphael Benavides
© tgreid.com 2025
Glass Work Press Ltd, 11 Laura Place, Bath, Reino Unido

La traduzione è un'arte imperfetta e varia da traduttore a traduttore. Se trovate un errore in questo romanzo, inviate un'e-mail a translations@tgreid.com in modo che possiamo correggerlo.

Prologo

Las luminosas cifras rojas del reloj de la mesilla fulminaban al Dr. Andrew Fraser, un recordatorio burlón de otra noche más en vela.

2:17 a. m.

Mierda.

El médico apretó los ojos con fuerza y trató desesperadamente de obligar a su cerebro a caer de nuevo en el olvido. Pero las garras del insomnio se hundieron más hondo en su mente exhausta, la fría realidad de la noche proseguía su brutal asalto a sus sentidos. Echó un vistazo a su mujer, que dormía plácidamente a su lado, la espalda desnuda elevándose y descendiendo en un ritmo suave e hipnótico. Con un suspiro derrotado, se incorporó, cogió la bata y se escabulló del dormitorio para bajar

con las articulaciones crujiéndole en señal de protesta. Descalzo por el pasillo en penumbra, el Dr. Fraser entró en su despacho y encendió una pequeña lámpara de mesa. De un cajón con llave en la parte inferior del escritorio sacó una cajita metálica. Trasteó con el cierre de combinación y fue moviendo las cifras hasta que la tapa hizo clic. Le temblaban los dedos. Levantó el pestillo y la abrió.

En su interior yacía una única fotografía amarillenta, con los bordes gastados y arrugados. Sostuvo su secreto bajo la lámpara. La desesperación le atenazó el pecho; se quedó mirando la imagen: el rostro diminuto y arrugado de un recién nacido, con los ojos abiertos, vacíos, congelados en una mirada de máscara mortuoria.

Un golpe seco procedente del piso de arriba devolvió a Andrew al presente. Dejó a toda prisa la foto en la caja y la devolvió a su escondite. Se acercó a la puerta y escuchó. El silencio se le echó encima. ¿Estaría su mujer levantada? Se internó en el pasillo a oscuras y miró hacia la escalera. La luz del dormitorio estaba apagada.

Un segundo golpe, esta vez a su espalda. Se giró en redondo.

—¿Kath? —susurró, la voz apenas escapándole de los labios.

Se acercó de puntillas al comedor y empujó suavemente la puerta con los nudillos. Se asomó a la penumbra. Cruzó con cautela el umbral.

—Kath... Estaba a punto de volver a llamar, pero un dolor lacerante le cruzó el cráneo y, en un instante, la oscuridad lo devoró.

La consciencia fue volviendo en fragmentos.

Un latido sordo palpitaba en su cabeza, extendiéndose desde un punto por encima de su oreja derecha. Intentó llevarse la mano para tocarlo, pero los brazos se negaron a obedecer.

Unas fibras ásperas le mordían las muñecas. Cuerda.

Estaba atado a una silla; las ataduras le retorcían la piel, y una mordaza apretada le cubría la boca, ahogando sus gritos de auxilio.

Un grito desgarró el aire, agudo y aterrorizado. Venía de arriba. La adrenalina recorrió el maltrecho cuerpo del doctor Fraser. Forcejeó contra las ataduras, y las patas de la silla chirriaron sobre el parqué. El grito cesó. Una puerta se cerró de golpe.

Unos pasos retumbaron sobre su cabeza, cada vez más fuertes a medida que bajaban las escaleras. Dr. Fraser giró la cabeza. Una figura emergió de las sombras, el rostro oculto tras un pasamontañas.

La figura avanzó a zancadas, con la mano enguantada metiéndose en los pliegues de su chaqueta oscura. Un destello metálico brilló bajo la luz de la luna que se colaba entre las cortinas. ¿Un cuchillo? ¿Una pistola? Dr. Fraser jadeó, el pánico pateándole por dentro.

No. Un embudo de acero y un tramo de manguera.

La figura le arrancó la mordaza, pero antes de que el médico pudiera pedir auxilio, unos dedos le agarraron la mandíbula con un

apriete de hierro y le forzaron la boca. Al doctor le dieron arcadas; su captor le embutió la manguera entre los dientes, por encima de la lengua. Se debatió contra la silla, pero la fuerza de su captor era demasiado grande. El tubo le raspó la parte de atrás de la garganta. La bilis le abrasó el esófago.

Un olor tenue le llegó a las fosas nasales. Gasolina.

Frenético, redobló sus esfuerzos. La silla se bamboleó peligrosamente. Sus gritos ahogados le retumbaban en el cráneo.

El mundo se inclinó hacia atrás, y la silla se estrelló contra el suelo; la cabeza rozó la esquina de una chimenea de granito. Un dolor abrasador le estalló detrás de los ojos. Se atragantó y sufrió arcadas violentas, pero la figura le sujetó las extremidades. El hedor químico le llenó los sentidos, asfixiándolo. Borboteó y resolló, luchando por respirar, pero no llegó el aire. Las sombras se deslizaron por los bordes de su visión borrosa. Los músculos se le aflojaron; la fuerza se le escapaba.

En sus últimos momentos, mientras su vida se ahogaba en un infierno químico de agonía, el rostro del recién nacido destelló ante sus ojos, la boca curvándose lentamente en una sonrisa aterradora.

Entonces, por fin, la oscuridad lo reclamó.

Uno

El inspector jefe Duncan Bone se arrodilló más cerca de la hoguera improvisada y sopló suavemente sobre la fina voluta de humo que salía a presión de debajo del yesquero húmedo.

—Vamos, Duncan. Nos están devorando vivos aquí fuera —dijo Alice, su esposa, mohína, con un suspiro nervioso. Se subió la cremallera de la capucha del chubasquero hasta ceñírsela a la cara y apartó la negruzca nube de mosquitos que flotaba delante de sus ojos.

—Sí, venga, papá —terció Michael, mascullando a través de un grueso pasamontañas de lana. Le dio una patada a un guijarro, que rebotó por la estrecha playa hasta el lago.

—Perdonad, chicos, creo que la leña está húmeda.

—No me digas —suspiró Alice—. Llevamos aquí media hora. Los mosquitos no se creen su puñetera suerte.

—Este año están especialmente bravos, desde luego —dijo Bone, con el ceño fruncido de concentración mientras intentaba animar a la reacia lumbre.

—¿Este año? ¡Todos los malditos años! —replicó Alice, con la voz cargada de exasperación—. Mira la nube que hay ahí sobre el lago, preparándose para la segunda oleada.

Bone sopló sobre la endeble torrecilla de ramitas, y esta se vino abajo con un siseo lastimoso.

—Por el amor de Dios —refunfuñó de nuevo Alice, con la paciencia agotándosele por momentos.

—Voy a intentarlo una vez más. Te he prometido nubes de azúcar tostadas, hijo, y no pienso darme por vencido. La determinación de Bone era admirable, aunque desencaminada.

—A mí me da igual, papá. ¿No podemos comérnoslas en la cabaña? Michael se frotó con frenesí los ojos acribillados por los mosquitos.

Bone no le hizo caso, manoteó contra la niebla de bestezuelas voraces que le rodeaban la cabeza y reconstruyó con cuidado la hoguera, con la mandíbula apretada en una resolución sombría.

—¿Es que no te pican a ti? Alice observaba los aparentes esfuerzos infructuosos de su marido.

—Creo que debo de haberme acostumbrado o algo.

—O que no les gusta tu peste — bromeó Michael, intentando claramente aliviar el ambiente.

—Es lo más probable — concedió Bone, con un amago de sonrisa cansada asomándole a las comisuras de los labios.

—¿Seguro que no te queda nada de ese repelente? — preguntó Alice, con una nota de desesperación deslizándose en su voz.

—En el pueblo se ha acabado. Hasta Gordon ha gastado su reserva secreta. Han estado así de malos.

—¿No es ese de ahí? —Alice señaló la alta figura de Gordon Urquhart, el gerente del hotel, en el extremo más alejado de la playa, forcejeando con un golden retriever exaltado que tiraba de la correa.

—Buenas noches, mozos y moza —gritó Gordon entre tirones de la correa. El perro soltó un gañido ante la perspectiva de conocer, saludar y lamer a unos desconocidos.

—Tranquilo, Connery —ordenó Gordon—, pero el perro lo ignoró, se zafó y echó a correr hacia Michael. Se encaramó y lo derribó de espaldas sobre la arena, relamiéndole la cara y ladrando de alegría.

—Por el amor de Dios. Lo siento mucho —Gordon cruzó corriendo e intentó coger la correa que arrastraba, pero el perro se ladeó para evitar que lo atrapase y se abalanzó sobre Alice con más afecto sobrado y no solicitado.

—Solo tiene siete meses y más energía que una maldita bomba atómica.

El cachorro se lanzó a saludar a Bone, pero, al verlo aún a cuatro patas junto a la hoguera, le saltó encima de la espalda y lo empujó.

—Oh, te adora, Duncan —rió Alice, disfrutando del apuro de su marido.

—Sí. Duncan y las patas de las mesas son sus favoritas —Gordon se echó a reír—. El corte está ya más que pendiente. Agarró al perro del collar y lo despegó de la espalda de Bone. El perro gimoteó, frustrado y decepcionado.

—¿Qué es el corte? —preguntó Michael.

—Solo un cortecito de pelo —se adelantó Alice antes de que el gerente del hotel entrase en detalles sangrientos.

Bone se puso en pie y se enderezó el abrigo. —Nunca te había hecho como dueño de perro, Gordon. Se cepilló la arena de las rodillas.

—Es el cachorro de mi hermana. Es un caso de narices. Compra al bicho y luego decide irse de crucero por el Caribe. Y a servidor, como siempre, le toca el mochuelo. —Tiró de la correa y atrjo al cachorro a su lado. El perro lloriqueó de frustración. El hostelero echó un vistazo al triste montoncito de ramitas chisporroteantes de Bone.—¿Qué demonios es eso? —puso mala cara.

—¡Exacto! —se entrometió Alice, con sus quejas vindicadas—. Ay, no empieces tú también. Se supone que es un

ahuyentador para los mosquitos, pero la madera está malditamente húmeda. La actitud defensiva de Bone era palpable.

—No me digas —sonrió Gordon. Se abanicó la nube de insectos que le zumbaba sobre la cabeza. —Bueno, estás perdiendo la batalla, Duncan.

—Eso llevo diciendo más de media hora —añadió Alice, con los brazos cruzados de frustración.

—Debería dejarlo ya, Guy Fawkes, y venir al hotel. Es noche de pescado con patatas, y Andy tiene unos eglefinos enormes en la freidora —la invitación de Gordon fue un alivio bienvenido.

—¡Qué pasada! —saltó Michael con entusiasmo.

—Y hasta le invito al postre gratis a este pececillo forzudo de aquí —Gordon miró a Michael y le guiñó un ojo con complicidad.

—Vamos, Duncan. Deja ya esa puñetera cosa —apremió Alice, deseando escapar de la playa infestada de mosquitos.

Bone se puso en pie, se quedó mirando el humo durante un instante, y luego propinó una patada a las ramitas, dispersándolas por la playa hasta la orilla. —A tomar por saco. Vámonos de aquí.

—Juicio al fin —suspiró Alice, con el alivio claramente apoderándose de ella.

Siguieron al gerente por la playa, con el perro correteando entre y alrededor de sus piernas hasta que tuvo que pararse para desenredarse.

—¡Maldita hermana! —maldijo, y siguieron adelante. —¿Cómo es que no tienes mosquitos a tu alrededor,

Gordon? — Bone se ajustó la capucha del anorak alrededor de la cara.

—¡La poción mágica! —replicó Gordon, con un deje de picardía en la voz.

—Yo creía que se le había acabado.

—Se me había acabado, pero esta tarde he hecho más. —Oh, esto no para de mejorar — dijo Alice con sorna,

rascándose como una posesa la cabeza.

Tras tres platos enormes, dos pintas de 80 Shilling y un antiácido, Bone se dejó caer en la cama, hinchado y completamente rendido. Alice se había acostado cinco minutos antes y ya estaba profundamente dormida, la cara perdida en un mar de desordenado cabello dorado, roncando quedo. Se tumbó de espaldas, acariciándose la panza que se le abultaba contra la camiseta. Le retumbó el estómago con fuerza, pero antes de poder girarse de lado para aliviar la indigestión, se quedó frito.

Lo que parecieron segundos después, se despertó de sobresalto. Un ruido o un movimiento al pie de la cama lo había alterado. Se frotó los ojos, intentando acostumbrarse a la oscuridad que engullía la habitación. Una sombra se deslizó hacia un lado. Se incorporó.

Apareció un destello de luz junto a la puerta. Una diminuta llama amarilla iluminó los rasgos de un chico pelirrojo. La llama se movió

más cerca de la cara del muchacho. Este sonrió de oreja a oreja, con los ojos muy abiertos resplandeciendo en la luminiscencia. La llama creció y siseó como una bengala.

El chico miró de reojo y la llama cruzó de un latigazo la habitación hasta las cortinas de la ventana. Una ascua naranja intensa se extendió lentamente por la tela. Surgieron más llamas y reptaron hacia el techo.

Aterrado, Bone volvió la vista al chico en las sombras, pero había desaparecido. Trató de gritar y dar la voz de alarma, pero la voz no le salía; el cuerpo no le respondía. Cuando el fuego alcanzó la parte alta de la cortina, corrió por el techo hacia Alice, que seguía inconsciente a su lado.

Intentó de nuevo mover el brazo, estirarlo y sacudirla. Pero, aun así, sus extremidades no obedecían. Gotas de pintura y plástico ardiendo caían del techo sobre su cabeza y le abrasaban el cuero cabelludo y la piel. Abrió la boca para gritar, pero empezó a sacudirse con violencia, y una voz cortó el rugido de las llamas.

—¡Duncan!

Abrió los ojos. El chico estaba encima de él, inclinándose sobre su cara.

—¡No! —gritó e intentó zafarse. El chico sonrió y articuló la palabra «fuego». —Duncan —intervino de nuevo otra voz.

El chico se transformó en Alice. Su mujer estaba inclinada sobre él.

—Despierta —dijo, y le zarandeó de los hombros otra vez—. Respira.

Bone forcejeó un segundo más y luego dio dos o tres bocanadas largas y profundas, entre arcadas.

—Así está. Alice sonrió, con voz tranquilizadora. —¿Qué…? —murmuró Bone, tosiendo y atragantándose, desorientado, con el sabor a humo aún en la garganta.

—No hables, solo respira. —Estabas teniendo una pesadilla —susurró, y le acarició la frente.

Se volvió para comprobar las cortinas y el techo, pero todo estaba a oscuras.

—Calma... shh —insistió Alice, con un contacto suave y reconfortante.

Bone cerró los ojos. El cuerpo se le hundió de nuevo en el colchón.

Cuando comprobó que se había vuelto a dormir, ella se tumbó boca arriba a su lado e intentó ralentizar su propio pulso. Pero no hubo manera. Se levantó, buscó su bata, y se fue en busca de una infusión, con la mente en ebullición por lo ocurrido en la noche.

Dos

Por la mañana, Michael fue el primero en levantarse, así que Bone y Alice no tuvieron ni un momento a solas para hablar de la noche anterior. El tiempo se había venido abajo, y el viento y la lluvia hacían retemblar las ventanas y las puertas francesas. Se apiñaron todos alrededor de la mesa de la cocina y desayunaron en silencio, con el vendaval aullante desencadenado a su alrededor. Cuando terminaron el desayuno, Alice se puso en pie.

—Bien, vosotros dos. Quiero todo esto recogido para cuando vuelva de la ducha.

—Mandona — sequejó Michael.

Ella desapareció en el dormitorio, y Bone apiló los cuencos de cereales. Unos instantes después, ella le llamó para que fuera.

—Un segundo —gritó Bone mientras cargaba el lavavajillas.

—¡Rápido! —le apremió.

Bone dejó los platos y se apresuró a entrar, con Michael pegado a sus talones, preguntándose qué nueva calamidad le esperaba. Se quedó en seco. Alice estaba subida en la cama, sosteniendo una papelera bajo la lámpara del techo.

—Tenemos una fuga.— Movió la papelera de un lado a otro para intentar atrapar el chorro constante que caía por la punta de la bombilla. —Y hay otra allí.— Señaló un charco junto a la mesilla.

—¡Joder! —exclamó Bone—. Michael, ven conmigo.

—¿Has vuelto a hacer pis en la cama, papá? —se rió Michael, levantando el lateral del edredón empapado.

—Listillo. Venga, vamos, anda.

Padre e hijo salieron disparados a la cocina. Bone sacó un cubo y una fregona del fondo del armario secadero, cogió un par de paños de cocina y volvió a toda prisa al dormitorio. Tiró los paños al suelo y colocó el cubo bajo los goterones. Alice bajó como pudo y, entre los dos, empujaron la cama para apartarla. Ella corrió al baño, vació la papelera en el váter, regresó y la dejó en el suelo. El agua repiqueteó, salpicando en la base metálica de la papelera.

—Vale, voy a ver qué diablos ha pasado — dijo Bone—. Revisa si hay más fugas. Hay otro cubo fuera.

Marchó de vuelta al salón, agarró el abrigo y, ajustándose la capucha alrededor de la cara, salió a la intemperie. La puerta se abrió de golpe y se estampó contra la pared de la cabaña contigua. La forzó a cerrarse y rodeó el costado hasta un trastero en la parte trasera. Abrió la tapa, metió la mano y sacó una lona de cubrir plegada. Luego, de debajo de la cabaña, tiró de una escalera de mano y la maniobró contra el lateral. El vendaval hacía vibrar el armazón de aluminio, con rachas que amenazaban con lanzarla hacia el lago. Puso el pie en el primer peldaño para estabilizarla y, moviéndola, subió despacio hasta poder mirar por encima del canalón.

Unas cuantas tejas se habían volado en una sección del tejado cerca de la cumbrera, demasiado lejos para que llegara con la lona. Tendría que subir más al tejado. Estaba a punto de intentarlo cuando su móvil, enterrado en lo más hondo del bolsillo del abrigo, vibró contra la cadera.

Se detuvo, y luego volvió a sonar. Reconoció la costumbre de la inspectora Walker de llamarla dos veces para avisarla de que era ella.

—Rhona. Joder.

Afirmándose con una mano en la escalera, metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono. El sonido de la trompeta de Dizzy Gillespie cortó el rugido de la tormenta. Intentó pulsar el botón de descolgar con el pulgar, pero tenía las manos empapadas y el aparato se le resbaló. Trató de agarrarlo, por poco se cae de la escalera. Su móvil fue a parar a un cubo lleno de agua de lluvia junto a una bajante

desbordada. El lamento de la trompeta de Dizzy gorgoteó y se apagó. Bone bajó de nuevo y sacó el teléfono del agua helada. Lo sacudió para quitarle el agua y dejarlo escurrir, pero la pantalla estaba completamente muerta.

—Mierda — murmuró, metiendo el aparato ahogado de nuevo en el bolsillo.

Vació el cubo de agua y volvió a la cabaña arrastrando los pies, chorreando sobre el suelo.

—Aquí hay otro cubo —lo dejó en el suelo—. Se han volado tejas del tejado, pero no llego a ellas. Tendré que pedirle a Gordon que me eche una mano. —Se secó la lluvia de la cara—. Creo que fuera está amainando, de todos modos.

—¿Hablas en serio? —Alice dejó el cubo junto a la papelera y lo miró de arriba abajo, empapado—. Estás montando un buen estropicio.

—Perdona, cariño. No había otra. ¿Puedo usar tu teléfono? El mío ha tenido un pequeño accidente.

—¿Qué le pasa al tuyo? —Se me ha caído en ese cubo.

—¡Menudo capullo! —exclamó Alice.

—Ja, ja —se regodeó Michael—. Mamá te ha llamado capullo.

—Sí, ya lo ha hecho —admitió Bone con sorna—. Y no le falta razón. El móvil ha palmado.

Alice negó con la cabeza. —Está en la mesa de la cocina. Pero date prisa, esta maldita fuga va a peor.

—Vale —pensó Bone que no era el mejor momento para decirle que tenía que llamar primero a su compañera—. Se volvió hacia Michael.—Ve al baño y coge las toallas, campeón. Lo más rápido que puedas.

El chico salió corriendo y Bone se retiró a la cocina. Encontró el teléfono de Alice y llamó de vuelta a la inspectora Walker.

—¿Rhona?

—¿Señor? —La voz de Walker sonó metálica; la línea crepitaba—. ¿Qué número es este? La cobertura es pésima.

—Estoy con el teléfono de Alice. Aquí arriba estamos en medio de un maldito huracán. ¿Qué ocurre?

—Ha llamado el parque de bomberos de Kilwinnoch. Llevan luchando contra un gran incendio en una casa de Horsbrugh Close desde las dos y media de la madrugada.

—¿Y? —preguntó Bone con impaciencia.

—Han encontrado un cadáver y parece que el fuego se inició deliberadamente.

—¿Por qué lo dicen? —

—Indicios de un acelerante, gasolina y, además, una especie de mensaje críptico escrito por toda la fachada de la propiedad.

Bone frunció el ceño. —¿De quién es la casa?

—Matrimonio, dos médicos. Los equipos han conseguido que no se extendiera a las viviendas colindantes, pero la casa ha quedado arrasada.

Bone se frotó la cara con una mano. Justo ahora tenía que estallar un incidente gordo. —Bien. Estoy un poco liado aquí mismo, la tormenta ha dejado la cabaña hecha un asco. ¿Puede avisar al equipo y pedirle a Sheila que empiece a recopilar antecedentes de los propietarios? ¿Dónde está ahora?

—Estoy llegando ahora mismo a la escena.

—De acuerdo, quédese allí y llegaré en cuanto pueda.

—Así lo haré, jefe. Le mantendré informado. —Gracias, Rhona.

Colgó justo cuando Alice gritó desde el dormitorio: —¡Duncan! ¡Deja ese maldito teléfono y ven a ayudar!

Bone exhaló. *Vaya otro maldito día de los que hacen historia.*

Se dio prisa de vuelta al dormitorio, donde Alice estaba ahora vaciando armarios a toda prisa; la fuga se había extendido. Michael apareció con los brazos llenos de toallas.

—Ponlas en el suelo, chaval —indicó Bone—. Empapa todo lo que puedas.

Mientras Michael se ponía manos a la obra, Bone se volvió hacia Alice— Cariño, lo siento, pero voy a tener que irme.

Ha habido un incidente grave, un incendio sospechoso. El equipo me necesita.

A Alice se le cayó el alma a los pies— ¡Nos haces falta! Mira cómo está esto. No podemos quedarnos aquí, no con la casa desmoronándose a nuestro alrededor.

Bone le tomó las manos— Lo sé. ¿Te puedo pedir un gran favor? ¿Podrías llamar a Gordon del hotel y ver si puede venir a tapar el tejado?

—Tengo que volver, Duncan. Fran, mi vecina, muy amable, está cuidando de los animales, y no quiero abusar, ¿sabes?

—Sí, lo siento. Pero suena a un incidente bastante serio.

—Para ti siempre es serio, Duncan —Alice suspiró—. Vale.

—Bien. Pero me tendré que ir enseguida.

Pero Bone no la escuchaba: estaba hurgando en su mesilla, empujada hacia la ventana.

—¿Qué haces? —preguntó Alice, cada vez más irritada con él por momentos.

—¿Dónde está mi móvil de repuesto, el antiguo? —abrió un segundo cajón.

—Ni idea. Estoy un poco...

—¡Aquí! —exclamó, y, sacando el móvil empapado del bolsillo, quitó la SIM, la secó en la manga y la metió en el aparato viejo. Rebuscó otra vez en el cajón y encontró el cargador.

—Vale, ya estamos en marcha. —Se volvió hacia Alice— Con suerte, Gordon lo apañará y nos vemos en la

granja esta noche. —Bone le besó la mejilla y luego se volvió hacia Michael— Nos vemos esta noche, renacuajo.

—Eh, que estoy creciendo.

—Lo sé. Pronto me vas a sacar una cabeza. —Eso no sería difícil —añadió Alice.

Con un último apretón de manos a su esposa, Bone cogió el abrigo aún húmedo y salió al torbellino, listo para enfrentarse a la nueva ración de infierno que le aguardaba.

Tres

Los vientos aullantes parecían confinados al área alrededor de Loch Gillan, así que, cuando Bone volvió a Kilwinnoch, apenas corría una brisa, lo que hacía que los acontecimientos caóticos de la mañana parecieran aún más surrealistas. Un agente de policía de uniforme le indicó a Bone que parase al girar el Saab hacia el fondo de saco. Bone se detuvo y bajó la ventanilla.

—Inspector jefe Bone. Le mostró su acreditación.

Contempló el caos de camiones de bomberos, marañas de mangueras y vehículos de criminalística aparcados en las aceras a ambos lados de la entrada. Penachos de humo negro y gris se alzaban por encima de una hilera de árboles que impedían ver la calle de más adelante.

Un oficial de bomberos apostado junto a una de las bombas silbó al agente y le hizo señas para que dejase pasar a Bone. El uniformado se hizo a un lado, yBone aparcó detrás de uno de los Land Rover forenses. Se apeó. El hombre se acercó.

—Jefe de bomberos Gregor Tennant. Se ajustó el casco, que le quedaba ladeado en la cabeza.

—Inspector jefe Bone, de la comisaría de Kilwinnoch. Bone alzó la vista hacia la enorme figura del jefe que se cernía sobre él.

—Su compañera ya está aquí — dijo el jefe de bomberos mientras seguía peleándose con el casco—. Maldita sea, es demasiado pequeño. Se lo quitó y se secó el sudor de la frente—. Y

como puede ver, también criminalística, además del perro de búsqueda de los investigadores de incendios y su guía.

—¿Tienen el incendio bajo control?

—Más o menos. Estoy a la espera de confirmación, pero siendo sincero, sigue siendo una maldita trampa mortal.

—¿Qué sabemos hasta ahora?

—Propiedad de los doctores Andrew y Katherine Fraser. El fuego empezó sobre las dos y media de la madrugada. Los vecinos llamaron. Para cuando llegó el parque, la casa era un infierno. La dotación descubrió los restos de un cuerpo en el salón.

—Mi compañera me ha dicho que han encontrado algún tipo de mensaje en el jardín delantero.

—Sí, bien raro. Se lo enseño. Sígame, pero tenga mucho cuidado al pisar las mangueras. A veces se comportan como anacondas epilépticas, dan latigazos sin avisar y le rompen el maldito tobillo.

Sortearon dos camiones de bomberos. Un par de bomberos se ayudaban a quitarse los equipos de respiración.

—Cuando mi equipo por fin ha podido entrar, han dicho que el tufo a gasolina estaba por todas partes. Así que parece provocado.

—¿Solo un cuerpo?

—De momento, sí. Los equipos siguen registrando las plantas superiores. ¡Cuidado! —señaló una manguera que se retorcía cerca del pie de Bone.

Bone saltó hacia un lado para evitar el golpe. Continuaron entre los árboles y aparecieron los restos humeantes de la casa calcinada.

Las paredes estaban negras y empapadas, los cristales hechos añicos, y lo que quedaba del tejado colgaba de forma precaria; las cerchas dañadas aún brillaban al rojo vivo. Una bomba estaba aparcada junto a la puerta principal, con la escalera extendida. Un bombero saltó de la parte de atrás y se acercó al jefe.

—Esa última sección del bajo cubierta casi está, señor.

—Buen trabajo, Kenny —dijo el jefe. Volvió a Bone.—Como puede ver, ha sido un fuego especialmente feroz. El edificio ha quedado casi por completo destruido. Hemos tenido que trabajar muy rápido para evitar que se propagase a las casas colindantes a ambos lados. Nos ha llevado cuatro horas tener a raya a este cabrón.

—Cinco, señor — corrigió el bombero.

—Horroroso, y con todo ese acelerante ahí dentro, una trampa mortal potencial para mi gente.

—Buenos días, señor.

Bone se volvió de golpe.—Buenos días, Rhona. Bonito casco.

Ella se dio un toque en el casco de bombero calado hasta las cejas, y luego le pasó otro a él.

—¿En serio? —dijo Bone.

—Sí, en serio — replicó el jefe—. ¿Cash?

—Acaba de entrar ahora.

—Entonces, ¿has entrado tú ya?

—Cuando he llegado a las cinco, el fuego seguía arrasando. Lo acaban de poner bajo control ahora.

—Eso me han dicho.

—¿Has conseguido arreglar lo del tejado? —preguntó Walker.

—Ay, Jesús. Es largo de contar. Ya te daré la vara luego.

—Algo que esperar con ganas —Walker sonrió—. Le acompaño yo adentro — interrumpió el jefe—. Pero vayan con mucho cuidado, ¿de acuerdo?

Los condujo por la cancela hasta una estrecha franja de césped con un murete bajo que corría por detrás. Dos forenses estaban de rodillas bajo una pequeña tienda de campaña protectora: uno tomaba fotos y el otro desplegaba una cinta métrica. Había un mensaje de un metro y medio de ancho grabado en el enlucido del murete, con las letras desiguales y rotas.

Bone ladeó la cabeza para leer.—¿Qué pone?

Uno de los forenses se volvió hacia él.—«PRIMERO, NO Hacer Daño.» Parece grabado rápido y con fuerza con un objeto afilado y puntiagudo, ¿posiblemente un destornillador?

—¿Qué significa eso? —dijo Bone.

—Algo relacionado con el juramento hipocrático, creo —añadió el segundo forense.

—¿Paciente con rencor? —sugirió Walker. Bone se encogió de hombros. —Puede. Aquí viven dos médicos.

—Los de criminalística están justo por ahí —intervino Tennant—. Tengo que ir a comprobar con el equipo que trabaja en la parte

trasera de la casa.

Los detectives avanzaron con cuidado entre los restos carbonizados de la puerta de entrada hacia lo que había sido el salón. El hedor a gasolina se pegaba al aire, mezclándose con el acre olor a madera quemada y plástico derretido. Bone tosió, con los ojos llorosos.

En el centro, entre los escombros, yacía una visión grotesca: un cadáver carbonizado y ennegrecido, con las extremidades torcidas y contorsionadas. Pero fue el cráneo lo que atrajo la atención de Bone. La mandíbula inferior colgaba abierta en un grito mudo, y entre ambos maxilares sobresalía un objeto metálico, aparentemente intacto tras las llamas.

—Varón adulto, por lo que pueden decir —dijo Walker, tapándose la cara con la mano.

—¿Andrew Fraser? —murmuró Bone.

—Posiblemente. Necesitaremos registros dentales para confirmarlo, pero... —Walker se encogió de hombros.

Se acercó una figura con mono negro, y Bone reconoció los rasgos surcados del jefe de criminalística Frank Cash.

—Inspector jefe Bone —dijo Cash—. Ojalá pudiera decir que me alegro de verle.

—Lo mismo digo, Frank. ¿Novedades?

Cash negó con la cabeza.—Incendio provocado, sin duda. Hemos encontrado rastros de acelerante en varios puntos. Quien haya hecho esto quería asegurarse a toda costa de que la casa ardiese.

Bone frunció los labios.

—¿Y el cuerpo?

—Incinerado, por desgracia. Habrá que llevarlo de vuelta al laboratorio para un examen completo. —Se agachó junto al cadáver ennegrecido—. ¿Ve aquí? —Apartó con cuidado un fragmento de carbonilla a un lado.

—¿Es eso alambre?

—Sí, la proximidad a este miembro carbonizado de aquí sugiere que las manos de la víctima pueden haber estado atadas, posiblemente a una silla de madera dura. Parte de la madera de aquí ha resistido el calor.

—¿Qué demonios es eso? —Bone señaló una fina tira de plástico derretido que sobresalía de las mandíbulas de la víctima.

Antes de que Cash pudiera contestar, un fuerte crujido sonó arriba. Una bombera que había intentado cruzar un hueco en el piso superior se precipitó a través de las vigas quemadas. Cayó pesadamente, por poco no alcanzó a Bone y Walker, y soltó un grito de dolor, sujetándose el hombro. Un leve murmullo de risas arriba hizo que Walker alzara la vista.

—¡Hombre al suelo! — gritó un agente en el piso, acudiendo a ayudar a su compañero—. ¡Traed a los sanitarios aquí, ya!

Mientras sacaban a la herida, Bone se centró en la víctima. Iba a echar un vistazo más de cerca cuando el jefe de bomberos gritó desde la entrada: —¡Todo el mundo fuera, ahora!

Los detectives y Cash se encaminaron hacia el relativo resguardo del jardín delantero.

—Así que supongo que eso es todo lo que veremos por ahora — dijo Bone.

—No merece la pena —dijo Tennant—. Mis hombres necesitan tiempo para evaluar los daños y asegurar el lugar.

—Y mujeres — añadió Walker.

—Es un modo de hablar, inspectora —replicó Tennant, hinchando las mejillas.

—inspectora jefa —frunció el ceño Walker—. ¿Así que a algunos de su equipo les ha hecho gracia que una de sus agentes haya resultado gravemente herida?

Bone se volvió.

—No he visto eso — protestó el jefe.

—Debo decir que, como poco, ha sido alarmante. ¿Es eso algo que usted tolera como oficial al mando?

—Como ya he dicho, inspectora jefa, no he oído ni visto nada, pero de haberlo hecho, los agentes implicados estarían metidos en un buen marrón, créame.

—Agentes hombres, por lo que veo.

El jefe puso los ojos en blanco.—Pensé que los de su cuerda no usarían esa terminología tan binaria.

—¿Los de mi cuerda? ¿Se refiere a todas las inspectoras jefas o a alguna en particular? —replicó Walker.

—Ach, bueno, el pobre desgraciado no va a ir a ninguna parte —dijo Cash, intentando rebajar el pulso de la situación—. Siempre que tu equi... esto... equipo no contamine la escena más de lo que ya lo ha hecho.

—Mis agentes, todos y cada uno por igual —el jefe lanzó una mirada a Walker—, están poniendo su vida en juego, SFO Cash. Procuraremos dejar el edificio todo lo seguro que podamos para que su equipo pueda volver a entrar.

—Sí, pero mejor no mande a las mujeres ahí dentro, ya que está claro que son el blanco de algún tipo de burla.

—Rhona —Bone dio un codazo discreto a su compañera.

—Mis agentes están estresados y cansados y, aunque no sea excusa, a menudo se desahogan con chascarrillos, en este caso, seguramente fuera de lugar. Estoy segura de que en su comisaría también hay bromas, o ¿acaso eso se considera poco correcto ahora también?

—Os dejo con ello. Nos vemos luego, Duncan, Rhona —dijo Cash, y con una sonrisa irónica se encaminó hacia uno de los Land Rover.

Walker se quitó el casco y se lo plantó en las manos al jefe.— Espero que esté bien.

—Lo comprobaré en breve, y averiguaré qué ha pasado ahí dentro.

Walker negó con la cabeza y volvió a paso vivo al coche del pool. Bone entregó su casco y dejó al jefe forcejeando con ambos.

—¿De qué ha ido eso? — preguntó, alcanzándola a ella.

Ella negó con la cabeza.

—¿Rhona? —Bone la agarró del brazo—. ¿No los oíste?

—No estoy segura de qué oí.

—Y ese cretino arrogante no hizo nada. —Quizá solo fuera una reacción nerviosa, ya sabes, como dijo.

—Con todos los respetos, ¿importa? Y luego ese payaso negó que lo hubiera oído.

—No estoy seguro de que lo negara. Puede que simplemente no se diera cuenta.

—¿Lo dices en serio? —ella dio un paso atrás—. Perdón, jefe. Quiero decir, con respeto. ¿Lo dices en serio? Desde el minuto uno iba "mis hombres por aquí, mis hombres por allá, hombres, nuestros hombres, hombres, hombres, bla, bla".

—Sí, ya veo cómo eso... —¿Te saca de quicio?

—Iba a decir lo mal que está. Rhona, ¿estás bien?

—Ese tipo de capullos me pone de los nervios. —Está claro, pero no es propio de ti perder los papeles.

—Eso suele ser mi trabajo. —Me pongo tan... —¿Qué?

—Harta de esto. Harta de las excusas de machistas de mierda, ya sabes. Solo pienso que si estás en un puesto de responsabilidad y ordenas a tu equipo que se juegue la vida, deberías ser más responsable con tu comportamiento y tu lenguaje. Es un machista de manual.

—Me encanta cómo consigues clavar el carácter de alguien a la primera.

—¿Me estás haciendo luz de gas?

—No, lo digo en serio. Eres brillante.

—Dios, Rhona. ¿Qué pasa?

—Toda esa mierda de mirar hacia otro lado, complicidad pasiva. Se creen que caminan sobre la puta agua.

—Como yo, ¿quieres decir?

—Especialmente como tú —por fin sonrió—. Rompiste el molde.

—¿Y no pasa nada más? —insistió Bone. —¿Como qué?

—No lo sé. ¿Estás harta de tu trabajo, o hay algo en casa?

—Jesús, ¿por qué siempre tiene que haber algo más? Es este gilipollas sexista y el haber lidiado con gilipollas sexistas toda mi vida. —Alzó la vista y tomó una gran bocanada—. Disculpas de nuevo, jefe. Está todo un poco intenso esta mañana.

—Sí, se me ocurren mejores formas de pasar el domingo. Si quieres, podemos parar a tomar un café a la vuelta y lo hablamos.

—No, ya estoy bien. Gracias. —Si estás segura...

—Sí, sí, todo bien. Pero quizá luego, ¿eh? Cuando esto se calme un poco.

—Sí, claro, como si eso fuera a pasarnos a nosotros —bufó Bone —. Vale, informemos al equipo y arreglemos las cosas en la comisaría primero. Pero no he terminado contigo aún. —le agitó el dedo ante ella—. —Nos vemos de vuelta en la central.

Se dirigió a su Saab y, al subirse, echó una mirada atrás hacia su compañera, que estaba sentada al volante de su coche, mirando al frente como si estuviera planeando un asesinato lento y doloroso.

Cuatro

—Buenos días a todos —dijo Bone al entrar en la sala de incidentes, con Walker pegada a sus talones.

Se volvió. —¿Todo bien? —susurró. Ella asintió, y continuaron.

La sargenta Baxter estaba junto a la cafetera, mirando con aire lúgubre la jarra vacía. Se volvió hacia ellos. —Buenos días, señor, señora. ¿Adivinan qué?

—¿Otra vez sin café? —Bone esbozó una sonrisa irónica—. El universo se descuadraría si no fuera así. ¿Dónde está el resto? ¿No les ha llegado el aviso?

—Will está en el baño —respondió Baxter—. ¿Y Mark?

—Es domingo, ¿no? ¡Día del puto descanso! —el vozarrón de Mullens precedió, como de costumbre, su entrada por la puerta, haciendo añicos la calma matinal.

—Buenos días, Mark. Encantado de verte a ti también —dijo Bone, con la voz seca como un desierto.

—Perdone, señor. No le había visto ahí —Mullens hizo una mueca.

—¿Así que te parece bien soltar tacos delante de mí? —Baxter le lanzó una mirada fulminante.

—Ah, me lo vais a agradecer en un minuto —Mullens rebuscó en su mochila y, con un gesto teatral, sacó un paquete de café molido —. He parado en Tesco de camino y he pillado Oro colombiano, que no nieve colombiana. Aspiró el aroma.

—La madre que te trajo, Mark —Bone alzó una ceja—. ¿Qué mosca te ha picado? Qué falta de costumbre de semejante detalle.

—La resaca obra de formas misteriosas —Mullens se encogió de hombros—. Hablando de eso... —Se agarró la tripa—. Le dije anoche a Andy en el Fells que su Guinness estaba picada, pero no hubo manera. Llamada de la selva, a las dos de la mañana, y cuando me quise dar cuenta estaba prácticamente dándole un bronceado a spray a nuestro baño nuevo. Ni que decir tiene que a mi mujer no le hizo ni pizca de gracia.

—¡Mark! —Bone alzó las manos con asco.

Mullens se llevó la mano al estómago otra vez, y este retumbó como un metro al pasar. —Vuelvo en un segundo. Salió apresurado, dejando la puerta balanceándose a su espalda.

A Bone le recorrió un escalofrío. —Dios, dame fuerzas.

El agente Harper eligió ese momento para aparecer, y Mullens le agarró un pezón al cruzarse en la puerta. Harper soltó un chillido agudo y se llevó la mano al pecho.

—Uno entra, otro sale. Esto parece las rebajas de enero aquí —gritó Mullens por encima del hombro, tronchándose.

—¿Tú también te has puesto con la Guinness del Fells? —preguntó Bone, exasperado, mientras Harper corría hacia su mesa.

—Perdone, señor —replicó Harper, con las mejillas encendidas—. Me he quedado atascado en la A9. Un accidente.

—Bien, ¿nos ponemos con ello? ¿O también necesitas ir a los servicios de caballeros, Sheila? —Bone se sentó en el borde de una mesa y repasó con la mirada a su equipo.

—Estoy bien, señor. Antes prefiero que me devore una jauría de ratas famélicas a entrar ahí dentro. —Alzó el paquete de café—. Pongo una jarra recién hecha.

—Perdonad que os haga venir un domingo —empezó por fin Bone, cuando el café ya estaba en marcha—. Rhona y yo acabamos de volver de un incendio sospechoso en una casa de Horsbrugh Close, en una propiedad a nombre del doctor Andrew y de Kathleen Fraser.

—Los registros del impuesto municipal también indican que su hijo Josh, de veinte años, vive allí.

—La leche, Sheila. Qué rápida estás. —Comprobación sencilla, me ha llevado un par de minutos, de ahí que no haya café. Sonrió de lado.

—Al menos hay una víctima mortal, posiblemente más —prosiguió Bone—. Los investigadores de incendios y su perro rastreador siguen peinando la escena, pero la casa ha quedado reducida a un cascarón. Conseguimos echar un vistazo rápido a los restos de un cuerpo en lo que antes era el salón, pero estaba tan carbonizado que apenas se parecía a un ser humano.

—Antes de poder acercarnos más, una bombera se vino abajo con el suelo sobre nuestras cabezas, y nos ordenaron salir —dijo Walker.

—¿Está bien? —preguntó Harper .

—La *llevaron* al hospital con lo que parecía una fractura de clavícula, para regocijo de sus colegas varones.

—¿Cómo? —dijo Harper.

—En otro momento, Rhona —interrumpió Bone y siguió—. El perro rastreador en la escena ha detectado presencia de gasolina. Falta que los investigadores de incendios confirmen si ese combustible se utilizó como acelerante. Pero, si os soy sincero, aquello apestaba a gasolina, así que, salvo que el doctor estuviera repostando el coche en el salón, lo del incendio provocado es casi seguro. Buscó el móvil e intentó encenderlo. Luego recordó que era el viejo—. Mierda. Esperad. Dos segundos. Sacó el cargador de la mochila y enchufó el teléfono. Por fin el aparato cobró vida y encontró las fotos—. Will, ¿puede poner esto en el monitor, por favor?

—Enseguida. —Harper cogió el teléfono de Bone; el cable del cargador era lo suficientemente largo como para llegar a su ordenador. Alzó la vista—. Vaya. Esto es... antiguo. —Le dio la vuelta al aparato en la mano.

—He tenido un lapsus de viejo con el otro esta mañana —suspiró Bone.

Un momento después, apareció una imagen en la gran pantalla plana de la pared.

—Ya sé que la calidad no es gran cosa, pero se distingue lo que pone —dijo Bone, asintiendo hacia la pantalla.

El equipo se inclinó hacia el mensaje grabado a lo largo de la pared: FIRST DO NO HARM.

—A uno de los forenses le pareció que podía ser parte del juramento hipocrático.

—Lo es —confirmó Baxter—. Espera. —Volvió a su mesa y empezó a teclear. Unos instantes después, regresó.

—Vale, 'First, do no harm' es probablemente la parte más conocida del juramento hipocrático, pero es una interpretación o traducción moderna de la palabra griega antigua 'deleterious', que aparece en la frase... —consultó sus apuntes. 'I seguiré ese sistema o régimen follow that system or which, según mi capacidad y juicio to my ability , considero en beneficio de mis pacientes y me abstendré de todo lo que sea dañino y perjudicial.'—

Tras una breve pausa, Bone dijo: —Bien, como no se va a atrever nadie, lo pregunto yo: ¿qué significa deleterious?

—Dañino —replicó Baxter al instante.

—¿Entonces estamos ante una especie de venganza de un paciente? —preguntó Harper.

La puerta se abrió de golpe y reapareció Mullens, ajustándose uno de los tirantes. —¿Qué me he perdido?

Bone soltó un suspiro hondo. —Incendio en una casa de Horsbrugh Close —dijo, sabiendo que Mullens no pararía hasta que alguien claudicara y le pusiera al día—. Una víctima confirmada, probablemente más. Probable incendio provocado por presencia de acelerante. Intento mantener la mente abierta, pero una de mis hipótesis de trabajo es un asesinato por represalia.

—Eso ha sido mucho más rápido que nuestro habitual dar vueltas. Voy a tener que salir al baño más a menudo. —Mullens soltó una risita.

—Me pregunto por qué —dijo Walker.

—Y ese encantador mensaje garabateado en el muro del jardín delantero —Baxter señaló con un gesto de la barbilla el monitor.

Mullens entornó los ojos ante las palabras de la pantalla. —Juramento hipocrático.

Todos se volvieron, sorprendidos. —¿Qué?

—Venga, suéltalo. ¿Cómo lo sabes? —preguntó Harper.

—Soy más listo de lo que parezco.

—El listón no está muy alto, Mark. Anda, confiesa —dijo Bone.

—Fue la pregunta de sesenta y cuatro mil libras en *¿Quién quiere ser millonario?* hace un par de días.

Bone se apretó el puente de la nariz, rezando por paciencia. —Will, ¿tiene alguna pregunta?

El agente se irguió. —Sí, señor. ¿Tenemos identificación de la víctima? ¿Y datos de los propietarios?

—Buenas preguntas —dijo Bone—. El fuego fue muy intenso, así que Cash advirtió que probablemente harían falta registros dentales para una identificación concluyente. El doctor Andrew Fraser es consultor en el Royal Infirmary. La doctora Kathleen Fraser es médica de familia en Govan Road Surgery.

—¿Y el hijo? —preguntó Harper—. Quiero decir, ¿estudia, trabaja?

—Buena pregunta. No lo sé.

—Dios. ¿No estarán todos carbonizados, verdad? —exclamó Mullens, que por fin espabilaba.

—Es posible. Las dotaciones hicieron un barrido inicial pero, de momento, solo han encontrado un cuerpo. Cash indicó que las manos de la víctima podrían haber estado atadas a una silla con alambre de acero, y que había algún tipo de tubo que sobresalía de las mandíbulas del cráneo.

—¿Tubería? Igual el doc estaba con una de esas pipas de la paz y prendió fuego a la casa —sugirió Mullens.

—¿Tú escuchas algo alguna vez? Los bomberos dijeron que la casa apestaba a gasolina y que había signos claros de incendio provocado.

—Lo siento, señor —Mullens puso su cara de disculpa, a medio camino entre el estreñimiento y el dolor severo.

—Si Katherine Fraser o el hijo no estaban en la propiedad durante el incendio, ¿alguien ha intentado ponerse en contacto con

ellos? —preguntó Harper.

—Sí, creo que sería buena idea comprobar dónde están antes de dar por hecho lo peor.

—¿Cómo pinta lo peor? —preguntó Walker—. ¿Muerta o muriéndose en otra parte? ¿Secuestrada? Así que eso está en lo alto de nuestra lista, y si no sacamos nada en claro, mandamos a los equipos de búsqueda. Pero tendremos que actuar rápido. Los carroñeros ya estarán al acecho, seguro. Un incendio importante en una vivienda es difícil de mantener en silencio.

Bone echó un vistazo a su equipo. —¿Alguna otra idea?

Baxter se despegó de la encimera para servir el café. —Identificar a la víctima es clave, obviamente. Pero levantar un perfil de la familia Fraser, buscando cualquier amenazas o enemigos que puedan apuntarnos hacia el móvil.

—De acuerdo. Bone tomó la taza que le tendía Baxter con un gesto de agradecimiento. —Necesitaremos registros financieros, entrevistar a familia, amigos y colegas, rastrear cualquier queja o expediente disciplinario en el trabajo, y incidentes de cualquier tipo.

—Me pongo con ello — dijo Baxter, abriendo el registro de actuaciones y empezando a teclear.

—¿Y los vecinos? —sugirió Harper—. Alguien podría haber visto u oído algo sospechoso antes del incendio.

—Buena idea —Bone sorbió su café—. Ustedes dos, Mullens y tú, vayan hacia el salón parroquial, hablen con la gente que fue evacuada. A ver si además están por allí algunos de los vecinos inmediatos de los Fraser.

—En ello — dijo Mullens, cogiendo su abrigo —. Vamos, Niño Maravilla.

Harper puso los ojos en blanco y volvió a su mesa para recoger sus cosas. Se sentó.

—¿Qué haces, cabeza de chorlito? —gritó Mullens desde allí.

—Solo estoy mirando mis mensajes.

—¿Cuánto ha pasado, una hora desde que la dejaste? Seguro que vosotros dos, parejita de tortolitos, podéis aguantar un poco más sin tener que haceros carantoñas.

—Estoy mirando por si ha llegado algo de Digital. Alguna CCTV recopilada de anoche. Tecleó con fuerza. ¡Y bingo! Golpeó su mesa.

—¿Tienes algo?

—Espera. Lo pongo en el monitor. Un momento después, la pantalla de la pared parpadeó de nuevo y apareció una grabación en blanco y negro de una calle desierta.

—¿Eso es una cámara de velocidad?

—El correo dice que hay una cámara en la parte baja de la cuesta en la carretera principal, que está a cuatro calles de Horsbrugh Close.

—Trampa de velocidad famosa. Mi mujer, alias David jodido Coulthard, ha caído dos veces —dijo Mullens.

—Dejadme que avance hasta acercarnos a la hora del incendio. —Harper volvió a teclear. La imagen dio un salto hasta que la marca de tiempo indicó la una y media de la madrugada.

—Ponlo en marcha desde ahí, Will —dijo Bone .

Harper le dio a reproducir y empezó la grabación. Un minuto o dos después, apenas se había movido nada.

—¿Seguro que esto es vídeo? — preguntó Bone.

Mullens bostezó. —Me he divertido más desatascando una tubería.

Una silueta apareció arriba a la derecha.—Espera —dijo Bone.

Un zorro cruzó hasta el centro de la calzada, se detuvo, miró a la cámara y siguió su camino. Mullens resopló por las mejillas.

Segundos después, en la lejanía próxima, en lo alto de la cuesta, un vehículo cruzó la carretera a toda velocidad.

—¿Qué ha sido eso? — dijo Bone.

—Déjame ralentizarlo.—Harper rebobinó y reprodujo la sección fotograma a fotograma. Una furgoneta emergió por la izquierda, atravesó la calzada y desapareció al otro lado.

—Ese es el cruce de Hagg's Hill. Esa furgoneta va a toda leche — dijo Mullens.

—¿Puedes pausarla a mitad? —preguntó Bone .

—Puedo. Pero como está tan lejos, y solo hay farolas para iluminarla, la imagen va a ser bastante mala. Harper reajustó y captó la furgoneta al completo.

Bone se acercó al monitor y entornó los ojos ante la imagen granulada.—¿Es una Transit?

Mullens se le unió.—La silueta no es de una Transit. Es una Citroën de las de no me acuerdo.

—¿Citroën? — Bone entrecerró de nuevo los ojos.

—Cien por cien. Apostaría mi huevo izquierdo. —¿Puedes hacer algo para mejorar eso, Will? Harper estaba mirando el móvil.

—¿Will?

—Sí, perdón. Seguro que podrán limpiar parte del ruido. Yo también le daré un repaso con mi cacharro.

—Estupendo. Vale. Entonces—

—Perdone, señor —interrumpió Harper—. La furgoneta va por Campsie Lane, que lleva a Braebank Road, que, según la app del móvil, discurre justo por detrás de Horsbrugh Close.

—Así que tenemos una furgoneta, circulando a toda velocidad, en dirección a la escena del crimen justo antes de que se diera el aviso del incendio, —dijo Bone.

Harper asintió. —Es correcto, sí.

—¿Candidato seguro para nuestro psicópata? dijo Mullens

Walker metió su cuña habitual. —¿O un reparto nocturno?

—Pero tenemos nuestra primera pista, y eso ya es un buen comienzo.

—¡Dispatch! bramó Mullens —Citroën Dispatch. Ese es el bueno.

—Jesús, Mark —dijo Bone, sorprendido. Dejó la taza y se puso en pie. Las sienes le latían, un dolor sordo instalándose tras sus ojos. —Sheila, ¿puedes compilar una lista de todos los propietarios locales de Citroën Dispatch y pedir que unos agentes de uniforme hagan visitas domiciliarias?

—Y también, ¿algún robo de furgonetas denunciado? —añadió Baxter. —Sí, buena apreciación —reconoció Bone. —Voy a llamar al superintendente y alertarle de que esto pasa a ser una investigación por asesinato y, si solo hay un cuerpo, tendrá que autorizar la búsqueda de la posible esposa desaparecida.

—Estará encantado de la vida, como siempre, seguro —dijo Mullens.

—Así que necesitaremos todo lo que podamos recabar de los compañeros, amigos y familiares de ambos doctores. A ver si pueden arrojar algo de luz sobre sus vidas y movimientos hasta el momento del incidente. Cualquier hilo del que tirar, y lo pones todo en el tablón, ¿Sheila? Y si puedes, unas impresiones de las CCTV.

—Ay, Jesús. Esos ojos me siguen por toda la sala —dijo Mullens, moviéndose de un lado a otro para evitar la mirada demoníaca de la figura congelada en la pantalla del monitor.

—El que te va a seguir por la sala es mi bota en el culo si no te mueves, Mark —Bone chasqueó la lengua. —Rhona, ¿puedes comprobar si al forense le han permitido volver a la casa, y si es así, acercarte de nuevo para husmear otro poco?

—En ello.

—Y, Rhona, mantente alejada del jefe de bomberos. —Aguafiestas.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Mullens, picado por la curiosidad.

—El problema es lo que me gustaría hacerle —gruñó Walker.

—Lo digo en serio, Rhona. —Señor.

—Y yo iré al hospital para hablar con los compañeros de Fraser.

Harper y Mullens cogieron sus cosas, pero en la puerta, Harper se detuvo.

—Esperad un segundo —gritó hacia la sala—. Ya sé que nunca hay un buen momento para anunciar estas cosas, pero—

—No nos lo digas. Que por fin se te han caído los huevos —interrumpió Mullens.

Ignorándolo, Harper siguió adelante. —Catriona y yo hemos fijado fecha para la boda.

—¿Cómo? ¿Por fin te casas? —dijo Bone, sorprendido.

—Así es. Harper sonrió de oreja a oreja y repartió unas elegantes tarjetas color crema con letras doradas en relieve.

En la portada aparecían dos anillos entrelazados y los nombres —William & Catriona— en una caligrafía fluida. Dentro, los detalles de la ceremonia y el banquete estaban imprimidos con limpieza, junto a un pequeño dibujo del Loch Gillan Village Hotel.

Bone leyó en voz alta: —«Queda cordialmente invitado a la boda de William y Catriona en el Loch Gillan Village Hotel».— Alzó la vista. —Dentro de cuatro semanas. Vaya. Es increíble. Pero qué rápido.—

—¿Es por el corretear de piececitos? preguntó Mullens.

Harper negó con la cabeza.—No, nada de eso. Simplemente sentimos que era el momento y que debíamos tirar para adelante. Luego bromeó: —Además, nos viene de perlas renovar unos electrodomésticos para la cocina.—

—Apuesto a que Gordon estaría encantado de que le pidieras ser anfitrión —dijo Bone.

Harper asintió. —Llevé a Catriona allí arriba en una pequeña visita de reconocimiento hace unas semanas, y le encantó. Dijo que le da mucha envidia lo de su cabaña, señor.—

—Así que no te has quedado traumatizado de por vida tras quedar aislado por la nieve durante días y días con el, eh... jefe —dijo Walker, señalando a Bone.

—No, me encanta estar allí arriba. Le prometí a Gordon que, si nos casábamos, sería nuestra primera opción.—

—Bueno, es una noticia estupenda, Will. Muchas gracias por la invitación.—

El equipo al completo vitoreó al unísono.

—Es con muy poca antelación. Espero que podáis todos venir. Mullens volvió a meter baza.—¿Qué, incluso yo?

Harper respondió: —Sí. Me temo que sí, teniendo en cuenta que eres el padrino.—

Mullens dio un paso atrás asombrado.—¿Has perdido tu cabeza de Game Boy?

—Por una vez en mi vida, me encuentro de acuerdo con Mark —bromeó Bone.

—Será mejor que digas que sí antes de que me arrepienta de haberte preguntado.—

—Oh, no te preocupes, ya habrá tiempo de sobra para eso —añadió Bone.

—Bueno, esto sí que es algo.—Mullens volvió a resoplar por las mejillas. —Gracias, joven Skywalker. Estoy conmovido hasta las lágrimas, aunque estos retortijones harían llorar a cualquiera. De

verdad, emocionado. Eso sí, cuatro semanas. Será mejor que empiece a trabajar en ese discurso difamatorio de padrino.—

Harper gimió.—Ay, Jesús, ¿qué he hecho? —Bien, pues, de vuelta a este mundo podrido hasta la médula que es nuestro día a día, me temo — dijo Bone.

Salieron todos en fila, y Bone dejó que se adelantaran. Buscó el móvil en los bolsillos y, tras un momento para ordenar sus ideas, llamó a Gallacher.

Cinco

Un aullido cacofónico de himnos recibió a Mullens y Harper cuando se acercaban a la iglesia metodista. Dos agentes uniformados estaban junto a la entrada. Mullens reconoció a uno enseguida.

—Buenos días, Mark —dijo el agente, y enseguida se corrigió—. Perdón. Quería decir: señor.

—Muy bien, Boyd. ¿Cómo está la parienta? —Divorciado —dijo el agente Boyd.

—Siento oír eso.

—¿Estás de broma? Es lo mejor que me ha pasado desde el gol de Archie Gemmill en el setenta y ocho. Cuando nos casamos, no existía Tinder.

Harper hizo una mueca.

—Este es Will —dijo Mullens, señalando con el pulgar a su compañero—. Está de prácticas del instituto de Kilwinnoch.

—Muy gracioso —Harper suspiró.

—Buenos días, señor —Boyd negó con la cabeza—. ¿Cómo lo aguantas?

—Si alguna vez lo averiguo, se lo haré saber a todo el mundo. Lo convertiría en mi deber cívico.

El canto del interior de la iglesia alcanzó un crescendo disonante.

—Por Cristo, ¿qué pasa ahí dentro? —preguntó Mullens—. —Servicio de domingo —dijo Boyd—. Los evacuados

de Horsbrugh Close lo están usando como alojamiento temporal. —Apuesto a que les encanta el concierto de gatos a las ocho.

Mullens suspiró. —Vamos, monaguillo. Una vez más al lío y todo eso.

Los detectives avanzaron por el pasillo central. Una mujer bajita, con una voz como una sirena portuaria, dirigía a un grupo heterogéneo de vecinos, con pinta de exhaustos, en una entusiasta versión de «Hosanna in the Highest».

Mullens condujo a Harper hasta el último banco y soportaron una eternidad de sermones sobre la naturaleza de la tragedia y el poder de la comunidad. Tras lo que pareció una lectura de toda la Biblia, a Mullens se le cerraban los ojos. La cabeza se le venció hacia delante y un leve ronquido se le escapó de los labios, hasta que el codazo certero de Harper le hincó en las costillas.

—¡Ay! ¿Qué pasa? —chilló, y la exclamación rebotó en la bóveda del techo.

El reverendo se detuvo y clavó en Mullens una mirada elocuente. —Qué tranquilizador saber que mis sermones aún pueden traer descanso a los fatigados.

Poco acostumbrado a avergonzarse, Mullens abrió la boca para disculparse, pero las risitas de la congregación se transformaron en carcajadas abiertas. El reverendo siguió imperturbable.

Por fin terminó el oficio. Mientras los vecinos iban saliendo, Mullens y Harper se acercaron al reverendo, que estaba ocupado recogiendo himnarios ajados.

—Sargento detective Mullens y agente detective Harper —Mullens mostró su placa—. Estamos investigando el incendio.

—Ah, sí. Acaban de perderse a mis feligresas estrella. Se alegrarán de que estén con el caso —el reverendo les estrechó la mano con un apretón sorprendentemente firme—. Reverendo Colin Dunham. Un placer, pese a las circunstancias.

Mullens gruñó. Antes de que pudiera responder, la puerta de la iglesia se abrió con un chirrido, enmarcando a dos ancianas con sendas batas rosas chillonas a juego. Eran idénticas en todo, desde sus zapatillas de lunares a juego hasta sus peinados impecables. Las hermanas avanzaron a pasitos inseguros, con idénticas expresiones de agotamiento grabadas en sus rostros surcados.

—Ah, Heather, Colleen. Perfecta pun tu alidad —dijo el reverendo Dunham—. Estos son detectives de la comisaría. Quisieran hablar con vosotras. Están investigando el incendio.

—¿Les ha dicho alguien si los Fraser están bien? —exigió una de ellas—. ¿O si nuestra casa sigue en pie?

Su hermana le puso una mano contenedora en el brazo. —Chitón, Colleen. Deja hablar a los detectives.

—No se preocupen, los bomberos han controlado el fuego bastante rápido y no hay daños en ninguna de las propiedades colindantes —dijo Mullens.

—¿Y los Fraser?

—¿Podrían darme sus nombres, por favor? —pidió Mullens, esquivando la pregunta.

—Las señoritas Colleen y Heather Finnieston. Vivimos en el número seis, al lado de los médicos. Estamos muy preocupadas por ellos —dijo Heather.

—Gracias, eh... Colleen.

—Yo soy Heather —respondió la primera hermana.

—Perdón, sí. ¿Entonces Heather a la izquierda y Colleen a la derecha? —Mullens volvió a mirar, desconcertado.

—¿Cómo? ¡No! —saltó Heather—. Ella es Colleen y yo soy Heather. De verdad, detective, no es tan difícil.

Harper intervino antes de que la cosa fuera a más. —Me temo que aún estamos reuniendo datos. Pero les prometo que, si nos ayudan, las tendremos de vuelta en casa en cuanto nos sea posible. —Se volvió hacia Mullens—. Quizá, si yo hablo con las hermanas, tú podrías ir a charlar con los otros vecinos.

Mullens le lanzó una mirada de pocos amigos durante un segundo.—¿Señor? —añadió Harper.

Con una sonrisa que solo Harper entendería, Mullens asintió y salió de la sala, con el reverendo detrás.

—Entonces, ¿desde hace cuánto conocen a los Fraser? —retomó Harper.

—Más de diez años, creo —respondió Heather.

—Doce en junio —corrigió Colleen—. Encantadora pareja, encantadores vecinos. No pueden hacer más por nosotras.

—¿Así que ningún problema ni disputa, ni entre ellos ni con los vecinos?

—En absoluto. Son una familia normal. —Con un hijo problemático —interrumpió Colleen—.

—Es verdad. No les ha salido precisamente fácil. —¿En qué sentido? —apremió Harper.

—Colleen, no creo que debas ir hablando mal de los Fraser así.

—No estoy hablando mal. Solo le doy al detective un poco de contexto. Así es como lo llamáis, ¿no?

—No es *Line of Duty*, hermana. Son personas de verdad cuyas vidas han quedado arrasadas.

—Cualquier información, por pequeña que sea, puede ser de vital importancia —dijo Harper.

—¿Ves? —asintió Colleen. Heather cruzó los brazos.

—Su hijo tendrá unos veinte ya. Se ha ido un año a Australia tras unos años difíciles.

Heather suspiró otra vez.

—Siempre ha tenido una relación tempestuosa con sus padres, en particular con su padre. Desde la adolescencia ha sido un bala perdida: drogas, alcohol, problemas en el colegio. Incluso dejó la escuela de arte. Montaba fiestas cuando sus padres no estaban —continuó Colleen—. Ha sido un poco..., mano de santo no era, vaya. Tienes que admitirlo, hermana.

Heather asintió a regañadientes. —Sí, las fiestas fueron bastante molestas.

—¿Bastante? —terció Colleen—. Llamaron a la policía más de una vez. Aquello se desmadró por completo. Teníamos a jóvenes haciendo de todo, retozando en nuestro jardín trasero, ¿no te acuerdas?

—Vaya espectáculo. —Heather chupó las mejillas—. También ha estado lidiando con problemas psicológicos. Hablé con Katherine de ello —añadió Colleen—. Dijo que fue un alivio que se hubiera ido a Australia. Con suerte, eso le pondrá la cabeza en su sitio, como ella dijo.

—Ha mencionado la escuela de arte. ¿Sabe a cuál asistió? —preguntó Harper.

—Creo que fue la de aquí, la local. Ya sabe, ¿en Lennoxfield? Recuerdo que su madre dijo que no tenía las calificaciones para ir directamente a la universidad y que necesitaría algo así como un curso puente.

—¿Los doctores tienen algún familiar que viva cerca? —continuó Harper.

—Que yo sepa, no. Creo que sus padres han muerto. Recuerdo que hablé con Andrew tras el funeral de su madre hace dos o tres años —dijo Heather.

—¿Y qué hay de la hermana de Katherine en España, Heather? —se entrometió Colleen. Se volvió hacia Harper. —En realidad, creo que tengo su número en el móvil. Katherine me lo dio una vez cuando se quedaron en su casa. —¿Para qué necesitas eso, Colleen? —Heather puso una vez más los ojos en blanco.

—Por si acaso había algún problema en la casa y necesitábamos ponernos en contacto con ellos con urgencia.

—Tú y tus malditos líos. De verdad.

—Gracias —cortó Harper la riña—. ¿Podría darme ese número?

Colleen trató de encontrar el número en su móvil, pero le costaba sin las gafas.

—No consigo encontrarlo —dijo, entornando los ojos ante la pantalla—. —¿Podría ayudarme a buscarlo, hijo?

—Por supuesto —dijo Harper con suavidad. Cogió su teléfono, encontró la información y se la envió a sí mismo. —Gracias. Sé que esto no es fácil. Le devolvió el teléfono y metió su tarjeta en su mano temblorosa. —Si recuerda cualquier otra cosa, llámeme.

Colleen lo miró, valorándolo. —Había una cosa más.

—Por el amor de Dios, no le molestes con tus chorradas.

—¿Qué es? —preguntó Harper.

—Cree que anoche vio a alguien en nuestro jardín trasero —se encogió de hombros Heather.

—Sí que lo vi. Estoy segura de ello.

—Siempre estás viendo intrusos, Colleen. Tienes una imaginación desbordante. No puedo contarte la de veces que me ha despertado y no había ni un alma allí.

—Te digo que sí. Una sombra pasó por delante de la puerta de nuestra cocina.

—Una sombra. Claro, seguro que toda la Policía de Escocia saldrá a la caza de tu sombra.

—Tenemos una puerta de cristal, detective —Colleen volvió a ignorar a su hermana—. Es opaca, pero se pueden ver claramente siluetas y movimiento, y yo vi sin duda a alguien cruzando el césped de atrás, andando o corriendo.

—Ah, ¿ahora corrían? Anoche estaban en la ventana intentando forzarla.

—Sé lo que vi. Es todo lo que digo.

—No se preocupe —dijo Harper—. Lo comprobaremos. ¿Le parece bien que entremos en su jardín y echemos un vistazo?

Heather exhaló. —Solo me preocupa que os haga perder el tiempo, joven.

—No, no, es algo que seguramente habríamos comprobado de todos modos, así que ningún problema.

—Gracias, detective —asintió Colleen—. ¿Ves? —le dijo a su hermana— me cree. Ojalá no lo hicieras.

—¿Que qué?

—Decirme lo que tengo que hacer todo el rato. Es agotador de cojones y me tiene hasta el moño.

El rostro de Heather se endureció y luego se le llenaron los ojos otra vez.

—Bien. Creo que ya os he entretenido suficiente —dijo Harper con una sonrisa amable—. Gracias de nuevo por su ayuda, a las dos.

Les ofreció sus brazos. Las hermanas cogieron uno cada una y él las acompañó de vuelta a la sala de oración. En la puerta, se detuvieron.

—Lo siento, detective —dijo Heather, con los ojos aún anegados de lágrimas—. Estamos las dos un poco desgastadas y agotadas.

—No se preocupe. Han tenido un golpe terrible.

Yo estaría exactamente igual.

—Así que tú también tienes una hermana mandona —bromeó a medias Colleen, ganándose otra mirada despreciativa de su hermana.

—No, solo un compañero de trabajo un poco idiota —sonrió.

Las señoras soltaron una risita. El reverendo se acercó y tomó el relevo, y Harper aprovechó para escabullirse.

De vuelta al coche, se dejó caer en el asiento del copiloto. Mullens llegó unos minutos después.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó, subiéndose al coche.

—Una rivalidad fraterna que haría que los hermanos Gallacher parecieran unos santos, pero ahora tenemos a una hermana en España, un hijo en Australia y un posible intruso en el jardín trasero de las Finnieston.

—Hostia puta. Vaya botín te has marcado.

—¿Y tú?

—Nada. Solo un grupo de pijos en shock fuera de su zona de confort, quejándose de que les hayan sacado de sus casas.

—Un poco duro. ¿Te das cuenta de que eres un snob al revés? —Si el sombrero te encaja, camarada. Pero no voy a quitármelo pronto por esos capullos privilegiados.

—En fin... ¿te dijeron algo de los Fraser?

—Oh, sí, al parecer los médicos son el alma de la fiesta, pero todos parecían más preocupados por sus casas que por sus vecinos. Así que ves, mi resumen ha sido acertado después de todo: capullos, son. —Echó un vistazo de reojo—. ¿Y me he perdido la circular en la que te ascendían a inspector?

—¿Qué? Oh, sí, perdona por eso. Solo pensé que estabas tomándole el pelo a las hermanas. No es que necesitaran mucho ánimo. Ellas solitas se apañaban de maravilla.

—Está bien, joven Skywalker. Vas mostrando iniciativa. Pero como algún día te asciendan por encima de mí, me reservo el derecho a patearte el culo huesudo de vez en cuando.

—Me parece justo —suspiró Harper.

Un golpecito en la ventanilla de Mullens los pilló por sorpresa. Un anciano asintió y dio con los nudillos en el cristal otra vez.

Mullens abrió la puerta y el hombre dio un pasito atrás, casi cayéndose del bordillo.

—¡Eh, cuidado, hombre! —Mullens le sujetó del brazo—. Lo siento, detective. Estoy muy cansado. Ha sido una noche

muy larga.

—Desde luego que sí. ¿En qué puedo ayudarle?

—Solo quería avisarle de que yo... eh... Es un poco embarazoso.

—¿Qué?

—Vivo tres puertas más allá de los Fraser. Tengo una cámara instalada en la buhardilla apuntando a los jardines de atrás y al bosque. Soy un poco pajarero. Bueno, más que un poco, si le soy sincero. Verá, hay dos nidos de búho en el bosque tras nuestras propiedades, y entran en los jardines a cazar ratones y otros roedores. No dije nada antes porque me preocupa que los vecinos consideren mi cámara un poco invasiva de su intimidad, pero solo grabo cuando nos retiramos a la cama.

Harper se inclinó. —¿Es una cámara de visión nocturna?

—Sí, recomendada por la Sociedad Ornitológica. Empieza a grabar cuando detecta movimiento. La tengo con un temporizador para activarse entre las diez y media de la noche y las cinco de la mañana.

—¿Se ve el jardín trasero de los Fraser? —preguntó Mullens.

—Parcialmente, sí. Por eso pensé que podría ser útil. Sé que no se nos permite volver a casa todavía, pero tienen mi permiso para llevársela y revisar la tarjeta SD. Hurgó en el bolsillo de su abrigo y sacó sus llaves.

—Eso es extremadamente útil, ¿señor...?

—Joseph Harker, número siete Horsbrugh Close. Le entregó las llaves a Mullens.

—Se las devolveremos enseguida.

—No pasa nada. Es algo terrible, y si hubo alguien detrás, entonces hay que encerrarlo pero bien. Se dio la vuelta para irse.

—¿Quiere que le eche una mano? —preguntó Mullens.

—En absoluto. Hizo un gesto despectivo con el brazo y siguió su camino.

—Pues nada. Medallitas para nosotros, ¿eh? —dijo Mullens, y se dejó caer de nuevo en el asiento del conductor.

—Dos pistas en una hora. ¿Qué está pasando? —Ni lo menciones, o lo gafas y se va a lamierda la jodida cosa.

Harper se estiró y bostezó. —Bien, creo que me tomo un café después de todo.

—Jesús, no otro de tus lattes veganos de soja con vainilla, lattes sin latte, ¿no?

Harper se relamió. —Están ricos. Deberías probar uno.

—Prefiero una irrigación colónica por los ojos. Venga, vámonos. Me pones al día de esas pistas tuyas de camino a Sodoma y Gomorra... perdón, quería decir esa casa de los horrores que llamas cafetería.

Harper sacó el móvil del bolsillo. —Voy a llamar a Rhona a ver si ha vuelto. Y luego a Sheila. Quizá deje que ella se ocupe de la hermana de Katherine Fraser.

—Cobarde.

—Ajá.

—Me gusta que ni siquiera me hayas pedido que la llame yo. —Oh, me pregunto por qué. Harper soltó una risita.

—Eh, que sepas que puedo ser sensibilísimo cuando hace falta —protestó Mullens.

—Tan sensible como un ladrillo atravesando un ventanal, quizá —murmuró Will— después del café, podemos recoger la cámara nocturna y luego, ¿podemos subir al Lennoxfield Art College?

—Dios, ¿ya estás con tus 'O' grades? ¿Cómo he llegado a esto?

—Para amar y respetar por los siglos de los siglos, cariño. Mullens le lanzó un beso a su compañero y el coche del parque móvil rugió al cobrar vida.

Seis

Bone entró con el coche en el aparcamiento del Kilwinnoch Golf Club, observando la casa club con una mezcla de perplejidad y desdén. El recientemente terminado edificio para nuevos socios era un batiburrillo de estilos en competencia, como si el arquitecto hubiese lanzado a ciegas dardos a un tablero que mostrara todas las tendencias de diseño más horribles de los años setenta.

Una llamada previa a la esposa de Gallacher había confirmado las sospechas de Bone: su jefe estaba allí, entregado a su pasatiempo favorito.

Bone negó con la cabeza mientras salía del Saab. Por más que lo intentaba, no alcanzaba a comprender el atractivo del golf, un sentimiento que rozaba la traición para un escocés. Pero él siempre había preferido el reto de desenredar un caso de asesinato complejo a la tediosa tarea de perseguir una bolita blanca por una extensión de césped esterilizado y excesivamente arreglado.

Cuadrando los hombros, Bone marchó hacia la entrada de la casa club, sus viejos brogues hundiéndose apenas en el césped demasiado perfecto. Solo podía imaginar la recepción que iba a darle la fauna de cuellos almidonados y pantalones planchados, con su traje arrugado y la perpetua sombra de barba.

Tras un breve tête-à-tête con una recepcionista gélida del mostrador, Bone encontró a Gallacher en el tee del diecisiete, alineando su golpe con la concentración intensa de un cirujano

blandiendo un bisturí. Esperó hasta que golpeó —un corte furioso que mandó la bola rebotando hacia los árboles— antes de llamarle.

—I hope there wasn't money on that, sir.

Gallacher se giró en redondo; su rostro congestionado se oscureció aún más al ver a Bone. —¿Qué demonios hace aquí, Duncan? Pensé que habíamos acordado que, salvo un holocausto nuclear, los domingos eran sagrados.

Bone alzó las manos en señal de disculpa. —Normalmente, estaría de acuerdo. Pero tenemos un pequeño problema. Su mujer me ha dicho que podía encontrarle aquí.

—Soplona.

—She told me she's just been given the all-clear.

—Es la mejor noticia.

Bone dio una palmada en el hombro de su jefe; una oleada de emoción le subió a la garganta. Había visto a los Gallacher pelear contra el cáncer y el peaje que les había cobrado a los dos. Ahora, la tensión del calvario se había evaporado visiblemente del rostro de su jefe. Pero cuando Bone puso al día a Gallacher de los hechos de las últimas horas, el ceño de su jefe volvió con toda su fuerza.

—Cristo bendito —murmuró, pasándose una mano por el pelo embadurnado de Brylcreem—. Y yo que pensaba pasar el domingo en santa ignorancia, mandando bolas al rough.

—Yo también, señor. Pero va a peor. Estamos intentando localizar a la doctora Katherine Fraser, junto con el hijo. Pero tengo muy mala espina con la esposa y creo que es muy probable que tengamos que iniciar una búsqueda a gran escala de ella, más pronto que tarde.

Las cejas de Gallacher cayeron aún más. —Eso va a poner a los mercaderes del pánico a girar, por no hablar de la amistosa manada de plumillas. Infló las mejillas, sopesando visiblemente las opciones. Tras un largo momento, asintió. —Aye, tiene razón. Pondré a su disposición los recursos que necesite: uniformados, perros, de todo. Si ella está ahí fuera, hay que encontrarla.

Un alivio recorrió a Bone. Casi había esperado que Gallacher opusiera más resistencia y se quejara de los recursos, como de costumbre.

—Gracias, señor. Le mantendré al tanto de cualquier novedad.

—Procure hacerlo. Y, ¿Duncan? —¿Señor?

—Intente mantener esto lo más frío posible, ¿sí? Los Fraser están bien considerados. Pilares de la comunidad y todo eso. Es solo cuestión de tiempo antes de que esto estalle en una tormenta de mierda en toda regla.

A Bone se le dibujó una sonrisa ante la muletilla de su jefe.

—Haré lo que pueda. Pero, como sabemos, cuando la prensa hinca el colmillo, son como las novias vírgenes de Drácula atiborrándose del sobrino de Van Helsing.

—Veo que usted también se ha puesto con las reposiciones de la Hammer en Netflix —resopló Gallacher. Volvió a la bola y alineó el palo.

El teléfono de Bone pitó.

—Perdón, señor. No ha sido a propósito. Bone comprobó el mensaje. Alzó la vista. —Es de McKinnon.

—¿Qué, *Chronicle* fauna de charca, McKinnon? —El mismísimo.

—¿Qué quiere? Como si no pudiera imaginarlo. —Quiere verme, en su casa.

—¿En su casa? Tiene narices. Así que ahora hay que ir corriendo detrás de él, ¿es eso?

—Desde luego. Pero es un poco raro, porque suele rondar los escalones de la comisaría como un mal olor. ¿Por qué invitarme a su casa? Me ha enviado su dirección. Quizá debería taparme la nariz y pasar a verle luego. Averiguar qué quiere el escarabajo pelotero. Pero no tengo ninguna prisa por ver su fea cara de cucaracha.

—Igual quiere por fin darle las gracias por salvarle la vida.

Bone se echó a reír. —Sí, claro.

Gallacher volvió a colocarse para el golpe, hizo una pausa y miró de reojo a Bone.

—Bien. Pues váyase a la mierda y déjeme terminar mi vuelta en paz. Algunos nos hemos ganado nuestro día de descanso.

Bone le hizo un saludo de broma. —Que lo disfrute, señor.

—Estoy jugando al golf, hombre. La alegría no entra en la ecuación—, resopló Gallacher.

En el borde del campo, Bone se detuvo para ver el golpe de Gallacher. Un enorme terrón de hierba salió disparado por los aires.

La bola recorrió a trompicones la calle y fue a parar al búnker más cercano. Bone soltó una risita y siguió hacia su coche.

Siete

Walker se agachó bajo la cinta policial y se detuvo en la puerta principal de los Finnieston. Se tapó la nariz: el hedor dulzón de ceniza húmeda y plástico quemado aún flotaba en el aire, un recordatorio desagradable del infierno que había devorado la casa de al lado hacía ni siquiera veinticuatro horas. Miró por encima del hombro al joven agente que iba tras ella.

—Agente Callahan, ¿verdad?

El agente de cara aniñada asintió, con un punto de asombro por ir acompañado de una inspectora. Walker contuvo una sonrisa. Conocía demasiado bien esa sensación.

—Bien, Callahan. Veamos qué podemos encontrar. Fueron por la puerta lateral y continuaron por un sendero estrecho con árboles que colgaban sobre la parte trasera de la propiedad. El jardín trasero estaba impecable, el césped bien recortado y bordeado por parterres cuidados rebosantes de color de comienzos de verano. Un mundo aparte de la ruina carbonizada de al lado. Examinó el perímetro, buscando algo fuera de lugar, cualquier indicio de alteración.

Se volvió hacia el agente. —De acuerdo, vaya usted por ese lado y le esperaré en esa puerta del fondo, en el muro perimetral trasero. Pero cuidado con dónde pisa. No queremos contaminar la escena, y lo último que quiere es acabar acusado de incendio provocado.

—Sí, inspectora. El agente se puso en marcha despacio, colocando con intención un pie delante del otro.

Walker soltó una risita queda y continuó bordeando el césped. Al acercarse a la valla del fondo, sus pasos se frenaron. La puerta estaba entornada y la cerradura colgaba inútilmente del pestillo. Pero cuando se arrodilló para examinarla con más detalle, no vio señales de entrada forzada.

Walker empujó la puerta y salió al callejón de detrás. Era estrecho, lo justo para que un camión de la basura pudiera pasar, con contenedores con ruedas a ambos lados. Avanzó un poco más y el callejón se estrechó aún más hasta que ya no era lo bastante ancho para un coche. La pista de tierra de delante se internaba en un bosque tupido.

Siguió adentrándose en el bosque, avanzando por la senda con cautela. El avance era duro: ramas bajas le enganchaban la ropa y las raíces amenazaban con hacerla tropezar a cada paso. Tuvo que agacharse y zigzaguear, apartando hojas y ramas, sin dejar de avanzar.

Un poco más adentro, Walker dio con un pequeño claro. Sus ojos se abrieron de par en par al contemplar la escena. Dos bidones de gasolina de veinte litros yacían tirados en el suelo. Unas rodadas se hundían hondo en el barro y ramas rotas alfombraban la zona, como si un vehículo se hubiese abierto paso a la fuerza desde el otro lado.

Se agachó para examinar las rodadas más de cerca y se fijó en el dibujo característico de la banda de rodadura. Luego se incorporó y siguió el rastro de vegetación aplastada y ramas partidas hasta llegar a otro camino que serpenteaba hacia las colinas.

Un silbido cortó el aire. Walker se volvió. Desandó sus pasos a través del bosque, venciendo de nuevo el terreno traicionero hasta salir de nuevo al jardín de los Finniestons. Encontró al agente Callahan en cuclillas junto a un parterre cerca de la casa, con la vista fija en el suelo. Se apresuró hacia él.

—¿Qué ha encontrado?

Callahan señaló. Hundida en la tierra húmeda había una sola huella perfecta de zapato. El dibujo de la banda de rodadura era nítido y claro, con un contorno inconfundible. —Bien visto, agente. Le dio una palmada en el hombro, y el agente se sonrojó ante el elogio. —No lo toque. Necesitaremos un buen molde de eso.

—Lo custodiaré con mi vida —dijo con sinceridad el joven agente.

—Tampoco hace falta tanto; limítese a vigilarla hasta que SOCO llegue aquí. Walker vaciló y añadió: —De hecho, vaya a decirle a SOC que se vengan para aquí y empiecen a peinar el jardín y el bosque. Allí dentro hay bidones de gasolina y marcas de neumáticos.

—Jesús. —Al uniformado se le agrandaron los ojos. —En ello, inspectora —dijo, y echó a andar a buen paso, aunque sin dejar de mirar por dónde pisaba.

Walker se dio la vuelta para irse, pero algo le llamó la atención. En un cristal cerca de la puerta trasera, distinguió una mano impresa, borrosa pero nítida sobre el vidrio. Se acercó para verla mejor. La marca era tenue, la grasa de la piel ya desvaneciéndose, pero estaba sin duda allí. Una mano izquierda abierta de par en par sobre el cristal.

Dio un paso atrás, con la mente acelerada por las implicaciones de todo lo que habían encontrado. Aunque había pruebas de sobra que corroboraban el relato del vecino sobre un intruso, algo en todo aquello la inquietaba, un detalle que no terminaba de encajar. Con un encogimiento de hombros, volvió a salir por la parte delantera.

Ocho

Mientras Mullens y Harper conducían hacia Lennoxfield Art College, el móvil de Mullens zumbó con insistencia, golpeando contra el salpicadero del coche de servicio. Él echó un vistazo a la pantalla, frunciendo el ceño ante el número desconocido. Probablemente otro teleoperador pesado intentando endosarle un seguro de vida o doble acristalamiento. Lo dejó sonar sin más, centrándose en sortear el tráfico de mediodía atascado en la calle principal.

A su lado, el agente Harper estaba descargando la tarjeta SD del señor Harker en su portátil, con el ceño fruncido de concentración; intentaba acertar con las teclas a pesar de la conducción errática de Mullens. El teléfono volvió a empezar, vibrando como una avispa cabreada.

Harper alzó la vista; la irritación pudo por fin con él. —¿Vas a cogerlo o qué?

—Será algún lameculos de Lagos o de por ahí intentando venderme puta lana para el tejado, un concepto que seguro que él—

—Cógelo ya. Me está poniendo de los nervios —interrumpió Harper antes de que las pullas de Mullens fueran a más.

Mullens dio un volantazo hacia el lado de la calzada y el coche frenó en seco. El portátil de Harper se desplomó al suelo.

—¡Jesús! —maldijo Harper.

Mullens agarró el teléfono y apretó el botón de responder.

—Antes de que preguntes, tengo toda la casa con doble acristalamiento, el garaje también y hasta la maldita caseta del

perro.

—Hola, ¿es Mark Mullens? —preguntó una mujer con voz confusa —. ¿El hijo de George Mullens?

Mullens se irguió en el asiento. —Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Habla desde la residencia Sunnyside. Me temo que ha habido un pequeño incidente con su padre.

—Este no es el número de la residencia. Sabe que soy policía, ¿no?

—Presuntamente — aportó Harper.

—Sí, perdón. La línea fija se ha caído esta mañana por algún motivo, así que llamo desde mi móvil. Soy Siobhan Edwards, de la oficina. Nos hemos visto un par de veces.

—Vale. Ha dicho que ha habido un incidente. ¿Qué ha hecho ahora? —Está... Bueno, no está del todo como siempre. Creemos que lo mejor es que venga ahora mismo.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—Sí, por favor.

—No habrá estado enseñando la chorra a las limpiadoras otra vez, ¿no?

—Mejor si viene cuanto antes.

El agarre de Mullens se endureció en el teléfono. —Voy para allá ahora mismo.

Colgó, y ya estaba girando el coche en un cambio de sentido que hizo que Harper soltara un grito y se aferrara al cinturón.

—¿Qué está pasando?

—Es mi padre. Ha pasado algo en la residencia.

Harper abrió los ojos. —Cristo. ¿Está bien? —No quieren decirme nada, y eso me preocupa.

—Igual solo la ha liado otra vez. Ya sabes, como aquella vez que se atrincheró en la sala de la tele y no dejaba que nadie cambiara de canal de *Bargain Hunt*.

Mullens bufó a pesar de sí mismo.—Sí, o cuando se convenció de que el personal era espías rusos e intentó denunciarlos al MI5.

—Oh, ¿y qué me dices de cuando "se escapó" por las cocinas y llevó a la policía local en una persecución a baja velocidad con un scooter de movilidad por la calle principal?

—Y en pelotas de cintura para abajo —Mullens negó con la cabeza, maravillado de la capacidad de su padre para sembrar el caos.

Pero bajo la broma, la preocupación le roía las entrañas. Por muy loco que se pusiera su padre, la residencia sabía cómo gestionar sus episodios. Para que le llamaran sin dar explicaciones, tenía que ser algo serio.

—Justo lo que me faltaba —dijo Mullens.

—Vale, para el coche. —¿Cómo?

—¡Para!

Mullens pisó el freno.

—Tú sigue, yo me encargo de esto aquí. —Aún quedan un par de millas. —Sobreviviré.

—¿Cómo vas a volver?

—No te preocupes por mí. Tira —Harper se bajó del coche.

Mullens asintió en señal de agradecimiento y aceleró calle arriba.

El Lennoxfield Art College tenía un aspecto muy diferente del que recordaba Harper cuando iba a ver a un amigo en sus años de universidad. Un par de subvenciones artísticas habían transformado el edificio principal de una reliquia destartalada de los años cincuenta en un reluciente éxito arquitectónico de vidrio y acero.

Harper subió los majestuosos y anchos peldaños de la entrada y accedió al amplio atrio de recepción adornado con enormes murales y eclécticas obras de estudiantes. Se acercó al mostrador.

—Phil Cowan, jefe de Diseño Gráfico. He llamado antes. Creo que hoy imparte clases para la comunidad, ¿verdad?

Un vigilante de seguridad con aire aburrido, que apenas levantó la vista de su *Daily Record*, soltó un suspiro. —¿Quién es usted?

—Agente Harper de la comisaría de Kilwinnoch. He llamado... —El guardia se echó hacia atrás—. ¿Policía?

—Eso es.

—Oh, perdone, señor. Le había tomado por un estudiante.

—Lo tomaré como un cumplido, creo. —Harper sonrió y se empujó las gafas puente arriba—. ¿El señor Cowan?

—Sí, eso es. Está en el estudio tres, planta alta. Siga el pasillo hasta el fondo y suba por las escaleras hasta la cuarta planta.

—Gracias. —Harper intentó pasar, pero el torno se bloqueó y estuvo a punto de volcar por encima.

—Va a necesitar una de estas. —El vigilante soltó una risita y le tendió una tarjeta de visitante.

Con un gesto avergonzado, Harper siguió adelante.

El estudio tres estaba abarrotado de hombres y mujeres de todas las edades afanados ante los caballetes. Harper tardó un momento en localizar al modelo de desnudo: un anciano completamente desnudo tumbado boca arriba en una chaise longue, con las piernas marchitas y arrugadas abiertas, una doblada y la otra colgando por el borde en una pose seductora de lo más incómoda.

Harper hizo una mueca.

El profesor al frente de la clase lo vio y se acercó.

—¿Puedo ayudarle? —susurró el hombre.

—Soy el agente Harper de la comisaría de Kilwinnoch, y busco información sobre uno de sus antiguos alumnos, pero veo que está ocupado.

—No, no, tranquilo. Los retos de la figura humana tendrán a esta panda entretenida horas.

—¿Es usted Phil Cowan? —preguntó Harper.

—Sí —respondió Cowan, entre divertido y sorprendido—. Si viene por aquí, hay una zona de cafés al fondo del estudio.

Fueron serpenteando entre los caballetes. Harper echó un vistazo a un par al pasar y los intentos de los alumnos eran muy impresionantes. El anciano les guiñó un ojo al pasar.

Harper trató de evitar cruzar la mirada con el considerable paquete del modelo, pero tropezó con un taburete y apenas consiguió evitar caerle encima. El taburete salió disparado por el suelo de madera con estrépito, y una oleada de risas recorrió el aula.

—Perdón. —Harper hizo un gesto al grupo. Con la cara encendida, se dio prisa en pasar.

—¿Quiere un café, detective? Es detective, ¿verdad?

—Sí. O sea, no. O sea, sí, soy detective, y no... no quiero café. Estoy bien —replicó Harper, aún descolocado.

—Tengo la sensación de que está fuera de su zona de confort. —Cowan sonrió.

—Soy más de números que de arte.

—¿Ah, sí? —repuso Cowan con sorna—. Jamás lo habría imaginado. Bueno, tome asiento. Voy a cogerme un café, si no le importa, ¿sí?

Harper asintió y escaneó el diminuto espacio. Un grupo de butacas cómodas estaba junto a la ventana. Eligió una y se sentó, hundiéndose tanto que las rodillas casi le llegaron a la barbilla.

—Sí, son muy blandas. —El profesor volvió con su taza de café—. No sé por qué las compró la facultad. A los estudiantes les entra sueño y, francamente, es lo último que necesitan. —Se acomodó en una silla más firme.

—Muy impresionante que esté usted aquí un domingo —dijo Harper.

—Me encantan mis clases comunitarias. Le digo: ese maravilloso grupo de ahí fuera tiene más entusiasmo por el arte que todo un curso académico. Es lo que me mantiene en marcha, si le soy sincero —tomó un sorbo de café—. Entonces, ¿a quién está buscando?

—A uno de sus antiguos alumnos, Josh Fraser. Creemos que estudió diseño gráfico, pero dejó los estudios, eh, quizá hace más de un año.

Cowan pensó un momento, luego alzó la vista con sorpresa. —Josh Fraser. Claro que me acuerdo de él. Yo era su tutor personal. ¿Por qué quiere hablar con él? Espero que no esté metido en problemas.

—Ha habido un incendio en casa de sus padres y estamos intentando localizarlo.

—Dios. Anoche oí las sirenas y me pregunté qué habría sido. ¿Ha resultado herido alguien? ¿Está bien Josh?

—Creemos que podría estar en Australia de año sabático —continuó Harper, ignorando las preguntas del tutor—. ¿Sabe si es

así?

—En realidad fue hace casi dos años cuando dejó la universidad. Me temo que no sé dónde está ahora. Lo siento.

—¿Puede contarme un poco más sobre él?

—Era un alumno muy talentoso, con un potencial enorme. Algunas de sus obras, yo diría, incluso eran excepcionales. Pero estaba atormentado.

—¿En qué sentido?

—Oh, tenía muchísimos problemas personales. Parecía estar en guerra permanente con sus padres.

—¿Por qué?

—Nunca llegué a entenderlo. Hablé con ambos doctores varias veces. Mi impresión de ellos fue que eran padres atentos, amables, preocupados y tan perplejos como los demás ante el comportamiento y el estado mental de su hijo. Aunque probablemente era esa autodestrucción típica de finales de la adolescencia. Le iba todo ese rollo gótico, ya sabe. Era como si se hubiera leído el manual de estereotipos del artista autodestructivo.

—¿Tenía problemas con las drogas?

—Oh, sí, y con la bebida. Como le digo, de manual. Tuve que mandarlo a casa un par de veces cuando aparecía borracho perdido o colocado hasta las cejas. Pero era su relación con su padre lo que parecía alterarle más. Odiaba al padre. Le tenía una manía feroz. Pero cada vez que intentaba llegar al fondo del asunto, se cerraba en banda. Creo que tenía problemas por venir de un entorno de clase media, acomodado. Decía que su padre era un «capullo burgués», como lo describía a menudo. Trabajaba para el NHS.

—Eso es.

—Pero el hijo solo veía privilegios. También tenía unas teorías conspiranoicas propias de bachiller que no ayudaban. Así que lo dejó. A decir verdad, si no se hubiera ido, habríamos tenido que dar por terminados sus estudios. Era simplemente tan sumamente conflictivo y estaba afectando al rendimiento y al comportamiento de otros alumnos.

—¿Tenía algún amigo con el que podamos hablar?

—No que yo sepa. Se ganaba a la gente a lo grande. Y si salía con alguien, probablemente estaba tan fuera de control como él —pensó un momento—. Aunque estuvo en un grupo un tiempo. También era un batería más que decente . Otro de sus talentos.

—¿Tocaba por la zona?

—Sí, fui a verlos. Una especie de mezcla gótico-metal. Eh... —miró hacia la derecha, pensando—. ¿Cómo se llamaban? —Se tocó la frente—. «B-Moth». Eso es. Creo que tenían una base de seguidores bastante grande.

—¿Así que siguen tocando?

—Sí, creo que sí. Suelo ver su nombre en carteles por el campus. Pero me da que él también los dejó. —se detuvo de nuevo—. En realidad, pueden bajar al café de estudiantes en la planta baja. Hay un montón de carteles en el tablón de anuncios. Puede que encuentre las actuaciones de B-Moth listadas por ahí, entre todo ese caos.

—¿Ha mencionado teorías conspirativas?

—Oh, ya sabe, ese tipo de cosas: sociedades empresariales secretas que dirigen el mundo, medios que lavan el cerebro, toda esa parafernalia anticapitalista.

—¿Era anticiencia?

—Oh, sí. Esa es otra de las grandes en la lista de males de los locos de las conspiraciones.

—¿Y antimedicina?

—Yo diría que sí, desde luego.

—¿Así que otra posible razón por la que podría odiar a sus padres?

—En efecto. El tutor echó una mirada a la puerta.

—Perdone, no le quitaré mucho más tiempo. ¿Fue alguna vez violento?

—¿Violento? Dios, no. Era más blando que la mantequilla, a pesar de toda esa rabia y bravuconería. No creerá que ha tenido algo que ver con ese incendio, ¿verdad?

—¿Suicida? —apretó Harper el paso.

—Estaba enfadado. Deprimido, quizá. Y seguro que su hábito de beber y drogarse lo agravaba. Pero nunca expresó ningún

pensamiento o sentimiento suicida. Al menos a mí no. Como puede imaginar, aquí tratamos con no pocos jóvenes vulnerables y complejos. Así que tengo el ojo entrenado para detectar a quienes parecen estar al borde, ya sabe. Y si me preocupan, los derivo a nuestro servicio interno de asesoramiento. Son profesionales formados, de modo que están mejor situados para abordar asuntos serios. Le sugerí un par de veces que hablara con ellos, pero se negó sistemáticamente. —suspiró—. De verdad, qué desperdicio tan terrible. Un talento increíble.

—¿Cree que les importaría que les hiciera unas preguntas?

—¿El equipo de asesoramiento? —Harper asintió.

—No estoy seguro de que eso les haga gracia, si le soy sincero. Tienen acuerdos de confidencialidad con las personas a quienes ayudan. Creo que podrían preocuparse por cuestiones de vulneración de la confianza.

—Gracias, señor Cowan. Nos ha sido de gran ayuda. —Bueno, si logran dar con él, denle mis recuerdos.

Echó un vistazo a la puerta. Bueno, será mejor que vuelva antes de que el señor Murphy empiece otra vez a portarse mal con los alumnos.

—El modelo de desnudo. ¿Qué es lo que hace?

—De verdad no quiere saberlo —Cowan rió—. Mejor digamos que nunca pensé que el cuerpo humano pudiera

hacer algo tan extraño.

Harper volvió a hacer una mueca. Intentó levantarse de la silla.

—¿Quiere ayuda? —preguntó el tutor sonriendo.

—Otros diez minutos en esto y diría que definitivamente sí —Harper se puso en pie con esfuerzo y se alisó los pantalones del traje.

—Puede ir por ahí —el tutor señaló la puerta del fondo de la cocina—. A menos que, claro, quiera presenciar la contorsión imposible.

—Paso. Aquí tiene mi tarjeta. Si se le ocurre cualquier otra cosa, por pequeña que sea, por favor, llámeme. Es mi línea directa.

Cowan cogió la tarjeta y, con un asentimiento, volvió al estudio. Una carcajada atronadora salió por la puerta y él la cerró tras de sí.

Harper bajó de nuevo al atrio. El guardia ya no estaba en la recepción, pero vio la cafetería en una ampliación acristalada enfrente. Estaba animada con música y estudiantes charlando. El tablón de anuncios ocupaba todo el largo de la pared lateral. Estaba empapelado con flyers, carteles de «se vende» y pósteres de varios tamaños y descripciones. Una estudiante se acercó y clavó una tarjeta en el tablón.

—¿Puede ver un póster con la banda B-Moth en él? —preguntó Harper.

La estudiante lo miró de arriba abajo. —¿A usted le gusta B-Moth? —preguntó, incrédula.

—Sí — mintió Harper, sin demasiada convicción.

—Vale —la estudiante le ayudó a buscar. Unos momentos después, dio unos golpecitos en el tablón—. Aquí. Tocan en el Student Hub mañana por la noche. Batalla de Bandas.

—¿Dónde está eso?

—Aquí mismo. Quitan las mesas y montan un escenario allí. En realidad es un sitio bastante bueno. He visto a unas cuantas bandas aquí. ¿Es usted estudiante? —preguntó con expresión de incredulidad.

—Soy ojeador de A&R —respondió Harper, sin saber por qué estaba mintiendo ni qué estaba diciendo.

—¿No es un ojeador normalmente de fútbol?

—Sí, también hacemos eso. Nuestra discográfica es muy... eh... de amplio espectro.

—Vale, pues seguro que a las bandas les hará muchísima ilusión saber que hay un ojeador de fútbol en el edificio.

—Y de música —matizó Harper con poca gracia.

—Sí, claro —exhaló y volvió a su mesa. Harper echó una mirada alrededor del café y, a escondidas, desprendió el póster, lo metió en el bolsillo de la chaqueta y se dirigió a su coche. —Pues sí que ha ido bien —murmuró, negando con la cabeza.

Nueve

En el hospital, Bone llamó a la puerta del despacho del doctor Fraser. Respondió una mujer bajita, de pelo canoso, con un pulcro traje de pantalón. Estaba a punto de decir algo pero tropezó de lado contra el marco de la puerta. Bone la sujetó antes de que cayera. —Ay, vamos a sentarla.

—Estoy fuera de mí de la preocupación. Cuando he visto el incendio en las noticias esta mañana y luego él no ha venido a su primera cita...—Tomó dos o tres bocanadas cortas de aire.

—Soy el inspector jefe Duncan Bone de la comisaría de Kilwinnoch.—Ay, Dios mío. ¿Él... está bien?

Bone la condujo hasta una silla junto a la ventana y luego se sentó él mismo.—¿Cómo se llama, señora?

—La señora Ormond, Carol. Soy la secretaria del doctor Fraser.—¿Suele venir el doctor Fraser los domingos?

—Sí, desde que trabajo para él. Es de los pocos especialistas que lo hacen de buena gana.

—¿Y usted también trabaja los fines de semana, entonces?—Mientras me necesite, aquí estaré.—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para él?

—Desde hace mucho. Es un encanto...—Se mordió el labio inferior. —¿A qué hora lo esperaba esta mañana?

Las manos de la señora Ormond volvieron a temblar.—Dios mío, debe de haber estado dentro. ¿Y Katherine, su mujer? ¿Están los dos a salvo? Por favor, dígamelo.

—Apenas estamos en las primeras fases de nuestras pesquisas, señora Ormond. ¿Ha mencionado una primera cita?

—Sí, a las nueve y cuarto. No se presentó y he tenido que mandar al paciente a casa. Es muy poco habitual en él. En realidad, inaudito. No recuerdo la última vez que faltó a una cita. Por eso estoy fuera de mí.

—Entonces, ¿descartamos que se haya ido de vacaciones a última hora, o quizá haya habido una emergencia familiar o algo así?

—Bueno, sé que su hijo está en el extranjero en su año sabático, o como lo llamen ahora.

—¿Dónde está él?

—Lo último que supe es que estaba en algún lugar de Australia trabajando en una plantación de mangos o algo por el estilo.

—El doctor Fraser es especialista pediátrico, ¿verdad? —Sí. Prenatal y posnatal. Está considerado uno de los

mejores del país.

—¿El doctor Fraser expresó alguna preocupación sobre la seguridad en su casa o su seguridad personal? ¿Algo de ese estilo en los últimos días o semanas?

—¿Cree que alguien podría haber entrado a la fuerza y haber provocado el incendio a propósito?

—Como he dicho, todo esto son apenas indagaciones iniciales. Tenemos que hacer este tipo de preguntas.

Ella inspiró hondo. —Él es un... — empezó, con los ojos anegándose en lágrimas.

Bone metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó un paquete de pañuelos y se lo tendió.

Cogió uno y se dio toquecitos en los ojos. —Perdone, inspector. Estoy tan preocupada... El doctor Fraser es un médico maravilloso, y yo lo considero un amigo profesional.

—Entiendo que esto sea angustioso para usted. ¿Sería posible hablar con algunos de sus colegas y quizá con el jefe de la unidad de maternidad, su superior?

—Por supuesto, sí. Pero hoy muchos libran. El profesor Baird, el superior del doctor Fraser, está de permiso de paternidad en este momento.

—¿Tiene un número de contacto del profesor Baird y de los colegas del doctor Fraser, otros consultores, adjuntos, enfermeras, ese tipo de contactos?

—Por supuesto, sí. Es el profesor Patrick Baird, por cierto, y su título completo es director médico. El doctor Fraser es el jefe de pediatría.

—Si pudiera enviármelos, sería de gran ayuda. Sacó una de sus tarjetas del bolsillo y se la entregó. —Puede usar mi dirección de correo electrónico que figura al dorso. ¿Cuánto tiempo lleva el profesor Baird de permiso de paternidad?

—Unos cuatro meses. Pero en realidad ha estado de baja médica más tiempo, posiblemente camino de casi siete meses ya.

—¿Por qué es?

—Nadie lo sabe con exactitud, pero hay un consenso general en que se debe al estrés. Ha sido horrendo durante estos últimos años. Es como una epidemia; tantos están de baja o han abandonado la profesión por completo. No es solo el personal sanitario; también los administrativos y el personal auxiliar. Estamos literalmente de rodillas. Lo siento, probablemente para ustedes sea igual, ¿ verdad ? —No andamos muy lejos. ¿Y Katherine Fraser? ¿La conoce?

—La he visto en algunos actos y eventos, cosas así. Es una señora encantadora. Además, es la médica de cabecera de mi vecino de al lado. No tiene más que alabanzas para ella.

—Su consulta está en Burngreen, ¿es así? —Sí.

—El doctor Fraser no expresó ninguna preocupación sobre su salud, su bienestar mental ni nada por el estilo, ¿verdad?

—Se quejaba de estar sobrecargado de trabajo, pero no mucho, a diferencia de otros compañeros. Pero tiene una personalidad muy resistente. No recuerdo que haya estado nunca de baja. Rara vez se quejaba de la carga de trabajo. Si acaso, supongo que se preocupa demasiado por sus pacientes, si eso es posible. Esa sería probablemente su única pega, si puede llamarse así. Si estuviera sufriendo algún tipo de malestar mental, lo ha mantenido muy bien oculto para mí. Pero lo dudo. Lo dudo muchísimo.

—Bien, señora Ormond, eso es todo por ahora.

Le agarró del brazo antes de que pudiera levantarse. —Por favor, inspector, tiene que avisarme en cuanto sepa algo de él.

—Lo haré, señora Ormond. Se lo prometo. Pero, por favor, trate de no preocuparse. ¿Quiere que le ponga una taza de té o quizá alguno de sus compañeros pueda venir a hablar con usted?

—No, no. Usted tiene que seguir con lo suyo.—Lo miró, con los ojos suplicantes.—Solo encuéntrelo, inspector. Por favor.

Bone le dedicó una sonrisa tensa y se marchó, con sus palabras resonándole en los oídos.

Diez

Mullens condujo a toda prisa hacia Sunnyside, con la cabeza hirviendo de posibilidades, todas más negras que la anterior. ¿Se habría caído su padre y roto la cadera? ¿Se habría despistado y perdido? ¿Habría prendido fuego a su habitación? ¿Habría asesinado a un repartidor? Las posibilidades eran infinitas.

Entró en el aparcamiento y apenas se acordó de echar el freno de mano antes de salir de un salto. Cruzó las puertas principales a toda máquina, por poco no arrolló a una recepcionista sobresaltada.

—Oh, señor Mullens. Menos mal que está aquí —dijo la recepcionista al recobrar la compostura—. Su padre está hecho un cromo.

—¿Qué está pasando?

—Será mejor que hable con usted la doctora. —¿La doctora? ¿Está bien?—Ella señaló hacia las escaleras—. Tercera planta. La doctora le verá allí arriba.

Mullens atravesó la recepción y subió las escaleras de tres en tres. Arriba se quedó clavado, jadeando para coger aire. Un grupo de enfermeras estaba frente a una puerta de baño cerrada, hablando en voz baja y urgente. Y en medio, su bata blanca destacando sobre los pijamas pastel, una doctora alta y seria apretaba un portapapeles como si le fuera la vida en ello.

Alzó la vista cuando Mullens se acercó, con expresión grave. —¿Mark Mullens?

Mullens asintió con brusquedad. —¿Qué ha pasado? ¿Dónde está mi padre?

—Se ha encerrado en el baño. Esperamos que pueda convencerlo para que abra la puerta.

—¿Solo es eso? —Mullens soltó un hondo suspiro de alivio—. Joder. Por un momento he pensado...

—No, me temo que es algo más serio que eso. Se ha encerrado porque ha amanecido amarillo —lo cortó la doctora—. Creemos que es el hígado. Tenemos que hacerle pruebas, pero la ictericia no es buena señal. Mullens tragó duro, intentando asimilar la información. ¿Amarillo? ¿Qué demonios es eso? Hace un par de días estaba bien. Confuso y ofensivo como siempre, sí, pero físicamente...

—Estas cosas pueden aparecer de repente, sobre todo en las personas mayores. La doctora le puso una mano en el brazo. —Vamos a hacer todo lo posible. Pero primero, tenemos que sacar a ese viejo diablo de ahí. —Sonrió—. Antes de que suelte otra cosa que ofenda a medio país.

—Oh, no. ¿Qué? Espera, no me lo diga. Me lo imagino.

La doctora asintió con disculpas. —Es de otra época.

—Sí, de Parque Jurásico —suspiró Mullens—. Vale, vamos allá.

Afuera, junto al cuarto de duchas, podía oír a George sollozando y farfullando incoherencias.

—¿Papá? Soy Mark. Abre la puerta, ¿eh?

—¡Vete a la mierda! —gritó George desde el otro lado—. Papá, venga ya. Ya está bien.

—No voy a salir. Estáis todos intentando quitarme de en medio. —Nadie está intentando quitarte de en medio, papá. —Echó un vistazo a los médicos—. Aunque, por Cristo, no nos faltan ganas a todos —murmuró.

A una de las enfermeras se le escapó la risa. —Venga, papá.

Por fin sonó el clic de la cerradura y Mullens entró. Cerró la puerta a sus espaldas. George estaba desplomado en un banco al lado, completamente desnudo, con la piel del color de una pared manchada de nicotina.

—Oh, papá... —Mullens se arrodilló a su lado y apartó la mirada de las marchitas vergüenzas de su padre— ¿Qué es todo esto,

entonces?

—¡Me han convertido en un plátano, hijo! —aulló George—. ¡En un puto plátano!

—Eres muchas cosas, papá, pero plátano, lo que se dice plátano, no. Estás malo, nada más.

—¡Pero mírame! Si no soy un plátano, entonces soy un puto...

—¡Papá, no! —lo cortó Mullens antes de que cometiera otro delito.

—Te dije que me estaban echando unas pastillas de ji-ji en la comida, ¡y eran putas pastillas de plátano! Quiero irme a casa.

—Papá, esta es tu casa ahora. ¿Dónde está tu batín? —Mullens registró la ducha y encontró su albornoz tirado en el suelo—. Toma, ponte esto. Nadie quiere ver ese mini plátano. —Le echó el albornoz por los hombros a su padre.

—¿Dónde está tu madre? Apuesto a que se está partiendo de risa con su hombre plátano. —Se detuvo y una sonrisa se le dibujó en la cara—. Ahora que lo dices, siempre le gustó un poquito de fruta en el dormitorio. ¿Te conté alguna vez cuando...?

—Por Dios, papá. ¡No me hagas sangrar los oídos! —lo cortó Mullens, estremeciéndose.

George soltó una carcajada y luego volvió a ensombrecerse. —Se va a morir de preocupación por mí, hijo. Era de las que se comen la cabeza por todo.

Mullens tragó saliva. —Está con el crucigrama. Ya sabes cómo se pone si la molestamos. —Llevaba semanas usando la misma mentira y esperaba que George volviera a tragársela.

—Ay, Dios, sí, la Godzilla menopáusica.

Mullens suspiró. —Mamá sabe que estás en buenas manos aquí, papá. Los médicos te pondrán como nuevo, ¿eh?

—Supongo. Pero se lo dirás, ¿no? No quiero que se me agobie.

—Claro, papá. Se lo diré. Ahora vamos a levantarte, ¿vale? —Ayudó a su padre a ponerse en pie y le guió la mano hasta la manga del batín.

—¿A dónde vamos?

—De vuelta a la cama.

—Sí, y tú no deberías estar levantado a estas horas. Mañana tienes colegio. Espero que hayas hecho los deberes, muchacho.

—Ya me conoces, papá. — Mullens guiñó un ojo.

—Sí, pagar a tus colegas para que te los hagan, pequeño cabroncete.

—Exacto. —Mullens cogió del brazo a su padre y lo llevó despacio hacia fuera y de vuelta a los cuidados del personal sanitario.

En el despacho de la doctora, Mullens se preparó para lo peor.

—Sospechamos una obstrucción del colédoco — dijo la doctora—. Podrían ser cálculos biliares, podría ser un tumor. Tendremos que operar para estar seguros.

Mullens asintió, sin terminar de asimilarlo. —¿Quiere decir un quiste?

—Es posible, pero no lo sabremos hasta que echemos un vistazo más de cerca— dijo la doctora—. Pero, si le soy sincera, creo que tiene que prepararse para los escenarios más desfavorables. George tiene ochenta y seis. Me temo que las probabilidades de que sea algo simple son bajas. Pero vamos a ver y, a partir de ahí, decidimos. Paso a paso.

Mullens asintió con la cabeza, pero la mente se le puso a mil.

De vuelta en la habitación de George, Mullens se sentó en el borde de la cama. Su padre, casi invisible bajo las mantas, estaba ya a medias dormido. Una enfermera rondaba junto a su cabecera.

—Le hemos dado un poquito de sedante, que seguía bastante angustiado —susurró la enfermera.

—¿Está dormido?

—No, que no —masculló George—, así que nada de ponerme verde todavía.

—Vuelvo en un ratito, George, a ver qué tal va —dijo la enfermera.

—¿Quién es esa? — George la miró con fiereza.

La enfermera le dio unas suaves palmadas en la mano y se marchó.

Mullens acercó una silla. —La doctora dice que te tienen que operar, papá. Pero vas a quedar como nuevo después, ¿eh?

—¿El qué?

—Una pequeña operación.

—¿Me van a abrir en canal? —Sí.

—Putos gánsteres. ¿Me quedarán cicatrices? —Se pasó la mano por la cara.

—Sí, papá, olvídate de esa sesión de *Vogue* de la semana que viene. Claro que no, zoquete. —Eh, menos bocaza, jovencito. —Tomó una bocanada de aire y de repente volvió a perder la mirada —. ¿Dónde está tu madre?

A Mullens se le endureció el gesto. —Esta noche tiene reunión de chicas. —Tiró de su segunda mentira de salir del paso y alzó la vista, esperando que su padre picara.

—Ains, Dios mío. Se me olvidaba. Las brujas de Eastwick. ¿Están abajo?

Mullens exhaló. —Sí, así que mejor si les evitamos el camino, ¿eh?

—Ay, Dios, sí. Estarán ahí abajo ahora, removiendo su gran caldero de veneno.

—Más bien vodkas con tónica. No te preocupes, papá. Si vienen a por ti, yo las mantengo a raya.

—Eso está bien. —George le cogió la mano a Mullens y la apretó con debilidad—. Puedes ser un gilipollas integral, pero eres mi gilipollas integral.

—Gracias, creo — dijo Mullens.

—Tu madre y yo estamos muy... —Los ojos de George se cerraron y, al cabo de unos instantes, empezó a roncar suavemente.

—Orgullosos de ti —dijo Mullens—. Yo también, papá. Yo también, viejo cabrón.

Al salir de la residencia, con la mandíbula apretada y los puños cerrados, a Mullens le martilleaba una idea en la cabeza: fuera lo que fuera lo que estaba enfermando a su padre, se había metido con el hombre y la familia equivocados para intentar joderlos.

Once

Bone entornó los ojos ante el móvil: la app de Google Maps insistía en que había llegado a su destino. Pero, a no ser que el profesor Patrick Baird viviera en un atajo invadido por rododendros medio muertos, el cacharro inútil se estaba riendo a su costa, como de costumbre.

—Maldita tecnología —gruñó Bone. Dio marcha atrás con el Saab hasta el carril cercano, aparcó envuelto en una nube de humo de aceite y se puso en camino por el sendero, fiándose a regañadientes de su mapa rebelde. A través de los arbustos, llegó a un campo de juegos y divisó la parte trasera de una imponente mansión de piedra roja al otro lado: el palacete de Baird, supuso.

Siguió cruzando un campo de fútbol encharcado, con los zapatos chapoteando y resbalando en el barro. Al llegar a un muro a la altura del pecho, buscó una salida alrededor, pero parecía extenderse hasta el infinito en ambas direcciones, sin rastro de una puerta trasera. Comprobó el móvil de nuevo y la pantalla le gritó de vuelta: —Has llegado a tu destino.

Joder.

Tras una escalada más bien poco digna por encima del muro, Bone se encontró en un jardín impecablemente diseñado con céspedes inmaculados, topiaria recortada con arte y un estanque lo bastante grande como para albergar a Moby Dick.

Miró sus pies empapados y los pantalones del traje salpicados de barro y se sintió algo fuera de lugar en un entorno tan

primorosamente cuidado. Avanzó hasta la puerta trasera de la cocina y llamó. Nada. Asomó por la ventana, solo para ver una figura agachada en el suelo, forcejeando con algo o alguien fuera de su campo de visión.

Temiéndose lo peor, Bone aporreó el cristal. —¡Policía! ¡Abran!

La figura se echó hacia atrás, sobresaltada, con los brazos en alto y las manos manchadas de una sospechosa sustancia marrón. Se puso en pie de un salto y, momentos después, la puerta se abrió de golpe. Surgió la figura alta y encorvada del profesor Baird, con un bebé desnudo retorciéndose y refunfuñando en sus brazos.

—¿Pero qué demonios está haciendo? —exigió el director médico con la cara encendida, su acento edimburgués, pulido como el cristal, cortando el aire.

Bone hizo una mueca, tanto por los aires pijos como por el acre aroma que emanaba de las manos del hombre. —Perdone, profesor. inspector jefe Bone, de la Unidad de Delitos Rurales de Kilwinnoch.

Baird puso los ojos en blanco. —Enhorabuena, inspector. Acaba de interrumpir un cambio de pañal.—Lanzó una mirada torva. La niña le agarró las gafas al profesor y las estrelló con fuerza contra el suelo de azulejo.

Bone las recogió a toda prisa. —Perdón, me temo que se ha rajado una de las lentes. Se las devolvió.

Baird suspiró. —El tercer maldito par. Se las volvió a poner, pero le quedaron torcidas en la cara.

La niña soltó una risita e intentó arrebatárselas otra vez. —Suéltalo, Matilda —ordenó el director—, como si

intentara controlar un cachorro díscolo. —Bueno, ¿va a pasar o qué?

—Gracias —Bone se detuvo—. Perdone por los pies llenos de barro.

—Es lo que menos me preocupa ahora mismo. Baird se encogió de hombros y entró decidido.

Bone le siguió hasta una cocina antaño lujosa, ahora sembrada de platos sucios, armarios abiertos y una explosión de cachivaches de bebé. En el salón contiguo, Baird dejó a la niña retorciéndose en el centro de una alfombra de juegos, un halo de juguetes y bayetas

para los eructos rodeándola como un pequeño y ligeramente manchado Stonehenge.

—Disculpe el desorden —dijo Baird, arrodillándose para terminar de lidiar con el tsunami de caca—. Estoy de baja por paternidad y ha sido un poco caótico.

Bone asintió, inundado por recuerdos de los albores de la paternidad. —Sí, me acuerdo de esos días. Tornaditos de caos.

Baird tiró el pañal tóxico y puso a la niña sobre una alfombra de juegos de tela. Ella golpeó con entusiasmo los móviles que colgaban de un arco de lunares. —Así que supongo que esto va sobre Andrew. He visto en las noticias que ha habido un incendio en su casa. ¿Está todo el mundo bien? Bone se aclaró la garganta, intentando no tener arcadas con el persistente hedor de leche de fórmula digerida. —Estamos en las fases iniciales de nuestras pesquisas. —Y él no está herido, ¿verdad?

—Me temo que no puedo comentar por el momento.

—Vamos, inspector. A las claras: si está metido un inspector jefe, algo bastante catastrófico habrá pasado.

—Estamos intentando establecer los movimientos de los Fraser antes del incendio.

—¿Me está dando largas?

—Sí, me temo que sí —admitió Bone—. ¿Cuándo vio por última vez a alguno de los dos?

—Por si no se ha fijado, estoy de baja por paternidad. No he ido al trabajo en más de... bueno... un tiempo.

—¿Y desde entonces no ha mantenido ningún contacto con ninguno de los dos doctores?

—En absoluto. He estado bastante liado. Mi mujer tuvo un embarazo y un parto difíciles, y sigue con problemas, así que hemos estado a tope, o, más bien, mis manos, cubiertas de caca, sobre todo.

—Y la última vez que vio a Andrew Fraser, ¿en qué calidad fue ese encuentro?

—¿En qué calidad? —frunció el ceño Baird—. Ambos asistimos a una reunión sobre las propuestas para un nuevo centro de investigación en el hospital.

—¿Cómo estuvo el doctor Fraser en la reunión? —En su línea, tan vociferante como siempre.

—¿En qué sentido?

—Tiene opiniones muy firmes sobre cómo debería funcionar el NHS y en qué se deberían gastar los recursos limitados.

—Entonces, ¿estaba en contra del centro de investigación?

—No en contra, pero sus prioridades suelen ser muy distintas de las de la dirección del hospital.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando con el doctor Fraser? —Le conozco desde hace casi ocho años, desde que se incorporó al hospital como médico en formación. Ascendió rápidamente hasta convertirse en jefe de pediatría.

—¿Y su relación siempre ha sido sólida? —Hemos tenido nuestros momentos a lo largo de los años, sí. —¿Así que le resultaba difícil de gestionar?

—Me está poniendo palabras en la boca —frunció el ceño Baird —. Hemos tenido nuestros desacuerdos, sí: financiación, personal, la burocracia habitual del NHS, pero eran discusiones profesionales sobre cuestiones y desarrollos complejos que requerían mucha reflexión y cuidado. Con eso vienen el debate y el desacuerdo. Es práctica normal.

—¿Esos desacuerdos llegaron alguna vez a trascender a sus vidas personales?

El profesor se puso rígido. —¿Qué insinúa?

—No insinúo nada, señor. Solo trato de reunir todos los hechos.

A Baird se le cayó el alma a los pies. —Nuestra conversación empieza a preocuparme seriamente. Andrew Fraser es un clínico y cirujano excepcional, y un colega valioso. No tengo más que respeto por él. Pero mis temores por su bienestar van en aumento. Por favor, inspector, tranquilíceme y dígame que Andrew sobrevivió al incendio.

—Tenemos preocupación por ambos. Estamos investigando la posibilidad de que no estuvieran en casa cuando se produjo el incendio. El doctor Fraser no se ha presentado a sus citas esta mañana. ¿Existe alguna posibilidad de que los dos doctores se hubieran ido de vacaciones de última hora o a un congreso?

—No que yo sepa. No creo que Andrew haya faltado un solo día de trabajo en su vida.

—Eso ha dicho su secretaria. También ha mencionado que estuvo usted de baja antes de coger la baja por paternidad.

—Sí, ¿y qué?

—No es mi intención entrometerme, pero ¿podría decirme por qué? —No es que sea de su incumbencia, pero tuve que coger unos días por estrés. Había estado trabajando demasiado, y luego, cuando mi mujer se puso muy mala en la última etapa del embarazo, todo se complicó bastante. Así que decidí dar un paso atrás, hacer balance, para tener fuerzas mentales y físicas suficientes para apoyar a mi mujer.

—Siento oírlo. Percibiendo la incomodidad evidente de Baird, Bone cambió de tema. —¿Y no ha tenido contacto con la doctora Katherine Fraser?

—Solo nos hemos visto en actos y fiestas de Navidad. Ese tipo de cosas.

—No tendrá por casualidad un número de contacto de ella, ¿verdad?

—¿Y por qué iba a tenerlo? —replicó el director—. Apenas conozco a esa mujer.

—De acuerdo, como le decía, estamos explorando todas las vías para intentar localizar a ambos.

—Todo esto es muy siniestro —Baird negó con la cabeza—. Andrew no actúa de forma imprevisible ni irracional. No se iría por ahí tan pancho sin informar a su secretaria o a sus compañeros.

—¿Cómo describiría la relación de los Fraser?

—Casados, felizmente, por lo que he visto. —¿Y no había tensiones entre ellos?

—Si las había, probablemente yo sería la última persona en quien Andrew confiaría. Como he dicho, nuestra relación era estrictamente profesional, y lo mismo se aplica a su mujer.

La niña empezó a llorar. Tenía el dedo del pie enganchado en uno de los ositos colgantes.

—¿Cómo te las has apañado? —preguntó Baird, y le soltó con cuidado el pie de su estrangulamiento temporal. La niña siguió

llorando. —Ya ha tenido bastante. Necesita a su madre.

—No le quitaré mucho más tiempo, señor. ¿Alguna vez le mencionó amenazas o malos tratos por parte de pacientes o de sus familias?

Baird chasqueó la lengua. —El abuso al personal del NHS está en niveles epidémicos, pero el doctor Fraser es un profesional consumado. Ha salvado incontables vidas, de madres y bebés. Es muy respetado dentro del hospital y en la comunidad médica en general. La gente le quiere, ¿sabe?

Se le quebró la voz al profesor y pestañeó con rapidez. Bone asintió con simpatía, dándole un instante para recomponerse.

—Lo siento. Es todo bastante impactante e intenso.

Bone se aclaró la garganta, preparándose para el rechazo. —Una última pregunta. ¿Dónde estaba anoche, sobre las dos y media?

Baird se puso de pie de un brinco. —Aquí mismo, intentando calmar a una recién nacida con cólicos, mientras mi mujer lidiaba con dolores y problemas posparto arriba, en la cama. Que es donde debería estar la niña ahora.

—Gracias por su tiempo. Le dejo con ello. Y espero que su mujer se recupere pronto.

Los berridos de la niña fueron en aumento. —Ya me sé el camino.

Baird gruñó, cogió a su atribulada hija y la meció en sus brazos, pero los alaridos continuaron. Bone puso pies en polvorosa hacia la puerta principal y volvió a su Saab, con el hedor de excremento infantil pegado a su traje. Subió al coche y llamó a Baxter.

—Sheila, ¿puede hacer unas comprobaciones sobre el profesor Patrick Baird, director médico del Stirling Royal? Es el jefe del doctor Fraser.

—¿Qué tengo que buscar?

—Cualquier cosa que indique una relación problemática con su personal, y con el doctor en particular. Por lo visto, no se llevaban bien. Hay algo en él que no termina de cuadrarme.

—De acuerdo, entendido, aunque dice usted eso de casi todo el mundo.

—Una desconfianza insana hacia la humanidad. Una de las muchas y maravillosas ventajas del oficio.

Colgó y, con un suspiro nervioso, giró lentamente la llave de contacto. El motor tosió al arrancar y se sacudió como si intentara recuperar el aliento.

—Esa es mi chica. —Le dio unas palmaditas al salpicadero y, con cariño, consiguió que entrara la primera.

Doce

Walker se quedó mirando el teléfono, con el dedo suspendido sobre el botón de llamar. A lo largo de los años había comunicado su buena ración de malas noticias, pero nunca se volvía más fácil. Y menos cuando el destinatario estaba en otro país, a kilómetros del apoyo de su familia y sus amigos. Inspiró hondo y marcó el número. La línea hizo un clic y quedó en silencio. Estaba a punto de colgar cuando empezó a sonar.

—¿Sí? —respondió una voz de mujer, con un deje español inconfundible.

—¿Eliza Collins?

—Eh... sí. ¿Quién es?

—Soy la inspectora de policía Rhona Walker de la comisaría de Kilwinnoch, en Escocia.

Hubo una pausa, una inspiración brusca. —¿Cómo?

—Inspectora de policía Walker de...

—La he oído, pero esto... ¿Tiene que ver con mi hermana? ¿Está bien? ¿Mi hermana, Katherine Fraser?

Walker cerró los ojos. —Por eso la llamo, señora Collins. Me temo que ha habido un incendio en casa de su hermana.

—¿Está... está bien? Quiero decir, ¿están todos bien? —Temo que es muy grave. Los bomberos están en el

lugar ahora.

—¡Dios mío! ¿Está bien? —repitió la señora Collins, con la voz cada vez más aguda, dejándose ganar por el pánico. Walker apretó

el teléfono con más fuerza. —Estamos esperando noticias de nuestro equipo forense, pero me temo que es probable que su cuñado, el doctor Andrew Fraser, haya quedado atrapado en el incendio.

—¿Está... está herido? ¿Y mi hermana? No ha mencionado a mi hermana.

—Ha habido un varón fallecido en la vivienda, pero aún no hemos podido identificar formalmente quién es.

—¿Pero y mi hermana? ¿Dónde está? —saltó la señora Collins.

—Todavía no hemos conseguido localizar a su hermana, señora Collins. No había rastro de ella en la vivienda.

La línea volvió a quedar en silencio, salvo por el sonido de una respiración entrecortada. Walker esperó, dándole un momento a la mujer para asimilar la noticia devastadora.

—¿Hola? ¿Señora Collins? ¿Sigue ahí?

—Yo es que... no puedo asumir esto. ¿Qué ha pasado? —roncó la señora Collins, con la voz quebrada.

—Lo siento mucho, señora Collins.

—Hablé por teléfono con Katherine hace un par de noches. ¿Dónde está? ¿Qué está haciendo? ¿Qué está pasando?

—Esperábamos que usted pudiera ayudarnos con eso —dijo Walker con suavidad—. ¿Le ha comentado algo sobre ir a verla a usted, o algún lugar en el que pudiera estar y donde pudiéramos buscarla? ¿Alguna amiga? ¿Familiares que tengan en la ciudad o...?

—Tiene muchos amigos. Es médica de familia. Desde luego puedo darle algunos nombres si eso ayuda a encontrarla.

—Nos vendría muy bien. Gracias. ¿Y qué hay de familiares en la zona? Nos han informado de que su hijo, Josh, está en Australia. ¿Sabe si eso es correcto?

—Dios mío, ¿Andrew ha muerto? —por fin cayó en la cuenta.

—Como he dicho, aún no hemos identificado formalmente a la víctima. ¿Tienen su hermana y usted familiares en Escocia o en el Reino Unido? —Walker apartó de nuevo a la señora Collins del borde del abismo.

—Nuestros padres fallecieron, así que... y no tenemos tíos ni abuelos, nada de eso. Solo estamos nosotras dos.

—¿Y el hijo?

—Sí, está por ahí, buscándose a sí mismo al otro lado del mundo.

Walker tomó notas en su iPad. —¿Entonces su hermana no le mencionó nada raro o extraño que estuviera pasando en la casa cuando la llamó? ¿Algún posible robo en la calle o en el barrio? ¿Quizá algún problema en el trabajo o un paciente conflictivo, algo por el estilo?

—No, nada. Entonces, ¿ha sido un robo? ¿Alguien ha hecho esto adrede?

—Lo siento, tengo que preguntárselo, señora Collins. ¿Su hermana se llevaba bien con su marido? ¿No había problemas matrimoniales, nada de eso?

—¿Cree que él hizo esto?

—Solo estamos explorando todas las posibilidades.

—Por supuesto que no. Eso es de locos. Se querían mucho... —se le quebró la voz y se le escapó un sollozo—. No me lo puedo creer. Andrew. ¡Dios mío!

La línea hizo un clic y se cortó. —¿Señora Collins?

Walker se llevó el teléfono al oído, pero la línea emitía un pitido continuo. Volvió a llamar, pero nadie contestó. Lo intentó de nuevo.

—¿Hola, señora? —respondió una voz nueva, con un acento español más marcado, de más edad.

—Sí. ¿Está la señora Collins? —Perdón, ella... está muy triste. —¿Quién es usted?

—Soy su amiga de al lado.

Walker oía a la señora Collins sollozar al fondo.

—¿Puede asegurarse de que esté bien? —¿Cómo? ¿Perdone? Mi inglés no es bueno.

—¿Puede ocuparse de ella? Cuidarla. Probablemente esté en shock.

—Shock. Sí. Muy terrible. Le diré que puede llamar cuando quiera.

Los sollozos desgarradores de la señora Collins se intensificaron.

Walker exhaló.

—Tengo que... me voy ahora, —dijo la vecina. —Sí. Gracias.

Walker colgó, con la mano temblándole levemente. Cerró la libreta de un golpe seco y soltó maldiciones una y otra vez hasta que

se le pasó la rabia por la devastación que estaba causando quienquiera que hubiese hecho esto.

Trece

En la comisaría, el sargento Brody detuvo a Bone en el pasillo. —Ah, ya está aquí, señor. El inspector jefe forense Cash Cash quiere verlo.

—Por favor, no me diga que tengo que volver a ese cuento de terror otra vez.

—No, está aquí. Han vuelto a traer a la víctima. —Joder, eso ha sido rápido.

—Dijo que tenían que trabajar deprisa porque, al estar la casa entera tan inestable, el cuerpo y cualquier prueba valiosa podían haber quedado enterrados bajo toneladas de escombros calcinados.

—Por no mencionar a nuestros agentes. —Desde luego.

Bone soltó un suspiro. —Y yo que pensaba que hoy ya podía darlo por terminado.

—Ya quisiera —Brody bufó—. A buenas horas.

—¿Hay alguien arriba? —Todos se han ido a casa, creo.

—Bien. Mañana van a necesitar tener todos los sentidos bien despiertos. —Bone se dirigió a las escaleras del sótano.

—Un momento, señor. He visto al inspector jefe forense Cash antes en la cantina. Creo que aún está allí. Y un aviso: tiene pinta de estar otra vez con uno de sus episodios —susurró Brody con una sonrisa torcida.

Bone encontró a Cash solo en la cafetería del personal, desierta, desplomado sobre su café, mirando la mesa como si guardara los secretos del universo.

—Buenas tardes, Frank —dijo Bone, acercándose—. ¿O debería decir buenas noches?

Cash alzó la vista. —Duncan. —Intentó una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Siempre es un placer, nunca una obligación.

Bone se deslizó en el asiento de enfrente. —No sueles venir por aquí. No creía ni que comieras ni que bebieras. Bueno, quizá sangre.

—Muy gracioso. —El ceño de Cash se acentuó; no estaba para sus pullas habituales.

—¿Todo bien?

Cash se encogió de hombros. —Solo unos cuantos dramas domésticos. Nada que deba preocuparte.

—Venga, cuenta. Ya sabes de sobra que soy el rey de los dramas domésticos.

—Mi mujer me ha dejado —dijo Cash con frialdad.—¿Qué?

—Se ha ido. Se acabó. Ha puesto pies en polvorosa. —Hizo un gesto, como un avión despegando con la mano—. La forma en que me describió fue... espera, déjame recordar sus palabras exactas... «La persona más taciturna, negativa y deprimente que he conocido», y que ojalá me hubiera mandado a paseo en la primera cita cuando tuvo ocasión.

Bone intentó reprimir una sonrisilla. —Si te soy sincero, igual no le falta razón.

—Gracias por eso. Cash frunció el ceño.

—¿Por eso estás aquí hasta tan tarde, ahogando las penas con café de cantina?

Cash soltó un hondo suspiro. —Me ha echado de casa. —Así que *ella* te deja, pero *tú* eres el que se tiene que ir.

—Exacto. He estado durmiendo aquí, en la comisaría.

A Bone se le arquearon las cejas. —¿Dónde? No me digas que en la morgue.

—Dame un voto de confianza. Tengo una cama plegable en el almacén junto a mi despacho. —Cash negó con la cabeza—. Soy el rey de las relaciones jodidas, Duncan. Ni idea de por qué Alice te ha aceptado de vuelta después del infierno por el que la hiciste pasar.

—Ya te digo, colega. Nos ha costado un huevo de trabajo llegar a donde estamos ahora. ¿Has intentado hablar con tu mujer?

¿Escucharla de verdad?

—Un poco tarde para eso: ha cambiado la cerradura —murmuró Cash.

—Nunca es demasiado tarde. Tienes que sentarte, cerrar esa boca tuya y dejar que ella hable. Escucharla de verdad. Luego pídele perdón, de corazón. Se dará cuenta si solo haces el paripé.

Cash resopló con desdén. —¿Qué, me estás sugiriendo terapia matrimonial? ¿La inutilidad de intentar encontrar sentido y conexión en un universo indiferente abocado a la entropía y al olvido?

Bone soltó una risita. —Con esa actitud, milagro que no te haya dejado antes. Hablo en serio: la terapia nos ha ayudado muchísimo a Alice y a mí.

—Creo que prefiero irme otra ronda con nuestro amigo churruscado de la bolsa —dijo Cash. Apuró la taza y se puso en pie. —En fin, ¿necesitabas la actualización sobre la víctima del incendio?

Bone alzó una mano. —Espera, Frank. No puedes soltarme esto y luego largarte.

—Agradezco tu preocupación, Duncan, pero no debería haberte molestado con esto. Tenemos trabajo que hacer.

—El trabajo puede esperar un minuto. Así, no le sirves a nadie, y menos a ti mismo.

Cash soltó otro suspiro, dejándose caer de nuevo en la silla. —¿Qué quieres que diga? Que soy un desgraciado que ha torpedeado lo mejor que le ha pasado en la vida. Mea culpa, mea máxima culpa.

—Admitirlo es el primer paso —dijo Bone con suavidad—. Pero no puedes recrearte en la autocompasión. Tienes que pasar a la acción, hacer cambios. Demostrarle que estás dispuesto a remangarte.

—Ni siquiera sabría por dónde empezar —murmuró Cash.

—Para eso está la terapia. Te da el arranque, un espacio neutral para gritaros el uno al otro. Créeme, ella probablemente necesite hacer eso más que tú.

Pide cita, aunque al principio no quiera ir contigo. Demuestra que vas en serio con arreglarlo.

Cash guardó silencio un buen rato. —Supongo que podría mirarlo —dijo al fin—. Sin prometer nada, eso sí.

Bone sonrió. —Así me gusta. No puedes simplemente dejar... ¿Cuántos años llevas casado?

—Veintidós el mes que viene.

—Jesucristo. Lo digo en serio. Esto es demasiado importante como para quedarte aquí compadeciéndote. Ponte en marcha.

—Eres un matón, lo sabes, ¿no?

—Sí, y voy a estar encima de ti hasta que sepa que al menos has intentado con todas tus fuerzas darle la vuelta a esto.

Cash asintió.

—Bien. Una decisión sensata. Y recuerda: si necesitas hablar o una patada más en el culo, pégame un toque. Dios sabe que tú me has aguantado despotricando sobre mis miserias maritales unas cuantas veces. Llámalo karma si te hace sentir mejor.

—Visto así —dijo Cash, con la comisura de la boca amagando una sonrisa—. Gracias, Duncan. —Se puso en pie otra vez—. vamos a ir a saborear el olor de un fracaso humano más.

Bone puso los ojos en blanco y siguió a Cash hacia la salida.

En la sala de reconocimiento, se acercaron a una mesa cubierta con una lona de plástico gris. El hedor acre de carne carbonizada mezclado con vapores de gasolina le golpeó las fosas nasales a Bone, y tuvo que luchar contra las arcadas.

—Ya te dije que era bastante penetrante —dijo Cash, calzándose unos guantes.

Bone asintió, sin fiarse de su voz.

Cash acercó una lámpara cenital con ruedas y miró a Bone, con los ojos muy abiertos.

—¿Listo?

—Lo estaré todo lo que pueda —murmuró Bone tras la mano. Cash retiró la sábana, dejando a la vista un grotesco amasijo de extremidades ennegrecidas, una caja torácica carbonizada y un cráneo desollado, en un grito mudo congelado. Bone exhaló despacio, intentando calmar el cuerpo.

—El incendio fue increíblemente intenso —explicó Cash—. La mayor parte del cuerpo ha quedado consumida. Y luego está esto, escondido bajo el cuerpo. —Se inclinó, sacó una bandeja de debajo de la mesa de reconocimiento y la dejó en una encimera adyacente.

—Sí, eso. ¿Qué diablos es?

—Un embudo de acero, presumiblemente para ayudar a verter gasolina por la garganta de la víctima hasta el estómago. Hemos encontrado restos de un tubo derretido dentro de la cavidad torácica. Puedes ver lo que queda colgando aquí. —Cogió una espátula y dio un toquecito al pegote derretido que colgaba de la mandíbula inferior de la víctima—. La concentración de daños en el abdomen sugiere la presencia de cantidades importantes de acelerante. Gasolina sin plomo, para ser exactos.

—¡Santo Dios! —Bone se llevó la mano a la boca.

—He hecho unas pruebas. Es del tipo de goma que se usa en los extintores, pero la ferocidad del infierno de llamas consiguió derretirla también.

—Con razón no queda nada.

Cash asintió. —Pero es un poco chapucero si lo piensas bien. La gasolina necesita una chispa, oxígeno para inflamarse.

Llenar un estómago con ella es más probable que cause ahogamiento o intoxicación que combustión espontánea. Una vez que el fuego prende, sin embargo, el combustible saldrá y avivará el infierno.

—¿Así que esto era más una declaración que un método eficaz de asesinato?

—Posiblemente. Un poco ingenuo, pero no por ello menos brutal.— Cash fue hasta un armario de almacenaje y sacó una bandeja. —Un par de cosas más. Recuperamos esto alrededor de los restos, lo más probable, muñecas y tobillos.— Sostuvo en alto una bolsa con espirales de alambre. —Como sospechaba, acero galvanizado. Usado para sujetar a la víctima, atada a esa silla de madera dura.

—Así que definitivamente no fue suicidio.

—El tubo más bien lo descartaba, ¿no te parece? —Qué bastardo asqueroso.

—La degradación del ser humano sigue sin freno.— Cash suspiró. Abrió una segunda bolsa y sacó con unos alicates un anillo. Lo sostuvo bajo una lámpara con lupa. —Alianza de platino. Mira la inscripción.

Bone entornó los ojos ante la imagen. —«A mi querido Andrew, siempre mío».

—Creo que podemos afirmar con seguridad que el doctor está muerto.— Cash suspiró.

—Pero ¿dónde está su mujer?

—Desde luego, no en el fuego. Hemos registrado la casa y no hay rastro de un segundo cuerpo.— Cash sacó una última bolsa de pruebas con una caja ennegrecida por el hollín. —Encontré esto cerca del cuerpo. Una caja de caudales, con cierre de combinación.

Bone la examinó. —¿Alguna posibilidad de conseguir abrirla? ¿eh?

—Me tomé la libertad de contactar con el fabricante y nos proporcionaron un código universal. He pensado esperar a tu visto bueno, eso sí.

—Su proximidad a al cuerpo la convierte en prueba clave. Ábrela de una.

Cash marcó con cuidado el código. La cerradura hizo clic y levantó la tapa. La bandeja del dinero estaba vacía, pero debajo yacía un único cuadrado de cartulina. Con unas pinzas, Cash lo levantó y le dio la vuelta para revelar una fotografía desvaída de un bebé en una incubadora.

—Recién nacido prematuro — dijo Cash—. —Muy malito, por lo que parece.

Bone se quedó mirando la imagen, la mente a mil. —¿Por qué iba Fraser a guardar esto bajo llave? Debe de haber asistido cientos de partos.

—¿Un secreto de culpabilidad, quizá? ¿Un desliz que acabó en un hijo? ¿O uno que perdió por negligencia?

Bone negó con la cabeza. —¿Puedes fechar la foto? —Se la mandaré a Digital. A ver qué pueden hacer.

Cash devolvió los objetos a sus bolsas. —Enviaré copias a Harper. A ver si nuestro hechicero tecnológico puede descubrir algo más.

—Bien. Y Frank... cuando quieras, ¿vale?

Cash le sostuvo la mirada y asintió. —¿A lo hecho, pecho, eh? —Prométeme que no le dirás eso jamás, ¿de acuerdo? —dijo Bone, y cerró la puerta a su espalda.

Ya en el pasillo, se detuvo para llenar los pulmones de aire e intentar limpiarse el hedor que aún le atoraba las fosas nasales. Vio a Harper al fondo, echando monedas en una máquina de bebidas.

Se acercó sigilosamente por detrás. —¡agente Harper!

Harper se dio la vuelta de golpe, perdiendo medio vaso de sopa de pollo color vómito. —Dios, señor. Casi que...

—¿Te la ibas a beber? Puedes darme las gracias luego por salvarte la vida. ¿Qué haces aún aquí?

—Cuando Mark y yo hemos ido a la iglesia metodista esta mañana para entrevistar a los vecinos, un tal señor Harker nos ha dado la tarjeta SD de una cámara de visión nocturna que tiene apuntando a la ventana trasera de su casa.

—¿Cómo?

—Nada siniestro, más bien todo lo contrario, pero suerte para nosotros. Pensó que existía la posibilidad de que su cámara hubiese grabado algo anoche.

—No me digas que has abandonado a tu preciosa prometida y una cama cálida y acogedora para tragarte horas de metraje.

—Eso es, por desgracia, sí. —¿Has encontrado algo?

—Ah, bueno.— Se detuvo. —Ven a verlo por ti mismo.

Harper miró los posos de la papilla polvorienta en el fondo de su vaso de poliestireno y lo tiró a la papelera. Subieron por las escaleras de vuelta a la sala de incidentes.

En el escritorio de Harper, el joven detective despertó la pantalla. —He pasado rápido por el archivo de la tarjeta SD. Estas cámaras de visión nocturna se activan con movimiento. La marca de tiempo arriba a la derecha te indica en qué momento de la noche estamos.

Hizo clic en el archivo y apareció una vista en blanco y negro desde la buhardilla de Harker.

—Puedes ver que la lente es bastante gran angular y capta el jardín trasero del número siete de Harker, el de las hermanas Finnieston en el cinco, y el borde del de los Fraser.

—Un poco rarito, ¿no te parece? —Bone puso cara.

—Harker es pajarero, y estaba intentando captar lechuzas cazando en su jardín. La luz nocturna es invisible para las aves, así que no las asusta, pero la cámara las capta nítidas, como si fuera de

día. Si lo muevo un poco más, verás que no fue una lechuza lo que cazó la cámara, desde luego.

Bone se acercó más a lapantalla.

—Esto es la una y cincuenta de la madrugada, aproximadamente cuarenta minutos antes de que entrara la llamada al nueve-nueve-nueve.

La puertecilla del número siete se abrió y salió una figura sombría, se detuvo y atravesó un hueco en la valla hacia la propiedad de los Fraser.

—¿Han mirado hacia aquí un segundo? ¿Arriba?

—Sí. Deja que lo intente otra vez — Harper hizo retroceder la grabación y la figura volvió a aparecer en la puerta. —Justo... ¡ahí!— Pulsó el botón de pausa, capturando a la figura echando un vistazo hacia la cámara.

—¿Es algún tipo de máscara que le cubre la cara?

Harper tecleó y la figura se agrandó. Desplazó el centro del encuadre y lo amplió, pero la imagen se pixeló en exceso. La redujo un poco.

—Yo diría que es un pasamontañas negro con solo los ojos asomando.

—Da mal rollo. Bone se echó hacia atrás.

—La luz nocturna rebota en la parte posterior de laretina. Pero sí, no es un aspecto agradable en absoluto. —¿Qué hora es ahí?

—La figura desaparece por la puerta de los Fraser a la una y cuarenta y ocho de la madrugada, exactamente.

—Tiene que ser nuestro asesino, ¿no?, ¿verdad?

—Demasiado pronto para un cartero, y una ruta muy rara para el lechero —dijo Harper—. Ya he mandado esto, junto con las imágenes del radar de velocidad, a Digital. Con suerte, mañana nos mandarán algo con mejor calidad.

—¿Podría enviar eso al resto del equipo y, cuando vuelva mejorado, si es posible, hacerle llegar una copia al super? Querrá verlo. Creo que puede estar por la labor de difundirlo al público para acelerar la investigación. Permítame que lo plantee yo primero, eso sí.

—Por supuesto.

Bone asintió. —Buen trabajo, Will.

—Gracias, señor, pero este es el tipo de cosas que me encantan; estoy en mi salsa, la verdad.

—Se da cuenta de que posiblemente es lo más triste que he oído nunca, ¿no? Saque su culo concienzudo de aquí ahora mismo y deje de dejarnos en evidencia a todos estos viejos inútiles.

—Señor.— Harper apagó el ordenador y cogió sus cosas.

—En serio, Will. En la próxima ronda de ascensos, propondré tu nombre.

—No fastidie.

—Espera, no, es broma. Eres una mierda —soltó Bone con cara de póker—. Por supuesto. Ahora eres mucho más que un simple agente. Y, siendo sincero, vas a necesitar el dinero extra para cuando, después de esa boda, empiecen las carreras nocturnas de emergencia a por pañales.

—¿Bebés? No lo creo. Todavía no, de todos modos. —Oh, ya veremos. Bone sonrió.

—Gracias, señor. Guau. No me lo esperaba...— Harper se detuvo. —Pero ya sabe lo que eso implica, ¿verdad?

—¿El qué?

—Que ya no tengo que aguantar más mierda de Mark. —¿Está de broma? Todos tenemos que aguantar mierda de él. Eso es algo que no se acaba nunca, sea cual sea el rango.

—Buenas noches, señor — dijo Harper y se fue.

Con una última mirada a la pizarra de la investigación, Bone apagó las luces y salió detrás de él.

Mientras conducía de vuelta a casa de Alice, de repente se acordó del mensaje de McKinnon de esa mañana.

—Ah, joder.

Miró el reloj y se preguntó si sería demasiado tarde para pasarse por su casa. Pero al ver un apartadero próximo, metió el Saab y dio la vuelta rápidamente.

Catorce

A unas millas de Kilwinnoch, Bone llegó a una hilera de casas ruinosas de canteros que parecían haber vivido tiempos mejores. Volvió a comprobar la dirección y entrecerró los ojos hacia el minúsculo y decrépito piso sobre una tienda tapiada. El rugido incesante del tráfico a lo largo de la carretera principal era casi ensordecedor, un ataque constante a los sentidos.

—Cristo, McKinnon —masculló Bone y subió la escalera estrecha y endeble hasta la planta superior, cada peldaño crujiendo bajo su peso—. Más vale que sea importante.

Golpeó con los nudillos la puerta desconchada; escamas de pintura cayeron flotando al suelo con el impacto. Durante un buen rato no hubo respuesta. Justo cuando Bone estaba a punto de llamar de nuevo, se oyó el raspado de una cerradura. La puerta se abrió con un quejido, dejando ver un rostro casi irreconocible.

Colin McKinnon, por lo general tan pulido y impecable con sus trajes caros y el pelo engominado, parecía un hombre al borde del colapso. Tenía los ojos enrojecidos, las mejillas hundidas y cubiertas de barba a parches. La que antaño fue una camisa impecable le colgaba del cuerpo, manchada y arrugada.

La irritación inicial de Bone se suavizó al reparar en el aspecto demacrado de McKinnon. —Virgen santa. Estás hecho una mierda.

Un destello del viejo McKinnon asomó en aquellos ojos apagados. —Siempre tan encantador, inspector jefe Bone. Pasa. Tengo algo que enseñarte.

Bone le siguió al piso, ignorando el desorden y el hedor del abandono. —Eso dijiste en tu mensaje. ¿De qué va todo esto y por qué la invitación a tu casa?

McKinnon lo condujo hasta un escritorio abarrotado, donde la pantalla de un portátil brillaba débilmente.

—He recibido un correo electrónico esta mañana, —dijo McKinnon, con la voz ligeramente trémula.

Bone se inclinó, entornando los ojos hacia la pantalla. El mensaje era breve y estremecedor:

Public Enquiry Now for Kelly Dobson, and Katherine Fraser sale libre e ilesa.

—¿Qué es esto?

—Es del correo público del *Chronicle*, donde la gente nos puede enviar historias o pistas. Los correos nuevos me llegan automáticamente.

—¿Y la dirección del remitente? —preguntó Bone, con la mente a mil.

McKinnon negó con la cabeza. —Solo pone desconocido. —¿Alguna idea de quién es esa Kelly Dobson?

—Ni idea.

Bone lo miró con escepticismo. Aquel poco característico arranque de altruismo del periodista, normalmente despiadado, hizo sonar las alarmas en su cabeza.

—¿Qué piensas hacer con esto?

—No pienso hacer nada, pero conociendo al

Chronicle, es posible que alguien más lo esté siguiendo.

—Vamos, McKinnon. ¿De qué va esto de verdad?

—Jesucristo. Va de que te estoy entregando esto a ti

porque he visto ahí el nombre de Katherine Fraser y he pensado que podría ser importante, —replicó McKinnon—. —Podría ser alguna broma macabra, de todas formas. Ese buzón está inundado de mierda así todo el tiempo.

—Pues necesitaremos acceso al buzón y al servidor del *Chronicle*.

—No estoy seguro de que eso os sirva de nada. Tienen toda clase de cortafuegos sofisticados y cifrado para garantizar la privacidad y, si viene de una VPN, que es lo más probable al ser una

fuente anónima, diría que vuestras posibilidades de rastrearlo son menos que cero.

—Tenemos que intentarlo.

—Y luego, por supuesto, está nuestro queridísimo redactor jefe que no va a estar muy por la labor de dejar que la policía local huronee en los archivos y carpetas del periódico.

Bone descargó el puño sobre el escritorio. McKinnon dio un salto.

—¡Eso es ocultar pruebas vitales! ¡La vida de una mujer corre un peligro real!

McKinnon alzó las manos. —Lo sé. Por eso te pedí que vinieras. Ojalá no me hubiera molestado a estas alturas.

—No me lo trago. ¿A qué viene este cambio de personalidad, McKinnon? ¿Cuál es tu ángulo aquí?

McKinnon estalló. —Que te jodan, Bone. No todo es una conspiración. Igual solo estoy intentando hacer lo correcto por una vez en mi miserable vida.

Bone soltó una risa cínica. —¿Hacer lo correcto? Qué gracioso, viniendo de un carroñero como tú. ¿Cuántas vidas has arruinado con tus reportajes basura? ¿Cuántas veces has retorcido la verdad para ajustarla a tu propia agenda?

McKinnon le sostuvo la mirada un instante, con los ojos llenos de furia. Pero luego el rostro se le quebró. Se desplomó en la silla, con la cabeza entre las manos, y sollozó. Bone se quedó allí, sorprendido y avergonzado por aquella súbita exhibición de emoción de su némesis.

—¿Qué te ha pasado, McKinnon? —preguntó Bone, con la voz suavizada.

McKinnon alzó la vista, los ojos rojos y hinchados. —Nada. Esto ha sido un error. Lárgate, joder.

—Está claro que no es nada. Venga.

McKinnon respiró hondo varias veces. —Desde lo del embalse... Desde que esa zorra psicópata intentó ahogarme... no he vuelto a ser el mismo. Las pesadillas, los flashbacks, la sensación constante de pavor... Estoy perdiendo la cabeza, Bone.

Bone se sentó a su lado, con la comprensión asomando. —Eso es TEPT, Colin. Y te destruirá a menos que te enfrentes a esos

demonios de frente.

McKinnon negó con la cabeza. —No puedo. Estoy acojonado. Tengo... tengo estos pensamientos oscuros.

Bone se inclinó hacia adelante. —Sigue. Está bien.

McKinnon tragó con dificultad. —Sobre... sobre hacerme daño. Acabar con todo. Yo nunca quise nada de esto. No puedo seguir viviendo así.

Los ojos de Bone se abrieron de par en par. —Jesús, McKinnon. Es jodidamente horrible, pero sé por lo que estás pasando. Y créeme, solo va a ir a peor si no te enfrentas a ello y lidias con ello. Tienes que encontrar la manera de dejar de tenerle miedo.

McKinnon dejó escapar una risa temblorosa. —Más fácil decirlo que hacerlo.

Bone se encogió de hombros. —Esa es la gracia de la maldita cosa. Pero es necesario. Necesitas ayuda profesional; terapia, psicoterapia, medicación... lo que haga falta.

McKinnon bufó. —¿Y qué? ¿Volcar mi alma ante un desconocido? ¿Dejar que me destripen la cabeza? No, gracias.

Bone suspiró. —Lo entiendo. Yo me sentí igual durante mucho tiempo. ¿Por qué iba a dejar que alguien entrara aquí, si yo ni siquiera quiero estar aquí —señaló con un toque la cicatriz de su sien—?

—Pero créeme, ayuda. He estado yendo a un grupo de apoyo para el TEPT. Está lleno de gente como nosotros, personas que han visto y experimentado cosas que nadie debería tener que vivir. Marca la diferencia hablar con gente que entiende. Yo estaba muerto de miedo la primera vez que fui. Pensé que a lo mejor, no sé, me iba a descomponer del todo, o que les cogería manía a todos los que estaban allí porque eran iguales que yo. Y alguna vez fue así. Poco a poco, noté que la niebla empezaba a levantarse y que la intensidad del miedo, de la rabia, remitía. Me salvaron, Colin. Y a ti también te salvarán, si les dejas.

McKinnon guardó silencio un buen rato. —No lo sé.

—Solo piénsalo. Y mientras tanto, no hagas ninguna estupidez, ¿de acuerdo? Aunque me llenaría el corazón de gozo desenfrenado que lo hicieras.

McKinnon alzó la vista, y Bone sonrió.

—Y si crees que podrías, llámame. Lo digo de verdad, Colin.

McKinnon asintió, secándose los ojos. —Nunca pensé que vería el día en que el inspector jefe Duncan Headbanger Bone fuese mi terapeuta personal.

Bone soltó una risilla. —Ya, bueno, yo tampoco pensé que vería el día en que me jugara la vida para sacar tu triste culo de un coche que se hundía. Y no olvidemos el boca a boca. Me debes una bien gorda, McKinnon.

McKinnon consiguió esbozar una sonrisa débil. —Supongo que sí. Gracias. Gracias, Bone. Por... por todo.

Bone se puso en pie. —Dios, creo que esta bromance puede ser peor que cuando nos arrancamos tiras de la piel el uno al otro — se dirigió a la puerta—. Acuérdate: yo he estado ahí y va a mejorar.

Con eso, salió al sucio hueco de la escalera, la puerta se cerró a su espalda con un clic rotundo. Exhaló, y los recuerdos de aquellos tiempos más oscuros le inundaron en ráfagas veloces. En el Saab, reenvió rápidamente el correo de McKinnon a Gallacher y al equipo con una breve explicación. Luego tomó la vía cobarde y le mandó un mensaje a Alice para decirle que tenía que volver a la cabaña para ocuparse de más problemas con el tejado. Necesitaba estar rodeado de agua fría para intentar frenar el expreso desbocado que seguía desbarrando por su cráneo.

Quince

De camino hacia Loch Gillan, Gallacher le devolvió la llamada, así que para cuando llegó allí, tenía el cerebro bien frito de verdad. Pero al entrar en el pueblo, con la luz moribunda del atardecer aún suspendida en el cielo, la carga de la investigación se fue deslizando poco a poco de sus hombros. La serenidad de las montañas del fondo le ofrecía una fuga momentánea de las honduras oscuras de la investigación. Aparcando junto a su cabaña, se fijó en que la puerta principal estaba de par en par. Se bajó del coche.—¿Hola?— Se acercó a la entrada, la puerta oscilando con la brisa. Estaba a punto de entrar cuando una figura saltó del tejado de la cabaña y aterrizó justo delante de él. Instintivamente, Bone lanzó un puñetazo para defenderse, pero la figura se escabulló y su puño pasó de largo, sin llegar a darle.

—¡Eh, Duncan! El hombre retrocedió tambaleándose antes de que Bone soltara otro.

—¿Junior? —dijo Bone sorprendido—. ¿Qué diablos estás haciendo?

Junior, el «personaje» del pueblo, se plantó ante él, con los brazos en alto a modo de defensa.—¿Qué coño te piensas? Gordon me ha mandado para arreglar el puto tejado. Menudas gracias, tú.

—Jesús, perdona, tío. Me has sobresaltado. No deberías saltar así justo delante de un policía. Te lo estás buscando.

—Ah, o sea, que ni gracias ni nada, ¿y encima me merezco una paliza? —bufó Junior.

—Bueno, muchas gracias. Esta mañana ha sido un caos.

—Por suerte para ti, ha escampado. Tres o cuatro de las jodidas tejas han salido volando. Y, cómo no, de la parte más jodidamente puñetera de tu tejado. Solo Dios sabe dónde están ahora. Lo tenías a punto de inundarse.

—Dime cuánto te debo... —Se fijó en la vestimenta de Junior—. ¿Y esos lederhosen?

—Tengo toda la ropa en la colada, y esto es lo único que he encontrado al fondo del armario.

Bone alzó una ceja.—Igual es una pregunta tonta, pero ¿por qué unos lederhosen?

Junior se encogió de hombros, con expresión desconcertada.—Ni idea, tío.

Negando con la cabeza, Bone le ofreció a Junior una copa, pero este trepó de nuevo al tejado como una araña ágil y reanudó las reparaciones. Instantes después, asomó la cabeza por encima del canalón.

—Ya me acuerdo. Gané una carrera de monte en Múnich hace unos años. Los pantalones fueron el segundo premio, pero el subcampeón no los quiso.

—No me explico por qué. Último grito en Kilwinnoch ahora.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No, no. Eres un marcador de tendencias, Junior. —Gilipollas.

Bone soltó una risita.—¿Y cuál fue el primer premio, entonces?

—Tanta cerveza como pudiera beber. La única razón por la que me apunté.

—Sin duda dejaste al país seco —dijo Bone.

—Hice lo que pude —sonrió Junior, y volvió a desaparecer.

Dentro de la cabaña, Bone se frotó las sienes palpitantes, la migraña intensificándose con cada martillazo desde arriba.

Desesperado por un respiro, Bone se cambió rápidamente de ropa, se puso el bañador y bajó por el sendero hasta la playa. Las aguas frías del loch lo llamaban, prometiendo una tregua temporal para su dolor. El agua estaba en calma, una lámina de vidrio que se extendía hasta la línea del horizonte y las luces lejanas y tenues del pueblo de Balhuish.

Dejó caer la toalla y se metió en el agua, cuyas heladas aguas le sacudieron el cuerpo mientras nadaba mar adentro por la bahía. Con cada brazada potente, la tensión y la angustia fueron disolviéndose poco a poco, sustituidas por una sensación de claridad y enfoque.

Nadó hasta que los músculos le dolían y los pulmones le ardían, llevándose al límite del agotamiento. Por fin, se puso boca arriba, flotando en paz. Alzó la vista hacia el último estallido del sol, que pintaba el cielo con una asombrosa paleta de naranjas y rosas profundos. Pero su momento de meditación fue efímero; un silbido agudo rasgó el aire tranquilo. Bone se giró

en el agua para ver a Junior haciendo señas desde la orilla.

—¡Tu teléfono! —gritó.

Con un suspiro resignado, Bone regresó nadando a la orilla. Salió del agua, pero de Junior no había rastro. Escudriñó la playa.

El chico pelirrojo apareció al otro extremo. El mismo niño que llevaba semanas persiguiéndole en sueños. El chico levantó los brazos y le hizo señas a Bone. Bone se contuvo. Pero las llamas envolvieron las manos del chico y se propagaron rápidamente por los brazos. El chico sonrió y volvió a llamarlo.

El pánico le atravesó el pecho a Bone. —¡No!

Corrió a toda velocidad sobre los guijarros, con los pies resbalando, el corazón golpeándole las costillas. Se acercó al punto y se lanzó, intentando desesperadamente agarrar al chico. Pero cuando sus manos hicieron contacto, la figura llameante se transformó, y Bone se estrelló de lleno contra Junior.

El impacto los mandó a ambos al suelo, con arena y piedras volando en todas direcciones. Se quedaron quietos un instante, enredados. La mente de Bone seguía sumida en la confusión.

La carcajada estentórea de Junior rompió el silencio.—Joder, Duncan. Estás mandando unos mensajes de lo más contradictorios aquí. Primero quieres darme una paliza de cojones, y ahora intentas quitarme los lederhosen. Aclárate de una puta vez, tío.

Se desenredaron, y Bone se puso en pie a trompicones.—Lo siento muchísimo... He pensado... Da igual —negó con la cabeza, tratando de alejar de su mente aquella visión perturbadora.

—Solo intentaba decirte que tu móvil ha sonado tres veces. He pensado que podría ser importante.

—Gracias —dijo Bone con tímida incomodidad. —¿Bueno? —¿Bueno, qué? —Junior se encogió de hombros.

—¿Mi teléfono?

—Oh, yo no quería ni tocarlo, ya sabes; pensé que igual la poli creería que lo había robado.

—¿Y cómo iban a saber que no era yo?

—Oh, no me vengas con eso. Vosotros podéis rastrear cualquier cosa, ¿a que sí? —preguntó Junior con nerviosismo y alzó la vista, como si escanease el cielo en busca de un dron espía.—¿Quién te crees que somos, Misión Imposible? Vamos tan pelados que aún estoy esperando una grapadora que pedí hace ocho meses.

—Ach, vale. Está arriba en la cabaña. —Junior suspiró, con un alivio palpable.

Tiritando y desorientado, con la cabeza aún martilleándole, Bone volvió a la cabaña y comprobó sus llamadas. Tres de Alice. Vaciló un momento y luego llamó.

—¿Todo bien? —preguntó cuando ella contestó.—Sí, ¿por qué?

—¿Me has llamado tres veces? —No yo.

—Pues, es tu número. —Qué raro.

—¿Llamada accidental?

—No, mi móvil está junto a la tele... —se detuvo—. —Espera —dijo Alice, y un segundo después, el auricular hizo clac.

—Hola, papá —respondió Michael.— Ah, ¿has sido tú quien me ha llamado?

—Sip. Solo quería decirte que voy por el nivel cinco de *Kill Zone 3*.

—¿Cinco? ¿Cómo demonios has hecho eso? —Soy un puñetero genio.

Alice reprendió a Michael de fondo.— Ups, he dicho un taco —susurró Michael.

—Pues, te voy a pisar los talones en cuanto... —¿Estás bien, papá?

—Me acabo de dar un baño y necesito una ducha caliente. —¿Vas a volver a casa mañana?

—Por supuesto, y ahora que vas por el nivel cinco, en fin, el guante está echado, amigo mío, y vas a pagar el puñetero precio.

Michael soltó una risita.— ¡Papá lo ha dicho también! —gritó hacia su madre.

El auricular hizo clac otra vez, y Alice volvió.— Perdona. ¿Estás bien?

—Sí, solo un poco de frío. Ha sido agradable hablar con él. —Él te echa de menos, Duncan. Los dos te echamos de menos.

—Lo sé. Arreglaré las cosas aquí y mañana por la noche estaré de vuelta.

—¿Lo prometes?

—Al cien por cien. Se me ha acabado el papel higiénico, así que...

—No suena que estés muy bien.

—No, es que se me están helando hasta los cojones.

—Encantador. Vale, te dejo. Hasta mañana —dijo Alice con un deje de advertencia.

—Yo también os echo de menos a los dos.

—¡Por fin! —Alice suspiró y colgó el teléfono.

Tras una ducha larga, Bone se sirvió un whisky y se dejó caer en un sillón, buscando consuelo en la voz del alma de Billie Holiday, elevándose suavemente desde su viejo tocadiscos Dansette. Cerró los ojos, deseando que la imagen inquietante del chico se desvaneciera de su mente. De repente, el rostro del chico apareció ante él y susurró un escalofriante «¡Bum!»

Bone dio un brinco hacia atrás, volcó el sillón, derramó el whisky y se estrelló contra el Dansette. La aguja del disco chirrió por el plato.

—¡Joder!

Se levantó a trompicones y fue al dormitorio. En el rincón más alejado de un armario atestado, escondido tras un revoltijo de cajas y viejos expedientes, había un mueble con llave. Bone sacó la llave del bolsillo y lo abrió, revelando una única carpeta abultada.

Con un hondo suspiro, sacó la carpeta, la llevó de vuelta al salón y la dejó sobre la mesa. Se sirvió un buen trago de whisky; el líquido

ámbar chapoteó contra el vaso antes de calmarse y se acomodó en su sillón de nuevo. La etiqueta de la carpeta le devolvía la mirada.

Los asesinatos Cucú-tras.

Con un hondo suspiro, dio otro trago de whisky y la abrió.

Al pasar la primera página, se estremeció; los recuerdos del ataque regresaron con una claridad visceral: el calor abrasador de la explosión, la metralla desgarrando su carne, el dolor atroz que había engullido toda su existencia.

Se frotó distraídamente la cicatriz de la sien, los restos físicos de la devastación que Cucú-tras había causado en su vida y en su familia. Sacudió la cabeza y se concentró en la carpeta, hurgando entre los papeles hasta que una pequeña fotografía en blanco y negro, sin borde, planeó sobre la mesa.

La cogió, frunciendo el ceño. Era un retrato familiar granuloso de Cucú-tras y sus padres alineados en una estancia destartalada. Objetos extraños colgaban de las paredes. Animales y aves despellejados, de diversas formas y tamaños, pendían por el cuello de unas vigas bajas.

Bone estudió al chico que se convertiría en un asesino, pero no había ningún parecido. Su apariencia no era la de Cucú-tras. Acercó la foto a la lámpara y se dio cuenta de que el borde izquierdo estaba ligeramente torcido. Paseó el dedo por él. Estaba áspero en comparación con los demás. Era como si hubieran arrancado con cuidado una sección. En la esquina inferior, se veía lo que parecía un zapato y la pernera de un pantalón. Había otra persona en la foto.

—¿Quién es ese? —Se devanó los sesos, repasando el árbol genealógico disfuncional y psicótico de los Meiklejohn, pero no logró recordar ningún otro pariente ni hermano.

—¡Maldito seas, Meiklejohn! —soltó, colando la foto entre las páginas y golpeando la carpeta al cerrarla.—¡Basta!

La migraña empeoraba por momentos. Tropezó hasta el cuarto de baño y se tomó un par de co-codamol, su última línea de defensa. Desnudándose deprisa, apagó la luz del dormitorio, se dejó caer sobre la cama y, con un suspiro hondo y largo, cerró los ojos y cayó fulminado en segundos, roncando tan fuerte que las vibraciones hicieron temblar el vaso junto a la cama.

Diecisiete

El teléfono de Bone le despertó de mala manera. —¡Jesucristo! —Se tanteó debajo del montón de prendas abandonadas junto a la cama y lo cogió.

—¿Inspector jefe Bone? — preguntó una voz. —¿Quién es?

—Soy el jefe de bomberos Gregor Tennant. Siento llamar tan tarde... o tan pronto, supongo.

—¿De qué se trata, jefe?

—Uno de los del equipo ha comentado que se recuperó un embudo metálico en la escena.

—¿Y bien? — dijo Bone, aún irritado por haber despertado—. Eso me ha puesto todas las alarmas a sonar.

—¿Por qué? — Contuvo un bostezo.

—Hace nueve años, cuando trabajaba en el parque de bomberos de Selkirk, hubo una serie de ataques incendiarios. Tres incendios en seis meses, y todos con un modus operandi muy similar.

Bone se enderezó, de repente en alerta. —Siga.

—El incendiario era un extremista de derechos de los animales. Scott Scanlon. Treinta y pocos, algo solitario. Apuntaba a gente a la que consideraba 'torturadores de animales'—médicos, investigadores, farmacéuticas. Cualquiera implicado en la experimentación con animales.

—¿Qué hay de parecido en el MO?

—Entre los enseres recuperados en la escena de los incendios había un artilugio de embudo y manguera y galones de gasolina

como acelerante.

La voz de Bone se tensó. —¿Mató a alguien? — —No, los investigadores pensaron que igual se acobardó, pero su intención estaba clara, y parece que por fin se ha vuelto lo bastante loco como para hacerlo. Scanlon es un cabrón enfermo. Cuando los detectives le apretaron las tuercas, se puso a despotricar sobre limpiar el mundo del mal. Ya se lo digo: un tarado de tomo y lomo.

Bone frunció el ceño. —¿Por qué ha tardado tanto en contarme esto?

—No supe lo del embudo hasta anoche, cuando hablé con uno de los del equipo. He intentado quitarle hierro al asunto, sabiendo que el incendiario seguía cumpliendo su condena. Pero algo no me cuadraba. Así que, solo por quedarme tranquilo, he llamado a un antiguo compañero en Jedburgh. Habíamos acudido juntos a aquellos incendios.

—¿Y?

—Me dijo que a Scanlon lo habían puesto en libertad antes de tiempo. Buena conducta, si es que puede creérselo. En la calle, tras cumplir solo ocho años de una condena de diez por múltiples incendios provocados y tentativa de asesinato. Absolutamente tremendo. El vigilante al que saqué de uno de sus fuegos tuvo suerte de sobrevivir.

Bone maldijo por lo bajo. —Entonces, ¿sigue viviendo Scanlon en Jedburgh?

—No tengo ni idea, y mi compañero tampoco tenía ni pajolera idea. Debería hablar con el director de la prisión de Selkirk. Allí tendrán sus expedientes, evaluaciones psicológicas, planes de libertad, todo. Podría darle una pista de adónde ha ido o de qué está tramando.

—De acuerdo. Gracias por el aviso, jefe. Esto podría ser una pista importante.

—Aquí, desvelado a medianoche, haciendo mi trabajo de siempre —bromeó Tennant—. Espero que atrape al cabrón. Y si es él...

—¿Sí?

—Asegúrese de que se haga justicia. Como es debido. Hombres así no cambian. Solo aprenden a esconderse mejor.

Bone colgó y llamó a Walker. Iba a ser otro día largo.

Dieciocho

Al llegar a la sala de incidencias, Bone se sorprendió al encontrar a Baxter ocupada en su mesa. Miró su reloj.

—Jesús, Sheila. Se supone que el insomne soy yo. Ni siquiera son las siete.

—Duermo bien, señor. Bueno, dormía, hasta que acabé casada con un fartón de mediana edad cuyo ronquido podría competir con las prospecciones de prueba en los yacimientos del mar del Norte. Y entonces me quedo allí tumbada, volviéndome poco a poco loca, y para cuando me doy cuenta, ya he vuelto aquí, mirando informes del caso y ese gesto de sorpresa en esa cara tuya, señor —paró para coger aire—. Pero he llenado la cafetera, así que algo es algo.

Bone se sirvió un café y arrimó una silla. —Aparte de las prospecciones, ¿estáis bien los dos?

—Oh, sí, tirando. Y en más de un sentido. Siempre está detrás de mí para que me jubile y hagamos las maletas para perdernos en algún gîte de Bretaña o algo así. Pero aunque mi cara no lo parezca la mayor parte del tiempo, en realidad me encanta lo que hago. Pero por el amor de Dios, no se lo digas a Mark.

—A falta de una expresión mejor, estaríamos totalmente jodidos sin ti, Sheila. Nos habrían cerrado, metido en naftalina y pasado la apisonadora para hacer sitio a la administración hace años.

Baxter sonrió. —No, tranquilo. Que se largue a su gîte. Yo estoy bien aquí. Y igual hasta duermo algo, con suerte. Aunque ahora que

hemos añadido una situación con rehenes al caso, no creo que vaya a pasar pronto.

—Hablando del rey de Roma. ¿Algo sobre el incendiario? —Bone señaló a su monitor.

—Pues sí, cosas muy interesantes, la verdad. Pero por si aún no lo has visto, ha llegado el informe inicial del investigador de incendios.

—¿Y?

—El fuego se inició en el salón, en estrecha proximidad a la víctima. Se confirma el uso de gasolina como acelerante. El incendio se propagó rápidamente por toda la vivienda, favorecido por la presencia de más acelerante.

—Vale. Ya lo tenemos confirmado. ¿Y qué hay de ese pirómano?

—El señor Scott Scanlon, varón de cuarenta y dos años, con domicilio registrado en el número diecinueve de Causeway Road, Jedburgh, fue condenado por múltiples ataques incendiarios durante un periodo de seis meses, hace ocho años.

—Tenía antecedentes por dos delitos similares cuando era adolescente, pero le redujeron la condena porque se declaró culpable y fue evaluado psicológicamente con una fijación por el fuego. Básicamente, un chalado de prender mechas. No hubo víctimas mortales, por suerte. Pero en su tercer ataque un vigilante de seguridad sufrió quemaduras graves.

—¿Algo tangible que lo vincule con nuestros incendios aquí? —preguntó Bone.

—Iba a eso. Era miembro de un par de grupos animalistas conocidos por la unidad antiterrorista por su conducta extrema y por tramar ataques a centros médicos, empresas, propiedades y personas relacionadas de cualquier modo, manera o forma con la experimentación animal.

—La información lo vinculó a una organización concreta que estaban vigilando, SAT, o Stop Animal Torture. Pero sus declaraciones también incluyen un amplio repertorio de teorías de la conspiración de lo más variopintas con las que se desató durante el contrainterrogatorio. Sus objetivos incluían al responsable científico de un laboratorio farmacéutico; una unidad de almacenaje de

fármacos, ahí fue donde quemaron al vigilante; y la casa de un profesor de medicina ya jubilado que había sido un defensor a ultranza de las pruebas con animales.

—Fraser encaja con el modus operandi —dijo Bone.

—En la unidad de almacenaje, los investigadores de incendios y los equipos forenses descubrieron tres bidones vacíos de gasolina de cincuenta litros. Todos los inmuebles habían sido rociados con el combustible, utilizándolo como acelerante para provocar los incendios. Así que sí, los ataques son similares. Cuando por fin lo pillaron y lo interrogaron, fue cuando empezó a soltar soflamas sobre vengar la muerte de todos los animales asesinados.

—Hay una conexión aún más significativa, eso sí, con la propia Kilwinnoch, o más precisamente con Lennoxfield. Su hermano, Craig Scanlon, reside en la unidad residencial de cuidados Lennoxfield.

—¿Una residencia de ancianos?

—Una unidad de cuidados paliativos para enfermos terminales.

—¡Dios santo! —exclamó Bone—. Ahí está nuestro vínculo. Tenemos que encontrar a ese tipo cuanto antes. ¿Han ido agentes a ver a su hermano para comprobar si ha estado en contacto?

—Vi este vínculo familiar hace media hora, pero desde luego puedo organizarlo.

—¿Y qué pasa con SAT? ¿Siguen activos? —Ah, sí, ese es el pelo en la sopa. —Siempre hay por lo menos uno.

—Acabo de recibir un correo de la unidad antiterrorista, que ha confirmado que el grupo ya no está activo.

—¿Has hecho todo eso esta mañana?

—Sí, me ha sorprendido que alguien de Antiterrorista cogiera el teléfono.

—Igual ellos también duermen con una morsa encima?

Baxter soltó una risita y continuó: —Tras los ataques de Scanlon y hacerse pública su afiliación, detuvieron y condenaron a dos líderes por múltiples allanamientos, daños, amenazas, lo que quieras. Y ahí se acabó lo de SAT. Pero dijeron que nada impide que individuos tomen la justicia por su mano, y que a pesar de la «reprogramación» de Scanlon en prisión, puede que siga siendo capaz de más ataques.

—¿Y esa Kelly Dobson que se menciona en el correo de McKinnon?

—He mirado si aparecía alguna Kelly Dobson en los registros de Scanlon, quizá una activista de derechos de los animales detenida con él, pero de momento no he encontrado ningún vínculo.

Su conversación se vio interrumpida cuando la puerta se abrió de golpe y entró Walker.

Bone se volvió. —La madre que me parió. ¡Tú también! Ahora no vayas a pensar que vais a sacar nada de horas extra de los culos apretados de la central, si es eso lo que buscáis —Bone sonrió.

—Buenos días a todos —dijo Walker—. Recibí tu mensaje anoche. ¿Crees que ese pirómano, Scanlon, está detrás del correo críptico que le enviaron a McKinnon?

—Es de cajón si miras su perfil. Pero el correo es raro y muy específico. No es el típico grito de guerra fanático por los derechos de los animales, como cabría esperar de su pasado radicalizado.

—¿Habéis pedido un rastreo?

—Está en el servidor del *Chronicle*, así que para cuando consigamos una orden, o mejor dicho, *si* la conseguimos, y Digital intenta reventar su seguridad, nuestro pirómano podría haber matado a media docena más. Y creo que el asesino lo sabe.

—Entonces, ¿qué le ha dado a McKinnon este ataque de bondad humana de repente?

—Eso me preguntaba yo también — asintió Baxter—. Larga y triste historia. Bone puso los ojos en blanco.

Walker se acercó a su mesa y se desabrochó el anorak.

—Ni te molestes en quitártelo —dijo Bone, deteniéndola—. Tenemos que ir a la unidad residencial de cuidados Lennoxfield lo antes posible.

—¿Qué está pasando?

—Te pongo al día por el camino.

—Actualizo el panel del caso, jefe —dijo Baxter. Bone echó un vistazo a la maraña de líneas, flechas y fotos.

—¡Dios santo! En cuanto estoy fuera de servicio, te metes en toda clase de cosas, ¿a que sí, Sheila? — Se acercó a echar un vistazo rápido. Se rascó la cabeza. —Este caso tiene horas de vida y

mira esta maldita telaraña enredada — golpeó el panel—. ¿Algo sobre el jefe de Fraser, ese tal Baird?

—Directivo sénior en el hospital desde hace doce años. Se ocupa de un montón de asuntos de primera línea relacionados con la financiación, la falta de recursos y demás. Como resultado, es bastante figura pública. El hospital parece enviarlo fuera cada vez que hay una crisis.

—Entonces, ¿día sí, día no? —bromeó Walker—. Pero no hay esqueletos en el armario que yo vea... de momento, juego de palabras no pretendido.

—Vale. Asegúrate de que las bellas durmientes estén al tanto de esto cuando lleguen, Sheila.

—Señor —dijo Baxter, añadiendo otro encabezado al mapa mental.

—Bien. Vámonos.

Walker salió disparada hacia la cafetera, echó un trago en una taza y se lo bebió de un trago.

—Vale, ya he repasado depósitos. —Siguió a Bone hacia la salida.

En el vestíbulo, el sargento de mostrador Brody estaba de rodillas junto a una mujer mayor, con la cara enrojecida, sentada a un lado. Respiraba con dificultad entre sorbos de un vaso de agua.

—Ah, inspector jefe Bone — lo llamó Brody y le guiñó a Bone un ojo rápido y furtivo—. Esta señora quiere hablar con usted. —Se volvió hacia ella—. Tiene información sobre los incendios, ¿es correcto?

—Sí —jadeó la mujer—. No podía esperar más. —Asomó la mirada por la puerta principal—. Pero empiezo a arrepentirme de haber bajado. Ese aguacero de ahí fuera casi me tira de culo. Y luego una jovencita maleducada prácticamente me ha perseguido escaleras arriba.

—Lo siento muchísimo —dijo Bone, y se sentó junto a ella. —Sí, la prensa es una puñetera molestia. Tómese su tiempo y recupérese con calma. Soy el inspector jefe Bone, y esta es mi compañera, la inspectora Walker. —Miró de nuevo a Brody—. ¿Puede bajar a poner

orden ahí abajo? Hágales saber que, si no se comportan, los moveremos al final de la calle. O mejor todavía, los encerraremos a todos y tiraremos la maldita llave. —Sonrió a la mujer—. ¿Cómo se llama, señora?

—Soy la señora Conroy, Helen. Vivo enfrente de la casa de los Fraser. —Exhaló—. Vaya lamentable estado de cosas. —Resopló.

—Bien, así que le ha dicho a nuestro sargento de mostrador que tenía información —prosiguió Bone.

—Sí. Yo sé quién provocó el incendio.

—Pero yo...

—Tómese su tiempo. No se preocupe. —Le puso la mano en el brazo.

—Solo me da un poco de miedo señalar con el dedo, pero sé exactamente quién ha sido, y para serle sincera, no me sorprende lo más mínimo.

—De acuerdo. Creo que deberíamos hablar de esto en privado. ¿Se encuentra bien para ponerse en pie?

Le dio a Bone su agua y él la tomó del brazo y la ayudó a levantarse.

—¿Sería posible hablar con su compañera? ¿Es la inspectora Walker?

—Por supuesto. Ningún problema en absoluto — dijo Bone.

—Llámame Rhona —dijo Walker, cambiando de sitio con Bone y empujándolo con juego hacia un lado. Condujo a la mujer, deshecha, despacio a través del arco de seguridad.

—Yo me encargo de lo otro —dijo Bone. Walker asintió y siguió pasando.

El sargento Brody iba a medio tramo de escaleras vociferando a un mar de periodistas nerviosos y gesticulantes, objetivos de cámara y grabadoras amontonándose en la verja.

Bone salió a los escalones de la comisaría de Kilwinnoch y se unió al sargento Brody, que se las veía y se las deseaba para mantener a la prensa fuera de la entrada.

—¡Si no os echáis para atrás, voy a ordenar que venga la unidad antidisturbios para dispersaros con cañones de agua y gas pimienta! —gritó Brody, con la cara de un rojo que chocaba horriblemente con su uniforme.

En cuanto la prensa vio a Bone, el frenesí se intensificó. Empujaron y se abrieron paso a codazos, lanzando preguntas sobre el incendio. ¿Había sido un accidente o provocado? ¿Algún sospechoso?

Bone escudriñó aquel mar de caras buscando a McKinnon, pero la comadreja no estaba por ninguna parte.

Con un rotundo —¡Eh!—, Bone acalló a la chusma. —Esta investigación está en sus primeras fases —dijo con voz severa—. El superintendente detective Gallacher os informó ayer. No tenemos nada más que añadir por ahora. Os pedimos que respetéis la privacidad de los afectados. Cuando tengamos más información, os la comunicaremos.

—¿Puede confirmar si hay sospechosos? —gritó un reportero desde el fondo.

Bone suspiró y se pellizcó el puente de la nariz.— Como he dicho, es pronto. Estamos siguiendo varias líneas de investigación, pero no podemos comentar detalles en este momento.

Otro periodista intervino: —¿Y la causa del incendio? ¿Accidente o incendio provocado?

—Para eso estamos trabajando —dijo Bone, cada vez con menos paciencia—. Ahora tengo que pediros a todos que despejéis la entrada y volváis a la calle. Estáis obstruyendo el acceso a la comisaría, y tenemos trabajo que hacer.

Los reporteros siguieron vociferando preguntas, sus voces fundiéndose en una cacofonía. Bone alzó las manos, con la exasperación evidente.

—Retroceded hasta la calle y mantened la entrada despejada, o haré que os retiren a todos. ¿Ha quedado claro?

Un murmullo de descontento recorrió la multitud, pero al final se dispersaron, retrocediendo lentamente desde la verja.

Bone se dio la vuelta para entrar de nuevo, pero una joven con un gorro de lana y una larga falda hippie se abrió paso a empujones

por el frente del grupo y cruzó la verja, con los ojos brillándole entre curiosidad y algo más inquietante. Le plantó una grabadora ante la cara a Bone.

—inspector jefe Bone, ¿cómo se siente al investigar otro incendio, sobre todo después de su propia experiencia traumática, que le cambió la vida?

—¿Adónde te crees que vas? —preguntó Bone, incrédulo—. ¿Es que no has oído lo que acabo de decir?

La mujer retrocedió otra vez al umbral, con los brazos en alto en una falsa rendición.

—Eso es. Venga, circula. Bone la apartó con la mano como quien espanta a un mosquito molesto. Siguió subiendo los escalones.

Pero ella continuó siguiéndolo.

—Quiero decir —la periodista reanudó su interrogatorio—, que esto debe de ser desencadenante para usted, ¿no? Todos esos recuerdos, esas emociones... —Dejó las palabras en el aire, con una sonrisa jugueteando en las comisuras de la boca.

A Bone se le disparó la tensión; le picaban los dedos por arrancarle esa maldita grabadora y presentársela a la primera papelera.

—Entonces, ¿está diciendo que esto no le toca ninguna fibra, que no le remueve traumas antiguos? —insistió la periodista.

Bone dio un paso adelante, aprovechando cada centímetro de su imponente figura. —El único botón que se está pulsando es el que pone «Paciencia», y lo estás poniendo a prueba hasta su maldito punto de ruptura.

Brody volvió a aparecer en su visión periférica, listo para intervenir. Pero Bone alzó una mano y lo detuvo en seco. Lo tenía bajo control. Por ahora.

—¿Lo estás? —prosiguió la periodista—. —¿El qué?

—¿Al límite, otra vez? He oído que te pasa a menudo.

—Muy bien, ya basta. ¿Quién demonios eres? ¿Qué pasquín te ha mandado aquí a hacerme perder el jodido tiempo?

—Carrie Simpson, redactora de Asuntos Sociales, Kilwinnoch Chronicle.

—Lo podía haber imaginado. ¿Así que eres la sustituta de McKinnon?

—Está de baja por estrés. Yo le estoy cubriendo.

—¿Sueles ir por ahí contándole a todo el mundo información médica confidencial de tu compañero? Ah, sí, se me olvidaba que no tenéis alma.

—Después de lo que pasó en el lago, cuando casi se ahoga —continuó ella, como si no hubiera oído ni una palabra de lo que había dicho.

—¿Cuánto tiempo tengo que soportar tu presencia, entonces? —preguntó Bone.

—Tengo contrato para seis meses. Lo miró de arriba abajo. —Vaya cosita la tuya, salvarle la vida a McKinnon. ¿Eso también te disparó el TEPT? —Vuelve con tu culo hippie escaleras abajo o haré que te detengan por alteración del orden público.

Alzó otra vez las manos en fingida rendición y luego retrocedió, saliendo por la verja.

Bone se dio media vuelta y volvió a toda prisa a la comisaría. Necesitaba unos minutos para calmarse antes de hacer algo de lo que quizá se arrepintiera.

Diecinueve

Una vez que se hubo abierto paso con su Saab a través del enjambre de periodistas junto a la verja, y resistido la tentación de arrollarlos de frente, Bone condujo hasta la unidad de cuidados paliativos en las arboladas afueras de Lennoxfield.

Pulsó el timbre y una enfermera abrió la puerta.

—inspector jefe Bone, comisaría de Kilwinnoch, he venido a ver al señor Craig Scanlon.— Alzó su tarjeta colgada del lanyard.

—Pase, inspector. Le traigo a la directora ahora mismo.—La enfermera le hizo pasar.

Bone la siguió a través de un vestíbulo ordenado y muy luminoso, con el persistente olor a desinfectante en el aire. Ella se detuvo justo detrás del mostrador de recepción y llamó a una puerta contigua antes de asomar la cabeza.

—El inspector Bone de... — La enfermera miró alrededor—. Ah, no está aquí — consultó su reloj y sonrió—. Ah, hora del café. Por aquí, señor.

Siguieron por el pasillo y pasaron junto a una puerta doble abierta. Bone echó un vistazo y vio a algunos residentes recostados en sillas de ruedas junto a un frente de puertas plegables que ocupaban todo el ancho de la sala y ofrecían vistas del jardín muy bien cuidado. Dos hombres mayores y frágiles estaban sentados lado a lado, sujetos a mascarillas de oxígeno, con respiraciones ásperas que raspaban el silencio.

Al final del pasillo, bajaron una escalera hasta el sótano y salieron a una acogedora cocina sin ventanas.

—Aquí está.— La enfermera asintió hacia una mujer de mediana edad con un vestido floral de colores intensos.

—Ya sabía yo que estaría aquí — bromeó la enfermera mientras se acercaban a la directora, que estaba a punto de meterse un mini muffin entero en la boca.

Ella se volvió con los ojos muy abiertos de sorpresa.

—Me habéis pillado —sonrió y bajó el muffin con discreción—. ¿Y quién es este caballero?

—El inspector jefe Bone, de la comisaría de Kilwinnoch— dijo la enfermera, presentándolo.

—¿Ha venido a detenerme, o qué?— bromeó la directora, con un brillo travieso en los ojos.

Bone sonrió con cortesía. —En realidad, estoy aquí por uno de sus pacientes, Craig Scanlon.

La directora se puso seria. —Ah, sí, perdone. Ha sido una mañana dura, y no ha hecho más que empezar. ¿Le pongo un café, inspector jefe?

—No, gracias. Estoy bien.

—¿Y un muffin? Son caseros —lo tentó—. Mi recurso cuando se tuercen las cosas, que, como ve, es más a menudo de lo que me gustaría.—Soltó una risita.

Bone negó con la cabeza. —Tendré que pasar, pero gracias.

—Usted se lo pierde —dijo la directora con un guiño.

Se sentaron en una mesa cercana y la enfermera se excusó, dejándolos hablar a solas.

—A Craig lo ingresaron hace poco más de tres meses —comenzó la directora—. Leucemia, estadio tres. Un bicho maldito, ese. Perdone mi francés, pero el cáncer no merece palabras educadas.

Bone asintió con simpatía. —Al final se llevó a mi padre.

—Lo siento mucho por su pérdida, inspector.

—No, no se preocupe. Fue hace ya unos cuantos años, y en gran parte se lo buscó él. Era un hombre de dos cajetillas al día y con una afición desmedida al whisky.

—Ah, sí, los cigarrillos de cáncer, o como los llamamos aquí, clavos en el ataúd. Pero, sea cual sea el trasfondo, el estilo de vida o la causa de la enfermedad de un paciente, hacemos todo lo posible por asegurar que nuestros residentes aquí sepan que son queridos y puedan vivir sus últimos días con dignidad y con el menor dolor posible.

—El motivo de mi visita —dijo Bone, reconduciendo la conversación al tema— es que hemos sabido que el hermano del señor Scanlon, Scott Scanlon, no se presentó a su reunión de libertad condicional en Selkirk.

Las cejas de la directora se alzaron. —¿Libertad condicional?

—Cumplió ocho años por varios delitos de incendio y tentativa de asesinato.

Un trocito del muffin se le cayó de los dedos al suelo. —Dios mío. No tenía ni idea —negó con la cabeza—. Craig no está aquí.

—¿Cómo?

—Scott vino a recoger a su hermano hace unos días, cuando Craig decidió dar el alta por su cuenta. — Añadiré que contra el criterio médico más firme.

Bone se inclinó hacia delante. —¿Qué día fue, exactamente?

—Déjeme pensar... El lunes, creo. Nos había llamado un par de días antes y luego vino para respaldar el deseo de su hermano de que lo cuidaran en casa. Scott nos aseguró que él se haría cargo de Craig —suspiró—. Nos quedamos todos de piedra, incluso preocupados. Craig está gravemente enfermo y su decisión fue de la nada. Antes de eso parecía tranquilo, contento y feliz. Advertimos a su hermano del nivel de cuidados necesario: alimentación, higiene, medicación, todo, pero estaban decididos a irse.

—¿Y luego se fueron a la casa de Scott Scanlon? —Sí. Mandamos a un enfermero y un auxiliar con ellos y con parte de los equipos imprescindibles y medicinas que Craig iba a necesitar, para ayudarles a instalarse correctamente, pero hubo complicaciones.

—¿De qué tipo?

—Está aquí hoy, uno de los enfermeros; si quiere, puede oírlo de primera mano.

—Sí, por favor. Y voy a necesitar esa dirección.

—Por supuesto, sí. —Se detuvo—. —Ay, Dios, no tendrá nada que ver el hermano de Craig con ese incendio terrible de anoche, ¿verdad? Vi las noticias. Dios mío. Esos pobres médicos.

—Solo necesitamos hablar con los dos.

—Bien... eh... — se apartó un mechón de pelo de los ojos y soltó el aire—. —Ahora mismo le traigo esa dirección, entonces.

La directora soltó a regañadientes el resto de su muffin en la papelera y llevó a Bone de vuelta arriba. A mitad de pasillo, se detuvo junto a un cuidador que estaba de rodillas al lado de una mujer mayor en una silla de ruedas. —Ay, Martin, este es el inspector jefe Bone de la comisaría de Kilwinnoch. Tiene algunas preguntas sobre Craig Scanlon. Martin, un hombre joven de ojos amables, se mostró sorprendido, pero aceptó de inmediato. —Por supuesto. ¿Qué le gustaría saber?

Se alejaron un poco más por el pasillo, fuera del alcance del oído de los residentes.

Mientras Bone repetía sus preguntas, a Martin se le cayó el alma a los pies.—Es cierto. Yo fui con ellos a la casa. Pero cuando llegamos, el hermano se negó a dejarnos entrar. No quiso decir por qué. Intenté razonar con él, pero fue complicado. A decir verdad, todo el asunto me lleva rondando la cabeza desde entonces.

—Gracias, Martin. Nos ha sido de gran ayuda —dijo Bone—, y se volvió de nuevo hacia la directora. —Si me puede dar esa dirección, le dejo seguir con lo suyo.

—Por aquí, inspector. Llevó a Bone a su despacho y, tras un par de minutos en el ordenador, garabateó en un pos-it.

—Aquí es adonde los dejamos —, dijo. Bone estudió la dirección. —Gracias.

—Espero que todo esté bien. Craig es un alma buena. Me horroriza pensar que esté sufriendo de algún modo.

Con un gesto de agradecimiento, Bone volvió a toda prisa al Saab y llamó a Harper.

El número sonó sin respuesta.

—Vamos, Will. Descuelga. Volvió a intentarlo. La línea crepitó.

—¡Will!

—Buenos días, señor.

—Oiga. ¿Ha salido ya hacia el trabajo?

—Sí, voy de camino ahora. ¿Por qué? ¿Llego tarde o algo?

—Necesita dar la vuelta y volver a St Mungo's Terrace.

—¿Dónde?

—St Mungo's Terrace, Corstorphine.

—Es la calle de al lado de mi casa. ¿Qué pasa?

—Dé la vuelta y se lo explico mientras conduce de regreso. ¿Sigue teniendo la grabación de la cámara nocturna en su móvil?

—Sí.

—De acuerdo. Envíesela a Rhona. Espero en línea.

—Voy a ello ahora. Deme un segundo para salir de la autopista.

Bone puso el móvil en manos libres y dio marcha atrás para salir del aparcamiento.

Dieciséis

La ambulancia se detuvo frente al piso 14B, las ruedas crujiendo sobre los restos esparcidos por el aparcamiento lleno de baches de la derruida Northfield Estate, la cloaca de alquileres bajos y vidas bajas de Kilwinnoch.

El técnico de emergencias Rob McNeil, un veterano en primera línea de los servicios de emergencia, bajó con cansancio de la cabina. Otra llamada falsa, la tercera en este turno, y la enésima del mes.

Alzó la vista hacia el resplandor mortecino que parpadeaba tras la sábana hecha jirones en la mugrienta ventana del piso y frunció el ceño. Otro yonqui buscando emociones a medianoche.

—Quizá deberíamos subir y cantarle las cuarenta al mierdecilla ese —dijo su compañero, Dave Souter, uniéndose a él al pie del hediondo zaguán de hormigón.

—¿Y pillar algo? Nanay, no merece la pena. —McNeil miró su reloj—las dos y cuarenta y ocho de la madrugada—. Vamos a volver y cogeremos un café. Acabamos en diez.

Al poner el motor en marcha, Souter encendió la radio, llenando la cabina con una ráfaga de tecno. McNeil la apagó.

—¿Te apetece algo de música, no? —preguntó Souter.

—¿Vas en serio? —gruñó McNeil. Miró de reojo a su compañero. —Perdona, tío. Es que ha sido un puto día de mierda.

—¿Y no lo es siempre un puto día?

—¿Solo me pasa a mí o este curro se está volviendo cada vez más jodidamente insufrible? —exhaló McNeil.

—No, eso es cosa tuya. Anda, vámonos a casa. —Souter puso en marcha la ambulancia y aceleró al salir de la urbanización.

Normalmente, la poca distancia de vuelta a la base llevaba cinco minutos como mucho, pero esta noche, las obras en la Glasgow Road obligaron a desviarse por una carretera secundaria sin iluminar. La ambulancia avanzó a través de la oscuridad, las largas tallando un túnel en la noche.

McNeil se recostó, con los ojos fijos en la carretera de delante, obligándose a no dormirse. Un segundo tramo de obras los hizo detenerse otra vez.

—La madre que los parió. Como si no fuera ya tarde —protestó McNeil. Miró a través de la ventanilla hacia la oscuridad, y apareció el contorno familiar de un granero abandonado. Una furgoneta que les había estado pegando el morro durante un buen rato aceleró el motor y los adelantó a toda leche saltándose el semáforo en rojo y desapareciendo en la noche.

—Joder, menudo idiota. Souter sacudió el puño hacia el parabrisas.

Unos minutos después, el semáforo seguía sin cambiar.

Souter dio golpecitos en el volante.—Buf, paso de esto. Si son obras del gas, seguro que hay media docena de estos malditos cacharros más adelante. Voy a dar la vuelta y probar por arriba, por la parte alta del pueblo.

McNeil suspiró.—Mira, colega, estoy a menos de un par de millas de mi casa. Es bastante estúpido volver todo el camino hasta la base cuando estoy casi en casa. Me voy andando desde aquí.

Souter frunció el ceño.—¿Seguro? Es un tramo oscuro, y es tarde. Y hay gilipollas como ese zoquete dando bandazos.

McNeil le quitó importancia con un gesto.—Me lo conozco como la palma de la mano. Y necesito despejarme antes de encarar lo doméstico. Sin problema. Sonrió. —Y si me atropella un coche, ya me atiendo yo solo, porque estaré muerto antes de que llegue una puñetera ambulancia, con todos estos recortes.

Souter bufó. —¿A que sí? Vale, tío. Pero anda, ten cuidado, ¿vale? Te ficho la salida. Nos vemos mañana.

—Gracias, y no si te veo yo antes, capullo.

Con una amplia sonrisa, McNeil agarró la bolsa y saltó del vehículo, dedicándole a su compañero un dedo corazón burlón mientras la ambulancia se alejaba.

Emprendió la marcha por el camino sin luz, con las manos hundidas en los bolsillos, respirando el frío aire nocturno. Había sido un día brutal, una intervención espantosa tras otra. Necesitaba ese paseo, esa soledad, para soltar tensión. Esquivó las obras y giró a la derecha.

A mitad de camino a casa, una luz intermitente a lo lejos le llamó la atención. Entornó los ojos en la oscuridad. La furgoneta que había pasado antes estaba con el morro en una zanja, los intermitentes de emergencia latiendo, las puertas traseras abiertas de par en par.

Mierda. Un accidente.

Sus instintos de sanitario se activaron. Echó a correr, con la adrenalina disparada.

—¡Hola! ¡Servicio de ambulancias!—Se abalanzó hacia la puerta del conductor y miró dentro. Vacío. Las llaves colgaban del contacto, el motor seguía en marcha.

¿Qué coño pasa?

Hizo un reconocimiento rápido de la zona, con los sentidos en alerta.

—¿Hay alguien ahí? ¿Estás herido?

No le respondió más que el susurro del viento entre los árboles.

Con el pulso acelerado, rodeó de nuevo hasta las puertas traseras abiertas. Un penetrante olor químico le golpeó, acre y dulzón. Gasolina. Un bidón rojo yacía de lado, el contenido glugluando sobre el asfalto.

Un escalofrío helado le recorrió la espalda. Algo no cuadraba. Alargó la mano hacia la emisora enganchada en la chaqueta, pero se dio cuenta de que la había dejado en el salpicadero de la ambulancia.

El crujido de unos pasos sonó a su espalda. Se dio la vuelta de golpe.

Una figura se abalanzó desde las sombras, con el brazo en alto y un pasamontañas ocultándole la cara.

Antes de que Rob pudiera reaccionar, algo le golpeó con fuerza en la sien. Su mundo se volvió negro.

Volvió en sí poco a poco, el ronroneo del motor y el vaivén de la furgoneta abriéndose paso entre la niebla de su mente. Un dolor punzante le atravesaba el cráneo de lado a lado. Estaba tumbado sobre metal frío, con las muñecas y los tobillos atados con fuerza, una mordaza encajada en la boca. La oscuridad total se le echaba encima.

El aire estaba cargado con la pestilencia de gasolina, empalagosa y asfixiante. Forcejeó débilmente contra las ataduras, intentando pedir auxilio, pero la mordaza le ahogaba los gritos. La sangre le resbalaba a los ojos desde la brecha de la frente.

Pasaron minutos. Entraba y salía de la conciencia; la conmoción le impedía mantener los pensamientos en su sitio. El olor dulzón de la gasolina lo impregnaba todo a su alrededor.

Al final, la furgoneta se detuvo. Silencio.

Intentó gritar, pero se atragantó; la mordaza le cortaba las comisuras de la boca. De pronto, el humo le invadió las fosas nasales, ácido y sofocante. Los gases le abrasaron la garganta y los pulmones.

Se raspó desesperado contra el metal ardiente e inflexible bajo él. Pero su lucha por sobrevivir parecía inútil. Esto no podía estar pasando. No así. No a él. A medida que el humo se espesaba y el calor se intensificaba, una oleada de adrenalina recorrió el cuerpo magullado de McNeil. Con un arranque desesperado de fuerza, dio patadas con furia a las puertas traseras de la furgoneta.

Una, dos, tres veces. Cada impacto le mandaba oleadas de dolor por las piernas atadas. A la cuarta patada, notó que algo cedía. La puerta chirrió y luego se abrió de golpe con un quejido metálico.

Entró una ráfaga de aire fresco de la noche, despejándole la cabeza por un instante. Rob rodó hacia fuera sobre el suelo duro, con las extremidades atadas, lo que hizo la caída torpe y dolorosa. Un calor intenso le abrasó la espalda mientras se alejaba a rastras de la hoguera, con la mejilla raspándose contra el asfalto rugoso.

Un estruendo ensordecedor quebró la noche. La furgoneta explotó. La onda expansiva lo lanzó hacia delante, y un dolor lacerante le cruzó la espalda. Intentó empujarse más lejos, con la vista nublándose. El mundo a su alrededor se volvió borroso y se deformó, árboles y sombras fundiéndose en un paisaje surrealista.

El cuerpo de McNeil se convulsionó sin control, los músculos agarrotándose como si una fuerza invisible lo atenazara. La conciencia se le escapó de las manos, y su último y fugaz pensamiento fue la amarga ironía: después de tantas falsas alarmas, ahora se encontraba en desesperada necesidad de la misma ayuda que tantas veces había prestado a otros.

Luego, todo se volvió negro.

Veinte

Walker condujo a La señora Conroy a la sala de asesoramiento, con la mano suspendida protectoramente a la altura del codo.

—Vamos a acomodarla aquí, señora Conroy —dijo Walker con voz suave—. Fue sentando a la anciana despacio en uno de los butacones gastados. —Ahora, creo que le vendrá bien una tacita con un poquito de azúcar para calmarle los nervios. ¿Qué le parece?

La señora Conroy asintió, hundiéndose aún más en el butacón acolchado. —Sí, eso estaría muy bien. Dos azucarillos, si no le importa.

Walker se puso manos a la obra con el hervidor, sin quitar ojo a la mujer temblorosa. El horror del incendio, la pérdida de sus vecinos, el circo mediático... era demasiado para cualquiera, y más aún para una pensionista respetable como ella.

Dejó la taza humeante en las manos de la señora Conroy, y observó cómo la anciana daba un sorbo cauto. Un poco de color volvió a sus mejillas.

—Gracias, cariño. Es una taza de té estupenda.

Walker se sentó frente a ella y se inclinó hacia delante. —Una vez más, acepte por favor mis más sinceras disculpas por cómo la han tratado fuera de la comisaría. Esos periodistas no tenían ningún derecho a acosarla así, y siento de veras que haya tenido que soportarlo.

La señora Conroy dio otro sorbo de té y luego dejó la taza a un lado. —No es culpa suya. Yo solo... me siento tan culpable.

Walker frunció el ceño. —¿Culpable? ¿Por qué demonios iba a sentirse culpable?

La anciana tomó una bocanada de aire ansiosa y superficial, con las manos retorciéndose en el regazo. —Debería haberme presentado antes. He estado comiéndome la cabeza por ello, pero yo... tenía miedo.

—¿Miedo de qué, señora Conroy?

Vaciló, con la mirada saltando de un lado a otro de la habitación, como si buscara peligros ocultos. Cuando habló, su voz apenas se elevó por encima de un susurro. —De él. El concejal Blackwell. Es un hombre poderoso. Un hombre con posición. No sabía qué podía hacer si se enteraba de que lo había visto aquella noche.

A Walker se le abrieron los ojos, pero mantuvo un tono suave. —Lo entiendo. Hace falta mucha valentía para alzarse contra alguien con autoridad. Pero permítame tranquilizarla: trataremos la información que nos dé con la máxima confidencialidad posible. Aquí está a salvo.

—Sí, tiene razón. No deberían permitirle salirse con la suya. Y yo no debería tener miedo de un matón patético como él.

—Eso es. Bien dicho —Walker sonrió—. Entonces, ¿puede contarme algo más sobre lo que vio esa noche? —la señora Conroy ordenó sus pensamientos. —Era poco después de las dos y media de la madrugada. Lo recuerdo porque es cuando siempre me levanto para dejar que Rebus salga a hacer sus cosas. —¿Rebus?

—Mi gato incontinente de catorce años. Lleva años a las puertas de la muerte: tiroides, vejiga, problemas intestinales. Lo que quiera. Tendría que ver las facturas del veterinario. Mi hermano dice que le daría con un martillo por mí, pero así es mi puñetero hermano.

Walker escuchó con paciencia, dejando que la señora Conroy se soltara un poco más.

—¿Y luego qué pasó? —apremió por fin, antes de que la saga del gato se extendiera aún más.

—Yo estaba de pie en la puerta principal, esperando a que el viejo terminara su rutina, y vi al concejal salir del jardín lateral del número seis. La casa de al lado de la que... —tragó saliva—. Se

movía rápido, como si tuviera prisa. No paraba de mirar por encima del hombro, como si temiera que lo vieran.

—¿Adónde se fue?

—Hasta el final de la calle y luego se metió por el callejón lateral.

—¿Lo volvió a ver?

—No. Me mordí el labio inferior. —Es que no me cuadraba, ¿sabe? ¿Qué hacía saliendo de la propiedad de las Finnieston a esas horas?

—¿Y está segura de que era el concejal Blackwell? Debía de estar bastante oscuro.

La expresión de La señora Conroy se endureció. —Reconocería esa cara de globo hinchado en cualquier parte. Ya tuve un rifirrafe con él en una reunión vecinal hace unos meses por los recortes en el servicio de autobuses. Él estaba a favor, como si nada, aunque para gente como yo es un salvavidas.

—¿Y las hermanas Finnieston estaban en esa reunión también?

—Oh, sí. Estábamos todos furiosos. Ellas lo detestan tanto como yo. Con los recortes tendríamos que coger tres autobuses para ir al Scotfresh del centro. Una auténtica pesadilla. Es un egoísta, ese. Solo mira por él y por sus colegas promotores, no por la gente corriente como nosotros.

En ese momento, sonó el aviso del móvil de Walker. Echó un vistazo a la pantalla y se le alzaron ligeramente las cejas. —Discúlpeme un momento. Tengo que revisar este mensaje.

Salió de la sala, cerrando la puerta con suavidad tras de sí. Abrió el texto, repasó el mensaje de Harper y pulsó el archivo de vídeo adjunto. Entornó los ojos mientras veía las imágenes. Al cabo de un momento, asintió para sí y volvió a la sala.

—Señora Conroy —dijo con voz medida—, acabo de recibir una prueba potencialmente importante. Mi compañero me acaba de enviar un vídeo tomado cerca del lugar, la noche del incendio, más o menos a la hora a la que vio a ese hombre cruzar la calle.

La señora Conroy se incorporó. —¿Un vídeo? ¿Del hombre que yo vi?

Walker asintió. —Posiblemente. Me gustaría que le echara un vistazo, si se siente con ánimo. A ver si reconoce a la persona que

sale en las imágenes.

La señora Conroy dejó el té sobre la mesa, con las manos temblándole un poco.—Sí, por supuesto. Si eso ayuda en la investigación, haré lo que sea.

Walker le dedicó una sonrisa tranquilizadora. —Gracias. Su colaboración significa mucho. Ahora, deje que abra el vídeo en mi iPad. La pantalla es un poco más grande, así quizá le resulte más fácil ver los detalles.

Sacó su iPad del bolso y buscó el archivo de vídeo. Le entregó el dispositivo a La señora Conroy y añadió: —Tómese su tiempo. Si necesita que pare o vuelva a poner alguna parte del vídeo, dígamelo.

La señora Conroy asintió, la mirada fija en la pantalla. El vídeo empezó a reproducirse. Entornó los ojos, estudiando la figura de la grabación.

—Es él — dijo, señalando el iPad.

Walker se inclinó. —¿Está segura de que es el concejal?

La señora Conroy volvió a entornar los ojos, y la duda se le coló en la voz.—Sin gafas, no podría estar cien por cien segura. Y ¿qué es eso que lleva puesto?

Walker examinó las imágenes.—Parece un abrigo negro, quizá una parka.

La mujer frunció el ceño. —¡Qué raro! Cuando yo vi al concejal, llevaba un traje gris. Pero quizá se quitó el abrigo. Últimamente ha hecho bastante templado. He tenido que cambiar el edredón por uno de menor gramaje. —Se detuvo y preguntó: — ¿Puede ponerlo otra vez más?

Walker accedió, y La señora Conroy miró con atención. Al cabo de un momento, alzó la vista hacia Walker, con el ceño surcado de dudas.—En la calle era sin duda él, el que yo vi, pero esta persona de aquí... no estoy segura.

Walker asintió. —Gracias, señora Conroy. Eso es de una ayuda enorme.

A la anciana se le llenaron los ojos de lágrimas.—No dejo de pensar que, si hubiese llamado, quizá esas pobres almas no habrían... —La voz se le quebró y se llevó una mano a la boca.

Walker le dio unas palmaditas suaves en la mano. —Nada de eso. Ha hecho algo muy valiente al presentarse. Sé que no ha sido fácil para usted.

La señora Conroy le dedicó a Walker una sonrisa acuosa. —Es usted muy amable, cariño.

—La única persona responsable de esta tragedia es quien provocó el fuego. Y con su ayuda, vamos a asegurarnos de que rinda cuentas. Con eso es más que suficiente por ahora.

Walker se puso en pie y ayudó a La señora Conroy a levantarse del butacón. —Le pediré al sargento que la acompañe por la puerta trasera para ahorrarle otro encontronazo con las hienas de la verja.

—Gracias por ser tan amable, inspectora jefa. Es usted de las buenas.

La acompañó hasta la puerta y de vuelta al vestíbulo. —Por favor, escolte a La señora Conroy por la salida trasera y asegúrese de que esos malditos reporteros no se le acerquen ni a gritos.

El sargento asintió y le ofreció el brazo a la anciana. Se perdieron por el pasillo y Walker se permitió un instante para asimilar la gravedad de lo que acababa de oír y cómo podría desarrollarse esta pesadilla en aumento si resultaba que el concejal era el incendiario. Volvió a la sala de incidentes, con la mente hecha una caja de cables eléctricos al rojo vivo.

Veintiuno

Harper redujo la velocidad y comprobó por segunda vez el número de la casa en el bungaló con revestimiento de guijarros que estaba encajonado entre dos edificaciones nuevas que, ominosas, rodeaban a su diminuto vecino.

Soltó el aire ante la fealdad de aquellas monstruosidades sin carácter, forradas con un falso zinc. El porvenir de su propia reliquia de casa heredada no pintaba bien, aunque, por el lado positivo, los precios en Corstorphine se habían disparado, así que ¿para qué ponerse en medio del progreso?

Se rió por lo bajo de su propia hipocresía y paró para examinar la escena. El jardín delantero era un enjambre de malas hierbas, cubos de basura y contenedores de reciclaje esparcidos sin ton ni son por el sendero estrecho.

Se bajó del coche, se abrió paso entre el caos y aporreó la puerta.

No hubo respuesta.

Volvió a intentarlo, mirando por la mugrienta ventana en bow que parecía a punto de desprenderse del muro principal. El salón estaba sumido en la oscuridad, pero distinguió una cama individual encajada contra la pared del fondo, con detritos médicos apilados encima. Una bombona de oxígeno yacía de lado, con tubos y mascarillas desparramándose por el suelo.

Dio otro golpe, más silencio. Harper se dirigió a la puerta lateral y probó el pomo.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Un hombre de mediana edad con un mono de trabajo estaba en el sendero, detrás de él, con un martillo apretado en el puño.

—Despacio —dijo Harper, alzando las manos—. Policía. El hombre entornó los ojos.

—¿William? ¿Es usted? Harper parpadeó.

—¿Señor Burroughs?

—El mismo. Perdone. Pensé que alguien estaba intentando entrar. Yo vivo justo ahí. Señaló otro bungaló idéntico al otro, al otro lado de la calle.

—No sabía que vivía aquí —dijo Harper—. —Cuando mi mujer falleció, la casa se me hizo enorme, con demasiados recuerdos. Y no podía con las escaleras.

—Siento mucho su pérdida. —Harper indicó el martillo con la barbilla—. ¿Le importa dejarlo?

—Perdón, la fuerza de la costumbre. —El señor Burroughs bajó la herramienta—. Y lo mismo por su madre. Supongo que a todos nos llega al final. Suspiró y volvió a sonreír.—Era absolutamente implacable en el club de bridge. No daba cuartel, su madre.

—Hacía años que no le veía. ¿Sabe que ahora vivo en la casa de mi madre?

—¿Greenbank Gardens? —La misma.

—Es increíble. Debería haber seguido en contacto con su madre. Pero cuando dejé el club hace unos años para cuidar de Maureen, perdimos el contacto. Fueron unos años duros.

—Lo siento. ¿Cómo se encuentra ahora?

—Bah, ya sabe, tirando. No envejezca, hijo. Es lo único que puedo decir. ¿Así que ahora es usted policía?

—detective.

—Vaya, vaya. Un detective. La última vez que le vi, estaba esperando las notas de la Selectividad.

—Uf. —Harper puso los ojos en blanco—. Déjeme adivinar: ¿melenas y camiseta de *Star Wars*?

—Sí. —El viejo se echó a reír—. Le hacía en Google o en Micro-no-sé-qué.

—Cambio de plan.

—¿Se veía un poco como Taggart, entonces? —¿Quién?

—Ah, claro, es demasiado joven. ¡Qué suerte! ¿Está aquí por asuntos de policía, entonces?

—Sí, señor. ¿Tiene idea de dónde está el propietario? —Harper señaló con la cabeza el bungaló.

—¿Craig? ¿Hay algún problema?

—Solo necesito hablar con él. ¿Conoce al señor Scanlon?

—Solo de saludarle. Iba a lo suyo y luego desapareció cuando le diagnosticaron cáncer. Oí que estaba en cuidados paliativos. Terriblemente triste. Llevaba meses enfermo. El lugar está hecho una ruina. Me temo que lo próximo serán las excavadoras.

—Ha sido residente en la unidad de cuidados paliativos de Lennoxfield. Pero se dio de alta él mismo el lunes pasado. Se suponía que su hermano iba a cuidarle aquí.

El señor Burroughs frunció el ceño. —No he visto un alma. Ni luces, ni coches, ni un ruido en tiempo.

—¿No vio la ambulancia? ¿Al personal sanitario?

—Voy al depósito de trenes casi todos los días. —El señor Burroughs señaló su mono—. Las locomotoras de vapor son mi pasión. Uno puede sacar al ingeniero del ejército...

—Necesitamos hablar con los dos con bastante urgencia —interrumpió Harper, cortésmente.

—¿De qué va esto? No, perdone. Probablemente no pueda contarme nada. Veo muchos documentales de crímenes reales. Sé cómo funciona.

—Así es. Pero si ve a cualquiera de los dos por aquí, ¿podría llamarme directamente o marcar nueve-nueve-nueve y dar el aviso?

—¿Nueve-nueve-nueve? Debe de ser serio. Harper le entregó al señor Burroughs su tarjeta.

—Desde luego. Sé que no debería decirlo, pero es todo muy intrigante y emocionante. Se entiende por qué eligió esta línea de trabajo. Un policía. Todavía no me hago a la idea. Su madre estaría muy orgullosa.

—Es un placer volver a verle después de tantos años, señor Burroughs.

—Igualmente. Y no se pierda, vecino. El señor Burroughs sonrió con un atisbo de tristeza en los ojos.

Cuando el señor Burroughs se dio la vuelta para irse, Harper llamó: —Espere. Tengo algo para usted.

Corrió hasta el coche, hurgó en la guantera y volvió con una invitación de boda. El señor Burroughs entornó los ojos para leerla, palpándose los bolsillos.

—Las gafas —murmuró—. Debo de haberlas dejado en el taller.

—Me voy a casar.

—¿ De verdad? ¿Quién es la afortunada? —Catriona. Nos conocimos en el trabajo. —¿Otra agente?

—No, perita calígrafa. —Eso es una noticia estupenda.

—Tres de julio, Hotel Loch Gillan. —Oh. Eso es un buen trecho.

—Puedo arreglarle una habitación, por nuestra cuenta.

—Ni hablar. Me sirve de excusa para sacar el viejo Saab del garaje.

Harper se quedó de piedra. —¿Saab? —Del sesenta y cuatro. Lo reconstruí yo mismo.

Una sonrisa lenta se dibujó en la cara de Harper. —No se lo va a creer, pero mi jefe tiene un noventa y seis V4. Está obsesionado con él.

Al señor Burroughs se le iluminaron los ojos. —Me encantaría conocerle. Suena a que ya somos amigos. Podríamos hablar de pistones.

—Empiezo a arrepentirme de esta invitación. —Harper se rió—. Me pondré en contacto con usted cuando se acerque la fecha. Sin compromiso si al final no puede venir.

—No me lo perdería por nada del mundo. Aunque sigue siendo usted demasiado joven para esas pamplinas matrimoniales. —El señor Burroughs guiñó un ojo y se fue a casa.

Con una mirada al bungaló vacío, Harper volvió a subirse al coche, pero antes de poder informar de la ausencia de los Scanlon, su teléfono cobró vida.

—Hola, Will. El jefe nos quiere a todos dentro para actualizaciones —dijo Baxter.

—Voy para allá. No hay rastro de nadie en la propiedad de Craig Scanlon. Parece que el hermano se lo ha llevado a alguna parte. Puede que tengamos que iniciar una búsqueda.

—¿Otro más? —Sí.

—Vale. Se lo paso ahora.

—Voy de camino a comisaría. Harper miró de nuevo el bungaló y puso rumbo a la comisaría.

Veintidós

Bone estaba de pie al frente de la sala de incidentes, frunciendo el ceño, mientras examinaba a su equipo.

Mullens se había desplomado en la silla, su chulería habitual sustituida por una expresión hosca. Infló las mejillas.

—¿Qué le pasa en la cara, Mark? —preguntó Bone, con una ceja alzada.

—Nada, señor. Solo que estoy un poco hecho polvo, nada más —repuso Mullens, evitando su mirada.

Bone lo dejó pasar, por ahora. —¿Dónde está Will?

—Aquí, señor —Harper llegó, con la cara encendida y sin aliento —. El tráfico ha sido horrendo saliendo de Edimburgo.

—La última vez que vi una cara de ese color fue cuando mi tío Gary volvió de Torremolinos —dijo Mullens.

—Bien, vamos a empezar —interrumpió Bone—. Anoche me llamó el jefe de bomberos Tennant.

—El señor Feminista en persona —gruñó Walker.

—Me informó de que hace nueve años, cuando era un joven bombero, trabajó en el parque de bomberos de Selkirk.

—¿En la frontera? —preguntó Harper.

—La última vez que miré, Selkirk seguía allí, sí —replicó Bone con sorna—. Durante su etapa, hubo una serie de ataques incendiarios que llevaron a la detención y condena de un tal Scott Scanlon. Al creer que había similitudes entre los ataques en los Borders y el incendio de los Fraser, se puso en contacto con un excompañero que

le dijo que al señor Scanlon lo habían puesto en libertad hace un mes por buena conducta.

—Un momento. ¿Por qué no ha dado Tennant la cara antes con esto? —preguntó Walker.

—Uno de sus hombres le habló del embudo y la manguera, lo que le disparó un recuerdo del caso Scanlon. Pero he aquí la clave. Scanlon no se presentó a su cita con el juez de vigilancia el jueves pasado.

—Joder —dijo Mullens.

—¿Puede poner al día al equipo con lo que ha averiguado sobre este individuo hasta ahora, Sheila?

Baxter se desabrochó la americana de tweed y consultó sus notas. —Scott Scanlon, cuarenta y dos, responsable de una campaña de incendios provocados que se prolongó más de seis meses en los alrededores de Selkirk y Jedburgh entre marzo y septiembre de 2014. Apuntó a médicos, clínicos y directivos farmacéuticos implicados en experimentación con animales. Le cayeron diez años, reducidos a ocho por buena conducta.

—La policía local debió de quedarse a gusto cuando por fin cazaron al cabrón —dijo Mullens.

Baxter asintió. —Fue el casi fallecimiento de un vigilante de seguridad lo que finalmente llevó al equipo investigador hasta él. Por lo visto, cuando vio al guardia, salió por patas por la entrada principal del edificio y las cámaras de CCTV lo captaron quitándose el pasamontañas. El expediente penitenciario refleja un comportamiento impecable durante su condena, con asistencia a numerosas sesiones de terapia y desprogramación.

—¿Desprogramación? —preguntó Walker.

—Sí, era activista por los derechos de los animales, tenía vínculos con grupos extremistas y se creía conspiraciones delirantes.

—Por Dios. Terraplanista cabeza de chorlito —gruñó Mullens—. Quiero decir, si el mundo fuera plano, los gatos ya habrían tirado todo por el borde.

Walker soltó una risita.

—¿Y si toda esa buena conducta no hubiese sido más que un paripé para reducir la condena? —sugirió Harper.

Baxter negó con la cabeza. —El consejo de libertad condicional no lo creyó.

Mullens alzó las manos—. Ah, claro, y ellos nunca se equivocan, ¿verdad?

Bone le lanzó una mirada severa. —Mark, ¿qué demonios le pasa?

Mullens murmuró algo. —¿Cómo dice?

—Nada.

—¿Por qué está siendo tan condenadamente disruptivo? Si sigue así, le voy a pedir que salga. Tenemos trabajo urgente.

Harper intervino para calmar los ánimos. —El hermano de Scanlon, Craig, vivía en Corstorphine, pero tras un diagnóstico de cáncer terminal estaba en una unidad de cuidados paliativos en Lennoxfield.

—Pero se dio el alta él mismo el lunes pasado con ayuda de Scanlon —añadió Bone.

Harper asintió. —Y ahora los dos hermanos están en paradero desconocido. No había rastro de ellos en la propiedad de Craig Scanlon.

—Entonces, ¿Scott Scanlon es nuestra persona de interés número uno? —preguntó Baxter.

—Sin duda —confirmó Bone.

Baxter se acercó a la pizarra de incidencias y movió la foto de ficha de Scanlon del lateral a lo más alto.

Bone se volvió de nuevo al equipo. —¿Alguna novedad más de la escena?

Walker consultó sus notas—. científica está peinando la zona de bosque tras la casa de los Fraser. He encontrado dos bidones de gasolina tirados, con huellas de neumáticos que salían de un sendero a un camino.

—De nuevo, coincide con el modus operandi del caso de incendios de Scanlon. ¿Adónde lleva ese camino?

—Sale a Brae Road.

—Directo al monte, entonces —dijo Harper.

—Eso es —dijo Walker—. El sendero del bosque es estrecho y no está pensado para vehículos, así que hay un montón de daños en

ramas de árboles, a la altura de las cuales se deduce una furgoneta, similar a la Transit captada por el radar de tramo.

—Citroën Dispatch —precisó Mullens.

—El conductor habría tenido que abrirse paso a la fuerza con una furgoneta.

—¿Hay casas al otro lado?

—Por desgracia, no. Horsbrugh Close da a los Campsies, y el siguiente edificio es una granja a unos cinco kilómetros por Brae Road, así que la escapada perfecta.

—Perfecta para acarrear bidones de gasolina pesados —dijo Mullens.

—Y para secuestrar a alguien —añadió Harper.

—Y ya que hablamos de eso, ¿ recibisteis todos mi mensaje sobre el correo del *Chronicle*? —preguntó Bone.

El equipo asintió.

—Entonces, ¿quién es esa Kelly Dobson? —preguntó Mullens—. La pregunta del millón — replicó Baxter—. Pero por desgracia, sin hilos que conecten, es como disparar a la luna esperando darle.

—Lo que sí tenemos es una posible situación de rehenes confirmada —dijo Bone—. Anoche hablé con Gallacher, y va a pedir apoyo de otros cuerpos para ampliar nuestra cobertura de búsqueda.

—Eso está bien. El puerta a puerta ya está en marcha, pero vamos justos de efectivos y sin duda nos vendría bien más apoyo —dijo Walker—. Hablé con su hermana, Eliza Collins, en España. Está totalmente destrozada, pero no tenía nada en particular que compartir que pudiera ayudar a la investigación. Dijo que la relación de los Fraser era sólida y que Katherine estaba contenta.

—¿Estamos hablando de una búsqueda nacional? —preguntó Harper.

—Si el asesino se la llevó en una furgoneta, podrían estar en cualquier parte a estas alturas, pero Gallacher está en ello. Y, poco propio de él, hasta sugirió un llamamiento público y difundir parte de las imágenes, a ver si despierta más recuerdos —Bone se encaró con Harper—. ¿Ha enviado Cash ya algunas fotos?

—Dejadme que lo compruebe —Harper fue a su mesa y tecleó en su teclado—. Sí, ocho imágenes en total.

El monitor parpadeó y apareció la primera imagen, con los restos de la manguera asomando de la abierta y carbonizada mandíbula de la víctima. El equipo se encogió de horror. —Cash identificó esto como los restos de un trozo de manguera, la mayor parte de la cual estaba dentro de la cavidad abdominal de la víctima. Parece que el asesino introdujo este tubo por la garganta y vertió gasolina por dentro hasta el estómago.

—¡Maldito cabrón! —gruñó Mullens—. Lombriz solitaria salida del infierno.

—Siga, Will — apremió Bone.

Parpadeó una segunda imagen, la del embudo de acero. —Esto también se encontró debajo del cuerpo, después de que los forenses movieran los restos.

—¿Para facilitar el flujo del combustible, presumiblemente? —dijo Walker.

—En efecto. Tennant me dijo que fue el hallazgo de este embudo lo que le hizo relacionar el fuego con la campaña de incendios provocados de Scanlon en la frontera.

Walker puso mala cara.—¿Así que no fue el mensaje críptico grabado en la pared, entonces?

—Curiosamente, eso no formaba parte del modus operandi original de Scanlon, y probablemente también explique por qué Tennant no ató cabos de inmediato. Pero, junto con un asesinato propiamente dicho, esto puede indicar, y de forma preocupante, una importante escalada.

Bone volvió a mirar al monitor. —¿Hay alguna de una hucha y una foto de un bebé?

—¿Hay más? — interrumpió Mullens.

Harper hizo clic para avanzar y apareció la hucha.

—Esto también se recuperó a pocos pies del cadáver. Una caja de caudales de acero con combinación de treinta por veinte centímetros. Will, ¿la siguiente?

Harper tecleó en su ordenador y apareció la cara del bebé.

—Este fue el único objeto que se encontró dentro: una foto antigua en blanco y negro, estilo Polaroid, de un bebé prematuro. Se ve la sonda de alimentación retirada y apoyada al lado. Cash cree que esto se tomó en cuidados intensivos posnatales y que el bebé podría estar muerto.

—Pobre almita mía —murmuró Walker.

—Cabe preguntarse por qué una única foto de un bebé muerto estaba bajo llave en una hucha —continuó Bone.

—¿Y por qué se encontró junto al cuerpo de Fraser? ¿La estaba mirando cuando le atacaron? —intervino Harper.

—Baxter, necesito que indague en esto. Averigüe quién es el bebé y por qué Fraser tenía la foto guardada bajo llave. Y, ya que está, haga una investigación a fondo de la vida profesional y personal del doctor Fraser.

—Mark y yo también hemos desenterrado más información sobre su hijo, Josh —dijo Harper.

—Siga — dijo Bone.

—Dejó la escuela de arte hace dos años. Su tutor dice que es un chaval problemático, metido en drogas. Estamos investigando una banda de goth metal con la que solía tocar la batería, que se llama B-Moth.

—¿Merece la pena entrevistar
a sus compañeros de banda?

—Sí, ya lo habíamos pensado —confirmó Harper—. Cuando miré en internet, todos los miembros del grupo se han cambiado el nombre por personajes que creo que pueden ser de relatos de Edgar Allan Poe. El cantante se hace llamar Roderick Usher, el bajista es Montresor y el guitarrista es Fortunato. Pero esta noche tocan en un concurso de bandas en la asociación de estudiantes, así que Mark y yo tenemos una cita.

—¿Ah, sí? —preguntó Mullens, sorprendido—. Creo que preferiría que unas ratas me royeran los cojones antes que pasar la noche con gente murciélago llena de polillas.

—Buen trabajo, Will — interrumpió Bone. —Disfrute de su cita, Mark.—Frunció el ceño a su colega.

Mullens exhaló.

—He hablado con el jefe de Fraser, el director de atención médica. Parece que tenían una relación bastante volátil —dijo Bone.

Baxter consultó sus notas. —He hecho una búsqueda sobre él, señor, como pidió. Es ambicioso, despiadado con los presupuestos del hospital, pero por lo demás más limpio que una patena.

—Sí, y con una mujer enferma y un bebé recién nacido en casa, dudo que ande por ahí pegando fuego a nada —convino Bone.

Walker esbozó una sonrisilla. —¿Usted cree, señor? Más de una noche en vela he tenido que resistir.

Bone prosiguió. —Por último, está la vecina. Afirma que vio al concejal Blackwell cruzando la calle aproximadamente a la hora del incendio.

—Se vino un poco abajo cuando le enseñé las imágenes de la cámara nocturna —dijo Walker—. No estoy segura de que sea una testigo fiable.

El sargento Brody, que había estado de pie en silencio al fondo de la sala, carraspeó. —Señor, hay novedades.

El equipo se volvió para mirarle.

—Personas Desaparecidas acaba de recibir una llamada. Un paramédico, Rob McNeil, no ha llegado a casa tras su turno. Su mujer está frenética. Normalmente esperarían cuarenta y ocho horas, pero dado que es personal sanitario, han pensado que podría haber una conexión con el caso Fraser.

La sala enmudeció, y una sensación palpable de inquietud se apoderó del equipo.

Brody continuó: —Su compañero dijo que dejó a McNeil en la vía alta sobre las dos de la madrugada. Había múltiples obras y Rob estaba cerca de su casa y decidió ir andando. Pensó que sería más rápido.

—Claramente no —dijo Mullens.

Brody negó con la cabeza. —Su compañero está preocupado porque era muy de noche, y por experiencia sabe que hay muchos conductores borrachos que usan esa carretera para evitar a los coches patrulla. Pero McNeil insistió.

Bone soltó un suspiro. —Ay, Jesús. No otro atropello y fuga. No estoy seguro de poder con eso. —Se tomó un momento para

recomponerse y luego se dirigió al equipo. —Bien. Esto es lo que vamos a hacer. Baxter, quiero que investigue al concejal Blackwell. A ver si encontramos algo turbio que podamos sacar a la luz.

Baxter asintió. —Considérelo hecho, señor.

—Harper, pase por Digital. A ver cómo van con la mejora de las imágenes recogidas hasta ahora y si ha aparecido algo más. Mark, quiero que controle las distintas búsquedas. Cualquier novedad, quiero saberlo de inmediato.

—Sí, señor —respondió Mullens, y su hosquedad anterior dejó paso a un atisbo de su descaro habitual.

—Mientras tanto, yo pondré al corriente al super —dijo Bone— y le diré que ahora un dignatario local está en el punto de mira.

Walker hizo una mueca. —Oh, le va a encantar eso.

Bone se volvió hacia ella. —Walker, espéreme aquí. Nos ocuparemos del concejal juntos.

Ella asintió. —Sí, señor.

Se dirigió al sargento Brody. —Y manténgame informado sobre el paramédico. Crucemos los dedos para que simplemente se le haya ido la pinza y se haya ido a fundirse los ahorros en el casino o en un bar abierto toda la noche o algo así.

Cuando Bone salió de la sala de incidentes, Harper le dio alcance en el pasillo.

—Señor, ¿una palabra sobre Mullens? — dijo Harper en voz baja. Bone asintió y se apartaron a un lado.

—Acaba de enterarse de que su padre podría tener cáncer de hígado. Fue a verlo y el médico estaba muy preocupado. No creo que lo esté llevando muy bien.

El gesto de Bone se suavizó. —Cristo. Eso lo explica todo. Vigílele, Will. Asegúrese de que no le suelta un puñetazo a nadie y acabe suspendido.

Harper asintió. —Así lo haré, señor.

Bone le dio una palmadita en el hombro y se marchó a poner al día al superintendente.

Veintitrés

Walker se acomodó como pudo en el abultado asiento del copiloto, el orgullo y alegría de Bone.

Mientras Bone conseguía arrancar el motor a base de una serie de toses y estertores alarmantes, Walker se giró hacia él, con una pregunta en los labios.

—Entonces, ¿cómo ha ido la reunión con el super? —preguntó, preparándose mientras el coche salía a trompicones del aparcamiento de la comisaría, pasando junto a un grupo de periodistas acurrucados, aferrando cafés para llevar y bollos de desayuno.

Bone se encogió de hombros, con la mirada fija en la carretera. —Por segunda vez en dos días, ha accedido a todo sin montar el más mínimo cirio, sin remo, ni río, ni tormenta de mierda. Parece estar mucho más tranquilo desde el susto de salud de su mujer.

Walker alzó una ceja. —¿De verdad? Eso no es muy de él.

Bone suspiró, tamborileando los dedos en el volante.

—¿Qué? —dijo ella.

—Esto queda entre nosotros, ¿vale? —Oh, joder. ¿Está otra vez enferma su mujer?

—No. Me ha dicho que desde la central quieren echarle. Le están ofreciendo un paquete de jubilación anticipada. —¿En serio? Los ojos de Walker se agrandaron.

—Podría explicar por qué está tan relajado. Se la suda todo ya porque planea mudarse a un resort de golf en las Costas.

Walker soltó una risita, negando con la cabeza. Luego frunció el ceño. —Un momento. Si él se va, perdemos a nuestro valedor con los peces gordos.

—Correcto. Y lleva años manteniendo a raya a los carniceros y a los contables que han querido cerrarnos.

—Es un desastre de cojones. ¿Tú crees que lo aceptará? —Creo que podría. Desde que su mujer se puso enferma, le han cambiado las prioridades. Tengo la impresión de que ya no le apetece un carajo nada de esto . La vida es corta,

literalmente.

—Dios. ¿A quién van a poner para sustituirle? ¿Lo aceptarías si te lo ofrecieran?

Bone se echó a reír con fuerza, casi saliéndose de la carretera. —Estás de broma, ¿no?

—Estás cualificado, sobrecualificado.

—Soy un puto apestado en Edimburgo. No se me ocurre ni una persona que me tenga el más mínimo respeto en la central.

Creen que soy un chiflado acabado que no debería estar en servicio activo y probablemente ni siquiera en el cuerpo.

—Ya, lo sé. Pero aparte de eso, ¿lo aceptarías tú? ¿En teoría? Ella sonrió.

—¿Tener que subir cada semana a lamerles el culo a los mandamases y el resto del tiempo quedarme pudriéndome detrás de un escritorio? ¿En serio? Me durarían cinco minutos antes de que matara a alguien o acabara encerrado en el Hospital Psiquiátrico de Carstairs.

—Hablando de eso. Si te apetece aquella charla de la que hablamos, soy toda oídos.

—Han sido unos meses raros, pero no te voy a aburrir con ello. La versión corta es que ahora estoy ocupándome. Esta semana voy a la próxima sesión de grupo y también voy a acorralar a mi terapeuta mientras esté allí. Vigilancia. Siempre. Gracias por recordarme que estaba volviendo a comportarme de forma errática.

—Me alegra oírlo. No queremos que mates a nadie, o al menos a las personas equivocadas. ¿Y cómo lo lleva Alice?

La pregunta de Walker pilló a Bone un poco desprevenido. —Comprensiva, como siempre.

Ella le miró con escepticismo. —Oigo un pero por ahí.

—Me siento culpable cada vez que esto vuelve a asomar, por pequeño que sea. No quiero hacerla pasar por nada de esto jamás otra vez.

—Tienes que hablar con ella. Sé absolutamente claro. No la marees otra vez. Vigilancia. Siempre.

—Siempre tienes maldita razón. Sonrió y metió la palanca en cuarta, pero el Saab protestó y la devolvió a tercera.

Walker gruñó. —Este coche.

—Es precioso. Eso es lo que ibas a decirle a Bertha, ¿verdad?

—Si eso significa que llegamos a casa del concejal sin tener que ir andando, entonces sí. La Bonita Bertha. Walker acarició el salpicadero, pero cruzó los dedos de la otra mano.

Un par de millas después de comenzar el trayecto, reparó de pronto en el silencio inusual del coche. —Espera. ¿Por qué no estás poniendo tu música de mierda en el reproductor de ocho pistas?

Bone sonrió, alargando la mano hacia el estéreo antiguo. —Ah, gracias por recordármelo.

Apretó un botón y el coche se llenó de las estridentes y crujientes notas de Herb Alpert and the Tijuana Brass.

Walker gimió, deslizándose más abajo en el asiento. —Ay, Cristo. Tenía que preguntar, ¿verdad? ¿Qué gato están estrangulando ahora?

—Lo pillé en una tienda benéfica por cincuenta peniques. —Te timaron.

Bone se limitó a sonreír, golpeando el volante con las manos y haciendo suaves sonidos de trompeta con los labios mientras avanzaban renqueantes por las calles de Kilwinnoch, disfrutando de un respiro antes de enfrentarse a la pesadilla que les aguardaba.

Cuando por fin llegaron, Bone apagó el motor. —¿Ves? A mi chica los halagos le sientan de maravilla.

—O para un ratito, pero como vayas más lejos, te metes en un buen marrón —añadió Walker, y salió del coche.

Se acercaron a la villa de arenisca roja del concejal, y Bone llamó al timbre. Al cabo de un momento, la puerta se abrió para dejar ver a un hombre de sesenta y tantos, de gesto adusto, enfundado en una bata de cuadros y zapatillas.

Bone le mostró su placa. —¿Angus Blackwell? —preguntó Bone.

—Sí, eso es —respondió el concejal, pareciendo un poco desconcertado.

—Inspector jefe Bone y Inspectora detective Walker, de la unidad de delitos rurales de Kilwinnoch. ¿Podemos pasar?

—Supongo que esto tendrá relación con ese incendio atroz —dijo el concejal—. Aunque pensaba que ese tipo de tarea estaría por debajo de sus escalas salariales.

—Será mejor que hablemos dentro —dijo Bone. —Por supuesto, sí. Pasen.

Blackwell los condujo a un recibidor austero adornado con paisajes descoloridos y un reloj de caja que parecía no haber dado las horas desde la guerra de los bóeres. Una pila de revistas de contabilidad se tambaleaba peligrosamente sobre una mesita auxiliar.

El salón era igual de lúgubre, con tapetes de ganchillo en todas partes y una colección de fotos desvaídas que mostraban a un Blackwell más joven y más delgado estrechando la mano a varios dignatarios locales. En la mesa de centro había una calculadora muy usada y unas cuantas hojas de cálculo sobadas.

Bone y Walker se hundieron en un sofá de terciopelo polvoriento que resopló bajo su peso, y se inclinaron torpemente el uno hacia el otro.

—Qué gran tragedia —Blackwell se dejó caer en un sillón desgastado—. El pobre doctor Fraser. ¡Y su mujer! ¿Tienen noticias de su estado?

Bone negó con la cabeza. —La investigación sigue en sus primeras fases, concejal. Me temo que no puedo compartir ningún detalle por el momento.

Blackwell asintió, con las mejillas temblándole. —Por supuesto, por supuesto. Es solo que la rectora es amiga personal de Katherine Fraser. Está absolutamente fuera de sí de preocupación.

—¿Cuánto tiempo llevan siendo amigas? —preguntó Bone.

—Oh, ya van unos cuantos años. Se conocieron en actos formales hace tiempo.

—¿Y usted, concejal? ¿Es amigo de Katherine Fraser?

Blackwell se echó atrás ante la sugerencia. —¿Yo? Dios mío, no. Apenas las conozco. En lo que a ellas respecta, como jefe de presupuestos del ayuntamiento, soy un tacaño que recorta con un hacha. Se encogió de hombros con culpabilidad. —Quiero decir, nunca he llegado a empuñar un hacha en mi vida. Una calculadora va más con mi estilo. Soltó una risita nerviosa y luego guardó silencio.

—He hablado con el jefe del doctor Fraser, el profesor Baird, director médico regional — dijo Bone—. Dijo que las broncas en las reuniones a menudo se le iban de las manos entre él y el doctor Fraser por los presupuestos del hospital. He oído que no se llevaban bien.

Blackwell se removió incómodo. —Bueno, sí, supongo que hubo algunos desacuerdos.

—¿Así que usted asistía a esas reuniones? —Sí. Las bastante complejas tramas de las normativas fiscales del NHS y la administración local entrelazadas.

—¿El doctor Fraser también tenía desacuerdos con usted ?

Blackwell vaciló. —Desacuerdos profesionales, nada más, inspector.

Bone se inclinó hacia delante y cambió de tema. —¿Cuándo tuvo noticia por primera vez del incendio?

—Cuando oí los camiones de bomberos. Me despertaron. —Así que estaba en la cama a las dos y media de

la mañana del domingo? — preguntó Walker.

—Sí, cogiendo mi sueño reparador. Se secó una gota de sudor que le resbalaba por la frente.

—Qué raro. Bone sacó su cuaderno y pasó unas páginas. — Tenemos un testigo que le situó... Se volvió hacia Walker.

Ella fingió consultar sus notas. —Fuera de la residencia de los Fraser sobre las dos de la madrugada.

Las cejas pobladas de Blackwell se alzaron de golpe. —¿Qué? ¡Eso es disparatado! Yo estaba aquí, bien arropado. Había trasnochado repasando hojas de cálculo, así que estaba agotado.

—¿Hojas de cálculo un sábado por la noche? — preguntó Bone. —¿Qué quiere que le diga? Me encanta la contabilidad.

—El testigo estaba bastante seguro de que era usted —continuó Walker—. Dijo que salió del jardín de los vecinos de al lado de los Fraser, cruzó la calle y desapareció por un callejón hacia la siguiente calle. Su calle.

—Déjeme adivinar: eran esas dos viejas solteronas de más abajo, ¿verdad? ¿Las Finnieston?

Bone mantuvo el rostro impasible y continuó clavándole la mirada.

Blackwell resopló. —Bueno, fuera quien fuese, miente. Esas mujeres Finnieston me la tienen jurada desde que apoyé la decisión del ayuntamiento de recortar la financiación del transporte público. Menuda imaginación tienen, esas dos. Siempre metiendo las narices donde no las llaman.

—Entonces, ¿niega categóricamente haber estado fuera de la casa de los Fraser esa noche? —preguntó Bone. —Por supuesto. Estuve en casa toda la noche, trabajando.

—¿Puede alguien corroborar su paradero? ¿Algún familiar, quizá? —insistió Bone.

El rostro congestionado de Blackwell se volvió aún más oscuro. —Vivo solo, inspector. ¿Eso me convierte en un asesino en serie, entonces?

—Entonces, ¿no hay nadie?

—Ya se lo he dicho — respondió el concejal.

Walker sacó su iPad. —Voy a poner unas imágenes en vídeo grabadas la noche del incendio. Cargó el archivo y giró la pantalla para que el concejal pudiera verlo.

Tras unos segundos de visionado, el concejal alzó la vista. —¿Está sugiriendo que ese soy yo?

—¿Lo es usted, señor?— preguntó Bone.

—Por supuesto que no. Esa persona mide el doble que yo, ¿y qué es eso que lleva puesto? ¿Una capa?

—Una parka hasta la rodilla, creemos —dijo Walker—. ¿Tiene usted una parka negra o gris oscura, señor?

—No, ni de broma, y pueden registrar mi maldito armario y el perchero de la puerta si quieren. Esto es una locura. Quiero que se vayan ya.

—Parece bastante alterado para alguien que nos asegura que no ha hecho nada malo, señor —dijo Bone.

—¿Cómo demonios cree que me sentiría? Me están acusando de este... crimen horrendo. ¿Sabe quién soy? Soy un servidor público. Tengo responsabilidades. Soy respet...— Empezó a venirse abajo. — Es todo muy desolador.

—Lo siento, señor. Si pudiera darnos el nombre de alguien que pueda avalar su paradero, entonces...

—Como le he dicho, vivo solo. No por elección. Mi mujer... falleció hace tiempo. Mi trabajo y mis obligaciones públicas son...— Inspiró hondo.

—Me temo que entonces no me deja otra opción más que pedirle que venga con nosotros a comisaría para seguir con el interrogatorio.

—Así que me arresta ahora, ¿en base a qué? ¿A no tener pareja? Y esas hermanas están como dos cabras. Cualquier cosa que digan hay que cogerla con un buen puñado de sal. Y si dan más crédito a un par de NIMBYs viejas, chifladas y amargadas que a mi palabra, la de una figura pública respetada, entonces el cuerpo está en serios aprietos.

—No le estoy arrestando. Está en su perfecto derecho de negarse, pero puede que entonces me vea obligado a detenerle, y eso no le va a dejar en buen lugar, señor.

—No me lo puedo creer. Sonó el teléfono de Bone.

—Discúlpeme un momento.— Se levantó y salió. Momentos después volvió, pálido como la cera. —¿Una palabra, inspectora Walker? —¿Qué ocurre? —preguntó el concejal—. Espero

que sea su jefe al teléfono diciéndoles que se corten un poco el cuello.

Fuera, en el jardín delantero, Bone se detuvo. —¿Jefe? — preguntó Walker.

—Era Sheila. Tráfico ha encontrado una furgoneta Citroën calcinada en lo alto de Meikle Hill. Han encontrado al paramédico desaparecido en la carretera, inconsciente. Tiene una lesión craneal grave y quemaduras de tercer grado en brazos y piernas.

—¿Pero sigue vivo?

—Por poco. Lo han llevado de urgencia a la unidad de traumatismos craneoencefálicos del Stirling Royal. Su mujer está allí ahora.

Bone suspiró. —Necesitaremos un par de agentes allí para custodiar al herido.

—Eso ya lo ha hecho —asintió Walker—. Y ha ordenado que embolsen la ropa del paramédico.

—Vale, llevémonos a este de vuelta a comisaría y metámosle en un calabozo por ahora. Yo cogeré a Mark y subiremos a la escena del crimen a echar un vistazo.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Puedes ir al hospital y hablar con la esposa? Parece que el paramédico no está para charlas.

Walker exhaló. —Estará deshecha. —Lo siento, pero es importante.

—Sí, lo sé, pero la hora de oro y todo eso. —¿Lo echamos a suertes si prefieres?

Walker bufó. —Paso, gracias. Una escena del crimen a la semana es más que suficiente para mí, muchas gracias. Pero diré esto: Betty la Sudorosa ahí dentro no parecía un tipo que acabara de prender fuego a una furgoneta en lo alto de los Campsies.

—Puede, pero el mal tiene la fea costumbre de ocultar su horrible cara cuando le conviene —dijo Bone—, y regresaron para afrontar la ira del concejal.

Veinticuatro

Bone y Mullens condujeron hasta el cordón policial . El bosquecillo arrasado por el fuego se alzó ante ellos, una escena macabra de ramas carbonizadas y tierra ennegrecida. Los restos esqueléticos de la que había sido una frondosa vegetación chorreaban agua de las mangueras de los bomberos.

Enclavado en el corazón de aquel paisaje posapocalíptico y siniestro, justo a un lado de la aislada Meikle Hill Road, el chasis calcinado de un Citroën Defender humeaba, con volutas de humo aún enroscándose desde su carcasa ennegrecida.

—Jesucristo en bicicleta— murmuró Mullens, con el gesto adusto.

Le enseñaron sus acreditaciones al agente, se colaron bajo la cinta y avanzaron entre la maleza, esquivando los restos de la batalla de los bomberos por sofocar el incendio.

Un pequeño ejército de agentes con chaquetas fluorescentes pululaba por la zona: tráfico, forenses, investigadores de incendios... todos zumbando con actividad metódica.

Cuando se acercaron a la furgoneta, Cash apareció por el otro lado del amasijo, con el rostro aún más sombrío de lo habitual. —Me preguntaba cuánto tardarían en presentarse.

Bone gruñó. —No lo suficiente.

Cash señaló las puertas traseras de par en par.—Por lo visto, el rey Vestas intentó incinerar al paramédico en la parte de atrás de la furgoneta. Si se acercan, se lo enseño. Pero no demasiado. Señaló la indumentaria del detective, sin mono de escena.

Bone se asomó al interior; el inconfundible hedor a gasolina estaba otra vez presente.

—Como pueden oler, nuestro hombre ha sido generoso con la vieja de cuatro estrellas. Se arrodilló junto a una de las puertas.— ¿Ven las marcas en el interior? Parece que el sanitario probablemente dio patadas hasta salir antes de que todo aquello prendiera. El techo reventado indica el alcance de la explosión cuando el acelerante alcanzó el depósito. Sacó una linterna del cinturón y la enfocó en el interior abrasado.—Al fondo, tenemos uno de los recursos característicos de nuestro amigo: el embudo de acero. Si realmente intentó usarlo, solo el paramédico podrá responder a eso.

—Jesús lloró — exhaló Mullens.

La mirada de Bone se posó en un mensaje arañado en la pintura chamuscada y casi borrada del lateral de la furgoneta. Las mismas palabras escalofriantes que habían encontrado en la escena de los Fraser, la primera línea del juramento hipocrático: "Primero, no hacer daño."

—Parece que nuestro pirado va con un tema, desde luego— dijo Mullens, con la voz tensa de rabia.

El ulular de una sirena que se acercaba anunció la llegada del jefe del Servicio de Bomberos, Tennant. Saltó de su Range Rover, con el rostro tronando mientras avanzaba hacia Bone.

—¡Inspector jefe Bone! ¿Qué demonios está pasando aquí? Otro incidente, con mis agentes jugándose la vida y el pellejo, y usted todavía no está ni un paso más cerca de atrapar a ese lunático! Ya le advertí, y bien claro, sobre él.

A Bone se le erizó el alma, sorprendido por la arremetida verbal del jefe de bomberos. Enderezó los hombros. —Estamos haciendo todo lo que podemos. Mi equipo trabaja las veinticuatro horas

—¿Su equipo? — escupió Tennant—. —¿Quiere decir ese grupo de bichos raros inadaptados al que llama unidad rural? ¿Dando palos de ciego mientras ese maníaco campa a sus anchas?

Mullens dio un paso al frente, con los puños apretados.—Un puto minuto, ¿eh?

Bone alzó un brazo, bloqueándole el paso.—Como estabas, ¡Mark! —gruñó a su compañero, sin quitar la vista de la cara del jefe.—Yo me encargo.

Tennant bufó con desdén.—¿Encargarse? ¿Cómo se está encargando del caso Fraser? A ese psicópata hay que pararlo, Bone, antes de que me meta a uno de los míos en una puta caja. O igual la próxima vez es uno de los suyos. ¿Qué, le haría gracia?

A Bone se le cerró la garganta. Las palabras del jefe le dieron demasiado en todo el centro. Se obligó a respirar hondo para mantener la voz igual.—Conducta impropia. Siga así y tendré que elevar esto.

—Más pérdida de tiempo—replicó Tennant.

—Estamos siguiendo todas las pistas, rastreamos hasta el último indicio. Vamos a atrapar a ese cabrón, jefe. Se lo prometo.

Tennant soltó una carcajada sin humor.—Dispense si no me quedo sin aire esperando. Se lo dije: quién es. ¿Por qué no lo han detenido? Y le diré por qué: porque son un grupo de aficionadas, jodidas Miss Marples. ¡Ese psicópata casi me deja ciego! Si alguno de los míos muere a manos de ese desequilibrado, y ayer estuvimos cerca, entonces eso irá a su cuenta. Señaló con el dedo a Mullens. —Y usted, cabeza de patata caliente.

—Eso sí que tiene cojones, saco de pedos sobredimensionado—soltó Mullens.

Bone volvió a alzar el brazo por si a Mullens le daba por soltarle un guantazo.

Tennant giró sobre sus talones y se alejó, dejando a Bone a fuego lento en un guiso de rabia y frustración.

Cash, que había estado observando el intercambio con un interés distante, intervino.—Vaya, un intercambio de lo más profesional.

—Capullo—murmuró Mullens.

—En fin. —Cash sonrió.—Acelerante de gasolina otra vez, tic; embudo, tic; y mensaje demente, tic... pero nada de manguera por la garganta esta vez.

Bone frunció el ceño.—¿Aprendiendo de sus errores de colegial?

—O en caída libre—dijo Cash por encima del hombro.—Tan ido que ya no sabe ni qué coño hace. De ahí la huida milagrosa del

paramédico. Yo a eso lo llamo una cagada, en toda regla.

A Bone le asaltó una necesidad súbita e imperiosa de estar en cualquier sitio menos allí.

Se volvió hacia Cash.—Envíe las fotos de la escena en cuanto pueda. Cada detalle, por pequeño que sea.

Cash asintió.—Será mejor mantenerse al margen por ahora, Duncan—susurró, para que no le oyeran, y volvió a la lúgubre tarea que tenía entre manos.

Cuando Bone se alejó a zancadas del amasijo humeante, Mullens le dio alcance.

—¿Cuál es su puta bronca?

—No lo sé. Supongo que frustración, como el resto de nosotros.

—Sí, pero no hay razón para esas gilipolleces. Ojalá me hubieras dejado soltarle una. Puto payaso.

—Solo métete en el coche, Mark—ordenó Bone.

Se quedaron sentados un momento, ambos hirviendo en su propia piel.

Por fin, Bone se volvió.—He oído lo de tu padre.

—Mierda, le dije al joven Jedi que se lo guardara para sí.—Estaba preocupado por ti antes, en la sala de incidentes.

—¿Estás bien?

—Surgió de la nada. Un minuto estaba siendo su habitual yo racista, sexista, feliz de la vida y ofensivo, y al siguiente se había puesto amarillo. Los médicos dijeron que podría ser un tumor en el hígado o el páncreas.

—Lo siento, tío. ¿Van a operarle?

—Más tarde, hoy. Entonces sabremos, de un modo u otro.

—Dios, deberías estar allí ahora, ¿no?

—Nah. Solo estaría dando vueltas, molestando a todo dios en la residencia, sin servir de nada a nadie.—Soltó una risita.—Hasta este infierno y ese capullo son más fáciles de llevar que mi da.

—¿Cómo está él?

—Bah, ni se entera. Dice que en la residencia lo han convertido en un plátano.

—Ay, madre. Bueno, eso es una bendición, supongo. Le ahorra la preocupación.

—No se lo he dicho todavía a mis hermanas. No sé cómo hacerlo.

—Podrías esperar a que tengan resultados.

—Sí, pero ¿y si él, ya sabes, estira la pata? El médico dijo que a su edad hay riesgo.

—Es verdad. Entonces probablemente tendrás que hacerlo.

—Ah, Cristo. Justo eso pensaba. Seis malditas llamadas. ¿Por qué mi maw y mi da no usarían putos condones?

—¿Y Sandra? ¿Lo sabe?

—Ella en su línea, práctica. Dice que él es malditamente inmortal, que no me preocupe.

—Pero es tu padre, ¿no?

—Por desgracia, sí.

—Bueno, tú me das el aviso y te vas, ¿vale?

—Estoy bien.

—Pues no lo parece. Llevas toda la mañana con cara de culo apaleado y los puños cerrados, listo para arrancarle los dientes a alguien.

—Enfriaré los ánimos.

—Bien, creo que hay que meterles un petardo en el culo a esos equipos de búsqueda y empezar a redoblar esfuerzos con las personas de interés que se nos están acumulando. Volvamos.

—Petardos en los culos. Habláis mi idioma, jefe.—Sí, pero con palabras, no con Semtex del bueno, Mark.—Aguafiestas.—Mullens puso morros y se abrochó el cinturón.

Veinticinco

Walker se acercó al mostrador de recepción de la unidad de lesiones cerebrales del Stirling Royal Hospital. El olor a desinfectante y el silencio contenido le pusieron los nervios de punta.

—Busco a Rob McNeil —dijo, mostrándole su identificación a la enfermera tras el mostrador.

La enfermera asintió, con gesto sombrío. —Sígame, por favor.

—¿Cómo se encuentra? —Walker intentó ir a su paso.

La enfermera vaciló. —No bien, me temo. Pero antes de que pudiera ampliar, llegaron a una sala con el rótulo UCI 1. —Está aquí. Abrió la puerta.

Walker entró en la habitación; el pitido constante de la máquina de soporte vital llenaba el aire. El técnico de emergencias yacía inmóvil en la cama, la cabeza fuertemente vendada, el rostro magullado y hinchado, los ojos cerrados a causa de la inflamación. Los brazos y las piernas estaban inmovilizados, en tratamiento por quemaduras graves. Tubos y cables lo conectaban a distintos aparatos.

Su esposa, Sophie McNeil, destrozada, estaba sentada a su lado, la mano apoyada con delicadeza sobre la de su marido. Al ver acercarse a Walker, alzó la vista; tenía los ojos enrojecidos e hinchados de tanto llorar.

—¿Sophie? Soy la inspectora de policía Rhona Walker —dijo en voz baja.

La señora McNeil asintió y volvió la mirada hacia su marido.

—Siento muchísimo molestar en un momento así —prosiguió Walker—. ¿Cómo se encuentra?

La voz de la señora McNeil tembló al hablar. —Los médicos dicen que tiene una hemorragia cerebral. Está en coma inducido. Están esperando resultados para determinar el alcance de la lesión. Contuvo un sollozo. —Está en un estado horrible.

Walker arrimó una silla. —De verdad lo siento, pero necesito hacerle unas preguntas. ¿Le parece bien?

La señora McNeil asintió, sin apartar los ojos del rostro maltrecho de su marido.

—¿A qué hora le esperaba en casa anoche?

—Su turno terminaba a las dos, así que normalmente... —Tragó saliva—. Suele estar en casa a las dos y media.

—¿Y a qué hora llamó a la central?

—Sabía que pasaba algo, pero esperé hasta las ocho y media para llamar. No quería hacer perder el tiempo a la policía.

No dejaba de pensar que entraría por la puerta de un momento a otro.

—¿Suele llegar tarde?

La señora McNeil negó con la cabeza. —Casi nunca, y jamás más de una hora. Siempre me mandaba un mensaje o llamaba.

—¿Incluso en medio de la noche?

—Sí. Sabía que me iba a preocupar.

—Entonces, ¿anoche no recibió ninguna llamada ni mensaje suyo en absoluto? —No, nada.

La señora McNeil negó con la cabeza.

Walker vaciló antes de formular la siguiente pregunta. —¿Se le ocurre alguien que haya podido querer hacerle daño a Rob? ¿Alguien con algún rencor contra él?

La señora McNeil alzó la vista, con los ojos chispeantes. —Es Robbie. Se llama Robbie.

—Lo siento, Sophie. ¿Alguien que haya podido querer hacerle daño a Robbie?

Negó con vehemencia. —No. Todo el mundo le quiere. Está entregado a su trabajo, a ayudar a la gente...

—¿No ha tenido problemas con pacientes ni le ha comentado incidentes recientes?

La señora McNeil se quedó mirando al regazo un momento.— Hubo un incidente hace tiempo, después de que acudiera a un accidente de tráfico.

—¿Qué pasó?

—Un choque terrible la mañana de Año Nuevo de hace dos años. Una mujer atrapada. Él fue el primero en llegar y luego un médico que pasaba paró a ayudar, pero nadie pudo salvarla. El novio se puso furioso porque murió. Echó la culpa a los sanitarios que estaban allí.

—¿Incluyendo a Robbie y al médico?

La señora McNeil asintió. —El médico que paró ya estaba respondiendo a una urgencia en el hospital. Robbie le dijo que se fuera. Pero no fue culpa de ellos. Ella iba ciega. No debería haber conducido jamás. Perdió el control del coche que llevaba. Robbie se quedó hecho polvo por aquello. Pero el novio no... —Tomó aire hondo.

—Tranquila, siga —la apremió Walker.

—Unos meses después, el novio de la fallecida se abalanzó sobre Robbie. Fue por Pascua, creo. Robbie estaba de salida nocturna con sus compañeros. El novio le atacó en el baño del pub, le fracturó el pómulo y le rompió dos costillas. Si su compañero no hubiera intervenido... —Se le llenaron los ojos de nuevas lágrimas.

—¿Detuvieron al novio ?

—Le imputaron, le condenaron por agresión. Le cayeron ocho meses —dijo la señora McNeil, con la voz endurecida—. Una vergüenza. Ocho miserables meses. ¿Hizo ese cabrón esto a Robbie?

—¿Sabe cómo se llamaba el novio? —preguntó Walker.

—Oh, sí. Daniel Quillan. ¿Es él el responsable? —Estamos investigando todas las posibilidades. ¿Recuerda el nombre del médico que ayudó allí o el de la mujer que murió en el accidente?

La señora McNeil negó con la cabeza. —No puedo... no me acuerdo. Quiero ayudar, pero la cabeza no me funciona. Ya no puedo pensar.

En ese momento, una enfermera entró en la habitación y se acercó a comprobar las constantes del técnico. La atención de Sophie volvió de golpe a su marido; le apretó la mano.

Walker se puso en pie. —Gracias, Sophie. Nos ha sido de gran ayuda. Vamos a seguir la pista de lo que me ha contado y la mantendremos al tanto. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para averiguar qué le ha pasado a Robbie.

Sophie apenas pareció oírla, volcada por completo en su marido y en la enfermera que lo atendía. Walker salió de la habitación en silencio; el pitido constante de la máquina de soporte vital la acompañó hasta el pasillo.

Caminó con paso decidido por el corredor, sacando el móvil para llamar a Baxter.

—Sheila, ¿puede investigar a un tal Daniel Quillan, condenado por agredir al técnico de emergencias Rob McNeil en 2018? Busque su última dirección. Creo que tenemos que hacerle una visita urgente.

—En ello, señora. Ah, y, señora...

—¿Sí?

—tráfico acaba de informarnos de que se ha visto una autocaravana alquilada por Scanlon en Aberfellan, cerca de Loch Lomond. Acabo de llamar al jefe para ponérselo en conocimiento, y Will ha ido a coger a Mark como apoyo y a interceptarla.

—¿ARU?

—Sí. Ya la he solicitado.

—Bien, gracias. Voy de vuelta ahora mismo.

Colgó y aceleró el paso, espoleada por la creciente sensación de que la red por fin podría estar cerrándose sobre esa pieza de escoria.

Veintiséis

Reuniéndose en el arcén de la circunvalación de Cumberfield , Mullens salió del Saab de Bone.

—Y yo soñando con un doble nugget. ¡Ni en pintura!

Harper no salió del BMW de altas prestaciones que había requisado para esta tarea.

—No lo creo, jovencito del triciclo —Mullens le fulminó con la mirada—. Conduzco yo; muévete.

—Si lo prefieres, me voy yo, Will —dijo Bone, asomándose por la ventanilla.

—No, por alguna razón insensata, lo quiero conmigo —dijo Harper, saliendo a regañadientes y yendo al asiento del pasajero.

—Tened cuidado, ¿vale? —dijo Bone, pero el coche de servicio ya avanzaba.

Mullens pisó a fondo y chirrió al incorporarse de nuevo a la autovía, lanzando a Harper hacia atrás en su asiento. Este forcejeó a toda prisa con el cinturón.

—¡Así es como se conduce esta preciosidad! —Mullens apretó aún más el motor.

No tardaron en divisar a la unidad de respuesta armada más adelante. Mullens sonrió con malicia, presionando el acelerador.

—Mark, ¿qué estás...? —La pregunta de Harper se convirtió en un alarido ahogado cuando sortearon a la ARU, con los neumáticos protestando a gritos.

—Solo dándoles a nuestros amigos una escolta en condiciones —Mullens soltó una risita y guiñó un ojo a los agentes ojipláticos a los que acababan de adelantar.

Harper, pálido y agarrado a su asiento, murmuró: —Empiezo a arrepentirme de ofrecerme para esta.

Aceleraron. La ARU quedó atrás a una distancia discreta, lista para dar apoyo —o quizá para rascar lo que quedara de Harper del salpicadero.

Cuando se hubo recuperado, sus pensamientos volvieron a Scanlon. —Pero ¿por qué una autocaravana?

—¿Ocultarse a plena vista, quizá? ¿Un turista más? Un cabrón retorcido e inteligente.

—¿O inocente? —sugirió Harper.

—El tipo se ha saltado la reunión con el oficial de libertad condicional. A mí eso no me suena a alma reformada.

Entraron en el pueblo de Aberfellan, y un agente uniformado les hizo señas para que parasen. La ARU se detuvo detrás. Mullens bajó la ventanilla y mostró su acreditación.

—Hemos tenido un avistamiento de una Volkswagen azul y roja hace una hora con coincidencia de matrícula. Estaba aparcada en el Co-op.

—¿Alguien habló con el conductor?

—Sí, el personal del minimarket dijo que un tipo de la furgoneta entró y compró un montón de provisiones. Luego preguntó dónde podía comprar aparejos de pesca.

—¿Y bien? —apremió Mullens.

—Le indicaron una tienda en Rowardornoch, ya sabe, a orillas de...

—Del Loch Lomond, sí —interrumpió Mullens.

Metió la marcha del coche. Los neumáticos chirriaron y salieron del pueblo disparados, la ARU esforzándose por seguirles el ritmo.

Cuando llegaron a las riberas inferiores del loch, la carretera se estrechó y se pegó al borde del agua. Ben Lomond y las montañas circundantes se alzaban sobre ellos con amenaza. Al aproximarse a Rowardornoch, frenaron en seco frente a una tienda de aparejos de pesca. Harper ya estaba fuera del coche antes de que hubiera

parado del todo, con Mullens detrás a trompicones. El tendero, un hombre canoso de unos sesenta, alzó la vista cuando irrumpieron.—Policía. Harper mostró su placa. —Estamos buscando a este hombre. Alzó su móvil con una

foto tipo ficha de Scanlon enla pantalla.

El tendero entrecerró los ojos ante el aparato y luego asintió despacio.—Sí, ha estado aquí. Compró unas cuantas cosillas.

—¿Cuándo?

—Hace una hora o así, tal vez. ¿Es algún prófugo o qué?

—¿Dijo adónde iba?

—Dijo algo de que él y su hermano se iban a un sitio popular para pescar y acampar, junto al loch. Hizo un gesto vago hacia el norte.

—¿Habló con su hermano?

—No, pero lo vi en su furgoneta.

—Enséñenos dónde fueron —ladró Mullens, señalando el gran mapa colgado detrás del hombre.

Minutos después, volvían a la carretera siguiendo las indicaciones del tendero.

Al final de una pista estrecha y bacheada que terminaba en un callejón sin salida junto al loch, Mullens se detuvo. Los detectives bajaron y se acercaron a la ARU. Dos agentes saltaron de la cabina.

—De momento, manténganse atrás —indicó Mullens—. No queremos que se caguen del miedo y hagan alguna gilipollez. Yo y el pringado entraremos primero, a ver si le podemos hacer entrar en razón. Si la cosa se va al carajo, entren duro y rápido. Reduzcan al gilipollas.

Los agentes asintieron. Uno rodeó la parte trasera del vehículo y volvió con dos chalecos antipuñaladas. —Les harán falta.

Harper se lo puso y abrochó los laterales.

Mullens lo sostuvo en alto.—¿Lo tienen en una talla más grande?

El agente negó con la cabeza.

—Para que quepa un frigorífico americano —añadió Harper.

—Muy bien, señor Tenia — se burló Mullens.

El agente se retiró y, instantes después, volvió con otro.

—El más grande que he podido encontrar.

Con resoplidos, Mullens se embutió en la protección.

—Bien, vamos a ello —ordenó.

Se pusieron en marcha por la senda, la grava crujiendo bajo sus pies. A su izquierda, el loch brillaba al sol, engañosamente en calma.

Doblaron un recodo del camino, y un destello de color llamó la atención de Mullens. Alzó la mano y él y Harper se pegaron a la línea de árboles. Una autocaravana azul y roja estaba aparcada a la orilla del agua. Dos figuras se sentaban cerca, ajenas a la presencia de los detectives. Harper reconoció a Scott Scanlon al instante. El hombre enjuto estaba en una silla plegable, con una caña de pescar entre las manos, la mirada fija en el agua plácida.

Harper le murmuró a Mullens sin voz: —Es él.

Al lado de Scott, en una silla de ruedas, estaba su hermano, Craig, con bombonas de oxígeno sujetas a la parte trasera de la silla. Mullens llevó la mano a la emisora que llevaba en el hombro del chaleco. —Sospechoso a la vista —murmuró.

—Esperad hasta que dé la señal.

Avanzaron sigilosos, usando los árboles como cobertura. Estaban casi a distancia de voz cuando una ramita crujió bajo el pie de Harper. Scott Scanlon se volvió en redondo, con los ojos muy abiertos. Dio un salto y se puso en pie, su caña cayó al suelo con estrépito, los puños apretados.

—¡Policía! ¡Quieto donde está! —bramó Mullens.

Scott barrió la orilla con la mirada, buscando una salida, como una rata acorralada. Amagó con embestir a Mullens.

Los agentes armados salieron de entre los árboles, con las armas apuntando a los hermanos.

—¡He dicho que os mantuvierais! —Mullens les hizo aspavientos a los agentes.

Presa del pánico, Scott echó a correr por la estrecha playa junto al loch. Su hermano emitió un grito estrangulado, arañándose la mascarilla de oxígeno.

—Yo me encargo de él. ¡Tú ve! —gritó Harper. —¡Retírense! —ordenó Mullens a los agentes de la ARU.

Craig Scanlon se desplomó hacia delante en la silla, respirando a bocanadas irregulares. Harper corrió a su lado, con las manos

firmes, ajustando la mascarilla de oxígeno.

—¡Asistencia médica! — gritó.

Un agente silbó y un paramédico salió corriendo del bosque.

—Respira, Craig —murmuró Harper—. Despacio y tranquilo. Estás bien.

Mullens persiguió a Scott por la playa y por rocas resbaladizas cubiertas de musgo hacia un saliente más allá.

—¡Ríndete, Scanlon! — le gritó por detrás.

Pero el fugitivo siguió adelante, tropezando en el terreno húmedo, intentando pasar por el obstáculo. Mullens trepó por una roca, perdió pie y cayó pesadamente de costado.

—Joder, Scanlon. ¡No seas capullo! —Se incorporó a trompicones —. Tu hermano se está muriendo ahí atrás.

Scott se detuvo, se volvió y se lanzó contra Mullens, pero Mark lo vio venir. Lo placó con un placaje de rugby a plena fuerza, y ambos salieron disparados al agua.

Forcejearon unos instantes, con las piernas y brazos enredados, hasta que Mullens se impuso y lo alzó tirando del anorak empapado. Scott gritó de dolor cuando Mark le extendió el brazo hacia atrás y hacia arriba.

—¿Duele? ¡Uy, lo siento muchísimo, gilipollas! —Mullens echó un vistazo a la playa.

Harper estaba al borde del agua, con una risa entre dientes. —¿Vas a ayudarme o qué?

—Ese "o qué" suena bien —replicó Harper, ampliando la sonrisa. Con un suspiro, se quitó los zapatos, remangó los bajos del pantalón y entró en el agua para ayudar.

Scanlon lanzó el puño libre. Pero Mullens esquivó y le inmovilizó el brazo a la espalda.

—¡Ya vale! —gruñó Mullens.

Harper le puso las esposas y, entre los dos, arrastraron a su detenido de vuelta a la orilla.

—¡Será mejor que no hayáis matado a mi hermano!

—Creo que de eso ya te estabas encargando tú solito, Scanlon — gruñó Mullens.

De vuelta en la autocaravana, al paramédico se le unió un segundo, y estaban maniobrando a Craig hacia el bosque, donde esperaba una ambulancia.

—¿Adónde se lo llevan?

—A recibir la atención que necesita, cerebro de mierda —dijo Mullens, retorciendo las mangas de su traje arruinado—. Mira cómo me has dejado. ¡Vaya puto payaso estás hecho!

—Esto es acoso de los cojones —bufó Scanlon—. ¿Respuesta armada? ¿Por faltar a una reunión con el de la condicional? Debéis de estar aburridos como ostras. ¿Así es como os divertís? ¿Cazando aun hombre libre que ya ha cumplido su condena y a su hermano, al que le quedan días de vida?

—Scott Scanlon, queda usted detenido por el asesinato del doctor Andrew Fraser —empezó Harper.

—¿Quién coño es el crío?

—No tiene usted obligación de declarar. Pero debe saber que su defensa podría verse perjudicada si no menciona algo cuando le pregunten, que más tarde pretenda usar en el juicio. Cualquier cosa que diga podrá ser usada como prueba. ¿Lo entiende?

—Lo que entiendo es que habéis jodido todo —exhaló Scanlon—. Yo solo quería despedirme de mi hermano. ¿Por qué no nos dejáis en paz? Unos días, solo quería eso.

Dos agentes uniformados se llevaron a Scanlon. Al irse, gritó: —¡Por favor!

—Ha salido redondo —volvió a sonreír Harper.

—Cierra el pico, cuatro ojos. Mullens se quitó un zapato y vació el agua.

—Tendré que decirle a la jefa que tenemos a un nuevo nadador en aguas abiertas entre nosotros.

—En breve vas a estar nadando por tu propio canal del colon, colega —amenazó Mullens—. ¿Cómo va elhermano?

—A las puertas de la muerte, gracias a Scanlon.

—Menudo imbécil, sacar así a su hermano del centro.

—Si te soy sincero, lo entiendo un poco. Si el último deseo de mi hermano fuera ir a pescar, probablemente yo haría lo mismo.

—O si acabas de freír a un par de personas, quizá uses a tu hermano como tapadera.

—También está esa. Supongo que cuando lo metamos en la sala de interrogatorios, todo saldrá a relucir —se rió Harper.

—Te crees la hostia de gracioso, ¿verdad? Mi único arrepentimiento es no haber hecho fotos para el panel de incidentes. Al menos ha sido una distracción.

—Lo fue hasta que me lo has recordado, capullo. Me da que va a ser un viaje muy largo de vuelta a comisaría. Mullens tiró del tejido empapado de la entrepierna y se fue contoneando por la senda.

Veintisiete

—Has vuelto—dijo Bone al ver a Rhona junto al panel del caso, dando sorbos a una gran taza de café humeante—. ¿Cómo te ha ido? Oh, ¿queda algo de eso?

—Perdona, he cogido la última. Te comparto esta, si quieres.

—No, tú tienes pinta de necesitarlo más que yo. Sigue tú.

—Bastante traumático, como cabría esperar, pero, en honor a la verdad, la señora McNeil ha sido de mucha ayuda. Me ha dicho que hace dos años un tal Daniel Quillan agredió a su marido tras la muerte de la novia de Quillan en un accidente de tráfico. Atención: me contó que un médico también se paró a ayudar a la herida, pero tuvo que irse para ir al hospital por una urgencia. El novio culpó a McNeil y al médico de no salvar a su novia y se desató a golpes.

—¿La señora McNeil te dio los nombres del médico y de la víctima del accidente? —preguntó Bone.

—Por desgracia, no.

—¡Te pillé! —gritó Baxter desde su mesa—. Dios, Sheila. Ni siquiera te había visto ahí.

—Perdón, jefe. He estado haciendo comprobaciones sobre el señor Quillan. Hace dos años cumplió ocho meses por la agresión con agravantes al señor McNeil. No he podido encontrar una dirección suya, no hay registros de impuesto municipal, lo que sugiere que quizá esté en un albergue o en un B and B. Sin embargo, sí tiene trabajo y actualmente está empleado por Parcels First.

—¿ Repartidor? —preguntó Bone.

—Eso parece. Su delegación está en la circunvalación de Cumberfield.

—Acabo de venir de allí, maldita sea —se quejó Bone—. Bien, Rhona, vamos. Sheila, ¿me pasas la dirección exacta?

—Lo hago ahora mismo. Ah, y antes de que me distraigáis otra vez... —frunció los labios—. Por fin se han puesto en contacto conmigo desde Stirling Royal. Hubo una muerte documentada en la unidad neonatal en torno a Año Nuevo de 2021. Un Nathanial Black, madre Sadie Black.

—¿Padre?

—Sé por dónde vas. Pero no, Sadie Black era madre soltera, no hay padre en el registro de nacimiento. Y por desgracia, trágicamente, Sadie Black murió de cáncer hace seis meses. Así que un callejón sin salida en lo que respecta a posibles padres en duelo sedientos de venganza. Pero... y esto es un gran pero—abrió los ojos—, el médico responsable no era otro que el doctor Andrew Fraser. Causa de la muerte: insuficiencia respiratoria.

—¡Eureka! Estupendo trabajo, Sheila— dijo Bone.

—Yo apunto a complacer.— Sonrió de nuevo y hurgó en el bolso buscando el mechero.

—Aquí no hay quien se aburra—dijo Walker, y se volvió a poner la chaqueta.

El almacén de reparto de Parcels First era un hervidero cuando llegaron Bone y Walker. Los conductores y cargadores iban y venían por los pasillos del almacén, moviendo paquetes y bultos con eficiencia curtida. Los detectives se acercaron a la oficina del encargado, donde un hombre con pinta de desbordado ladraba órdenes por una radio.

—¿Thomas Hanks?—preguntó Bone, mostrándole la placa. El encargado alzó la vista, entornando los ojos.

—Sí, ese soy yo. ¿En qué puedo ayudarles, agentes?

Bone alzó una ceja. —¿Alguna relación con la estrella de Hollywood?

Hanks suspiró. —No merece la pena, amigo. Me las sé todas.

Walker intervino antes de que Bone soltara otro de sus chistes vergonzosos.

—Estamos aquí por uno de sus conductores, Danny Quillan.

—¿Qué ha hecho ese mierdecilla ahora? —se interrumpió, salió disparado al piso, y bramó a un empleado que había tirado un paquete camino de una de las furgonetas—. Como haya reclamación por eso, te voy a estar encima, McCabe.

El empaquetador frunció el ceño y volvió a la cinta del otro lado de la nave.

—Zoquetes, todos —se quejó—. En fin, Danny... Lleva con nosotros unos siete meses. No es el mejor empleado, siendo sincero. Tiene dos amonestaciones disciplinarias por impuntualidad y entregas fallidas. A la próxima, a la calle.

Bone asintió pensativo.—Así que nada de empleado del mes, ¿eh?

—Es huraño, poco colaborador, un lobo solitario. Nunca aparece por la cantina, no habla con los otros conductores. Se limita a hacer su trabajo y se pira con muy poco que decir de sí mismo.

—Me cae bien ya —bromeó Walker, ganándose un ceño del encargado.

—¿Está de turno hoy?—preguntó Bone.

—Por desgracia para nuestros clientes, sí —se sentó en su mesa, abarrotada de papeles e impresos ajados. Tras unos golpes de teclado, localizó la furgoneta de Quillan—. Aquí pone que está en Shilling Flats, Northfield Heights. Matrícula de la furgoneta: GS67 OLV.

—Un sitio encantador. Lo que le falta de dignidad humana básica lo compensa con tráfico de drogas organizado —dijo Walker.

—Sí, nuestros conductores tienen que andar con mil ojos. Las furgonetas las revientan a cada rato. Una vergüenza.

—Menos mal que el seguro de Parcel First cubre las pérdidas, ¿verdad? —dijo Walker, a quien el encargado le caía peor por momentos.

Hanks negó con la cabeza. —Los conductores tienen que pagar lo que pierden. Política de la empresa.

—Por supuesto que sí —dijo Bone—. Bueno, gracias por su ayuda, señor Hanks. Le dejaremos volver a intimidar a su personal.

—Prueben a hacer este trabajo, a ver cuánto les dura el aguante —replicó el encargado.

Salieron del depósito, y Bone miró a Walker. —¿No te tienta, entonces?

—Creo que nuestra elección de carrera es ligeramente mejor, pero por poco.

—Bien, ¿Fawlty Towers, entonces?

Walker puso los ojos en blanco. —Intentaré contener la emoción, jefe.

Al llegar al coche, Walker se puso al volante, ignorando la mueca dolorida de Bone al mirar el asiento del acompañante con aprensión.

—No sé por qué cedí a tus exigencias de un coche de flota, Rhona. —Se dejó caer en el mullido cuero de los asientos del BMW y suspiró.

—Justo estaba pensando lo mismo. —Puso el motor en marcha y apuntó el coche hacia Shilling Flats.

Diez minutos después, de infarto, y con los neumáticos chillando, Walker detuvo el coche junto a un bloque de torres de viviendas de los setenta, hecho una pena. Ya había salido del coche antes de que Bone pudiera despegar sus dedos blancos de su cinturón de seguridad. Vieron la furgoneta de Danny aparcada a la virulé junto al bordillo.

Walker entornó los ojos hacia el edificio, recorriendo con la mirada los balcones.

—¡Ahí! —señaló a una figura lejana que iba puerta por puerta en la sexta planta.

—Vamos, antes de que salga por piernas . Bone echó a correr hacia la entrada del edificio, Walker pegada a sus talones.

Tras seis tramos de hormigón apestando a meados que les machacaron los muslos, llegaron a la planta justo a tiempo de ver cómo la figura desaparecía en un piso.

—¡Policía! ¡Abran la puerta! Bone aporreó la puerta.

Se oyó un grito sobresaltado y la puerta se entreabrió. Bone se abrió paso a empujones y se encontró a un cartero aterrorizado, agarrando un manojo de cartas y charlando con una joven mujer.

—¡Ahí está! — gritó Walker desde el balcón, con su acento de las Hébridas afilado por la adrenalina.

Bone salió disparado de nuevo justo a tiempo para ver a Danny lanzar un cigarrillo bien alto al aire, dar la vuelta a su furgoneta, subirse y salir acelerando.

Bajaron de nuevo al aparcamiento. Walker se encaramó al asiento del conductor; Bone se apresuró a abrocharse el cinturón mientras ella hacía roncar el motor. La furgoneta salió disparada del aparcamiento y se lanzó calle abajo.

—Agarraos bien — gritó Walker.

—No te preocupes, pienso hacerlo —dijo Bone, y los nudillos se le volvieron a poner blancos alrededor del cinturón.

Ella pisó a fondo el acelerador y el coche oficial salió disparado, dejando una estela de goma quemada. Buscó bajo el salpicadero y activó la sirena.

El estómago de Bone dio un vuelco. El coche salió a la carretera principal, los neumáticos besando el bordillo con un sonoro golpe.

Los dos vehículos cruzaron el centro de la ciudad a toda pastilla, esparciendo compradores y jubilados como bolos. Danny giró hacia Glenbrae Road, casi se llevó por delante el autobús cuarenta y siete, y al final de la calle principal dio un giro brusco a la derecha y se metió por el aparcamiento del Coachman Hotel, esquivando por los pelos a una limpiadora que se había bajado a echar un pitillo a escondidas.

—¿Adónde va este idiota? —gritó Bone. Walker pasó de largo la entrada del aparcamiento. —¡Se ha metido ahí! — Bone accionó el intermitente para girar.

—Solo hay una salida al otro lado. Por aquí es más corto.

Walker siguió a toda pastilla y la furgoneta emergió por la salida trasera a pocos pies por delante. Hizo sonar el claxon además de la sirena, pero la furgoneta siguió como si nada.

—Por el amor de Dios — se quejó Bone.

Al llegar a las afueras de Kilwinnoch, la furgoneta de Danny levantó grava; se fue de lado por un camino rural. Más adelante, Bone divisó unos campos de juego abiertos. Las luces traseras de Danny parpadearon en rojo.

—Ya estamos —dijo Walker al pisar los frenos, y el cinturón de Bone le salvó de darse un saludo a lo Glasgow contra el parabrisas.

Danny saltó de la furgoneta y cruzó a trompicones la hierba encharcada.

Bone golpeó el salpicadero, perdiendo la paciencia. —¿Por qué siempre echan a correr? Por una vez, me encantaría que uno de estos peleles nos hiciera el favor de entregarse y ahorrarnos el jadeo inútil.

Pero Walker ya estaba fuera del coche, esprintando a toda velocidad y ganándole terreno a Danny con cada zancada. A pocos pies de la portería más lejana, ya casi lo tenía. Estaba a punto de lanzarse sobre él cuando Danny se paró en seco, se dio la vuelta y alzó las manos en señal de rendición.

—Vale, vale. Lo siento. Por favor, no me despidan.

Bone llegó trotando detrás de Walker, respirando con dificultad. —Creo que tienes algo más que perder el curro de lo que preocuparte.

Walker le puso las esposas a Danny y Bone le recitó la advertencia legal.

—Daniel Quillan, queda usted detenido como sospechoso de intento de asesinato de Robert McNeil.

La cara de Quillan se desmoronó de la impresión. —¿El paramédico?

—¿Matarlo? — farfulló él.

—Ajá. Se dice que tenías una buena cuenta pendiente con él, dado que no fue capaz de salvar le la vida a tu novia.

—Oh, venga ya. Yo no he estado ni cerca de él.

—¿Cómo que no estuvo usted cerca la noche que lo mandó al hospital?

—Ay, por Dios. ¿De verdad cree que eché a correr porque lo maté? —Así pintan ahora mismo las cosas sobre el terreno,

señor Quillan.

Bone se inclinó; su olfato fino captó el hedor a alcohol rancio. —¿Ha estado bebiendo?

—Solo me he tomado un traguito esta mañana para calmar los nervios. No iba a conducir borracho, lo juro. Por favor. No estoy borracho.

Lo escoltaron de vuelta a su furgoneta, los dos detectives a cada lado, casi sosteniéndolo, con las piernas temblorosas. Bone abrió de un tirón la puerta del pasajero y cogió del asiento una botella de whisky a medio vaciar.

Danny agachó la cabeza, con lágrimas y mocos mezclándose en la barbilla.—Eso fue anoche. Se me olvidó recogerlo—. Bone alzó la vista al cielo, incrédulo. —Sí, claro. Y yo soy Shane MacGowan. Déjese de historias y métase en el coche.

—Por eso salí pitando. Solo me he tomado un par. No puedo perder el trabajo. Volveré a la calle otra vez—Danny se deshizo en sollozos mocosos, la bravuconería abandonándole. —¿Por qué iba a matarlo ahora? ¿Creen que soy tonto? —farfulló—. Yo sería el primer tipo por el que vendrían ustedes.

—Y aquí nos tienes —sonrió Walker.

—Me tragué ocho meses dentro por mi puta mala hostia. Me he arrepentido todos los putos días desde entonces. La cárcel fue el peor tiempo de mi vida, y no lo voy a repetir. Se me fue la olla allí dentro, tío. No me manden otra vez —sollozó aún más—. Por favor. Aprendí la lección. Lo juro. Soy un hombre nuevo. Nuevo de verdad.

Quillan se dejó llevar mansamente y lo empotaron en la parte trasera del coche oficial, y Walker dio un portazo con más fuerza de la estrictamente necesaria.

Bone alzó una ceja. —Por cierto, bonita conducción. Creo que mi riñón izquierdo se ha mudado a mi nalga derecha.

Walker le dedicó una sonrisa pícara. —Alégrate de que yo estuviera al volante, señor. Si hubiéramos tenido que esperar a que tu cacharro oxidado consiguiera salir renqueando del aparcamiento, el bueno de Danny-boy iría ya a mitad de camino a Venezuela—. —Vamos a llevar a este payaso borracho de vuelta a comisaría y a ver qué tiene que decir por sí mismo cuando se le pase —dijo Bone con cansancio.

—A juzgar por lo que queda en esa botella y por el tufo que sale de la destilería humana de atrás, me temo que va para largo.

—Un rato es algo de lo que no disponemos. Tapándose la nariz, Bone se volvió a meter en el coche. —Intentad no respirar hasta que lleguemos a comisaría —gruñó, fulminando con la mirada a su prisionero.

La cabeza de Danny cayó y empezó a roncar.

—Ay, Dios santo —exhaló Bone, y bajó la ventanilla del coche.

Veintiocho

Mullens irrumpió en la sala de incidentes, con la cara hecha un poema de asco. —¿Te lo puedes creer? —señaló la indumentaria: un chándal chillón de morado y crema amarillenta que parecía rechazado por un monitor de aeróbic de los ochenta—al que se había visto obligado a cambiarse porque la ropa se le había empapado en el loch.

—¿Sabes lo que me ha dicho?

—¿Quién? —dijo Harper, reprimiendo una sonrisa.

—Carol, la responsable de material. Va y suelta que era lo único en la caja de objetos perdidos lo bastante grande como para vestir a una furgoneta de Luton —dijo Mullens con voz aguda y chillona—. Menuda cara.

Baxter apareció en la puerta, ocupada en guardar un paquete de cigarrillos de nuevo en el bolso.

Alzó la vista. —Ah, ya habéis vuelto. Luego vio a Mullens y estalló en carcajadas.

Mullens frunció el ceño. —Sí, tú ríete, tres piezas. Me alegro de que mi mala suerte te haga gracia.

Harper seguía luchando por contenerse. —Si te soy sincero... Se tragó otra risa. —Igual Carol se está echando un poquito unas risas a tu costa.

—¿Tú crees? —tronó Mullens, con una expresión propia de un adolescente mohíno.

—¿Y quién puede culparla, después de todo lo que le has hecho pasar durante años? —dijo Baxter.

—Yo soy la imagen de la inocencia —protestó Mullens—. Y oye, creo que el chándal hasta te queda bien.

—Has perdido una oportunidad de oro para meterte en una boy band en su día —dijo Harper.

—O de camello del polígono de Northlands —se rió Baxter.

Mullens tiró de la chaqueta, que cedía sobre su ancho pecho. —Sí, vale. Negó con la cabeza. —Vamos a quitar esto de en medio. ¿Dónde está nuestro pirómano? —Está en la sala de entrevistas dos. Y no está de muy buen humor — dijo Baxter.

—Él y yo igual — gruñó Mullens.

Mullens y Harper echaron a andar pasillo abajo. A través del recién instalado espejo unidireccional, vieron a Scott Scanlon, un hombre fibroso con una mata de pelo rojo y una cara que parecía haber conocido el final de unos cuantos puños. Se paseaba por la sala, con las manos cerrándose y abriéndose a sus lados, su cuerpo escuálido vibrando de rabia contenida.

Mullens y Harper entraron, y el chándal descolocó por un momento a Scanlon.

—Siéntese, por favor, señor Scanlon.

—¿Cómo está mi hermano? ¿Está bien? —preguntó Scanlon. —Ahora —ordenó Mullens, señalando la silla al otro lado de la mesa.

Scanlon obedeció a regañadientes.

—Le están cuidando bien —dijo Mullens tras un momento.

—Puta brutalidad policial, eso es lo que ha sido. Voy a poner una queja y pueden creerme.

—Haga eso. Le daremos la dirección y el número al que llamar al final de esta charlita.

Scanlon guardó silencio.

Los detectives se sentaron enfrente; Mullens abrió una carpeta, puso en marcha la grabadora y repasó rápidamente la introducción de rigor. Se recostó.

—Señor Scanlon, antes de empezar, ha renunciado a su derecho a que esté presente un abogado, ¿es correcto?

—Yo no he hecho nada malo. Solo quiero volver con mi hermano antes de que ustedes lo machaquen.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas sobre el incendio en casa de los Fraser.

A Scanlon se le encendieron los ojos de sorpresa.—¿Qué? Joder. Ya —asintió.—Ahora lo pillo —negó con la cabeza.

—¿Qué es lo que pillas? — preguntó Mullens.

—Un puto montaje —sonrió y asintió.—¿Están bajo presión para resolver su investigación, eh? Pues ya les digo ahora mismo, para su cintita —Se inclinó hacia la grabadora—. Yo no he tenido nada que ver con eso. He estado con mi hermano.

Mullens alzó una ceja. —Ajá, sobre eso. ¿Quiere contarnos por qué se saltó su reunión con el funcionario de libertad condicional?

—El crimen del siglo, sí. Me llamaron de la residencia de mi hermano. Dijeron... —se le ensombreció el rostro—. Dijeron que a Craig le quedaban días. Tenía que ir a su lado.

Harper intervino. —Entendemos que es un momento difícil, señor Scanlon.

Mullens lanzó a Will una mirada.

—Pero aun así tenemos que justificar su paradero.

—¿Policía bueno, policía malo? —se burló Scanlon. Se dejó caer en la silla y se pasó la mano por la cara. —Craig es lo único que tengo. Él cuidó de mí cuando éramos críos, ¿saben? Nuestros padres... Unos alcohólicos inútiles. Craig se aseguró de que yo tuviera comida, ropa y y que fuera al colegio. Se le llenaron los ojos de lágrimas.—Y ahora, con su leucemia, me toca a mí cuidarle.

Mullens pasó una página del expediente.—Aquí pone que fue activista por los derechos de los animales. Que tiene un historial por atacar a profesionales sanitarios y farmacéuticas en los Borders.

A Scanlon se le fue la cabeza hacia arriba.—Eso fue hace años. Yo... estaba fatal. Me junté con la gente equivocada. Me lavaron el cerebro, me explotaron. Pero he cambiado. Mi temporada en prisión, la terapia... Me ayudó a ver lo equivocado que estaba.

—¿Que le lavaron el cerebro, dice? —apretó Mullens.—¿Qué, cómo hace la CIA con su ejército secreto de ardillas? Lo siguiente

será que le pusieron un gorro de papel de aluminio. Muy fácil echar balones fuera, Scott.

A Scanlon se le encendió la cara, pero no mordió el anzuelo.—Sé cómo suena. Asumo toda la responsabilidad de mis actos, y ya cumplí condena. Pero era vulnerable. No soy esa persona ahora. Tomó una bocanada de aire temblorosa. —Me culpo a mí mismo por la enfermedad de Craig. El estrés que le causé entonces... Nunca me lo perdonaré.

Mullens se inclinó hacia delante. —Entonces, ¿dónde estaba usted la madrugada del domingo, sobre las dos?

—Ya se lo he dicho: estaba con Craig. Aparcamos en un apartadero de un camino cerca del Loch Lomond. En la autocaravana que alquilé.

Harper deslizó una foto por la mesa.—Para la grabación, mostramos al señor Scanlon la imagen 5A, una captura fija de un hombre entrando en el jardín de los Fraser la noche del incendio. ¿Es usted, señor Scanlon?

Scanlon miró fijamente la foto, enrojeciendo.—Ese no soy yo. No sé quién es, pero no soy yo.

Harper sacó otra foto.—Y ahora una segunda imagen, la 5B, de un vehículo captado por CCTV.

—¿Es su furgoneta Citroën cruzando Hagg's Hill esa noche? —preguntó Mullens.

Scanlon estampó la mano en la mesa.—¿Estás sordo? He dicho que iba en una autocaravana de alquiler. La tengo desde hace diez días. Esa no es mi furgoneta en esa foto. No tengo ni conduzco una Citroën.

Mullens sonrió, con un tono conciliador.—Tranquilidad, señor Scanlon. Ya sabe que ese comportamiento puede traerle todo tipo de problemas.

—Que te den. Scanlon cruzó los brazos.

Harper intervino de nuevo. —Mire, Scott, esto podemos aclararlo rápido. Denos el código de desbloqueo de su móvil. Podemos comprobar sus datos de ubicación de la noche del incendio. Si estaba donde dice, quedará descartado y podrá irse de aquí.

A Scanlon se le ensombreció el gesto. Negó con fuerza.—No. De ninguna manera. No vais a mirar mi teléfono.

Mullens soltó una risita.—Vamos, Scanlon, no seas gilipollas. No nos interesan tus fotos porno de bidones de gasolina. Es tu oportunidad de demostrar tu inocencia y salir de aquí. Aunque a mí me suena a que tienes algo que ocultar.

Por un momento, pareció que Scanlon iba a ceder. Pero luego su agitación volvió a subir.—Quiero un abogado. Vosotros... vosotros me vais a colocar pruebas en el teléfono, a retorcer las cosas para poder volver a encerrarme. Ya sé cómo operan los tarados como vosotros.

Mullens se puso en pie, imponiéndose sobre Scanlon.—Aquí solo hay un tarado, señor Scanlon. Creo que más le vale calmarse. A menos que quiera añadir agresión a un agente a su lista.

Scanlon también se levantó y la silla cayó al suelo con estrépito. —Ya he tenido bastante de este montaje. Quiero hablar con un abogado. Ahora.

Mullens miró el reloj. —Entrevista en pausa a las dieciocho y cuarenta y siete. Apagó la grabadora.—Le daremos un momento para que se serene, señor Scanlon. Luego veremos lo del abogado.

Fuera, en el pasillo, Harper se volvió hacia Mullens.—¿Qué opina, jefe?

Mullens negó con la cabeza. —Raro de narices, al ciento diez por ciento.

Harper frunció el ceño.—Sí, pero lo que siente por su hermano... Sonaba crudo y real. Y estaba bastante empeñado en lo de la autocaravana.

—Está como una cabra, Will. Lo has visto en su expediente. Se desató en los Borders, atacando a todo aquel que creía que maltrataba animales. No es precisamente un ejemplo de estabilidad mental.

Harper asintió, pero no consiguió quitarse de encima la duda persistente.—¿Y si alguien le está tendiendo una trampa? ¿Copiando sus delitos para cubrir sus huellas?

—¿No es eso un poco cogido por los pelos?— replicó Mullens.— Bueno, igual todo se reduce a los registros del teléfono, para

demostrarlo de una manera o de otra. Si no tiene nada que ocultar, ¿por qué no nos deja mirar? Podría dejarle limpio.

Mullens se lo pensó un momento y luego asintió.—Sí, es un buen punto. Vale, llamemos al abogado de <

Veintinueve

Cuando Bone y Walker volvieron a la sala de incidentes, se quedaron de piedra al encontrar a la prometida de Harper, Catriona McKenzie, allí, charlando con el equipo.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Bone con una sonrisa—, si no es la futura señora Harper. ¿Qué tal van los preparativos de la boda?

Catriona irradiaba felicidad; se le notaba la ilusión. —Oh, está saliendo todo a pedir de boca. El Loch Gillan Village Hotel es sencillamente perfecto.

Bone soltó una risita, con un brillo travieso en los ojos. —He hablado con Andy, el chef. Le he dicho que se asegure de que todos los platos del banquete de boda lleven caballa.

A Walker se le puso la cara blanca y abrió los ojos de horror. —No, no, no —murmuró mientras negaba con la cabeza

con vehemencia—. No puedo. Otra vez no. El olor, el sabor... estaban por todas partes.

El equipo estalló en carcajadas; por un momento, se olvidó de la presión del caso.

Bone, al fijarse en el atuendo de Mullens, no pudo resistirse. —¿Pero qué demonios llevas puesto, Mark?

Mullens estaba a punto de explicar su rifirrafe con Scanlon, pero Harper le interrumpió.

—Está protagonizando una película nueva sobre hooligans del fútbol en los ochenta. Se titula «The Mullet».

Mullens frunció el ceño a Harper. —Graciosísimo. Búscate guionistas mejores, colega.

Walker, incapaz de contenerse, intervino: —Será mejor que no te acerques mucho a una llama al aire libre con ese modelito. Puedes arder en segundos —se detuvo, consciente de la falta de tacto—. Perdón, ha sido inapropiado. Olvida lo que he dicho.

Pero el equipo ya estaba embalado. Y Bone no iba a soltar la presa.

—Pero si es verdad. Y cuidado con los vientos fuertes. Como eso se infle, en nada estás en Hook of Holland.

Baxter asintió. —Ahí encajarías de maravilla con esa pintaza.

—En fin... —suspiró Mullens—. Will, ¿cuándo piensas confesarle a Catriona lo del ejem... sarpullido?

—¡Es una mancha de nacimiento! —protestó Harper.

—Sí, le tomé una muestra a escondidas y la mandé a analizar antes de aceptar casarme con él — se metió Catriona—. También me ha enseñado su verruga gigante, y creo que podremos apañarnos con eso; aunque puede que necesite una escalera.

El equipo volvió a estallar en risas.

—Esta tía me cae de puta madre — Mullens sonrió.

—Dios mío, ¿en qué berenjenal me he metido? Un Mullens en el trabajo y otro en casa — Harper guiñó un ojo a su futura esposa.

Baxter hizo una mueca. —¿Dos? ¿De él? Ni en pintura.

Walker cambió de tema porque se le estaba revolviendo el estómago. —¿Seguís con la temática de *Star Wars* para la boda?

A Mullens se le abrieron los ojos. —¿*Star Wars*? Nadie me ha dicho nada de eso. Huele a encerrona. Yo no me pongo rosquillas en el moño, ya te lo digo.

—No te preocupes, Mark —dijo Will—. Tenemos listo el disfraz gigante de Jabba the Hutt para ti.

Catriona se echó a reír. —Empezamos con planes grandilocuentes, llenos de detalles de toda la saga. Pero luego nos dimos cuenta de que probablemente seríamos los únicos en pillar la mayoría de las referencias, así que lo hemos rebajado un poco.

Bone hizo un puchero. —Buu. Yo estaba deseando ponerme un traje de Stormtrooper.

Harper negó con la cabeza. —No, señor, para ti teníamos anotado Obi...

—Wanker Knobby— remató Mullens.

—El más viejo del reparto, gracias. Eso queda anotado en tu expediente, Will.

—Aún así habrá unas cuantas sorpresas —prosiguió Catriona.

Baxter dio palmas. —Ay, estoy muy ilusionada. Mi marido y yo ya no salimos nada.

Mullens sonrió de medio lado. —¿Demasiado ocupada en el telar, tejiendo todo ese Harris Tweed?

Baxter le lanzó una mirada fulminante, aunque el brillo en los ojos delataba que se estaba divirtiendo.

Cuando remitieron las risas, el equipo volvió a centrarse en lo que tenían entre manos.

—Catriona, supongo que no estás aquí solo para reírte del modelito de Mark, sino porque has echado un vistazo al último mensaje arañado en la pintura de la furgoneta calcinada —preguntó Bone, con un tono más serio. Catriona asintió; su profesionalidad volvió al primer plano. —Sí, no es un análisis exhaustivo, pero he pensado que debía pasarme para daros algunas impresiones iniciales.

Señaló el monitor donde Harper había mostrado imágenes en alta resolución del mensaje arañado: FIRST DO NO HARM.

—He hecho un análisis preliminar. Hay rasgos interesantes.

Señaló letras concretas, trazando las líneas en la pantalla con el dedo. —¿Veis aquí, y aquí, el efecto de línea plana en estas dos letras? Es habitual en la escritura de personas que tienden a garabatear y unir las letras, lo que sugiere alguien no acostumbrado a escribir a mano con frecuencia.

El equipo se inclinó hacia delante, siguiendo las explicaciones de Catriona.

Prosiguió: —El peso de los surcos, la profundidad de los arañazos, indican a alguien con fuerza considerable en el brazo. Pero además, la falta de uniformidad en la presión sugiere prisas o un estado agitado. Enfadado, incluso. Muy enfadado, diría yo.

Catriona pasó luego a un análisis más pormenorizado. Señaló la «F» de «First».

—Fijaos en el asta alargada, la presión fuerte en la parte superior. Esto indica un alto grado de determinación, casi agresividad. La persona apretaba mucho, probablemente por una activación emocional intensa.

—¿O para que el destornillador atravesara la pintura? —apuntó Mullens, medio sarcástico.

—Sí, también, pero la naturaleza de los trazos sugiere una agresividad añadida —replicó Catriona.

Pasando a la «D» de «do», recorrió la forma de la letra.

—Aquí, el trazo curvo está interrumpido, dentado. Quizá un cambio súbito de emoción, posiblemente más frustración que ira. Como si la mano le temblara con la fuerza de lo que sentía.

El equipo asimiló el análisis de Catriona, con semblante serio. Señaló la «H» de «harm».

—La traviesa de la «H» está inclinada hacia arriba, señal de optimismo, de esperanza. Pero fijaos en el trazo final, cómo cae en diagonal y cruza las otras letras. Es quizá una marca de desafío, de contradicción. Como si quien escribe mantuviera una guerra interna, con sus principios enfrentados a sus actos.

Bone frunció el ceño. —¿Un conflicto entre la conciencia y el deseo de venganza? ¿De justicia?

Catriona asintió. —Es, desde luego, una interpretación. El propio mensaje, «First do no harm», es el principio nuclear de la ética médica y desde luego apunta a la posibilidad de venganza por un daño previo, pero con clara intención de avergonzar públicamente de alguna manera.

Mullens frunció el ceño. —¿Así que buscamos a un gilipollas ansioso de llamar la atención?

Catriona sonrió con paciencia. —En cierto modo, sí. Es probable que quien lo escribió estuviera en un estado emocional elevado, y el mensaje se arañó con prisa. La profundidad de los surcos, sobre todo aquí —señaló un desgarrón particularmente violento—, está gritando una declaración. Habla de un nivel de rabia bastante inquietante.

Bone se frotó la barbilla, pensativo. —Rabia. Interesante. Así que no tratamos solo con un incendiario calculador, sino con uno que tiene una implicación emocional seria.

Walker asintió. —Encaja con la brutalidad de los asesinatos. No va solo de los incendios; es personal. Pero también puede ser su talón de Aquiles. Un punto débil. Emoción y crímenes calculados no suelen mezclarse.

El equipo guardó silencio un instante, mientras asimilaba las implicaciones del análisis de Catriona.

Fue Harper quien rompió el silencio. —Cat, ¿hay algo más que puedas decirnos? ¿Algo que nos ayude a acotar la lista de sospechosos?

Catriona suspiró. —No en esta fase. Necesito hacer un análisis más en profundidad, compararlo con muestras de escritura a mano que podáis facilitarme. Pero es un buen punto de partida. Espero que os dé ventaja para elaborar un perfil psicológico que podáis aplicar a las personas de interés.

Bone dio una palmada. —Bien, ya la habéis oído. Vamos a escarbar más hondo en los antecedentes de nuestros sospechosos. Buscad cualquier historial de violencia, problemas de control de la ira, enfermedad mental, lo que encaje con este perfil.

Mientras el equipo se ponía manos a la obra, Bone se volvió hacia Catriona. —Muchas gracias. Esto no tiene precio. Y tranquila, nos aseguraremos de que Harper llegue al altar de una pieza.

Catriona sonrió de oreja a oreja. —Más os vale. Tenemos una luna de miel en el Lake District planeada y yo no me voy sola.

Al salir de la sala de incidentes, Harper la siguió con la mirada, con una sonrisilla bobalicona.

Mullens se le acercó de lado. —Ah, dos tortolitos rumbo a las gloriosas aguas soleadas y chispeantes de... ¿el Lake District? Anda ya, ¿eso es lo mejor que se te ha ocurrido?

—Entre nosotros, he conseguido entradas para la *Star Wars* Celebration en el Convention Centre de Anaheim, en California, la más grande del mundo. Lo de los lagos es para mantenerla en ascuas.

—Eso ya es otra cosa... o no —Mullens soltó aire por las mejillas.

—Y el paquete incluye conocer a Mark Hamill. —Sois de largo las personas más tristes que conozco. Y creedme, el listón está muy bajo.

—¿Eso va a ser parte del discurso del padrino?

—Va justo después del chiste de las ovejas — replicó Mullens.

Harper captó la expresión de Mullens y no estuvo seguro de si hablaba en serio o no.

—Te sugiero que te vayas a casa y te quites esa pinta, Mark, antes de que nuestro nuevo look salga en la portada del *Chronicle* — dijo Bone.

—Por fin, algo de compasión por mi calvario. Me piro. Nos vemos mañana, gente. Cogió la bolsa y se fue hacia la puerta.

—¿No te olvidas de algo, Mark? —le gritó Harper.

Mullens puso una mueca y, un segundo después, se acordó.

—¿Lo del concierto gótico? ¿Es esta noche? —Lo es, sí.

—Genial. Justo lo que necesito: una velada en una sala llena de vampiros depres saltando al son de un ruido recalentado de ultratumba.

—Pensándolo mejor, no sé si voy a dejar que te vayas a casa a cambiarte —interrumpió Bone.

—¡Qué gracioso!

—No sé yo, el jefe tiene razón. Es el disfraz de infiltrado perfecto. Vas a mimetizarte de maravilla —se mofó Walker.

—Payasos de mierda —maldijo Mullens—. ¿A qué hora empieza?

—A las siete y media — confirmó Harper.

—Vale, nos vemos fuera justo antes de que suelten a los murciélagos.

—Venga. Lárgate antes de que de verdad cambie de idea — ordenó Bone.

Mullens se subió la cremallera de arriba abajo, intentó un gesto de rapero y se fue.

Treinta

Antes de que Bone pudiera sentarse en el escritorio libre más cercano, sonó el teléfono de Baxter. Ella contestó, acusó recibo de la llamada y colgó.

—Señor, era el superintendente. Quiere verle en su despacho ahora mismo.

—¿Ahora?

—Sí. Hizo una mueca de disgusto.

Bone dejó caer la bolsa y despidió a su equipo con un sarcasmo de mano.

Entró en el despacho del superintendente Gallacher, sorprendido al encontrar a la formidable provost de Kilwinnoch ya sentada, con el rostro convertido en una máscara de furia apenas contenida. Gallacher, diplomático como siempre, intentaba calmarla.

—Provost Rennie, le aseguro que estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano para resolver este caso tan rápida y eficazmente como sea posible.

La provost no mordía el anzuelo. —Y sin embargo, superintendente, su inspector jefe considera oportuno encerrar a mi adjunto con acusaciones sin fundamento. ¡Es indignante! —Su voz se suavizó un poco, asomando la preocupación—. El señor Blackwell se tomó un tiempo libre después de que falleciera su esposa, pero no creo que fuera ni de lejos suficiente. No necesita esta presión horrenda ni que le caigan encima estas falsedades ahora mismo.

Bone dio un paso al frente, con la mandíbula apretada. —Con todos los respetos, las acusaciones distan mucho de ser infundadas. Tenemos declaraciones de testigos y grabaciones de la cámara de seguridad de un vecino que aportan pruebas contundentes de la implicación de su adjunto.

Los ojos de la provost relampaguearon de indignación. —¡Paparruchas! El señor Blackwell es un miembro respetado de esta comunidad. Es un buen hombre que ha servido a la gente de Kilwinnoch durante más de una década con un historial intachable y una dedicación que inspira a todo mi equipo.

Se inclinó hacia delante, con voz sincera. —Es contable, por el amor de Dios. Si a veces parece un poco raro, demasiado contundente o incluso arrogante por momentos, es porque está compensando su autismo recientemente diagnosticado. La idea de que pudiera estar implicado en estos incendios está tan fuera de sus capacidades que resulta risible.

Bone abrió la boca para responder, pero la provost se le llevó por delante, sin frenos.

—Su reputación está hecha trizas. No me sorprendería que emprendiera acciones legales contra el cuerpo. Yo, desde luego, en su lugar lo haría.

A Bone se le agotó la paciencia. —Quizá debería ceñirse a su trabajo y dejar que yo me ocupe del mío.

Gallacher, que evidentemente percibía lo rápido que se deterioraba la situación, intervino. —Provost Rennie, le doy mi palabra: si el señor Blackwell es inocente, haré personalmente una declaración pública en ese sentido. Pero me temo que hasta que no estemos seguros de que el señor Blackwell no está implicado, tendremos que seguir deteniéndolo.

—Bien, más les vale tener un ojo puesto en él. No va a llevar nada de esto nada bien, así que encárguense de encontrar las pruebas que necesitan y pongan en libertad al pobre hombre. Se abalanzó fuera del despacho, con la ira aún palpable.

Bone la observó marcharse, con su propia frustración hirviendo a fuego lento bajo la superficie.

Al cerrarse la puerta, Gallacher se volvió hacia Bone. —Duncan, ¿qué demonios cree que está haciendo? Tiene a tres personas bajo custodia. Seguro que no pretende decir que todas son responsables de estos asesinatos, ¿verdad?

Bone se mantuvo firme. —Señor, las pruebas contra cada uno de ellos son contundentes. Tenemos a un incendiario con antecedentes de atacar a profesionales sanitarios, a un hombre que cumplió condena por agredir al paramédico que estaba en estado crítico, y ahora a un concejal en un estado vulnerable de duelo con un testigo presencial y un posible vídeo que lo sitúan en la escena en el momento del incendio.

Gallacher negó con la cabeza. —Vamos, Duncan. Incluso usted debe ver cómo queda esto. Es un caos.

—Ya me conoce demasiado bien como para dejarme llevar por las apariencias. Me interesa atrapar al cabrón responsable de estos delitos.

—¿Y qué hay de Katherine Fraser? —exigió Gallacher—. Puede que esté empeñado en atrapar a ese lunático, pero no está más cerca de encontrarla. La prensa se está dando un festín.

Bone suspiró. —Con el debido respeto, señor, hay una búsqueda a nivel nacional en marcha y mi equipo está trabajando literalmente las veinticuatro horas, como siempre hacemos. Estamos haciendo todo lo que podemos y lo conseguiremos.

—Más le vale. Y en cuanto al señor Blackwell, o le imputa cargos o le pone en libertad. No podemos mantenerle en el limbo.

—Deme solo una entrevista más. Creo que estoy a punto de hacer que se quiebre.

Gallacher resopló. —Desquiciado, más bien —pero cedió—. De acuerdo. Una entrevista más, pero no le deje macerar más tiempo. Si la provost tiene razón, es vulnerable.

—Siempre lo están, señor. Bone se encogió de hombros.

—Si no tiene nada concreto, póngale en libertad inmediatamente y yo empezaré a arrastrarme ante los que mandan para evitar una demanda. Le clavó a Bone una mirada dura. —Su enfoque de escopeta de perdigones empieza a recordarme cómo era usted antes. Necesito saber que está bajo control.

Bone le sostuvo la mirada sin pestañear. —Le aseguro que mis actos están guiados por las pruebas, no por la inestabilidad. Es la naturaleza de este delito en particular, no el estado de mi cabeza. Estamos cerca. Tiene que confiar en mí.

—Ya lo he hecho muchas veces, y ya ve adónde me ha llevado.

—A un historial de delitos resueltos —replicó Bone.

—Tenga en cuenta, Duncan, que el hecho de que la provost esté poniendo en juego su propia reputación para apoyar a su colega indica que confía en él implícitamente. De verdad cree que es incapaz de estos delitos. Es una jugada arriesgada para una política. ¿No le dice eso algo?

Bone se detuvo en la puerta. —Con el debido respeto... La reputación, el respeto y la confianza han proporcionado algunos de los mejores disfraces para los tarados a los que hemos metido entre rejas a lo largo de los años. Un manto de bondad para ocultar la verdad. Y no olvidemos que tenemos una situación con rehenes y una búsqueda nacional. Estoy dispuesto a encerrar a tantos sospechosos como haga falta si eso significa que encontramos a Katherine Fraser con vida y sacamos al maníaco de las calles y lo metemos entre rejas.

La cara de Gallacher enrojeció. —No necesita recordarme la gravedad de la situación. Estoy en medio de preparar otra declaración pública más y de lidiar con llamadas cada vez más agresivas de mi jefe en Edimburgo.

Bone bufó. —Esos oficinistas de St Andrew’s House han perdido por completo el contacto con la policía a pie de calle.

—Puede que sea así —replicó Gallacher—, pero nos apuntan con la pistola a la sien —a mí, a la mía— y estoy ya en el punto de empezar a desear que aprieten de una vez el puto gatillo.

Cayó un silencio pesado entre ellos.

Por fin, habló Gallacher. —Encuentre a Katherine Fraser. Encuéntrela y encuentre al cabrón responsable de todo esto. Antes de que sea demasiado tarde para todos.

Bone asintió y salió del despacho, con el peso del caso apretándole de nuevo los hombros con fuerza renovada.

Treinta Y Uno

Como ordenó Gallacher, el último trabajo del día de Bone fue volver a entrevistar al concejal adjunto. Se disculpó con Walker por alargarle aún más la jornada, pero ella estaba encantada y dispuesta, como siempre, a apoyarle a él.

Bone y Walker entraron en la sala de entrevistas; el concejal, visiblemente angustiado y nervioso, estaba encorvado sobre la mesa, con las manos inquietas sin parar.

Bone tomó asiento frente a él. —Señor Blackwell, antes de empezar, quiero asegurarme de que sigue cómodo continuando sin asistencia legal.

El concejal asintió con fuerza. —Soy inocente. Cuanta menos gente sepa de este malentendido, mejor.

La intuición de Walker se activó. Había algo en el comportamiento del concejal, un deje de vergüenza o de secreto, que sugería que podía estar ocultando algo.

Bone continuó, con la cara adusta. —Agradecemos su colaboración, pero necesitamos hacerle algunas preguntas.

Los ojos del concejal iban de un detective a otro, la respiración entrecortada. —He estado en ese calabozo horas. Es humillante. Yo... no llevo bien los espacios cerrados. Soy claustrofóbico.

La expresión de Walker se suavizó. —Entendemos que esto es difícil para usted. Si en algún momento necesita un descanso, díganoslo.

El concejal asintió, tragando saliva con dificultad. —Me han diagnosticado autismo. Todo esto me resulta demasiado abrumador.

Bone se inclinó hacia delante, con los codos en la mesa. —Debo recordarle que hay pruebas sólidas en su contra. Tenemos imágenes de vídeo de un hombre en el jardín del vecino de los Fraser alrededor del momento en que un testigo le identificó a usted cruzando la calle. Fue justo antes de que se diera la alarma del incendio.

La cara del concejal se descompuso. —Vale, estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—¿Qué quiere decir?

El concejal exhaló y bajó la mirada al suelo.

—Concejal Blackwell. A menos que pueda demostrar que estaba en otro lugar, no tendremos más remedio que imputarle.

Ante esto, Blackwell se alteró muchísimo. Se le llenaron los ojos de lágrimas, la voz se le quebró. —Mi carrera, mi prestigio en la comunidad, todo quedará manchado para siempre.

El tono de Bone fue aséptico. —Eso será lo de menos si le caeuna condena por asesinato.

La sala quedó en silencio, salvo por las respiraciones temblorosas del concejal.

Por fin, tras un largo instante de lucha interna, habló. —He estado tan solo desde que murió mi mujer —confesó, con la voz apenas por encima de un susurro—. Es tan duro volver a una casa vacía, a una cama vacía, después de tan tos años de matrimonio— Las lágrimas le resbalaron por las mejillas. —La echo tanto de menos. Por favor, no me juzguen.

Bone y Walker intercambiaron una mirada.

Bone insistió. —Si tiene alguna información que pueda limpiar su nombre, este es el momento de compartirla.

El concejal vaciló; abrió la boca y la cerró mientras trataba de encontrar las palabras. —Yo... esa noche estaba en una cita. No exactamente una cita romántica.

Las cejas de Walker se alzaron. —¿Se refiere a Tinder?— El concejal asintió de mala gana. —Sí.

Bone se recostó en la silla. —Necesitaremos el nombre y los datos de contacto de su cita.

Los ojos del concejal se abrieron de par en par, alarmados. —¿Es realmente necesario? Quiero decir, ¿no puede mantenerse confidencial?

Bone siguió. —Si quiere limpiar su nombre, tenemos que verificar su coartada.

—Por favor —rogó el concejal—, si les doy el nombre, ¿pueden asegurarme que no se hará público?

Walker intervino, con voz tranquilizadora. —Si su coartada se confirma, ahí se acabará todo. Su vida personal no es asunto nuestro.

El concejal pareció sopesarlo un momento y luego asintió despacio. —El contacto está en mi móvil. Se llama Joyce. Podrá confirmar cuánto tiempo estuve con ella y cuándo me fui.

—¿Y qué hay del avistamiento de usted en Horsbrugh Close?

—Sí, iba camino de casa, pero la persona de su grabación no soy yo. Ni se me ocurriría atravesar el jardín de los Finniestons. Su testigo probablemente me vio atajando por el close, en dirección al sendero del final que comunica con mi calle. Una locura— Sacudió la cabeza y tomó una inspiración larga y profunda, con el pecho estremeciéndose al exhalar. —Pero ha sido la primera y la última vez que uso una página como esa. Solo consiguió que me sintiera aún más solo.

Bone se puso en pie. —De acuerdo, entrevista suspendida a las dieciocho cero tres. Recuperaremos su móvil de pruebas. Quédese tranquilo, señor Blackwell.

Los detectives salieron de la sala; la puerta se cerró con un clic tras ellos. En el pasillo, Walker se volvió hacia Bone. —Le compadezco, de verdad —dijo—. Perder al cónyuge, la soledad... No puede ser fácil.

Bone asintió. —Esperemos que esta coartada se sostenga. Si es así, se libra.

Walker estuvo de acuerdo. —Parece sinceramente afectado. Y ¿de verdad tiene pinta de ser un tipo capaz de cargar garrafas de

cuarenta litros además de a una esposa secuestrada, de ida y vuelta a una furgoneta?

—Pronto lo sabremos —dijo Bone. Se encaminaron al depósito de pruebas .

Hizo una pausa un momento y añadió: —No quise decirlo antes de entrar, pero Gallacher recibió una visita hace un rato.

—¿No sería de la central?

—Posiblemente peor. Nuestra alcaldesa, Rennie. Estaba fuera de sí de rabia porque lo hubiéramos detenido para empezar. Amenazando con todo.

—¿Qué? Es ridículo y puede ser perjudicial para nuestra investigación.

—El superintendente, por supuesto, me apremiaba para que o bien le imputáramos cargos o bien soltáramos al concejal.

—Ah, eso explica la prisa. Jesucristo, ¿la alcaldesa es consciente de la gravedad del caso? Todavía hay una mujer desaparecida ahí fuera.

Bone negó con la cabeza. —Parecía más preocupada por que maltratáramos a su amigo. Pero si él es inocente, probablemente volveremos a estar en la mierda.

Walker suspiró. —Estamos jodidos , hagamos lo que hagamos.

—Eso debería ser nuestro lema —replicó Bone. Pero Walker pudo ver que no bromeaba.

Treinta y Dos

Harper miró el reloj. Las siete y treinta y cinco. —¿Dónde coño está?—murmuró.

La cola de góticos, metaleros y diversos figurantes de peli de terror a la puerta del edificio del sindicato de estudiantes iba menguando poco a poco, y el portero, un armario con cara de pitbull y tamaño de luchador de sumo, no dejaba de mirar a Harper con suspicacia. Volvió a mirar el reloj, suspiró y estaba a punto de ponerse al final de la cola cuando apareció Mullens.

—No me puedo creer que me esté perdiendo la noche de patatas con carne picada en el Fells por esto—refunfuñó Mullens. Se volvió para escrutar la pinta de Harper. —Me toca a mí esta vez. ¿Pero qué coño llevas puesto?

Harper tiró nervioso de la camiseta negra y ceñidísima. —Solo intento pasar desapercibido.

Mullens resopló. —Sí, bueno, de incógnito vas tanto como un edredón de colores chillones, chaval. Se encogió de hombros. —Bueno, ¿entramos o qué?

—Estaba esperándote antes de ponerme en la cola. —¿Cola? A tomar por saco. Fue directo a la

parte delantera, con Harper siguiéndole a regañadientes a su estela.

El portero se plantó delante de ellos, bloqueándoles el paso.

—Eh, al final de la cola, como todo el mundo—gruñó.

Mullens sacó pecho, listo para enseñar la placa, pero Harper le agarró del brazo y negó con la cabeza frenéticamente. Lo último que necesitaban era echar a perder la tapadera antes siquiera de entrar.

Con una maldición entre dientes, Mullens permitió que Harper le llevase hasta el final de la cola, ignorando los lentos aplausos y las burlas de los góticos congregados.

Tras lo que pareció una eternidad, por fin llegaron de nuevo al principio. El portero los recibió con el mismo ceño incrédulo. —¿Entradas?

Harper se palmeó los bolsillos, fingiendo sorpresa. —Ah, mierda, creo que se nos han olvidado, ¿eh, Mark?

Mullens sonrió, inclinándose en plan conspirador. —Escucha, colega, estamos de servicio, si me entiendes. Enseñó su placa discretamente, pero el portero apenas le echó un vistazo.

—Me da igual si eres la puta Miss Marple, colega. Sin entrada, no pasas.

A Mullens se le puso la cara de un alarmante tono amoratado, pero Harper se adelantó raudo y sacó la cartera.

—Dos entradas, por favor—dijo, tendiendo un billete arrugado de veinte.

Mientras el portero les estampaba de mala gana el sello en la mano, Mullens se inclinó y masculló con voz de gruñido bajo: —Voy a hablar con tu jefe de esto, bloque de hormigón trajeado.

—Sí, tú haz eso—bufó el portero, y les dejó pasar de mala gana.

Dentro, el edificio del Sindicato de Estudiantes era un hervidero de encaje negro, cuero y piercings en la cara.

Harper agarró del brazo a un gótico que pasaba y le gritó por encima del estruendo: —¿Quién está tocando ahora, tío?

El gótico, con las pupilas del tamaño de platos, sonrió bobalicón. —¡Son B-Moth, tío! ¡Son la hostia!

Mullens, que sobresalía por encima de la mayoría, se abrió paso entre la muchedumbre, su corpachón partiendo el mar de princesas góticas y guerreros metaleros como Moisés en el mar Rojo. Harper se pegó a su zaga.

En el escenario, la banda se lanzó a su último tema, un desbarajuste discordante de voces guturales, guitarras a pistón y blast beats. El cantante, un tirillas con la cara llena de metal y una tez que sugería que no había visto la luz del día en su vida, se encorvó sobre el micro, con el pelo cayéndole en una cortina grasienta.

Llegaron hasta delante del todo, y un codo descontrolado le dio a Mullens de lleno en la cara.

—Vale, hasta aquí hemos llegado —rugió, y agarró por el pescuezo al gótico culpable—. Se viene conmigo, mierdecilla.

Harper intervino a tiempo, apartando a Mullens antes de que montase una batalla campal. —Déjalo, Mark.

La respuesta del público al set de B-Moth fue tibia como mucho, unos pocos aplausos dispersos y algún que otro grito desganado.

—Cristo, qué dolor —masculló Mullens, frotándose las orejas—. He oído gatos en una batidora sonar mejor que esa panda de mierda.

Harper lo arrastró hacia la barra, donde los miembros de B-Moth hacían corrillo.

Al acercarse, el cantante los miró con recelo. —Buen set, chicos —dijo Mullens, con jovial bonhomía.

—Un sonido de lo más, eh, único, el que tienen ahí.

El bajista, otro espárrago con el pelo teñido del color de una mancha de aceite, se animó.

—Un momento, ¿son ustedes de una discográfica o algo?

Mullens sonrió, siguiéndoles el juego. —Sí, eso es. Somos de, eh, Shitehole Records, con sede en Glasgow. Siempre a la caza de talento fresco, ya saben.

A Harper se le escapó una risa que consiguió disimular como tos aceptable.

La banda intercambió miradas excitadas, pero los ojos del cantante se entrecerraron. —Un puto minuto —raspó, con voz de lija sobre metal oxidado—. Ustedes son de la pasma, ¿a que sí?

Mullens alzó las manos en falsa rendición. —Culpable como me acusan, colega. ¿Ha sido el hecho de que no tenga yo pintas de uno de esos remiendos de Frankenstein lo que le ha delatado?

La banda se tensó, de pronto, en guardia.

—¿Qué quieren de nosotros? —preguntó el guitarrista, toqueteando nervioso su camiseta destrozada de Cannibal Corpse.

Harper intervino, intentando rebajar la tensión. —Estamos buscando a Josh Fraser. Nos han dicho que antes tocaba la batería con ustedes.

El bajista se encogió de hombros. —Antes, sí. Pero se largó a Australia hace siglos. No le hemos visto desde entonces.

Mullens se inclinó, y su sonrisa se volvió depredadora. —Qué curioso. Porque tenemos muy buenas fuentes que dicen que Josh sigue pululando por Kilwinnoch.

Harper le echó una mirada, sorprendido aunque aprobando el farol de Mullens.

La banda se removió incómoda, evitando el contacto visual. —Por supuesto— prosiguió Mullens, con tono de conversación—, siempre puedo hacer una llamadita rápida a Antidrogas. Seguro que estarían muy interesados en el contenido de los bolsillos de muchos de estos parroquianos. Y luego están sus casas. Los perros de la brigada se van a poner las botas olisqueando por allí, ya verán.

El cantante cedió. —Vale, por joder. Puede que viera a Josh hace un par de semanas, saliendo de esa vieja granja al borde de Campsie Village. Pero no pondría la mano en el fuego.

—¿Qué granja?—preguntó Harper. —¿Sabes? El okupa de ahí arriba.

—¿No será ese agujero infectado de cucarachas lleno de borrachos y yonquis?

—Podrá no gustarles, pero la ley lo ve de otra manera—dijo el cantante, ufano—. Tienen derechos de okupas. Toda propiedad es robo, tío.

—Sí, claro; si es así, me apetece probar suerte con la condenada Fender Strat de su guitarrista, que tiene una pinta estupenda. Me la quedo.

—Pues toda suya. Es una copia de mierda, y el trasto no hay manera de que afine—intervino el guitarrista.

—Ah, con que era eso. Y yo pensando que era la música lo que estaba consiguiendo que todo el público odiase esa cacofónica

mierda que estabais soltando.

El cantante se encogió de hombros, fingiendo que le daba igual.

Harper recondujo la conversación. —¿Por qué se fue de la banda, de todos modos?

El bajista resopló. —Porque era un puto lastre, tío. Siempre ciego, buscando peleas, faltando a los ensayos. Al final ni siquiera era capaz de llevar el ritmo, iba tan fuera de sí.

—Sí, un personajito, nuestro Josh—terció el guitarrista—. A ver, que no somos precisamente monaguillos, pero ese cabrón estaba en otro nivel.

—Bien, pues ha sido conmovedor. Nos pondremos en contacto si necesitamos algo más.

Mullens se giró para irse, con Harper poniéndose a su lado.

—Ah, y por cierto—dijo Mullens por encima del hombro—, me plantearía cambiar ese puto nombre. ¿B-Moth? Suena a peli porno de insectos.

Mientras se abrían paso entre la multitud hacia la salida, Harper se inclinó. —Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Mullens sonrió, una dentellada feroz. —Ahora, mi pequeño amigo amante del gótico, nos damos una vuelta hasta Campsie Village. A ver si podemos hacer salir de su agujero al joven señorito Fraser.

—Si está ahí, ¿quizá también su madre? ¿Pedimos apoyo de la ARU?

—Vamos primero a ver qué se cuece. Aún no sabemos si el payaso está en el país. Pero quizá llevemos un par de uniformes que nos echen una mano.

—¿Qué coche? Hemos llegado por separado, ¿recuerdas? —Si crees que vamos a ir en el Astra de tu madre, lo llevas claro, solete. Te dejo de vuelta para cogerlo luego.

Harper suspiró y siguió a Mullens hasta el coche de patrulla.

Treinta y Tres

Mullens desvió el coche hacia el arcén del estrecho camino que subía hasta la casa abandonada, apenas visible más allá de los árboles. Los detectives se apearon. Harper rebuscó en el maletero y sacó dos chalecos anticorte. Mullens tiró de las correas, refunfuñando entre dientes.

—Otra vez no. Demasiado jodidamente pequeño, como siempre —se quejó.

Harper esbozó una sonrisilla. —Sí, claro, Mark. No eres tú, es el mundo entero el que te queda pequeño.

Mullens le lanzó una mirada fulminante, pero antes de que pudiera contestar, un coche patrulla se detuvo detrás de ellos. Dos agentes de uniforme se apearon y saludaron con un gesto a los detectives.

—Bien, chicos —dijo Mullens, ya con tono serio—. Vamos a entrar en una okupa conocida. Es un refugio para los despojos descontentos del pueblo: drogadictos, músicos, desertores del sistema y gilipollas inútiles en general. Algunos de estos okupas pueden dar problemas, con antecedentes de violencia contra los maderos, así que alerta. Buscamos a un tipo llamado Josh Fraser.

—¿Es pariente del médico que se frió en el incendio? —intervino uno de los agentes.

—Nada apropiado, agente —Mullens le llamó la atención.

Los ojos de Harper se abrieron de par en par ante la flagrante ironía. —Perdón, señor. Vamos a acabar de madrugada.

—No hace falta que me lo recuerdes —replicó Mullens, cortante —. También es posible que Katherine Fraser esté ahí dentro, quizá retenida contra su voluntad. Así que habrá que registrar habitación por habitación. Señaló la casa desvencijada. —Vigilen los accesos, pero... —Clavó la mirada en los marcos de ventanas vacíos y en un lateral parcialmente derrumbado. —Bueno, tal y como está esto, hagan lo que puedan.

Los uniformados asintieron.

—Y con cuidado —añadió Mullens, con voz sombría—. Recuerden que ahí dentro hay tarados puestos hasta las cejas. Y la señora Fraser, si está, podría estar herida.

Dicho esto, los detectives se pusieron en marcha, sorteando la estrecha pista llena de baches que conducía a su destino.

En la abertura sin cancela de un muro desmoronado, Mullens indicó a los dos agentes que rodearan el edificio por ambos lados. Avanzaron con cuidado por el jardín, pisando por encima de montículos de bolsas de basura rotas, restos de comida podrida y pestilente, y latas y botellas de alcohol vacías.

Cuando llegaron a la entrada, la puerta oscilaba de un lado a otro, colgando de una sola bisagra, a punto de caerse. Con una rápida mirada de reojo, siguieron adelante.

Dentro, el aire estaba cargado con el dulzón y empalagoso tufo a marihuana y el acre hedor de cuerpos sin lavar. Un grupo de chavales languidecía en sofás apolillados pegados a paredes llenas de grafitis. Apenas repararon en la presencia de los detectives; la mayoría estaba demasiado colocada para darse cuenta. La música retumbaba desde algún punto más profundo de la casa, una mezcla disonante de thrash metal y rock psicodélico.

—El hijo del doctor Andrew Fraser, Josh —anunció Mullens, alzando una foto—. ¿Lo habéis visto?

Algunas cabezas se volvieron, ojos vidriosos que intentaban enfocar.

—Probad atrás —murmuró una chica con cresta morada, antes de dejarse caer de nuevo en su nebulosa inducida por las drogas.

Mullens y Harper se miraron y prosiguieron, abriéndose paso por la casa laberíntica. Pasaron junto a un estudio de grabación

improvisado, donde un grupo de músicos con vaqueros rajados y cazadoras de cuero discutía por un riff, y una habitación llena de lienzos de arte abstracto, con la propia artista, salpicada de pintura, despatarrada e inconsciente en un rincón, aún aferrada al pincel.

—Por el puto amor de Dios — Mullens musitó.

Al fondo del todo de la casa, encontraron una puerta atrancada con un sofá roto.

—Échame una mano — Mullens gruñó.

Entre los dos consiguieron apartar el obstáculo, y el esfuerzo los dejó sin aliento.

El hedor les golpeó como un puñetazo cuando forzaron la puerta. Vómito, sudor y el inconfundible olor a heroína. Allí, sobre un colchón manchado en la esquina, yacía Josh Fraser. Tenía la piel amoratada, los labios azules, el cuerpo cubierto de su propio vómito. Una jeringuilla usada descansaba en el suelo junto a él.

—Mierda —exhaló Harper—. —¿Está ...?

Mullens ya se movía, con los dedos buscándole el pulso. —Está vivo. Por los pelos. Llama a una ambulancia, ¡ya!

Harper tanteó el transmisor. Mullens puso al chico en posición lateral de seguridad, despejándole las vías todo lo que pudo. Tenía las manos y la ropa pringadas de vómito.

—Ya vienen — dijo Harper, pálido—. Pero con este tráfico...

Mullens alzó la vista, con expresión adusta. —Puede que no le quede tanto.

Harper asintió, comprendiendo. Salió disparado de la habitación, de vuelta al salón principal, donde los okupas se desparramaban en varios estados de intoxicación.

—¡Naloxona! —gritó Harper, con la voz quebrada de desesperación—. ¿Alguien tiene naloxona? ¡El chaval se está sobredosificando!

Los residentes semicomatosos le miraron con expresión vacía; algunos soltaron risitas, otros estaban demasiado idos para reaccionar. Harper quiso zarandearlos, hacerles entender la urgencia, pero no había tiempo.

—Eh, tío — farfulló un chaval escuchimizado con cresta—. Tranquilo, tío. ¿Quieres un trago? Esto te arregla en un periquete —

dijo, tambaleándose hacia Harper con una botella de Buckfast a medio vaciar en la mano.

Harper pasó de largo, conteniendo a duras penas las ganas de darle un manotazo a la botella.

Entonces, desde un rincón, una figura se movió. Era un anciano, con el pelo gris colgándole en rastas enmarañadas y el rostro curtido surcado por las arrugas de una vida dura. Llevaba una chaqueta de excedente militar hecha trizas, adornada con símbolos de paz y lemas antibelicistas.

—¿Has dicho que necesitas naloxona, hijo? —Su voz era áspera, pero los ojos, claros y vivos.

—Sí —jadeó Harper—. Por favor, si tienes, rápido...

El viejo hippie asintió, ya hurgando en su mochila apaleada. —Siempre la llevo encima, desde lo de mi propio chico... —Sacudió la cabeza—. Nunca sabes cuándo alguien puede necesitarla.

Sacó un pequeño estuche verde y se lo tendió a Harper. Dentro había un espray nasal, el fármaco que podía revertir una sobredosis de opiáceos.

—Gracias —dijo Harper sin aliento, aferrando el espray como si fuera un talismán.

El anciano hizo un gesto para restarle importancia. —Tira , hijo.

Harper vaciló, con la mente volviendo a la puerta atrancada. Se encaró con el hippie, con los ojos encendidos.

—La puerta estaba bloqueada con un sofá —le soltó, casi en la misma cara—. ¿Por qué? ¿Qué coño estabais haciendo, dejándolo encerrado ahí dentro?

El hippie alzó las manos, dando un paso atrás. —Tranquilo, hombre —dijo, con voz calmada pero firme—. El chaval estaba dando problemas, ¿vale? Iba ido perdido, blandiendo un cuchillo, amenazando a la peña. Necesitaba enfriarse un rato, ¿sabes? Antes de que alguien saliera herido.

A Harper se le tensó la mandíbula.—Así que lo atrancasteis dentro y os fuisteis. ¿Aunque sabíais que se había metido algo?

El anciano se encogió de hombros, apartando la mirada.—Pensé que se le pasaría. No me di cuenta de que se había pegado una sobredosis ahí dentro, ¿sabes? Hasta que habéis aparecido vosotros.

Harper quiso replicar, soltar toda su furia y frustración, pero no había tiempo. Con una última mirada de asco al hippie, se dio la vuelta y echó a correr de nuevo hacia la habitación.

Mullens seguía agachado junto al chaval, con gesto sombrío.—Apenas respira —dijo, con la voz tensa—. Dime que has encontrado algo.

Harper alzó el espray de naloxona.—La tengo. Recemos para que funcione. Introdujo la boquilla en la fosa nasal del chico y presionó el émbolo.

Durante un latido, no pasó nada. Luego, con una bocanada estremecida, el chico abrió los ojos de golpe. Arqueó el cuerpo con arcadas, pero Mullens lo sujetó con firmeza, intentando evitar que le salpicara más pota. Justo entonces, dos sanitarios irrumpieron por la puerta y se hicieron cargo.

Mullens dio un paso atrás.—Sospecha de sobredosis de heroína. Acabamos de administrar naloxona, y el idiota, digo, el chico, acaba de volver de la inconsciencia.

Mientras los sanitarios trabajaban para estabilizar a Josh, Mullens y Harper se retiraron al jardín cubierto de maleza; el aire fresco era un alivio bienvenido tras el hedor del interior.

Mullens miró su ropa, haciendo una mueca ante las manchas de vómito.—Por el amor de Dios. Oficialmente me he quedado sin ropa limpia.

—Siempre puedes volver a ponerte tu chándal de tactel.

—Voy a meterte algo afilado y mortal en las tripas en un minuto.

Harper no sonrió. Seguía dándole vueltas a lo que le había dicho el viejo hippie.—Así haríais dos.

—¿Cómo que dos? —preguntó Mullens, extrañado—. El viejo de ahí dentro, el que me ha dado la naloxona. Dice que Josh Fraser estaba amenazando a los okupas con un cuchillo. Por eso lo habían atrancado en esa habitación.

Mullens frunció el ceño, con la mirada aguda.—Así que estaba aún más pirado de lo que pensábamos.

—Sí. Y si es capaz de eso, en el estado en que estaba... quizá sea capaz de más. Puede que incluso de hacer daño a sus propios padres.

Mullens soltó el aire. Estaba a punto de alisarse el pelo cuando se olió la palma con cautela, hizo una mueca y cambió de idea.—Pero alguien tan chiflado ¿estaría en condiciones de planear y ejecutar un conjunto de asesinatos tan complejo?

La pregunta de Mullens se vio interrumpida por los sanitarios, que salieron de la casa con el hijo de los Fraser bien sujeto a una camilla. Lo subieron a la ambulancia que esperaba; las puertas se cerraron de golpe tras ellos. El vehículo se puso en marcha, con las sirenas aullando. Se acercó uno de los agentes de apoyo.

—No hay rastro de Katherine Fraser en el interior ni en el jardín trasero, señor. ¿Quiere que ampliemos la búsqueda?

—Me temo que vamos a perder el tiempo. Pero será mejor avisar al jefe de los equipos de búsqueda para que envíe más agentes a hacer un barrido a fondo. Y por desgracia, antes de poder irnos a casa, vamos a tener que volver a ese mierdero e intentar arrancar declaraciones a los yonquis medio muertos que hay ahí dentro.

Con suspiros cansinos al unísono, todos regresaron despacio hacia la casa, y el sonoro bostezo de Mullens resonó por todo el valle de Campsie.

Treinta Y Cuatro

La vieja casa de campo permanecía quieta y en silencio. Bone entró en el camino de entrada. Miró el reloj y suspiró. Era tarde, y sabía que Alice y Michael ya habrían cenado. El peso del día le cargaba los hombros, y subió con paso pesado por el sendero y entró en casa.

El calor de la cocina lo envolvió al entrar.

Alice alzó la vista del fregadero, con las manos sumergidas en agua jabonosa. —Llegas tarde —dijo, con un atisbo de irritación en la voz.

—Perdona. Ya sabes cómo es. Ah, y perdona por anoche.

Bone se dejó caer en el sillón viejo arrinconado, su cuerpo derritiéndose entre los cojines. Se quitó los zapatos de un puntapié y se masajeó los pies cansados.

—¿Cómo va la cosa ahora? —preguntó Alice—. El tejado, tu cabaña. Dijiste que seguía goteando.

—Oh, sí. Bone recordó su mentira piadosa. —Junior —quién lo diría— lo arregló. Así que todo bien ahora.

Desde arriba, los sonidos de risas y gritos llegaban amortiguados. Michael, su hijo de diez años, estaba jugando a la Xbox con su mejor amigo, Clark. Sus alaridos y vivas de emoción le hicieron sentir una oleada de alegría en el pecho.

—Debería subir a saludar —dijo Bone, haciendo ademán de levantarse.

Alice negó con la cabeza. —Mejor déjales a su aire. Ya sabes cómo se pone Michael cuando está con sus amigos.

Bone volvió a acomodarse en el sillón, con el cuerpo dolorido en cada miembro.

Alice, al ver el cansancio grabado en su rostro, se ablandó. Se secó las manos y se acercó, envolviéndolo en un abrazo.

—Estoy preocupada por ti —susurró.

Bone se dejó ir en su abrazo, tomando fuerzas de su calor. —Estoy bien —dijo, aunque hasta él percibió la incertidumbre en su voz.

Alice se apartó, buscando su rostro. —¿Y tu TEPT? ¿Cómo va? No me estarás ocultando nada, ¿verdad?

Bone suspiró. —Claro que no. No volvería a hacer eso. Lo estoy vigilando de cerca. Soy consciente de que potencialmente podría estar empeorando otra vez. Anoche me di un baño, y eso me ha ayudado.

Un destello de miedo cruzó por los ojos de Alice, la preocupación no dicha que había perseguido su matrimonio durante tanto tiempo.

—También he reservado una sesión de terapia de grupo para la mañana del sábado —la tranquilizó —. Y he estado en contacto con mi terapeuta.

Alice asintió, visiblemente aliviada. —Bien. Eso está bien. Mientras sigas hablando conmigo, Duncan.

Su momento se vio interrumpido por el golpeteo de unos pies en la escalera. Michael apareció en el marco de la puerta con gesto ausente.

—¿Hay más patatas fritas? —preguntó Michael, con tono hosco. Bone frunció el ceño a su hijo—. —A ti también, hola.

Alice negó con la cabeza. —Ya has tenido bastantes. El preadolescente resopló, con la actitud a flor de piel.

A Bone, con la paciencia al límite, se le acabó la cuerda. —Eh, sé amable con tu madre.

Michael le lanzó una mirada a su padre, luego se dio la vuelta en redondo y subió las escaleras hecho una furia. El portazo de su habitación resonó por toda la casa.

—El anticipo de lo que se nos viene, ¿eh? —dijo Alice, con una sonrisa irónica en los labios—. Ahora siempre se pone así cuando trae a los colegas. Me temo que estamos entrando en la fase de

«me muero si me ven con mis padres». Se acercó a la nevera y sacó una botella de cerveza, el vaho del frío perlado en el vidrio. —He pensado que te vendría bien.

Bone miró la cerveza, pero negó con la cabeza. —Me apetecería algo más fuerte. ¿Un whisky, quizá?

Alice asintió, y luego dudó. —Se me ha olvidado comprar Irn Bru.

¿Podríamos usar algo de la Coca-Cola de Michael?

A Bone le repugnó la idea. —¿Mezclar un Macallan perfecto con Coca-Cola? Sacrilegio.

Alice soltó una risita. —Lo dice el hombre que no sabe lo que significa ironía.

Desapareció en el salón y volvió con una botella de doce años en la mano. Sirviendo un doble generoso, añadió un chorrito de agua y se lo dio a Bone.

Él dio un trago, el líquido ámbar calentándole la garganta. Suspiró, estiró las piernas y dejó que la tensión del día se fuera desvaneciendo.

—Puedo calentarte un poco de pasta —ofreció Alice, señalando las sobras en el fogón.

Bone negó con la cabeza. —Estoy demasiado cansado para comer.

Alice frunció el ceño. —Necesitas comer, Duncan. Ayuda a mantener a raya la ansiedad y el TEPT, ya lo sabes.

Bone sabía que tenía razón. La vio echar un poco de pasta en un cuenco y meterla en el microondas. El zumbido del aparato llenó la cocina mientras ella ponía un cubierto en la mesa.

—Siéntate —ordenó— y señaló la silla.

Bone obedeció, demasiado cansado para discutir. Mientras esperaba, alzó la vista hacia Alice, con el rostro surcado de preocupación.

—¿Estamos bien? —preguntó, con la voz baja.

Alice sostuvo su mirada. —Por supuesto. Es solo esta recaída de tu TEPT...

—«Recaída» es un poco fuerte. Es más...

El microondas pitó, interrumpiéndolo.

Ella sacó el plato caliente y lo puso delante de él. Antes de que pudiera continuar, echó un vistazo al reloj.

—Mierda, se está haciendo tarde. Será mejor que le diga a Clark que vaya pensando en volver a casa.

Bone se quedó mirando el cuenco humeante un momento, cogió un tenedor y pinchó el fusilli.

Un aliento suave junto a su oreja susurró: —Ojo por ojo.

—¿Qué? —se volvió. Pensaba que te habías ido. Pero Alice no estaba, y la estancia estaba vacía.

Se levantó, y en la ventana de la cocina, vio a Alice ayudando a Michael y a su amigo a subirse a la parte de atrás del Land Rover. Se marcharon, y quedó a la vista el chico pelirrojo de pie junto a la valla, iluminado por detrás por alguna luz roja trémula e invisible. Alzó su pequeña mano y, con el índice, se tocó el ojo derecho y sonrió.

Bone corrió a echar las cortinas. Se quedó un momento, tratando de dar sentido al gesto del chico. Luego, corriendo hacia el recibidor, sacó el portátil de la mochila y volvió a la cocina.

Apartando el cuenco de pasta a un lado, dejó el portátil sobre la mesa, levantó la tapa y tecleó *Jedburgh Arson Attack* en la barra de búsqueda. Se sentó, dio un par de tragos de whisky y pulsó intro.

Treinta Y Cinco

A la mañana siguiente, el equipo se reunió en la sala de incidentes, agotados pero mordiéndose el freno, listos para la tercera ronda.

—Vale, gente, allá vamos otra vez —dijo Bone cuando llegó. Miró alrededor de la sala.—¿Dónde está Mark?

—Llegará en breve —dijo Harper—. Ha pasado por la residencia de su padre para asegurarse de que todo está en orden esta mañana.

—¿Qué pasa? — preguntó Baxter.

—Su padre entra en quirófano. Mark teme que monte un numerito, así que va a hacer de árbitro.

—¿Está bien George? —preguntó Walker.

—Operación exploratoria. Mark lo sabrá esta tarde. No quiere que nadie monte un escándalo.

—Entendido —Walker asintió.

—¿Recibió el mensaje que le dejé sobre Josh Fraser? —preguntó Harper a Bone.

—Sí, buen trabajo con eso, y bien hecho dar con él.

—Pero estaba fatal, y se lo llevaron al hospital —añadió—. Mark y yo lo encontramos anoche, sobredosificado, en un okupa cerca de Campsie Village.

—Entonces no está en Australia, ¿no? — dijo Baxter.

—Estafando a sus padres con el dinero del año en el extranjero para alimentar una adicción a las drogas, eso creo —replicó Harper

—. Apenas hemos conseguido mantenerlo con vida hasta que llegaron los sanitarios.

—Entonces, ¿sigue entre nosotros? —preguntó Bone .

—Sí. Acabo de llamar a la unidad y me han confirmado que sigue vivo, pero con un síndrome de abstinencia severo.

Bone asintió. —Bien. Dejó la bolsa en la mesa más cercana y se fue hacia el panel.

La sala quedó en silencio.

Walker se acercó. —¿Está bien, jefe? —Bone siguió clavando la mirada en la pared—. ¿Jefe? —Walker le dio un codazo en el codo.

—Es como un picor que no termino de rascar, ¿sabe? —dijo por fin Bone.

—Estoy tentado de hacer un Mark con ese comentario, pero me voy a contener —dijo Walker—. ¿Qué quiere decir?

—No puedo evitar pensar que lo tenemos delante de las narices y que simplemente no lo estamos viendo.

—¿Qué? —El asesino.

—¿No pasa siempre así, por cierto?

—Lo sé, pero no dejo de pensar en esta chica del accidente de coche. Golpeó la foto. Se frotó la cicatriz de la sien y volvió a escanear el sinfín de notas e imágenes. Se dio la vuelta de golpe. —Bien, tenemos a dos personas de interés bajo custodia y al hijo en el hospital. Propongo que nos lo repartamos. Will, ¿puede subir a la Infirmary e interrogar al hijo? Aunque parece que igual no está en condiciones de hablar.

—¿Ni de cometer los crímenes? —sugirió Harper—. Estaba en los huesos, apenas podía levantar un brazo, como para cargar un par de bidones de gasolina.

—Solo averigüe qué tiene que decir por sí mismo. Rhona, ¿puede volver a entrevistar a Scanlon y ver si sacamos algo más de él? Y yo voy a pasar por la trituradora al novio zoquete con una resaca del demonio, a ver qué sale por el otro lado; con suerte, no vómito. —Se frotó las manos—. En marcha, gente.

Todos le lanzaron la misma mirada colectiva. —¿Qué? Siempre he querido decir eso.

—Y, en efecto, ya lo ha dicho —dijo Walker con una sonrisa.

—¿Y yo qué? — preguntó Baxter.

—Siga hurgando en los pasados de nuestras tres personas de interés. Sea lo que sea lo que se nos escapa, está ahí en algún sitio.

Treinta Y Seis

Bone encontró a Daniel Quillan derrumbado en la mesa de entrevista, el cuerpo hecho un ovillo tembloroso por el mono de alcohol. Bone se sentó enfrente y esperó hasta que Daniel por fin alzó la vista.

—Buenos días, señor Quillan. Soy el inspector jefe Bone.

—Un poco jodidamente excesivo todo esto para ir borracho al volante, ¿no le parece? Por el amor de Dios, limítese a imputarme y déjeme irme. Necesito salir de aquí —graznó Daniel. Se pasó el dorso de la mano por los labios resecos.

—¿Quiere un vaso de agua? —¿No tiene algo más fuerte?

—Por lo que parece, ya tomó más que suficiente ayer, mientras estaba a cargo de su vehículo de trabajo.

—A eso voy. Deje las tonterías y vamos al grano de una puta vez.

Bone puso en marcha la grabadora y, mientras soltaba su discurso de introducción, Quillan se retorcía como si tuviera serpientes deslizándose por debajo de la ropa.

—¿Recuerda por qué mi compañero y yo le detuvimos ayer? —preguntó Bone.

—Iba ciego —replicó Quillan con los labios apretados—. Y lo siento. Había tenido un par de días muy duros...

—Hace dos días encontramos a Robert McNeil inconsciente con graves lesiones en la cabeza, tendido junto a una furgoneta robada calcinada —lo interrumpió Bone.

Quillan se enderezó. —¿Cómo? ¿Se refiere...? —Se calló—. —¿A quién me refiero?

—No lo sé. —Quillan fingió ignorancia.

—Se lo recuerdo. El mismo técnico de emergencias al que agredió violentamente hace dos años.

—Oh, no. Un momento. —Quillan alzó los brazos a modo de defensa—. Ya cumplí mi condena por eso. Me arrepentí como un cabrón de soltarle la hostia justo después de hacerlo. No puede... No pensará que le he hecho yo eso. ¡Jesucristo! —Inspiró dos o tres veces, rápidas, e intentó controlar las piernas, que botaban bajo la mesa.

—¿Es usted alcohólico, señor Quillan?

—Qué va, tengo párkinson de cojones. ¿Qué cree? Me iba de maravilla, sin probar el alcohol casi un año, pero hace un par de meses todo volvió a superarme. Y ahora seguro que he perdido el trabajo gracias a ustedes.

—Eso es enteramente culpa suya, Daniel. Iba ocho veces por encima del límite legal. Estaba tan borracho que apenas veía.

—Lo siento. Necesito ayuda.— Quillan se dejó caer la cabeza en las manos.

—¿Dónde estuvo el domingo por la mañana entre las doce y las tres?

—Yo no he hecho esto. Es una mierda. —¿Dónde, señor Quillan?

—No me acuerdo de una puta mierda. Últimamente le estoy dando duro, así que a esas horas suele pillarme hecho polvo, dormido la mona hasta el puto día siguiente y el circo vuelve a empezar.

—¿Dónde se estaba quitando la resaca?

—Tengo una habitación en una casa en Glasgow Road. —¿Tiene compañeros de piso?

—¿Compañeros de piso? ¿Se cree que esto es *Friends* o qué? Es una puta pensión de mala muerte.

—¿Alguno de los inquilinos podría verificar que estuvo allí entre esas horas?

—Ni idea. No conozco a ninguno. Aquello es como la noche de los muertos vivos, joder, allí dentro —se detuvo—. Espere. El

domingo... Trabajé el sábado.

—¿Hasta cuándo?

—No muy tarde. Fui a por una ración de pescado con patatas después, en Sandinos. Eso es. Ya me acuerdo. Luego, a The Fells. Pero después, ni idea.

—¿Tiene su pensión cámaras de seguridad en la puerta?

—Sí, pero ni idea de si funcionan. Hay peleas en el pasillo a todas horas, y no viene nadie a pararlas —empezó a respirar con dificultad —. Vamos, inspector. ¿No habría manera de que me pasara una lata o un traguito de algo? Me estoy muriendo, joder.

Bone cambió de tercio: —¿Empezó a beber cuando murió su novia? Es Kelly Dobson, ¿no?

—Mi exnovia. Lo dejamos un par de meses antes de que muriera.

—¿Por qué fue? —La defraudé. —¿De qué manera?

Se detuvo, los labios tensos: —Por la bebida. Ella no podía con ello. Yo tampoco. Me quedé hecho polvo. Era mi vida, pero lo entendí perfectamente. Quiero decir, alguien como Kell no se merecía a un desgraciado integral como yo, sobre todo después de todo lo que había pasado.

—¿A qué se refiere?

—Cuando la conocí, hace seis años, acababa de mudarse desde Jedburgh.

—¿Vivía en Jedburgh? —interrumpió Bone.

—Sí, se crió allí. En aquel entonces, intentaba alejarse de su padre, un cabrón maltratador que les daba la lata a ella y a su madre sin descanso. Y la cosa empeoró cuando la madre de Kell murió.

—¿Qué es lo que hacía?

—Acoso de puta veinticuatro horas al día. Ella decía que era insoportable, y daba igual cuántas órdenes de alejamiento le cayeran. Siempre volvía a por ella.

—¿Así que huyó a Kilwinnoch?

—Eso es, sí. Pero no se quedó ahí. Me dijo que creía que él la había seguido, y su pesadilla continuó.

—¿Cómo se llamaba su padre?

—Se lo pregunté una y otra vez, pero nunca me lo dijo. Creo que pensaba que yo haría alguna estupidez. Y tenía razón. Entonces era un cabezota de cuidado. Por eso le solté la hostia a aquel sanitario. Cuando lo vi en el pub, aquella noche, riendo y bromeando con sus colegas y viviendo su vida, se me fue la olla. La rabia pudo conmigo.

—¿Cómo supo que era él quien atendió a su ex?

—Al día siguiente del accidente, el periódico local sacó un reportaje sobre conducir bebido, y él salía hablando del accidente y advirtiendo a la gente de que no lo hiciera —exhaló—. Pero le juro que en cuanto lo hice supe qué cosa tan jodida y terrible había hecho, y a día de hoy me arrepiento. Ahora entiendo que el tipo solo estaba haciendo su trabajo lo mejor que podía. Kell iba colocada perdida esa noche. Nunca debería haberse puesto al volante.

—Como usted no debería haberlo hecho ayer.

—Sí, bueno. Ella era mejor persona que yo. Se merecía vivir. Yo no. Le zurré al pobre hombre porque me sentía culpable y avergonzado y cabreado porque me había dejado. Todo iba sobre mí, no sobre ella, como siempre —tragó como si el dolor le arañara la garganta—. ¿Por qué cree que el padre la acosaba durante tanto tiempo?

—Ay, Dios. Ella decía que siempre era igual. Él le mandaba mensajes arrastrándose para pedirle perdón por cómo las había tratado a las dos cuando ella crecía. Todos los abusos y la violencia.

—¿Era violento físicamente?

—Oh, sí. Mandó al hospital a la madre de Kell un par de veces. Dios sabe lo que le haría a Kell. Ella nunca me contó ni la mitad.

—¿Y esto seguía así?

—Sí, pues empezaba todo miel sobre hojuelas, y luego volvía a enfadarse y la amenazaba. La llamaba pija de mierda como su madre. Me lo contaba y se venía abajo. Incluso había intentado quitarse la vida antes de que yo la conociera. Fue así de grave. Él le estaba amargando la vida. Estaba detrás de todas nuestras broncas.

—¿Discutían mucho entonces, ustedes dos?

—Solo por él, o acabábamos volviendo a él. Estaba intentando destrozarla. Putas entrañas —negó con la cabeza—. ¿Sabe que la sigue acosando ahora, incluso estando muerta?

—¿Cómo que ahora?

—El muy cerdo no para de dejar una rosa roja en solitario sobre su tumba.

—¿Cómo sabe que es él?

—Siempre hay una nota. «Sorry», o «I miss you» o «forgive me», cosas así. Me pone la piel de gallina. Si subo, las tiro a la basura en cuanto puedo, pero me está resultando demasiado duro. No quiero recordarla muerta —se dio golpecitos en la sien con las manos temblorosas—. Aquí dentro está conmigo, viva, regalándome esa sonrisa amable que guardaba para mí.

—¿Dónde está su tumba?

—Arriba, en el cementerio del pueblo. Está junto al roble, en la valla del fondo. Le encantaban los árboles. —se le humedecieron los ojos—. Por favor, inspector, yo no ataqué al de la ambulancia. Estoy demasiado perdido para esas mierdas. Solo quiero un trago —sollozó—.

—Necesito comprobar su paradero con la pensión. Me temo que mientras lo hago, voy a tener que retenerle un poco más.

—Ay, Dios. Se lo ruego. No aguanto mucho más esto.

—Voy a llamar al equipo de adicciones y a ver si pueden apoyarle con algo de ayuda y medicación.

—La única medicación que necesito es de cuarenta grados. —Entrevista terminada a las nueve y catorce de la mañana—. Bone detuvo la grabadora. —Espere aquí y pediré a un agente que le lleve de vuelta a su celda.

Quillan se sujetó la cabeza con las manos, los hombros subiendo y bajando de pura desesperación.

Bone salió rápidamente y fue a buscar ayuda.

Treinta Y Siete

Al acercarse a la habitación donde estaban tratando al hijo de los Fraser, a Harper lo detuvo un agente de uniforme.

—Lo siento, señor, esta zona está restringida —dijo el agente, con la mano suspendida junto a su radio.

Harper alzó su acreditación del cuello. —DC Harper, RCU. He venido a interrogar al paciente.

El agente asintió y se apartó. —Por supuesto, señor.

—Disculpe. Había pensado que era un periodista.

—Cualquier cosa menos un detective, por lo visto —murmuró Harper.

—¿ Cómo dice?

—Nada. ¿Ha tenido el paciente alguna visita?

El agente negó con la cabeza. —Aparte de un ir y venir de médicos y enfermeras, no. Usted es el primero.

Cuando Harper fue a coger el pomo de la puerta, un médico salió de la habitación, con una expresión entre preocupación e irritación.

—DC Harper. Viene a ver a Josh Fraser.

—Detective, ¿de verdad es necesario? —el médico señaló al agente uniformado— Estoy bastante seguro de que el chico no va a darse a la fuga en el estado en que está.

—Me temo que es una persona de interés en nuestra investigación del asesinato del doctor Fraser.

Los ojos del médico se abrieron de par en par, incrédulos. —¿Asesinato? No me había enterado... —negó con la cabeza— Debo

decir que me sorprende que el hijo de los Fraser pueda estar implicado, dado su estado físico y mental. La cantidad de pinchazos en su cuerpo sugiere una adicción a la heroína de larga duración.

El ceño de Harper se frunció. —¿Cómo se encuentra ahora?

El médico soltó un hondo suspiro. —Está pasando por un síndrome de abstinencia severo. Náuseas, vómitos, espasmos musculares, ansiedad, insomnio... es un proceso atroz. Su cuerpo básicamente se rebela por la falta de la droga. —Hizo una pausa y añadió— Ya sabe, quien le puso esa inyección de adrenalina anoche antes de que llegaran los paramédicos, desde luego le salvó la vida.

Harper se removió incómodo, sin querer atribuirse el mérito. —¿Ah, sí?

El médico asintió. —Absolutamente. Sin esa reacción rápida, quizá no habría llegado al hospital.

Harper carraspeó. —Lo entiendo, doctor. Pero tengo que pedirle que me deje hablar con él. Seré breve, se lo prometo.

El médico vaciló y, tras lanzar una última mirada de preocupación por la rendija de la puerta a su paciente, asintió. —Muy bien. Pero, por favor, sea delicado. Está en un estado frágil.

—Lo entiendo. No tardaré nada.

El médico se apartó, dejando paso a Harper para entrar en la habitación.

El chico estaba hecho polvo: piel sudorosa, ojos hundidos. La abstinencia le estaba golpeando con fuerza.

Harper arrimó una silla, y Josh se estremeció al raspar las patas contra el suelo.

—Bueno, tengo que decirte que no tienes mejor cara que anoche —dijo Harper con voz baja y firme—. Tenemos que hablar.

Josh abrió los ojos, inyectados en sangre y desenfocados. —Si esto va por las drogas, no voy a decir nada.

Harper se inclinó hacia adelante. —Es sobre tus padres. Siento muchísimo tener que decírtelo, pero tu padre ha muerto y tu madre posiblemente ha sido secuestrada.

La expresión de Josh no cambió, con un destello de algo frío en los ojos. —¿Esto es algún tipo de broma? —murmuró—. Seguro que están en una de sus vacaciones pijas de cinco estrellas.

Harper negó con la cabeza. —Lo siento, Josh. No estoy bromeando. Ha habido un incendio en vuestra casa. Han asesinado a tu padre y tu madre está desaparecida. Necesitamos tu ayuda.

Josh se quedó mirando a Harper durante un largo rato, buscando algún indicio de engaño. Poco a poco, la realidad empezó a calar. —Muerto para mí, de todos modos. Sorbió por la nariz.

A Harper le subió la rabia. —Pero bien que te bajaste del pedestal para cogerles el dinero cuando te convenía, ¿eh? Diría que eso suena más a niñato rico y consentido que a hijo marxista rebelde rechazando su decadente trasfondo burgués.

Josh bufó. —Medios para un fin. Dinero que ni siquiera necesitan.

Harper entornó los ojos. —Por tu actitud, diría que te alegraría que estuvieran muertos. Con ganas de echar mano de la herencia, ¿o qué?

El rostro de Josh se contrajo, asomando un destello de dolor tras la frialdad. —Yo no... Yo... —negó con la cabeza, como si intentara aclararse —. ¿De verdad mi padre ha muerto? ¿Y mamá... está desaparecida?

Harper vio cómo la devastación empezaba a hacer mella. La indiferencia fingida de Josh se deshacía, sustituida por un horror creciente.

—Pensaba que venías por las drogas. No lo sabía... Oh, Dios. —la voz de Josh se quebró, con lágrimas acumulándose en los ojos—. He estado hecho polvo. No tenía ni idea.

A medida que se le caía la coraza a Josh, el tono de Harper se suavizó un poco. —Sé que esto es mucho para asimilar. Pero necesito que me ayudes si puedes. Cualquier cosa que puedas contarnos podría ayudar a encontrar a tu madre.

Josh asintió, secándose las lágrimas con las manos temblorosas. —No sé nada. Te lo juro. Estaba encerrado, colocado perdido.

—Sabemos que amenazaste a gente con una navaja.

Josh negó con la cabeza. —No me acuerdo. Iba totalmente ciego. Así es como acabé atrincherado en la habitación. Quería desengancharme, pero encontré algo de caballo y la tentación fue demasiada. Pero había algo que no estaba bien.

Harper sacó una foto, la alzó para que Josh la viera. —¿Reconoces esta foto de un bebé?

Al principio, Josh entornó los ojos hacia la imagen, sin el menor destello de reconocimiento en la mirada. Se encogió de hombros. Pero luego, poco a poco, pareció aflorar un recuerdo.

—Espera... sí, ya me acuerdo. Una noche volví tarde y mi padre seguía en su despacho. Intenté pasar a hurtadillas, pero me llamó. Pensé que iba a soltarme otro de sus putos sermones de santurrón, pero iba pedo. Había estado con lo duro. Y estaba hecho polvo, de verdad hecho polvo, prácticamente berreando como un crío. Nunca lo había visto así antes. Tenía eso en la mano — señaló la foto, con la mano temblándole un poco—. Agitándola, diciendo que el bebé murió porque se paró a ayudar a una estúpida borracha que se había salido de la carretera.

—¿Mencionó algo más sobre esa mujer borracha? —preguntó Harper.

Josh negó con la cabeza. —No, solo que el accidente le impidió llegar al hospital a tiempo para salvar al bebé. No paraba de repetir "esa estúpida mujer borracha".

—¿Volvió a hablar de ello alguna vez después de aquella noche?

—Nunca. Al día siguiente, con nosotros, como si nada. No sé ni si se acordaba de haber hablado conmigo. —Se le quebró la voz y las lágrimas le corrieron por las mejillas—. Pero muerto... Joder, qué fuerte. —Alzó la mirada hacia Harper, con los ojos suplicantes—. ¿Y dónde está mi madre? Por el amor de Dios, ¿por qué no la habéis encontrado ya?

Harper desvió la conversación. —¿Qué hay de la relación de tu padre con su jefe, el profesor Baird, el director médico?

El rostro de Josh se retorció de asco. —Ese es el hijo de puta al que deberíais detener. Es el que se acostó con mi madre.

La sorpresa de Harper fue evidente. —¿Tuvieron una aventura? ¿Tu padre lo sabía?

Josh soltó una risa ácida. —Ni puta idea. Pero así era mi padre, ¿no? Solo veía lo que quería ver. Harper insistió : —¿Crees que el profesor Baird podría ser capaz de matar a tu padre, secuestrar a tu madre y luego intentar asesinar a un sanitario?

Josh alzó las manos, frustrado. —No lo sé de la puta vida, ¿vale? A lo mejor el de la ambulancia lo estaba chantajeando o algo. Eso os toca averiguarlo a vosotros. Pero te digo que el rico repelente probablemente estaba obsesionado. Era clarísimo que lo suyo iba en serio. Daba asco ver cómo tonteaban cuando él iba por casa.

—¿Tienes alguna prueba de verdad de que estuvieran liados?

—Mis ojos. Eso es todo lo que necesité —frunció el ceño.

—¿Cuándo los viste por última vez juntos, flirteando así? —inquirió Harper.

—Hace unos años, cuando yo aún estaba en el colegio. Me ponía la putísima piel de gallina. Pero mi padre ni se enteraba. Pensaba que era una broma sin más. Pero hay que estar totalmente jodido de ciego para no ver lo que pasaba. Probablemente llevaban con lo suyo todo este tiempo. Es a él a quien tenéis que detener por esto. Él es el culpable.

De repente, el cuerpo de Josh se convulsionó. Empezó a toser y a atragantarse, con los ojos en blanco. Harper saltó y pidió ayuda. Una enfermera y el médico entraron a toda prisa. Actuaron con rapidez sobre el muchacho, administrándole medicación y oxígeno. Tras unos tensos instantes, el ataque de Josh remitió. Se recostó en la cama, pálido y agotado. El médico se volvió hacia Harper, con gesto severo.

—Basta ya, detective. Ahora necesita descansar.

Harper asintió y salió de la habitación.

Ya en el pasillo, sacó el móvil y marcó el número de Bone. Sonó y sonó, pero nadie contestó.

—Mierda.

Volvió a llamar y le dejó un mensaje, y luego se apresuró por el laberinto de pasillos hasta la salida, con la cabeza echando humo con esta nueva pista.

Treinta Y Ocho

Bone entrecerró los ojos a través de las incesantes cortinas de lluvia que apaleaban el cementerio de Kilwinnoch; sus zapatos de piel chapoteaban sobre la tierra empapada. Había elegido un día de mil demonios para examinar el lugar de reposo de Kelly Dobson.

Aquel sitio maldito era un lugar desolado en las mejores circunstancias, pero bajo el azote del cielo cobraba un aire particularmente siniestro. Lápidas derruidas sobresalían del suelo como dientes podridos, y las ramas retorcidas de tejos centenarios arañaban el imponente cielo gris.

Bone avanzó penosamente hacia el muro del límite más alejado, su viejo abrigo menos que inútil para mantener a raya la humedad. Y allí estaba. La modesta tumba de Kelly Dobson, la lápida simple mostrando solo su nombre y las fechas secas de su vida demasiado corta. El parterre estaba ligeramente descuidado, una maraña de malas hierbas amenazando con reclamar la piedra.

Apoyada contra el granito ajado había una sola rosa, cuyos pétalos carmesí desafiaban el abatido paisaje con su brillo. Bone se arrodilló para inspeccionarlos, ignorando el agua helada de lluvia que se le filtraba por los pantalones.

Detrás de la flor había encajada una tarjeta blanca sin adornos. Bone la sacó y leyó las palabras inscritas en grandes letras mayúsculas y en negrita: *Pronto, amor mío, pronto.*

Un graznido repentino cortó el aire, y Bone alzó la cabeza de golpe. Un cuervo gordo le observaba desde lo alto de un

monumento, pero entonces divisó una figura que salía a toda prisa por la puerta lateral.

—¡Eh!—gritó Bone. Empujó la tarjeta en su bolsillo y saltó de pie.

La figura echó a correr, y Bone se lanzó en su persecución a través de la puerta, saltando por encima de un murete bajo y atravesando el campo de juego adyacente. La lluvia había convertido la hierba en un barrizal traicionero, y Bone perdió pie más de una vez, agitando los brazos mientras luchaba por mantenerse en pie.

La figura le llevaba ventaja y salió disparada hacia la carretera principal sin mirar el tráfico que venía. Bone la siguió, esquivando por los pelos una furgoneta blanca que le pitó con furia al dar un volantazo para evitarle.

Como pudo, Bone llegó al otro lado de una pieza, justo a tiempo de ver cómo su presa se esfumaba en el laberinto de una urbanización municipal. Siguió corriendo por el enredo de bloques bajos, con el corazón martilleándole y los pulmones ardiendo.

La figura se coló por uno de los portales, y Bone la siguió, saliendo a un patio trasero húmedo. Alcanzó a ver un movimiento al otro extremo y corrió hacia allí, serpenteando entre un viacrucis de tendederos cargados.

Rozó uno de los tendales y este se rompió. Bone se encontró, por un instante, enredado en una telaraña de sábanas húmedas y prendas interiores talla XXL.

Al otro lado del patio, un grupo de quinquis adolescentes se apiñaba bajo un alero chorreante, las sudaderas con capucha apretadas contra el diluvio. Bone ojeó las calles circundantes, pero no había rastro de su hombre misterioso.

Jadeando, trotó hacia la panda.—¿Habéis visto pasar a un tipo a toda leche por aquí?

Los chavales volvieron hacia él sus caras hoscas, llenas de granos.—Vete a tomar por culo, pederasta —soltó uno con sorna—. No hemos visto una mierda.

—Sí, igual se ha ido a comprarte tus Werther's Original, viejo pervertido —se burló otro.

Bone sacó de un tirón su acreditación. —¡Largo!

Al ver sus credenciales, los chicos salieron pitando.

Derrotado, volvió al cementerio, con la ropa pegada a la piel y los zapatos emitiendo obscenos ruidos de chapoteo a cada paso. En la entrada, distinguió un gran contenedor de compost agazapado entre los arbustos desbocados. Guiado por una corazonada, levantó la tapa y miró dentro.

Haciendo una mueca, Bone hundió las manos en la masa hedionda y empapada de vegetación en descomposición. Hurgó a tientas, maldiciendo la porquería fría y viscosa que le recubría la piel y se le metía por debajo de las uñas.

Estaba a punto de rendirse cuando los dedos toparon con algo sólido. Lo agarró y tiró, dejando al descubierto un ramo de flores mustias y podridas. Pegados a los tallos estaban los restos de una tarjeta blanca, con la tinta casi borrada por la humedad. A duras penas logró descifrar las palabras: *Una más, amor mío.*

Bone se apartó del contenedor.

Una voz ronca de Glasgow a su espalda dijo: —Eh, colega, ¿qué cree que está haciendo en mi compost?

Bone se volvió en redondo y se encontró con un sepulturero viejo y desaliñado que le fulminaba con la mirada, empuñando una pala con sus manos nudosas.

—Espero que no me esté birlando esas flores, amigo. Eso es comportamiento de capullo, y punto.

Bone le mostró la placa.—Inspector jefe Bone, de la CID de Kilwinnoch. Estoy investigando un caso.

El sepulturero entornó los ojos para mirar la identificación, y luego sonrió, mostrando una boca llena de dientes torcidos.—¡Válgame Dios, un poli de verdad! Pensé que no era usted más que un pobre desgraciado a la caza.

Bone alzó la rosa mustia y la tarjeta mohosa.—Me interesan estas y las de esa tumba de allí, junto a la puerta trasera. ¿Ha visto a alguien que deje flores y tarjetas como estas últimamente?

El anciano se rascó la cabeza.—Ojalá pudiera ayudarle, inspector, pero no he visto ni torta. Sé que siempre hay flores en su tumba y que las reemplazan con regularidad. Cada dos semanas, como un reloj.

—¿Desde cuándo está pasando eso?

—Desde que estoy aquí, y ya van para tres años.

—¿Y nunca ha visto a quién las deja?

El sepulturero negó con la cabeza.—No. En un momento no hay nada y, al siguiente, aparece un ramo fresco. Es como si supieran mi horario, cuándo me tomo mis descansos para el té y eso.

Bone frunció el ceño. —¿Ha notado algo más extraño?

—¿Algún personaje raro merodeando por aquí?

—No, la verdad es que no. Pero como le digo, la gente entra y sale de aquí a todas horas, a presentar sus respetos. Es fácil que se me pase algo, sobre todo a mí. Sin mis gafas, estoy más ciego que un maldito murciélago en un campanario.

Bone dio las gracias al sepulturero y volvió a la tumba; la rosa seguía allí, apoyada de través en la piedra, mientras el viento hacía lo posible por tirarla. La cogió y volvió a mirar el nombre de Kelly grabado en el mármol. Entonces le estalló una bomba en la cabeza. Se lanzó de nuevo hacia el sepulturero, que ahora estaba ocupado removiendo el compost con una horca.

—¿Qué ha dicho ahora mismo? — preguntó.—Dios, ahora me lo pregunta. ¿Cuándo?

—Justo ahora. ¿La última cosa?

—¿Lo de que necesito las gafas?— —Eso es. Gracias.

Bone salió corriendo del cementerio, aún con la rosa en la mano, y algunos de los pétalos iban cayendo al sendero a su paso. Se metió en el Saab y condujo tan rápido como pudo de vuelta a la comisaría.

Treinta y Nueve

En la sala de incidencias, Harper se abalanzó sobre Bone con sus noticias. —¿Ha recibido mi mensaje, señor? Creo que—

—Un momento, Will. Bone se movió hacia el centro de la sala.

—Atención a todos. Tengo información crítica de mi entrevista con Daniel Quillan.

Se detuvo, asegurándose de tener toda la atención.

—Quillan me dijo que su novia, Kelly Dobson, creció en Jedburgh.

—¡Lo sabía! —se adelantó Mullens—. Ahí tenemos el vínculo con ese incendiario cabrón, Scanlon.

—No, Mark —lo interrumpió Bone. El equipo frunció el ceño, desconcertado.

—A Kelly la acosó sin descanso y la hostigó su padre separado, un hombre con antecedentes de malos tratos. Fue tan grave que tuvo que pedir varias órdenes judiciales de alejamiento contra él. —Bone paseó por la sala—. Y cuando murió la madre de Kelly, todo fue a peor. Estaba tan aterrada que huyó a Kilwinnoch con la esperanza de escapar del tormento de su padre.

—Vaya elemento, ese padre —dijo Walker.

Bone asintió con gesto sombrío. —Y peligroso. Quillan dibujó el retrato de un hombre obsesionado, incapaz de dejar que su hija viviera en paz.

Intervino Mullens: —¿Cree que ese cabrón la siguió hasta Kilwinnoch?

—Quillan dijo que Kelly estaba convencida de que su padre la había perseguido hasta aquí —replicó Bone—. Y que la rondaba, quizá vigilándola.

A Walker se le abrieron los ojos. —¿El maltrato era físico? —Bone asintió—. El novio confirmó que el padre maltrataba física y psicológicamente tanto a ella como a su madre. No cedía en su ensañamiento.

La sala guardó silencio un instante mientras cada investigador procesaba aquella información nueva y perturbadora.

Bone continuó: —Hoy he ido a la tumba de Kelly. El novio me dijo que su padre había estado dejando flores y notas allí desde la muerte de ella, y es verdad. Había una rosa roja y una nota que decía: 'Pronto, mi amor, pronto'. Cuando estaba junto a la tumba de la chica, un hombre empezó a entrar por la cancela. En cuanto me vio, salió por patas y lo perdí.

Se arriesgó Harper: —¿Podría ese 'pronto' ser venganza? —Bone asintió—. O justicia. —Se volvió hacia Baxter.

—Sheila, ¿has averiguado algo más sobre el anterior destino del jefe de bomberos en Jedburgh y algún detalle sobre sus lesiones?

Baxter miró a Bone, sorprendida por la petición, pero consultó sus notas. —No, solo que el jefe de bomberos resultó herido al salvar a un vigilante durante un incendio en un almacén en Jedburgh hace ocho años. Le concedieron una medalla al valor.

Intervino Walker: —¿Adónde quiere llegar con esto, señor?

Bone alzó la mano. —Tengan paciencia. Harper, ponga en la pantalla las imágenes de la cámara nocturna, el fotograma de la figura encapuchada con solo los ojos al descubierto.

Harper obedeció, y la imagen granulada llenó la pantalla. El sargento Mullens hizo una mueca al ver los ojos resplandecientes, felinos, que miraban desde debajo de la capucha.

Bone se acercó al monitor y estudió la imagen con atención. —Caí en la cuenta esta mañana. Llevamos días mirando esta imagen, pero el asesino está ahí mismo.

Walker negó con la cabeza. —No le sigo.

Bone señaló los ojos de la figura. —¿Se fijan en que el ojo izquierdo del sospechoso brilla más que el otro? ¿Por qué sería?

Intervino Harper: —¿Quizá el flash nocturno pilló el ángulo de la retina de forma rara?

Bone asintió. —¿O?

La revelación se dibujó en el rostro de Walker. —El agresor solo tiene un ojo. El derecho es postizo.

Bone se volvió de nuevo hacia Baxter. —Sheila, ¿cuál fue la naturaleza de la lesión del jefe de bomberos en Jedburgh?

Baxter consultó de nuevo sus notas. —Herida en la cabeza por caída de escombros.

—¿Detalles? —apremió Bone.

Baxter se encogió de hombros. —Lo siento, señor. Es todo lo que tengo.

Bone se inclinó hacia adelante. —Anoche me puse a hurgar otra vez. Encontré un artículo viejo enterrado en las hemerotecas. Revelaba que el jefe de bomberos quedó ciego por los escombros en aquel incendio del almacén. Los médicos lograron salvarle el ojo izquierdo, pero el derecho quedó irreparable. Desde entonces lleva un ojo de vidrio.

Walker interrumpió: —Pensé que había dicho que todo esto se le había ocurrido esta mañana.

Bone se encogió de hombros. —Llámelo epifanía orgánica.

A Mullens se le abrieron los ojos. —¿Así que el otro ojo era un caso perdido?

Harper se metió por medio. —¡Doh!

Walker asintió. —Tiene un ojo de vidrio. ¡Eso explica esa mirada tan intensa!

—El ojo derecho de vidrio, para ser exactos — aclaró Bone. Tocó el monitor. —Tenemos a nuestro hombre.

Walker alzó las manos. —Un momento. Sé que el tipo es un capullo, pero ¿de verdad está detrás de todo esto?

Bone asintió. —Tiene sentido, ¿no? Se ha enterado de que Scanlon está en la calle y se ha saltado la libertad condicional. Ahora tiene la coartada perfecta para sus crímenes.

Walker frunció el ceño. —¿Cómo lo sabría?

—Quizá se lo dijo un antiguo compañero —le advirtió— sugirió Harper.

Bone señaló a Will. —Exacto. Los intentos chapuceros de prender fuego a Fraser con la manguera ayudaron con las acusaciones.

Baxter asintió. —Sí. Y la propia manguera era del mismo material que se usa en los extintores.

—Sí, aquel día en la escena del crimen del paramédico el saco de cojones se descontroló del todo porque aún no habíamos clavado a Scanlon.

—No tenía ningún sentido en ese momento — cortó Bone—, pero ¿recuerdas, Mark? En plena parrafada dijo, y cito: «Ese psicópata casi me cuesta la vista».

—¡Es verdad! — convino Mullens.

—Perdón, ya sé que lo he preguntado antes, pero ¿por qué molestarse tanto en esperar para cargarle el muerto a Scanlon y luego echarlo a perder con el correo y la pintada, totalmente alejados del modus operandi del incendiario? —insistió Walker.

—A mí me parece que no esperaba que ella estuviera allí y su plan pegó un giro en picado, desesperado. En cualquier caso, todas esas contradicciones de conducta apuntan a un individuo que ha perdido por completo el sentido de la razón y de la realidad, y que por ello es aún más peligroso que cuando planeó este caos.

Mullens silbó en voz baja. —Oculto a plena vista. —Está claro que es nuestro hombre. Cabeza e instinto están a una en esto.

La gravedad de la situación se posó sobre la sala.

El tono de Bone se endureció. —Bien, tenemos que actuar rápido y con cabeza para atrapar a este lunático y evitar más derramamiento de sangre, pero recordad que probablemente estamos ante una situación con rehenes, así que hay que extremar la prudencia. —Lanzó una mirada dura a Mullens.

—Señor. — Mullens asintió.

—Sheila, necesitamos dos ARU. Will y Mark, iréis al parque de bomberos. Rhona y yo iremos a su casa.

El equipo se puso en marcha, cogiendo abrigos y llaves.

La caza había empezado.

Cuarenta

Mullens ordenó a los agentes del ARU que aparcasen en la calle contigua al parque de bomberos y esperasen sus órdenes. Metió el BMW en la explanada del parque y se detuvo.

—¿Listo? —preguntó.

Harper asintió y se bajó del coche.

Cruzaron a zancadas la amplia explanada, con los imponentes muros de ladrillo del edificio y las enormes puertas dobles rojas alzándose sobre ellos.

Al acercarse a la entrada, vieron a un agente revisando el material dispuesto en la explanada frente a un reluciente camión de bomberos rojo. Los detectives se presentaron, mostrando sus placas.

—Buenos días —los saludó el agente—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Estamos buscando a su jefe —dijo Mullens—. ¿Está dentro?

El agente negó con la cabeza. —No lo he visto todavía. Su despacho está arriba —señaló dos barras al fondo de la explanada.

Mullens hizo una mueca. —¿Vamos a tener que subir por esas? El agente soltó una carcajada. —No, hay escaleras.

El despacho del jefe estaba cerrado, así que los detectives se dirigieron a la zona de cocina, donde el resto de la dotación se había reunido. La sala era desaliñada, con platos y tazas sucios amontonados, sofás ajados, paredes amarillentas, una mesa de billar, una diana y un calendario con un coche deportivo y una chica en bikini echada sobre el capó.

Harper negó con la cabeza.

Al entrar, las conversaciones a voces y las risas se apagaron.

Mullens rompió el silencio incómodo. —Sargento detective Mullens y agente detective Harper, de Kilwinnoch. ¿Alguien ha visto al jefe Tennant?

La habitación siguió en silencio hasta que, por fin, un agente habló. —No, no lo hemos visto. ¿Lo han pillado otra vez corriendo con el camión de bomberos?

El equipo se echó a reír, pero había un matiz cortante. Una agente, sentada sola en un rincón, no participó.

—Queremos hablar con él sobre el incendio provocado de los Fraser. —Habéis venido al lugar indicado — dijo el agente.

Bromeando otra vez.

Más carcajadas.

Otro intervino: —Sí, el pirómano de Jedburgh anda suelto otra vez. El jefe se está volviendo loco con el tema.

—Necesitamos hacerle unas cuantas preguntas más al respecto —dijo Mullens, eligiendo bien las palabras.

—¿A qué viene el numerito de Cagney y Lacey? —preguntó el bombero con suspicacia.

Harper prosiguió: —Solo necesitamos contrastar información vital.

El graciosillo del grupo volvió a meter baza. —Ya os hemos dicho que no está.

Un murmullo colectivo recorrió la sala, pero Harper se fijó en que la agente hacía muecas y se retorcía, incómoda, en la silla.

Mullens insistió de nuevo: —¿Alguien sabe dónde está?

—No hasta que nos digáis el verdadero motivo por el que lo buscáis —replicó otra vez el gracioso.

—Gracias por la ayuda — soltó Mullens con sorna.

Al salir, uno de los agentes les gritó: —¿Por qué no cogéis la barra? El lugar estalló en risas de nuevo.

De vuelta hacia el coche, Harper se detuvo y alzó la vista hacia las ventanas de la cocina. Uno del grupo los observaba mientras se iban.

—Se creen que todo es una jodida broma —dijo—. Y pensar que nosotros éramos malos... —Mullens exhaló.

Su conversación se vio interrumpida por la agente, que los había seguido fuera.

—Siento muchísimo lo que ha pasado ahí dentro ahora mismo. A los chicos a veces se les va de las manos el cachondeo. — Intentó sonreír, pero se le tensó la mejilla.

—Eso ha sido más que broma —replicó Mullens.

—¿Hay algo que quiera contarnos? —preguntó Harper, captando su nerviosismo.

La agente suspiró: —No quiero... —Alzó la vista hacia la ventana, nerviosa—. Mi trabajo se ha vuelto muy difícil desde que el jefe consiguió el puesto.

—¿Cómo? — inquirió Harper.

—Ha convertido este parque en una fiesta de chavales —dijo.

Harper asintió: —Como ese calendario inapropiado.

Ella alzó las manos: —¡Exacto! Pero ¿de qué sirve quejarse? Sube por la cadena y no cambia nada.

—¿Ha presentado una queja o ha hablado con alguien sobre esto?

—Yo me callo y los dejo a su aire, esperando que me cubran las espaldas en un incendio. Y desde que Helen se cayó por el techo en casa de los Fraser, ya no lo tengo tan claro.

Mullens negó con la cabeza.—Jesús, qué horror.—Y ¿el jefe forma parte de esto también? —continuó Harper.

—Es muy duro, ¿saben? Me siento bastante vulnerable. Incluso aquí, ahora, con ustedes. Seguramente me están viendo. Pero sí. En mi opinión, él está en el centro de todo. Es un matón machista. No lo soporto. Va de cara a la galería. Que si le importan sus hombres, su gente, pero son todo pamplinas. Solo mira por sí mismo. Va a por más y más poder y, como lo consiga, Dios ampare al servicio de bomberos. Es lo único que puedo decir. No es lo que parece.

—¿Sabe dónde está él ahora?

—Si no está en casa, suele subir a su bothy destartalado, que lleva arreglando años, cerca del paso de Clachan Pass. Lo llama su

espacio para respirar. Una vez me invitó a ir. Llegué casi hasta la puerta, pero sentí...

—¿Qué? —apremió Harper.

—Miedo, si soy sincera. Estaba tan aislado... En realidad no sé por qué acepté, pero creo que me presionó, y no quería decirle que no.

—¿ Tiene alguna dirección?

—No creo que la tenga. Es el único edificio en kilómetros, al final de un camino de un granjero que sale de la carretera del paso. Debería salir en Google Maps. ¿Creen que el jefe podría estar detrás de los ataques? —preguntó.

—En este punto no podemos... —empezó Harper. Pero Mullens asintió, confirmándolo.

Ella dio un paso atrás, con la mandíbula caída. —Es horroroso. Incluso para un impresentable como él, es bastante jodido. ¿Por qué? Jesús. Si él está detrás de todo esto, entonces...

—No debería tener que aguantar a esos capullos de ahí dentro —dijo Mullens, cambiando de tema—. Es totalmente inaceptable. ¿No podría acudir a su sindicato o algo así?

—Inútil. Los que mandan cierran filas y niegan. Gente así adora a ese psicópata. —negó con la cabeza y echó a andar por la explanada.

—¿Está segura de que quiere volver a entrar ahí?

—Estoy de servicio. No tengo elección —gritó, sin preocuparse ya de si los de arriba podían oírla.

—Alguien tiene que ayudarla —dijo Harper—. De acuerdo. Pero antes, tenemos que atrapar al cabrón que ha creado esta mierda.

Subieron al coche de servicio, y Harper sacó el móvil.—Voy a llamar a Bone.

Cuarenta Y Uno

La casa del jefe de bomberos permanecía en tinieblas cuando Bone y Walker llegaron delante, con todas las cortinas corridas a cal y canto. Los agentes del ARU, enfundados en su equipo táctico negro, salieron de su vehículo y tomaron posiciones a ambos lados de la puerta principal, movimientos precisos y entrenados. Los detectives se les unieron, orden judicial en mano, con el corazón desbocado de expectación.

—¡Jefe de bomberos Gregor Tennant, somos la policía! —gritó Bone en voz alta, su voz cortando el silencio del vecindario y rebotando en las casas de alrededor. —Tenemos una orden para registrar el inmueble. ¡Abran la puerta!

No hubo respuesta. La casa seguía inmóvil, como si contuviera el aliento, a la espera del siguiente movimiento de Bone.

Bone asintió a los agentes del ARU, una orden silenciosa. —Adelante.

Con un crujido astillado, la puerta reventó hacia dentro; la cerradura no fue rival para la brutal fuerza del ariete. Los agentes irrumpieron dentro, armas preparadas, con Bone y Walker pegados detrás, adrenalina a borbotones.

El hedor acre a gasolina asaltó las fosas nasales de Bone, tan intenso que le hizo lagrimear y le quemó la garganta. Walker puso mala cara, la mano yéndosele instintivamente a la radio del chaleco antibalas.

—¡Jesús, cómo apesta aquí! —murmuró ella.

Bone encendió su linterna, cuyo haz cortó la

penumbra del interior, proyectando sombras inquietantes en las paredes.

—¡Tennant! ¡Policía! ¡Muéstrese!

Silencio.

Avanzaron con precaución hacia el salón, cada paso un riesgo calculado. La luz de la linterna de Bone barrió la estancia, revelando una escena de desorden. Muebles volcados, papeles desperdigados, señales de una mente en caos. En la parte trasera de la puerta colgaba un abrigo negro cubierto de hollín, con las mangas y los hombros chamuscados. Bone señaló las escaleras.

En el dormitorio, el haz de la linterna cayó sobre una fotografía en la mesilla de noche. Una mujer joven le sonreía desde abajo, con un rostro inquietantemente familiar. Un escalofrío recorrió la espalda de Bone. Era la cara inocente de Kelly Dobson atrapada para siempre en un marco de madera barato.

Un golpe procedente del armario los hizo dar un salto. Walker abrió de un tirón la puerta. Una caja de zapatos rodó al suelo, desparramando sus secretos. Cayeron más fotos de Kelly, junto con un par de manoplas diminutas de bebé y dos unicornios de plástico.

Walker sostuvo la mirada de Bone. Un entendimiento silencioso pasó entre los dos; por fin encajaban las piezas, dibujando el retrato de una obsesión y un duelo, de un hombre gobernado por sus demonios.

Un grito repentino desde el jardín los devolvió de golpe al presente. Bajaron a la carrera, saliendo al exterior justo a tiempo de ver al jefe de bomberos derribar a un agente del ARU de un codazo feroz en la cara, con el nauseabundo chasquido de hueso contra hueso.

—¡Tennant! —rugió Bone, lanzándose contra el jefe, la rabia y la determinación impulsándolo hacia delante.

Cayeron al suelo con fuerza, forcejeando y soltando juramentos, un amasijo de brazos y furia. Tennant arremetió, y su puño conectó con la mandíbula de Bone. Un estallido de dolor le atravesó el cráneo, pero aguantó, los dedos aferrados a la chaqueta de Tennant, negándose a soltarlo.

Con un gruñido de esfuerzo tenso, el jefe se zafó, poniéndose en pie a trompicones, con la desesperación grabada en la cara. Antes de que Bone pudiera reaccionar, saltó por encima del muro del jardín y desapareció al doblar la esquina.

El rugido de un motor desgarró el aire. Walker, ya a medio camino por el muro, gritó que había alcanzado a ver un destello de pilotos alejándose a toda velocidad por un hueco entre los árboles tras la casa.

—¡Se nos escapa! — gritó y saltó de nuevo al lado de Bone.

Bone se incorporó como pudo, con la mandíbula palpitándole y la determinación ardiéndole en los ojos. —¡Al coche!

Echaron a correr por un lado de la casa, Walker ya en la radio, dando órdenes, con lasituación escalando por segundos. El coche de patrulla y la furgoneta del ARU aguardaban junto al bordillo, con los motores al ralentí, listos para la persecución.

—¡Vamos, vamos, vamos! — gritó Bone, tirándose al asiento del copiloto.

Walker se deslizó tras el volante. El equipo del ARU se abalanzó sobre su furgón, las sirenas aullaron de golpe, desgarrando el aire. Los neumáticos chillaron cuando Walker pisó a fondo el acelerador, y la inercia repentina empujó a Bone contra el asiento, mientras el mundo se volvía borroso tras las ventanillas.

Se apretó la bola de la mano contra la mandíbula y gimió —¡Cabrón!

Salieron disparados carretera abajo, tras los pilotos que se alejaban a toda velocidad.

—Vehículo sospechoso, Audi negro, matrícula F64 GUU, dirección norte por la A81 —transmitió Walker por la radio—. Solicito a un FIM que autorice el despliegue de un pincharruedas en el cruce de Blairgoyne.

Bone se afianzó. Walker tomó una curva cerrada y la suspensión del coche de patrulla se quejó con un gemido, el vehículo al límite. El coche de Tennant era ya una mancha lejana, serpenteando temerariamente entre el tráfico ligero.

La distancia empezó a acortarse poco a poco. Bone se agarró como si le fuera la vida en ello. Walker mantuvo el pie a fondo, los

nudillos blancos en el volante, la concentración inquebrantable.

De pronto, el coche del jefe se desvió fuera de la carretera principal, con los neumáticos rechinando. Se lanzó por Campsie Fells Road, un paso traicioneramente sinuoso que se adentra en el corazón de las montañas.

—¡Se va hacia las colinas! —gritó Walker. Giró el volante para seguirlo, con el coche de patrulla culeando, luchando por la tracción sobre el firme irregular.

Delante, los pilotos de Tennant menguaban.

—Mierda, lo estoy perdiendo —se quejó Walker. Giró el volante en otra curva cerrada, con los neumáticos rozando el borde de un despeñadero a la derecha.

—¡Cristo! —Bone cerró los ojos.

Siguieron corriendo, la carretera estrechándose aún más. Walker exprimió hasta la última gota de potencia del motor al límite, con la aguja del velocímetro temblando en la zona roja, el coche al borde de romperse. Pero no bastó. Llegaron a lo alto de una cima ciega, y el coche del jefe de bomberos había desaparecido.

Walker clavó los frenos y el coche de patrulla se detuvo en una derrapada, la grava saliendo despedida de debajo de los neumáticos. Metió la marcha atrás, las ruedas patinando, y reculó.

—¿Quizá nos hemos saltado un desvío? —dijo con desesperación.

Pero la pista estrecha no ofrecía tregua, ni una alternativa. El coche dio tumbos y se sacudió, las ruedas hundiéndose en el barro blando, los bajos raspando contra piedras y restos.

Por un instante de infarto, se quedaron atrapados, con el motor acelerando en vano y las ruedas patinando en el barrizal. Pero Walker se negó a rendirse. Balanceó el coche hacia delante y atrás hasta que, por fin, con un quejido sacudido, el vehículo se liberó y volvió a trompicones a la carretera, salpicando barro a su paso.

El móvil de Bone vibró, el sonido áspero en el tenso silencio. Era Harper.

—Jefe, uno de los bomberos nos acaba de decir que Tennant tiene un refugio ruinoso. Está en medio de la nada, al final de una pista, cerca del Clachan Pass, en lo alto de los Campsies. Es el único edificio en kilómetros, así que es fácil de encontrar.

El pulso de Bone se disparó —Buen trabajo, Harper. Reúnase con nosotros allí. Vamos de camino.

—Ya estamos en ello, señor —respondió Harper, con la voz crepitando de urgencia—. Y traemos la caballería.

Bone se volvió hacia Walker, con una sonrisa sombría —Clachan Pass. Vamos.

Walker asintió, metiendo primera, el motor rugiendo. Se adentraron a toda velocidad en la penumbra.

Cuarenta Y Dos

Harper se aferró a la manilla, mientras Mullens luchaba por mantener el coche de servicio sobre la pista estrecha y embarrada, el vehículo botando y derrapando por el terreno irregular.

—¡Jesús, Mark! —gritó Harper— Íbamos haciendo eses por el barro. ¿Estás seguro de que es por aquí?

—¡Estoy siguiendo tus jodidas indicaciones, capullo! —replicó Mullens— ¡No es como si hubiera un maldito cartel que ponga «Guarida del psicópata»!

De pronto, la pista terminó y Mullens pisó el freno. El sendero de delante era intransitable, bloqueado por maleza densa y árboles caídos.

Harper miró su móvil.—Hay un edificio marcado en el mapa, justo al otro lado de ese arroyo y entre los árboles.

Mullens miró hacia abajo, a la corriente rápida en el fondo de un pequeño barranco.—Oh, fantástico.

Ojeó la zona en busca de Bone, Walker o la unidad de respuesta armada (ARU), pero no había rastro de ellos.

Harper frunció el ceño ante su móvil.—He perdido la cobertura.

Con un suspiro resignado, se bajaron. Harper sacó del maletero dos chalecos antibalas y echaron a andar a pie. Mullens intentó bajar por la pendiente, pero perdió pie al instante y se deslizó por la orilla, acabando en el agua helada del fondo.

—¡Joder, no otro puto traje! —maldijo.

Harper, con ágil soltura, cruzó a saltos una hilera de rocas hasta la otra orilla.

—Listillo — se quejó Mullens.

Escalaron la orilla contraria, abriéndose paso a empellones por entre el matorral espeso. Las ramas les enganchaban la ropa y les arañaban la cara, pero siguieron adelante.

En un claro en medio del bosque, Harper divisó la bothy: un cascarón de edificio con lonas que cubrían a medias unos cobertizos adosados. Se cubrieron tras un árbol caído para observar. El Land Rover de trabajo del jefe de bomberos estaba aparcado junto a ella.

—Así que tiene que haber otra entrada —refunfuñó Mullens mientras retorcía la pernera empapada de sus pantalones—. Y me has hecho casi ahogarme cruzando el puto Amazonas.

Se acercaron a la bothy y el hedor a gasolina se hizo más intenso. Harper hizo un gesto a Mullens para que fuera por un lado, mientras él tomaba el otro, acercándose para ver mejor.

Harper avanzó pegado al lateral de la bothy, con el corazón desbocado. Al llegar a la esquina del edificio, el pie se le resbaló de repente. Quedó haciendo equilibrios al borde de una zanja estrecha que parecía haber surgido de la nada.

—¡Joder! —siseó, manoteando en el aire hasta recuperar el equilibrio.

De rodillas, examinó la zanja más de cerca. Estaba excavada en la tierra y corría a izquierda y a derecha, frente a la fachada del edificio. Las paredes estaban forradas con plástico negro de lona y, para su horror, se dio cuenta de que estaba llena hasta el borde de gasolina. Los vapores eran insoportables; la cabeza le daba vueltas.

—Jesucristo —murmuró, encajando las piezas—. Esto no es un simple escondite; es una puta trampa mortal.

Con un renovado sentido de urgencia, pasó con cuidado por encima de la zanja y siguió pegado a la pared, con todos los sentidos en vilo. Vete tú a saber qué otras sorpresas le aguardaban de parte del jefe de bomberos trastornado.

En una ventana, se agachó bajo el alféizar y se asomó poco a poco al interior. Katherine Fraser estaba en el centro de una habitación desnuda, de paredes de piedra, con los brazos y las

piernas atados a una silla, la boca cubierta con cinta de embalar. Estaba hecha una pena, con la ropa rota y sucia, el pelo apelmazado y grasiento por días de cautiverio. Envases vacíos de comida y botellas de agua salpicaban la estancia. Estaba muy angustiada, meciéndose adelante y atrás, con sollozos ahogados audibles incluso a través de la pared.

Harper siguió hasta la puerta principal de madera. Estaba entreabierta.

¿Una invitación?

Entornó los ojos alrededor del marco. El pasillo estrecho estaba oscuro y lúgubre, pero aún sin rastro del jefe de bomberos. Se deslizó dentro, acercándose a la puerta que llevaba a Fraser. Pero al cruzar el umbral, la puerta principal se cerró de golpe a su espalda con un cierre helador. Con el corazón en la garganta, probó la manilla, pero estaba cerrada con llave. Estaba atrapado.

Sin otra opción, echó a correr para ayudarla.

Dentro, una lámpara a pilas titubeaba, proyectando sombras inquietantes que danzaban por las paredes de piedra desnudas.

Harper se acercó. La mujer amordazada gimió y asintió frenética hacia la puerta, los ojos muy abiertos de terror. Pero Harper estaba centrado en liberarla. Con las manos temblorosas, forcejeó con los nudos. Se quedó helado al oír una voz a su espalda.

—¿Qué está usted haciendo? —Harper se dio la vuelta.

Tennant estaba de pie en el umbral, una silueta amenazadora recortada contra la luz vacilante.

—Por favor, no haga eso. La necesito —continuó el jefe, dando un paso al frente, con la mano cerrada con fuerza en torno a un mechero.

Harper se abalanzó sobre él, la desesperación alimentando su ataque, pero Tennant fue demasiado rápido. Con un movimiento rápido y brutal, lo tiró al suelo; el sabor a sangre llenó la boca de Will.

—No sea un estúpido gilipollas, muchacho —se burló Tennant mientras se cernía sobre él—. Verá, no puedo dejar que se la lleve. Ella es mi billete para acabar con esto. Cuando tenga justicia para mi hija, entonces podrá llevársela.

Harper gimió de dolor. —La ARU le tiene encima. Está acabado. Esto se ha terminado —murmuró entre la sangre.

Tennant soltó una carcajada alta, casi de pantomima. —A mí no me lo parece.

Con una sonrisa cruel, levantó el mechero. Los ojos de Harper se abrieron de horror; el pulgar del jefe flotaba sobre la rueda de chispa.

—Verá... —el jefe hizo girar la rueda y apareció una llamita—. Sé una cosa o dos sobre combustibles. Y sé que no tardará ni dos minutos en envolver este edificio, sobre todo cuando estamos todos empapados en la cosa mágica.

—¡No! —gritó Harper desesperado.

La doctora gemía de pavor mientras Tennant se arrodillaba. Y con una sonrisa amplia y demente, acercó la llama a un hilo de gasolina que serpenteaba por debajo de la puerta.

Instantes después, la zanja exterior se encendió en una bola de fuego que corrió alrededor de la bothy en ambas direcciones. El infierno era intenso, con llamaradas de más de dos metros y medio elevándose al cielo, una luz cegadora, el calor abrasando la piel de Harper incluso desde dentro.

Pero el jefe no había terminado. Alargó la mano y agarró un cubo oculto entre las sombras. Lo alzó de un tirón y arrojó el contenido sobre Harper, salpicando también a Fraser. La mujer, fuera de sí, dejó escapar un grito ahogado y histérico, tosiendo y atragantándose a través de la mordaza, empapada de líquido.

Tennant alzó de nuevo el mechero, la llama danzando en su ojo enloquecido. —Exijo justicia por mi Kelly y, si habéis venido a detenerme, tendré que deteneros yo.

Harper, limpiándose frenéticamente el líquido del pelo y de los ojos, intentó razonar con el loco. —¿De qué le sirve matar a Katherine Fraser? Los agentes armados le van a pegar un tiro, y su adorada Kelly será para siempre recordada como la pobre víctima maltratada por su padre, que era un asesino psicópata.

La cara de Tennant se contorsionó de furia.

Harper saltó de un brinco y se abalanzó sobre él de nuevo, la desesperación impulsando su ataque. Forcejearon, pero el jefe volvió

a dominarlo, envolviendo sus manos alrededor del cuello de Harper y estrangulándolo.

Harper arremetió con la última gota de fuerza que le quedaba, pero Tennant apretó aún más, un fulgor maniático en los ojos.

—Muérete, mierdecilla enclenque —gruñó, escupiéndole al hablar.

La puerta voló abierta con un chasquido ensordecedor, astillas de madera saliendo despedidas en todas direcciones. Dos agentes de la ARU, con el equipo de protección completo, se abalanzaron sobre el jefe. Lucharon, una furiosa melé de puñetazos y patadas, y por fin consiguieron reducirlo, arrancándolo de encima de Harper.

Lo arrastraron fuera de la puerta, con el alto muro de llamas cerrándose a cada segundo.

Fuera, el jefe se zafó, avanzó tambaleándose a través del infierno, y se desplomó en la zanja. Su ropa prendió, y con un aullido de locura, salió a gatas y se lanzó directamente hacia Mullens, moviendo los brazos en una desquiciada muestra de desafío.

Mullens retrocedió tropezando, pero antes de que la antorcha humana pudiera abalanzarse, las llamas por fin lo dominaron y cayó al suelo, elevándose un penacho de humo y chispas con el impacto.

Dos agentes del ARU corrieron hacia delante, desafiando el fuego. Hicieron rodar al jefe por el suelo, intentando sofocar las llamas y salvarlo.

Dentro del bothy, Harper se agarró la garganta, jadeando y carraspeando, el humo acre y espeso llenándole los pulmones. Un agente del ARU le agarró del chaleco y lo alzó, luego fue a desatar a Fraser. Pero ella se le enfrentó, gritando y soltando puñetazos.

—¡Déjeme! —Se soltó de sus brazos protectores y tropezó hacia el fondo de la habitación.

Harper se acercó tambaleándose para ayudarla. —Somos policías, doctora Fraser. ¡Tenemos que irnos ya!

—¡Es gasolina! —gritó, frotándose la blusa empapada.

El agente del ARU le echó una mirada a Harper, y luego hundió la cara en el chaleco empapado de Harper.

—¡Es agua! Vamos, ¡vamos!

El fuego se estaba acercando por momentos, el calor insoportable, abrasándoles la piel, chamuscándoles el pelo. Harper apenas podía respirar a través del espeso humo, cada inhalación una lucha, con los pulmones ardiendo.

—Por favor, ¡tiene que confiar en nosotros! —suplicó Harper—. La sacaremos de aquí, ¡pero tenemos que irnos ya!

Por fin, algo pareció atravesar el pánico de la doctora Fraser. Con un sollozo, asintió, dejando que el agente la ayudara a levantarse.

El agente se quitó la chaqueta protectora y se la colocó a la doctora Fraser sobre la cabeza.

—A la de tres, saltamos a través del fuego, ¿de acuerdo?

La doctora Fraser se apretó con fuerza la chaqueta al rostro. —Una. Dos. Tres.

El agente abrió de par en par lo que quedaba de la puerta, y el horno se abalanzó hacia el interior.

—¡Vamos!

La doctora Fraser dio un paso atrás un segundo y luego se lanzó. El agente volvió a cerrar la puerta de golpe, bloqueando parte de las llamas desatadas.

—Ahora usted —dijo el agente del ARU a Harper, con creciente urgencia en la voz.

Harper vaciló, bajando de nuevo la vista a su chaleco, el penetrante hedor a gasolina llenándole las fosas nasales. —¿Seguro que esto es agua? —preguntó, con la voz temblorosa.

El agente asintió con firmeza. —Positivo. El cabronazo está jugando con su cabeza. Venga, ¡tenemos que movernos!

Confiando en el agente, Harper se acercó a la puerta. El agente la abrió, agarró a Harper del brazo y, juntos, irrumpieron en el infierno. Cayeron con fuerza al suelo, rodando por la hierba, sofocando las llamas que se les pegaban.

Jadeando, Harper alzó la vista y vio a Katherine Fraser siendo conducida por otro agente, temblando y sollozando, pero viva. Tosió con violencia, llevándose la mano a la garganta donde Tennant había intentado estrangularlo, cada respiración un doloroso silbido.

Mullens se acercó, la preocupación grabada en su cara manchada de hollín.

—¿Estás bien? —preguntó, ayudando a Harper a ponerse en pie.

Harper asintió, aún tosiendo, con la voz ronca y rota. —¿Dónde coño está...?

—No hables. —Mark pidió ayuda, y un sanitario echó a correr hacia ellos.

Harper intentó apartarlo con la mano. —Yo... —Volvió a toser.

—Necesitas oxígeno, colega —dijo el sanitario—. Vamos a llevarte a un sitio un poco más seguro. —Mullens ayudó a Harper a ponerse en pie—. Y esa mandíbula también va a necesitar atención, a juzgar por cómo pinta.

—¿Rota? —preguntó Mullens—. Posiblemente, sí.

—Joder. Igual te tienen que poner cables para tu boda. Aunque así tendrás un pequeño adelanto de cómo va a ser cuando se acabe la luna de miel.

Harper intentó soltarle un taco, pero el movimiento desencadenó nuevas oleadas de dolor por la cara.

Bone y Walker llegaron corriendo por un sendero en el perímetro del caos. Un agente del ARU se plantó delante de ellos, pero Bone lo apartó de un empujón. Walker alzó su acreditación. Echaron a correr hacia la pareja, que ya estaba derrengada en el suelo a una distancia segura del humo y el fuego.

—Dios. Qué devastación tan absoluta. —Bone contempló la carnicería.

—El capullo montó una trampa explosiva. Will entró a salvar a la doctora Fraser. Tuvieron suerte de salir con vida.

—¿Está bien, Will? —se arrodilló Walker para comprobar cómo estaba.

Mullens impidió que su compañero intentara hablar de nuevo. —Está bien. Solo me deja en mal lugar, como siempre, con sus tácticas de héroe.

—Tiene inhalación de humo, posible daño pulmonar y la mandíbula rota —dijo el sanitario, impidiendo que Harper intentara ponerse en pie.

—¿Y Katherine Fraser? —preguntó Walker, preocupada. —Viva, pero marcada para toda la puta vida, gracias a ese tostadito de allí.

—Mullens señaló con el pulgar hacia el cuerpo del jefe, una masa negra humeante de ropa y piel derretidas.

Una de las sanitarias que atendían a Tennant se levantó, y luego se acercó a los detectives.

—¿Se va a salvar? —preguntó Bone.

—Me temo que no. Ha muerto —dijo ella—. Las heridas eran demasiado graves. No había nada que pudiésemos hacer.

Bone asintió. —Ese es el tipo que atacó a su compañero.

Ella miró el cadáver humeante, los ojos llenos de una mezcla de tristeza e ira. —La tragedia no hace más que amontonarse. Vaya desastre más lamentable.

Mientras los agentes del ARU lograban controlar el incendio, los detectives inspeccionaron la escena. El bothy había quedado reducido a una ruina humeante, los árboles de alrededor ennegrecidos y carbonizados.

—Una jugada de genio lo del globo ocular, jefe —dijo Walker.

—Ay, yo no suelo resolver delitos. Os dejo a vosotros esa parte y luego me llevo todo el mérito.

—Para ser justos, suele caer más bronca que mérito, por eso estamos encantados de dejárselo a usted. —Walker sonrió. Bone se llevó la mano a la cara. —Creo que ya va siendo hora de salir de aquí. El tufo que sale de ese miserable bastardo me está dando asco.

—Así que, al final, fue ojo por ojo, ¿eh, jefe? —se rió Mullens.

—¡Ay! Bone esbozó una sonrisa.

Ayudaron a Will a atravesar el caos hasta una ambulancia aparcada en un camino detrás del bothy.

—Mira eso. Qué carretera en condiciones también por aquí. ¡Imbécil! —Mullens empujó con el codo a su compañero renqueante, Harper, que hizo una mueca de dolor, con los dientes zumbándole en un exabrupto ininteligible.

Cuarenta Y Tres

Las luces fluorescentes del centro cívico zumbaban sobre sus cabezas. Bone entró en una sala antes familiar, con un olor a café rancio y ansiedad flotando en el ambiente. Saludó con un gesto a los habituales, compañeros que, como él, habían visto demasiado y habían sufrido en exceso en acto de servicio.

Estaba Jackie, que no había sido capaz de poner un pie en un edificio en llamas desde que aquel incendio de la fábrica se torció. Y Mike, que seguía pegando botes con los coches que petardeaban, después de que aquella redada antidroga acabara en un tiroteo. Eran una panda variopinta, unida por el trauma y por una entrega compartida al trabajo que casi los había roto.

Bone barrió la sala con la mirada, buscando a McKinnon, pero el periodista no aparecía por ninguna parte. Un destello de decepción le cruzó la cara. Quizá era mucho pedir que de verdad viniera.

—Vaya, mirad quién es —gritó Jackie. Bone tomó asiento.

—El mismísimo muerto viviente —dijo—. ¿Qué tal te trata la vida zombi, Duncan?

—Oh, ya sabes —replicó Bone, con un tono seco como el desierto—: otro día en el paraíso. Viviendo el sueño, una noche en vela tras otra.

El grupo soltó unas risas, ese humor negro tan conocido como mecanismo de defensa.

Justo cuando Sarah, su terapeuta, iba a empezar, apareció una figura apurada en el umbral. Colin McKinnon, con pinta de preferir

estar en cualquier otro sitio, dudaba en el quicio.

Un rizo de tensión recorrió la sala; los agentes reconocieron al periodista de marras.

—¿Quién coño ha invitado a esa babosa? —escupió uno, con veneno en la voz.

Bone se puso en pie, afrontando de cara las miradas acusatorias. —Yo.

McKinnon, con la cara enrojecida de vergüenza y ansiedad, parecía a punto de salir corriendo. Pero Sarah intervino con suavidad.

—Aquí todo el mundo es bienvenido —dijo, con voz serena pero firme—. ¿Por qué no entras y tomas asiento?

McKinnon vaciló, claramente dividido entre huir y la promesa aún tímida de apoyo. Tras un largo instante, entró en la sala, ignorando los refunfuños y las miradas hostiles.

Bone le sostuvo la mirada, ofreciéndole una pequeña sonrisa y un gesto de ánimo. McKinnon se la devolvió, con un destello de gratitud en sus ojos atormentados. Se sentó en una silla.

Sarah se dirigió al grupo. —Quiero recordaros que lo que se dice en esta sala se queda en esta sala. Este es un espacio seguro, donde podemos compartir nuestras luchas y apoyarnos sin miedo a juicios ni represalias. ¿De acuerdo?

Uno de los agentes resopló, su desprecio palpable. Pero Bone le cortó antes de que pudiera expresar su objeción.

—Dejad al tío en paz —dijo, con un tono que no admitía réplica —. Está pasando por lo mismo que nosotros.

Una tregua incómoda se asentó en la sala, y la reunión empezó de veras.

Malcolm, el callado conductor de ambulancia, levantó la mano. —Mi sentido del olfato se ha ido a la mierda.

Sarah se inclinó hacia delante, con el ceño fruncido. —¿Puedes explicarte un poco más?

Jackie se adelantó, con un brillo travieso en los ojos. —¿Qué?, ¿quieres decir que apestas aún más que antes?

Malcolm negó con la cabeza. —No, todo huele a Chanel Nº 5.

Jackie se rió. —Qué suerte. La última vez que mi marido me lo compró fue una imitación de Tailandia, y lo que me estaba echando era calamina.

Sarah recondujo con suavidad la conversación hacia Malcolm. —Por favor, continúa.

La cara de Malcolm se ensombreció. —Era lo que llevaba ella, la chica a la que sacamos de los escombros. Es como si ella hubiera vuelto a la sala, a mi ropa y a las sábanas. Hasta mi puta cerveza huele a eso.

Un murmullo de empatía recorrió el grupo; todos conocían en carne propia la manera en que el trauma puede quedarse, filtrándose en cada rincón de la vida.

Sarah ofreció a Malcolm una sonrisa compasiva. —Es una experiencia muy común. Nuestros sentidos, sobre todo el olfato, están muy ligados a la memoria. Es la forma que tiene tu cerebro de procesar el trauma.

A medida que la sesión avanzaba, Sarah se volvió hacia Bone. —Duncan, ¿te gustaría compartir algo con el grupo?

Bone vaciló, con una mirada fugaz hacia McKinnon. La idea de compartir sus miedos delante del periodista le encogió el estómago. Pero al mirarle mejor, vio la ruina en que se había convertido McKinnon, esa mirada acosada demasiado familiar.

Tomando aire, Bone empezó: —Las pesadillas, las alucinaciones... siguen ahí. Pero ahora son distintas.

—¿Distintas cómo? —lo incitó.

—Antes era Cucú-tras, el bastardo que me voló. Lo veía por todas partes, oía su voz. Pero ahora... Ahora es un crío. Un pelirrojo pequeñito, no puede tener más de diez.

—¿Es él de niño? —se aventuró Malcolm.

—No, pero podría ser un familiar. ¿Quién sabe? Es solo la locura del TEPT, ¿no?

—Bueno, locura no es, Duncan —intervino la terapeuta—. Es proceso y recuperación. Es bueno que estés manifestando tu trauma de otra manera.

—¿Ah, sí? —replicó Bone con escepticismo—. A veces no se siente así.

Un silencio pesado cayó sobre la sala, el peso de los horrores no dichos apretándolos a todos.

—Claro que sé que las alucinaciones no son reales —continuó, con la voz tensa—. Pero la frecuencia está aumentando, y eso es preocupante. Sé cómo puede acabar.

McKinnon levantó la vista del suelo, con un destello de reconocimiento en los ojos. El mismo miedo, el mismo pavor, grabado en su cara.

—Sí, bueno, nadie ha dicho nunca que nuestros demonios jueguen limpio, ¿verdad? —intentó aligerar Bone, pero no coló.

Jackie chasqueó la lengua. —¿Y qué gracia tendría eso? Hay que mantener las cosas interesantes, ¿a que sí?

El grupo rió; ese momento de ligereza fue un respiro muy necesario frente a la pesadumbre.

—Ya sé que nos contaste antes lo del fragmento moviéndose en tu cerebro —intervino la terapeuta—. Y que tu especialista te dijo que tu TEPT podía cambiar como resultado, pero es como si tu mente estuviera trabajando duro y bien para procesar esas mínimas alteraciones, y ahora estás en un lugar mucho mejor para mantener tu equilibrio y seguir con la recuperación. Creemos en ti, Duncan.

El grupo estalló en aplausos espontáneos. Bone musitó las gracias y sonrió.

Cuando la sesión ya tocaba a su fin, Sarah se volvió hacia McKinnon. —¿Te gustaría compartir algo con el grupo? Está bien si no estás listo, pero que sepas que estás entre gente que entiende por lo que estás pasando.

McKinnon se removió incómodo, con la mirada corriendo de un lado a otro. —Yo... yo no creo que esté listo. Aún no.

Sarah asintió, con una expresión de suave comprensión. —Está perfectamente bien. Cuando quieras o nunca, las dos cosas están bien. Estaremos aquí para escucharte. Todos somos compañeros de dolor en esta sala, yo incluida. Sentimos tu dolor y queremos ayudar en todo lo que podamos.

El agente hostil de antes parecía a punto de intervenir, pero Sarah lo acalló con una mirada. —Gracias —murmuró McKinnon, con la voz apenas audible—. Me llamo Colin.

Sarah sonrió con calidez. —Bueno, Colin, este es un primer paso valiente, y estamos orgullosos de que lo hayas dado.

La reunión se dio por terminada, y los asistentes empezaron a irse. Sarah captó la mirada aún inquieta de Bone, con una expresión de sombría solidaridad.

Se inclinó hacia él. —Sigue así, Duncan —dijo, en voz baja pero firme—. Lo tienes. Y cuando no, nos tienes a nosotros.

Bone le sostuvo la mirada. El grupo nunca fue la promesa de una cura milagrosa, una varita mágica que agitar y que lo arreglara todo. Pero era algo real, algo sólido. Un salvavidas, una mano a la que agarrarse en la oscuridad. Sus miedos habían sido abordados, y ese era el paso más importante que dar. Siempre. Sonrió en señal de agradecimiento.

Al notar que McKinnon se había ido, cogió el abrigo y salió tras él.

Le dio alcance en el pasillo y le puso una mano en el hombro.

—Eh —dijo, con una voz inusualmente suave—. Sarah tenía razón. Lo que has hecho ahí dentro ha sido increíblemente valiente.

McKinnon lo miró fijamente, con un cóctel de emociones dibujándose en la cara. Antes de que pudiera responder, Sarah se acercó a ellos.

—Colin, ¿te apetece tomar un café? —ofreció— A veces es más fácil hablar a solas.

McKinnon dudó, y luego negó con la cabeza. —Quizá la próxima, ¿eh?

Sarah asintió, comprensiva. —Por supuesto. Cuando quieras. McKinnon se alejó.

Sarah se volvió hacia Bone. —¿Y tú? ¿Te apetece un chute de cafeína?

Bone se rió por lo bajo, la tensión de la reunión aflojando poco a poco los músculos de los hombros. —Sí, eso estaría genial. Creo que necesito uno bien cargado después de esto.

Sarah sonrió, con un brillo cómplice en los ojos. —Nunca es fácil enfrentarse a nuestros demonios, y menos si son nuevos. Pero es la única manera de empezar y seguir la curación. Estás haciendo el trabajo, Duncan. No lo olvides.

—Espero no olvidarlo nunca —dijo Bone .

Epílogo

El Loch Gillan Village Hotel no había visto nunca nada igual. La posada de las Highlands se transformó en un friki país de las maravillas para el banquete de boda de Harper y su flamante esposa, Catriona. El acogedor comedor estaba engalanado con decoración inspirada en *Star Wars*, desde un cielo nocturno estrellado proyectado en el techo hasta globos de la Estrella de la Muerte colgando de las columnas y centros de mesa con lámparas de sable láser. Cuando la feliz pareja hizo su entrada al son del tema de *Star Wars* , la muchedumbre de compañeros, amigos y familia prorrumpió en vítores, ninguno más fuerte que el del equipo de la unidad de delitos rurales reunido en la mesa principal.

Mullens, espléndido con falda escocesa, sonreía de oreja a oreja en su aterrador papel de padrino.

Bone recorrió la sala con la mirada, fijándose en las caras de siempre. Al poco vio a Baxter, vestida con sus mejores tweeds, acompañada de su marido con atuendo de Highland completo. Le dio un codazo a Alice. —De momento va bien. Aunque ahora tocan los discursos —puso una mueca.

Alice asintió. —Qué pena, eso sí, lo de la mandíbula rota de Will. Menuda mala pata.

—Supongo que es una bendición para Catriona: no tendrá que oírle divagar sobre código de ordenador en su noche de bodas — Bone soltó una risita.

Alice resopló, intentando sofocar la risa. —Sé bueno, Duncan. Aunque he de admitir que es la primera vez que veo a un novio asentir a sus votos en código Morse.

—Sí —se rió Bone—. Y cada vez que sonríe, parece que se haya comido media cubertería. Solo espero que no haga saltar ningún detector de metales en la luna de miel. —Señaló la barra—. ¿Una copa?

—Un gintonic —dijo Alice, lamiéndose los labios. ¿Michael?

—Vodka — medio bromeó Michael—. Coca-Cola, gracias.

De camino a la barra, Bone vio a Mullens, que ahora se había arrimado más a la puerta de la cocina, donde intentaba furtivamente echar un vistazo a los preparativos.

—¡Queda detenido! —dijo Bone, y le clavó los dedos en el costado a Mullens.

—¡La hostia! —aulló Mullens sin querer, su voz retumbando por todo el salón, dejando a unos cuantos invitados a media conversación.

—Dios, era usted, jefe. No me haga eso. —Se echó a reír.

—Buenas noticias lo de tu padre, Mark.

—¿Sí? Quiero decir, le han puesto estos fármacos nuevos que literalmente le han dado una segunda juventud, y una nueva etapa de vida en el mundo de mi padre no es precisamente bonito, créame.

—Pero todo limpio.

—Sí, pensar que nos hizo pasar a todos por el aro —¡otra vez!— por un quiste no maligno. Vamos, nada más que un grano enorme, por el amor de Dios. Tan típico de él.

—Sé que estás contento. A mí no me lo escondes.

Mullens sonrió. —Ese hombre es inmortal. Al final quedarán él, Keith Richards y un par de cucarachas.

—Deja que os invite a Sandra y a ti a una copa —ofreció Bone. Miró alrededor del salón. —¿Dónde está?

—Se ha puesto con gripe. Bueno, eso espero, porque si no es eso, se ha ido con el lechero a las Seychelles, que anoche estuvo mirando folletos.

—Siento que se lo haya perdido.

—Yo no. Cuando el gato no está... —Sonrió y señaló la barra.

—Bueno, pues déjame invitarte a una. —Días felices para usted, jefe. —¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Una polilla menos que tienes que dejar salir de esa cartera tuya.

Fueron a la barra, donde Gordon, el tabernero, lidiaba con una de las bombas de cerveza temporales.

—¿Cómo va la cosa, hombretón? ¿eh?

—¡Duncan! ¡Mark! —Gordon se inclinó sobre la barra y les estrechó la mano—. ¿Qué os parece? Vaya fiestón, ¿eh? —Señaló la sala animada.

—Sí, esto no se parece en nada a nuestro habitual caos de asesinatos, aunque aún es pronto —se rió Bone—. He de decir que el sitio está fantástico. Te has superado, Gordon.

—Bueno, cuando el joven Will vino a verme con sus ideas, no pude decir que no. Qué buen chaval, y Catriona es una chica con suerte, aunque Luke Skywalker con gafas del NHS no es el mejor de los looks, si te soy sincero —Gordon sonrió de oreja a oreja—. ¡Ah, y esperad a probar el banquete de boda! Ross ha preparado un festín digno de un maestro Jedi.

—Espero que no incluya caballa —dijo Walker, uniéndose a los tres.

—Ah, no. Me dijo sin rodeos que nadie quería que les recordaran nuestra pesadilla atrapados por la nieve.

Bone hizo una mueca.—Estuve a punto de sacrificar a Mark solo por no tener que comerme otra.

—Sí, tiene suficiente reserva para aguantar todo un año—bromeó Gordon.

Mullens se pellizcó un par de centímetros de michelín y hizo una mueca.

Justo entonces, Walker vio a su pareja, Maddie, y a su hija de dos años, Erin, acercándose. Maddie iba elegante pero cansada, y Erin se retorcía en sus brazos.

—Así que aquí estás—llamó Maddie, con el alivio evidente en la voz—. Menos mal. Se me van a caer los brazos. Esta ha sido un torbellino todo el día.

Walker cogió a Erin de los brazos de Maddie, le dio un beso rápido.—¿Ah, sí? ¿Y cómo está mi pequeño trasto?—Le hizo cosquillas a la niña, que se echó a reír sin remedio.

Bone sonrió a la peque.—Hola por ahí, princesa Leia. ¿Te apetece bailar con un viejo Jedi?

Erin extendió los brazos hacia Bone. Él la alzó en brazos.

Maddie suspiró, apoyándose en Walker.—Lo juro, no duermo una noche entera desde hace dos años. ¿Cómo conseguís vosotras dos parecer tan... funcionales?

Mullens resopló. —Somos polis. Expertos mentirosos.

Mientras Bone rebotaba a Erin sobre la cadera, poniéndole caras, la niña de pronto se encaró con Mullens y soltó: —¡Joder!

Hubo un instante de silencio estupefacto antes de que los adultos rompieran a reír.

—Ay, no— gimió Maddie, tapándose la cara. —¡Otra vez no! Ya le ha soltado un taco al registrador.

—Me ha quitado las palabras de la boca—se rió Walker.

—Más mujeres dándome la lata —se quejó Mullens.—Bueno, al menos está ampliando su vocabulario—

dijo Bone entre risas contenidas.

—Mejor no montar un drama o seguirá haciéndolo—susurró Walker.

Bone devolvió a la niña, entre risas, a Maddie.—Diría que tiene un futuro prometedor en las fuerzas del orden.

—¿Dónde está esa copa que me has prometido?—interrumpió Alice, con Michael arrastrando los pies de mal humor detrás.

—Perdona, cariño. Esta peque me ha distraído—replicó Bone.

—Vaya. ¡Mírate, Erin!—exclamó Alice.

—Qué bien verte otra vez, Alice— dijo Walker —. Y a ti ahí detrás. Frunció el ceño con cariño a Michael, cuya cara se tornó carmesí.

—Está de morros porque no le he dejado ponerse su camiseta de Nirvana.

—¿Te gusta Nirvana? —dijo Walker—. Me encanta, me encanta, me encanta Nirvana.

Michael se atrevió a esbozar una sonrisa.

Justo entonces, un alboroto en la entrada atrajo su atención. Entró Junior, la leyenda del pueblo, con un vestido plateado largo y brillante y una tiara torcida. Se contoneó por la sala, arrancando miradas y risitas de los invitados.

—Pues sí que es algo—murmuró Walker—. ¡Junior! ¿Qué llevas puesto, hombre?— gritó Gordon

desde la barra.

—¡Es una capa Jedi, para que lo sepas! —farfulló Junior, marcando pose— He venido a bendecir a los novios con la Fuerza.— Sacó un palo de golf de debajo de su vestido, adornado con purpurina navideña.

Bone y Walker intercambiaron miradas divertidas.—Bueno, al menos está abrazando la temática. Bone se encogió de hombros.

—Sí, si *Star Wars* la hubiera dirigido Wes Craven —bromeó Walker.

De repente, una voz gritó desde el otro lado de la sala.—Eh, Junior. Ese vestido es mío, joder. Una mujer

de mediana edad con taconazos se abalanzó sobre el Jedi travestido.—Me lo has choriceado del tendedero. Quítatelo ahora mismo.

Junior intentó negar el hurto, pero la mujer, fuera de sí, tiró del bajo como si quisiera desnudarlo en mitad de la pista. Se acercó su marido y, tras unos momentos de negociación, él la tomó del brazo y la acompañó de vuelta a su mesa. Junior les hizo una reverencia de ebrio, encontró sitio en una mesa vacía y se sirvió una copa de champán de la botella abierta de otro invitado.

Cuando se apagaron las risas, el ojo de Bone captó un destello de pelo rojo vivo al fondo del salón. Parpadeó, luego se recolocó, estirando el cuello para intentar ver mejor. Alice se dio cuenta del movimiento brusco.—¿Qué pasa? —preguntó, con preocupación en la voz.

—Nada —murmuró Bone, aún intentando localizar la figura. Pero cuando volvió la cabeza, fuera quien fuese ya se había esfumado. Un escalofrío le recorrió la espalda al preguntarse si su TEPT le estaba jugando otra mala pasada.—Hoy no, por favor... —pensó para sus adentros, con una mezcla de frustración y preocupación. Sacudió la

cabeza, intentando espantar la sensación inquietante y volvió a centrarse en la fiesta.

En el banquete de boda, Bone y su familia se sentaron junto a Gallacher y su esposa, con Walker, Maddie y la pequeña Erin. Todos se alegraron de ver a la esposa de Gallacher con tan buen aspecto.

—La remisión me ha dado una nueva vida —dijo con una sonrisa radiante—. El pobre Roy lo pasa mal para seguirme el ritmo. Le guiñó un ojo con descaro a su marido.

Él puso los ojos en blanco, fingiendo contrariedad. Mientras los demás charlaban entre sí, Gallacher se inclinó para decir en voz baja algo a Bone.

La cara del superintendente se volvió seria.—Ya era hora de que nos llegaran buenas noticias después de aquel asunto tan feo del mes pasado —dijo, negando con la cabeza—. ¿Cómo un tarado así llegó a jefe de bomberos? Jamás lo entenderé.

Bone hizo una mueca, con la imagen trágica del médico asesinado y la foto sonriente de la pobre hija del jefe aún fresca en la mente.—Sirve para recordar que el mal puede esconderse a simple vista. Es un pequeño consuelo haberlo parado antes de que matara a Katherine Fraser, pero es igual de atroz.—

—Y sin olvidar a Mandíbulas ahí arriba —Gallacher señaló con el pulgar a Harper—. Pero todo mi respeto para la bombera que presentó una queja formal por el comportamiento de sus compañeros. Eso no debió de ser fácil.

—Es una auténtica heroína. Y su valentía ha abierto la puerta a que otras agentes den el paso, y no solo en Kilwinnoch, sino en todo el servicio.

Gallacher asintió. —Y me da que ahora es muy probable una investigación pública a fondo. ¿Y el sanitario? ¿Cómo va ahora?

—Sin cambios esta misma mañana. Sigue en coma. Los médicos son cautelosamente optimistas, pero...— Bone se quedó callado, dejando sin decir las posibilidades más negras.

—Dios —murmuró Gallacher.

—El hijo del médico está en rehabilitación por drogas, y la doctora Fraser ha vuelto al trabajo.

—Es rápido, ¿no? — hizo una mueca Gallacher.

—Le dijo a Rhona que está decidida a no dejar que las acciones de ese cabrón la aplasten.

—Bien por ella. Bueno, mantenme al tanto del sanitario. Solo nos queda esperar.

—Y confiar en nuestro maravilloso NHS.

Gallacher miró de reojo a su esposa, ahora radiante. —Sí, desde luego —sonrió—. Pero basta de eso por ahora. Se supone que esto es una puñetera celebración, al fin y al cabo.

Su conversación se vio interrumpida por el fuerte tintineo de un vaso, y Mullens se puso en pie con torpeza.

—Oh, oh, allá vamos. Discurso del padrino al canto —Bone se giró para contemplar el espectáculo.

Harper y Catriona inclinaron ansiosos la cabeza, anticipando la catástrofe inminente.

Mullens dio vueltas, nervioso, durante un momento, pegó un buen trago de Guinness, carraspeó y empezó.

—Cuando Will me pidió que fuera su padrino, me emocioné tanto que casi se me escapa una lagrimita — dijo Mullens—, pero luego me di cuenta de que, aparte de mí, todos sus otros amigos son imaginarios, ¡así que yo era su primera, última y única opción!

Los invitados prorrumpieron en carcajadas mientras Will se tapaba la cara con las manos.

—Ahora, todos sabemos que nuestro joven Will no está precisamente ducho en las artes femeninas —continuó Mullens—. De hecho, diría que antes de conocer a Catriona, la única cita que había tenido en su vida era con su marioneta de mano de Caballero Jedi.

La cara de Will se puso carmesí.

Mullens siguió con su implacable rosco. —Y odio ser yo quien te lo diga, Catriona, pero ni siquiera estamos seguros de que se le hayan caído ya, así que igual os espera una noche de maratón de series en lugar del alboroto entre sábanas.

La sala volvió a estallar. Bone miró de reojo a los padres de Catriona y hizo una mueca.

—Pero en serio...

—Dios mío, hay más — susurró Bone a Alice—. —Siempre pensamos que la pareja ideal de Will sería

algún tipo de fembot de IA a imagen de la Princesa Leia. Y seamos sinceros, el ADN de nuestro Will debe de ser en un ochenta por ciento robótico, así que quiénes somos nosotros para juzgar.

Más risitas incómodas.

—Así que imaginaos nuestra sorpresa cuando se liga a un ser humano vivo, de carne y hueso, y precioso como Catriona. Supongo que es la prueba viviente de que hasta los superfrikis pueden tener toda la suerte —miró a la pareja y sonrió—. Y antes de cerrar el pico, para alivio de todos, sobre todo de Will y Catriona, estoy seguro... Me he devanado los sesos pensando en un regalo de boda apropiado para los dos.

Harper articuló otro: —Dios mío.

—Tras mucho buscar y rebuscar por internet, que casi me costó el trabajo y el matrimonio, todo sea dicho, por fin encontré el regalo perfecto, friki y a juego para él y para ella. De hecho, me gustaron tanto que me compré uno para mí.

Entre jadeos y gritos de horror, agarró el dobladillo de su falda escocesa y la alzó por encima de la cintura para mostrar unos calzoncillos blancos gigantes con una serigrafía de Darth Vader en la parte delantera, con el casco estratégicamente colocado. Luego dio media vuelta, se inclinó y mostró una segunda imagen de una Estrella de la Muerte explotando estampada en la espalda.

Esperó un momento a que remitieran las risas y entonces alzó su vaso: —Por Will y Catriona: ¡Que vuestro amor sea tan fuerte como el olor corporal de un wookiee! Y que vuestras aventuras en el dormitorio no sean un fracaso estrepitoso como algunas de esas malditas secuelas horribles de la franquicia.

La sala brindó por los recién casados. Y Mullens por fin volvió a sentarse.

La fiesta cogió carrerilla. Catriona arrastró a un pudoroso Harper a la pista de baile. Los invitados se arremolinaron mientras los recién casados tomaban posiciones. La sala quedó en un silencio expectante. Se miraron nerviosos y, por un momento, pareció que iban a tropezar en un lento incómodo. Pero entonces, las notas iniciales de ‘Human’, de The Killers, llenaron la sala y todo cambió.

Harper y Catriona rompieron de pronto en una coreografía perfecta que dejó a todo el mundo con la boca abierta. Empezaron con movimientos robóticos, imitando droides de *Star Wars*, antes de lanzarse a una serie de pasos disparatados. Will hizo un moonwalk por la pista mientras Catriona fingía usar la Fuerza para empujarlo de vuelta. Luego se engancharon del brazo y giraron a toda velocidad, con los pies apenas rozando el suelo, arremolinándose como dos tornados gemelos.

El público estalló en risas y vítores. La pareja siguió con su actuación. En un momento dado, Will se dejó caer al suelo y empezó a hacer el gusano. Catriona saltó por encima de él, evitando por poco sus piernas descontroladas. Remataron con una pose dramática: Will de rodillas, fingiendo pedirle matrimonio con un sable láser, Catriona de puntillas, los brazos en alto, triunfante, hacia el techo. Cuando la canción terminó, la sala estalló en aplausos y silbidos de admiración. Will y Catriona, colorados y sin aliento, hicieron una reverencia antes de caer uno en los brazos del otro, muertos de risa e incapaces de controlarse.

La noche fue pasando, y el alcohol corrió a raudales. Baxter, achispada por demasiado champán gratis, arrastró a su desdichado marido a la pista y empezó a dar bandazos con 'I'm Too Sexy'. Walker pasó girando, marcándose un jive con destreza con su pareja, Maddie, su pequeña, Erin, rebotando feliz entre ambas. Y de algún modo, Mullens y Junior acabaron bailando juntos, enfrascados en una especie de vals semicombativo, con pasos que amenazaban con llevarse por delante a cualquiera que se acercara demasiado.

Walker se retiró fuera y encontró a Bone en el aparcamiento, admirando el precioso Saab burdeos de los años sesenta, primorosamente restaurado, del anciano vecino de Harper. El viejo le explicaba con entusiasmo los detalles técnicos a un Bone boquiabierto.

—Y mire aquí —dijo el anciano—, he sustituido el carburador original por un sistema de inyección de combustible hecho a medida. ¡Esto ha mejorado la eficiencia en un quince por ciento sin alterar ninguna de las especificaciones originales!

Bone asintió, con los ojos como platos.—¡Increíble! Y la carrocería está inmaculada. ¿Cómo ha conseguido ese brillo?

Walker puso los ojos en blanco.—Ay, Dios, si es que hay dos iguales.

—Señor Burroughs, esta es mi compañera, Rhona. Es una hereje y no entiende la importancia espiritual de nuestros maravillosos templos rodantes—replicó Bone, pasando la mano con reverencia por el capó del Saab.

El anciano rió. —Encantado de conocerla, Rhona. Tengo que decir que, al menos, la suya parece que hasta podría moverse.

—Es una preciosidad, desde luego. Tardé cinco años en restaurarla, pero ahora ronronea como un gatito.

—A diferencia del cacharro oxidado de Duncan —bromeó Walker —, tose como una abuela con los pulmones ahumados y sesenta pitillos al día.

Bone le lanzó una mirada fulminante.—Mi Saab tiene carácter, que te quede claro.

—¿Ah, sí? ¿Y así llamamos a la tuberculosis estos días?

Ignorando las pullas, Bone se volvió hacia el señor Burroughs.—Se la enseñaría... —empezó, pero el sargento Brody llamó desde la entrada y se acercó.

—¡Ahí estáis! Os he estado buscando por todas partes a los dos.

Walker alzó una ceja.—¿Todo bien, Brody?

—Oh, sí, sí, sí. Buenísimas noticias. Me acaba de llegar un mensaje de comisaría. ¿Rob McNeil, el paramédico? ¡Se ha despertado del coma!

Bone y Walker se miraron, sorprendidos.—Es una fantástica noticia— dijo Bone—. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor de lo esperado—respondió Brody—. La hemorragia cerebral no era tan grave como pensaban los médicos. Han dicho que se recuperará por completo.

Walker dejó escapar un suspiro aliviado.—Genial. Después de todo lo que ha pasado, sienta bien tener buenas noticias sobre este caso horrible.

Justo entonces, Gordon gritó desde la entrada del hotel: —¡Eh, vosotros! Will y Catriona están a punto de irse. ¡Moveos y volved ya!

—Oh. Esa es mi señal—dijo Bone con misterio, y desapareció por un lateral del hotel.

Los recién casados se prepararon para partir de luna de miel a la *Star Wars* Celebration. Will y Catriona fueron dando una vuelta para despedirse. Un Will un poco piripi echó los brazos al cuello de Bone y Walker, con lágrimas en los ojos. Intentó hablar, pero sus incomprensibles palabras de cariño siseaban entre los alambres de los dientes como un cortacésped averiado.

Walker se lo quitó de encima con delicadeza. —Sí, sí, también te queremos, Will. Anda, tira, antes de que te desmayes con esa media clara que te has estado sorbiendo todo el día.

Sin que lo supiera el resto del equipo, Bone tenía un último as en la manga. Había decorado en secreto su vetusto Saab ’96 verde botella con lazos, latas y un cartel de «Recién casados». Cuando Will y Catriona salieron del hotel, Bone los condujo hacia el coche, con el sargento Brody al volante, listo para llevar a la feliz pareja al aeropuerto con estilo.

—¡No me puedo creer que hayas hecho esto, Duncan! —exclamó Catriona, sonriendo de oreja a oreja.

—Considéralo mi regalo de boda —respondió Bone con un guiño.

—O motivo de divorcio, según vaya el viaje —añadió Mullens desde un lado.

Los recién casados se subieron al coche.

Walker se inclinó con una sonrisa ladeada. —No os preocupéis, el jefe está en la AA. —Se dio la vuelta. —Por favor, dime que estás en la AA, ¿a que sí?

—Sí que lo está, Rhona, aunque quizá no en la que tú estás pensando —bromeó Mullens.

Bone alzó la mano, haciendo una seña a Brody para que lo pusiera en marcha.

Fiel a su estilo, el Saab tosió, carraspeó y, entre vítores de alivio de todos, por fin cobró vida.

La caja de cambios rascó al meter primera y Brody salió del aparcamiento rodando, con las latas tintineando alegremente detrás y los invitados rociando el coche con confeti.

El Saab se alejó traqueteando por la carretera de las Highlands, y los invitados regresaron al banquete. Bone agarró a Alice en la entrada.

—¿Dónde está Michael? — dijo.

—Está en la mesa, al teléfono con su colega. Paso de reñirle. Hoy no.

—Bien. Vamos a dar un paseíto, ¿te parece?

—Suena ominoso.

Caminaron en silencio por el puerto, con la tensión creciendo entre ellos a cada paso. Las tablas de madera crujían bajo los pies, y se abrieron camino hasta el final del muelle. El lago se extendía ante ellos, con la niebla de la tarde posándose apenas sobre la superficie del agua y creando una escena de serena belleza. Por fin, al borde del muelle, Bone habló.

—Alice, necesito contarte algo. ——¿El qué?

—Me voy a quedar en la cabaña una temporada. No llevo bien estar en Kilwinnoch ahora mismo.

—¿Es... es por mí? ¿No llevas bien estar conmigo ?

—No, no. No es eso. Simplemente no quiero arriesgarme a hacerte pasar por más de mis chorradas de TEPT. No estoy del todo bien y lo estoy trabajando, pero necesito estar aquí para ayudar a recomponerme la cabeza otra vez.

—Pero, Duncan, yo estoy aquí para ti. Lo sabes. Podemos superar esto juntos. Para eso estamos ahora.

—Lo sé, y te lo agradezco. Pero necesito estar aquí, ahora mismo, junto a esta agua helada y entre estas montañas. Me ayudaron antes y estoy seguro de que me ayudarán de nuevo.

Los ojos de Alice brillaron con lágrimas contenidas. —¿De cuánto tiempo hablas? ¿Y Michael?

Bone suspiró, pasándose el dedo por la cicatriz de la sien. —No será mucho tiempo. Solo un poco, hasta que averigüe qué me pasa por la cabeza. Necesito ponerme en orden antes de ser la pareja que te mereces y el padre que Michael necesita. Pero podéis veniros cuando queráis —ofreció, sabiendo que sonaba débil incluso mientras lo decía.

—Oh, genial, gracias —la ira de Alice iba en aumento, su voz adquiría un tono ácido—. Precisamente por eso tenemos que hablarlo, apoyarnos. ¡No puedes apartarnos así sin más!

—No os estoy apartando, estoy intentando protegeros —insistió Bone, con la frustración asomándosele a la voz—. No quiero volver a haceros pasar a ti y a Michael por ninguna de mis mierdas. Por eso necesito este tiempo.

Alice negó con la cabeza, ya con las lágrimas cayendo sin freno. —Duncan, así no funcionan las relaciones. Se supone que afrontamos estas cosas juntos.

Bone abrió la boca para responder, para intentar que lo entendiera, pero algo le llamó la atención. De nuevo en la entrada del hotel, una figura de pelo rojo intenso, un hombre de mediana edad con un traje beige, se quedaba rezagado, desentonando entre los invitados que empezaban a dispersarse. Había algo extrañamente familiar en él que activó los instintos de Bone al máximo.

—Espera aquí —le dijo a Alice, con un tono de súbita urgencia.

Antes de que ella pudiera contestar, Bone ya estaba en movimiento. Corrió de vuelta por el muelle, con los zapatos de vestir repiqueteando en las tablas de madera. Al acercarse al hotel, el pelirrojo pareció sentir su presencia. Sus miradas se cruzaron un instante y un destello de reconocimiento cruzó el rostro del desconocido.

El hombre se dio la vuelta y salió huyendo, desapareciendo por un lateral del hotel. Bone aceleró, abriéndose paso entre los invitados que se despedían. Dobró la esquina justo a tiempo de ver al hombre peleándose con las llaves del coche.

—¡Eh! ¡Alto! —gritó Bone, pero ya era demasiado tarde.

El desconocido se metió en un Astra y aceleró para salir del aparcamiento, con los neumáticos chillando sobre la grava. Bone cruzó el aparcamiento a la carrera, pero llegó tarde, y se detuvo en seco, tambaleándose, mirando las luces traseras que se alejaban mientras el vehículo tomaba velocidad por la carretera serpenteante de las Highlands. Jadeando, Bone se inclinó, con las manos en las

rodillas. La mente le iba a mil. ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué había huido? ¿Y por qué le resultaba tan familiar?

Alice le dio alcance, con la preocupación marcada en su cara.

—Duncan, ¿qué demonios pasa? ¿Quién era ese?

—¿Le has visto? —preguntó Bone, con la pregunta pillándola por un instante.

—Por supuesto. ¿Qué quieres decir con eso?

Bone se irguió, con el ceño fruncido, concentrado. —Alguien que no quería hablar con migo. Pero lo he visto en alguna parte antes. Estoy seguro de ello.

A medida que los sonidos de la fiesta se apagaban a sus espaldas, Bone se quedó allí, mirando hacia la carretera ya desierta. La bruma del lago iba avanzando, envolviendo el paisaje en una neblina etérea, como una manta fresca de consuelo pasajero. Pero en ese momento, atrapado entre el dolor de su pasado y un futuro incierto, no podía ignorar la punzada persistente de que esto era el comienzo de algo mucho más grande y quizá más peligroso de lo que había afrontado hasta ahora.

El Inspector Jefe Bone Regresa En...

LA PARTE DEL DIABLO

Un thriller criminal escocés del inspector jefe Bone (libro 8)

Un trago envenenado. Un heredero muerto. Un asesino con siglos para ocultarse.

Cuando el reputado guía Hamish Durie cae muerto durante una cata en la destilería Glendurie —aparentemente envenenado por el oro líquido de su propia familia—, el inspector jefe Duncan Bone se ve inmerso en un mundo donde la tradición y la traición chocan. El caso descorcha décadas de rencillas: rivales corporativos despiadados, herederos enfrentados, un encargado de bar desaparecido y una extensa operación de heroína que utiliza las furgonetas de reparto de la propia destilería. La pista conduce desde las salas de destilación envueltas en niebla hasta la órbita brutal del capo del hampa de Glasgow, Frankie Feelan.

Con un agente luchando por su vida y otro desaparecido en los bajos fondos, Bone debe detener una conspiración que amenaza con destruir no solo un legado, sino a todo su equipo. Mientras la reputación de la destilería se tambalea y el número de muertos aumenta, Bone corre a través de las Highlands y se adentra en las

sombras de la ciudad, persiguiendo a un asesino que sabe cómo enmascarar la verdad y deslizar una gota mortal en cualquier vaso.

¿Podrá Bone desenmascarar al asesino antes de que el próximo trago resulte mortal? ¿O se convertirá en la siguiente víctima de un juego letal al escondite en las Highlands?

La octava y trepidante entrega de la serie Bone, que puede leerse de forma independiente. Ambientada entre las espectaculares colinas de Campsie Fells en Escocia, *La parte del diablo* es un oscuro y atmosférico *thriller* policial escocés, perfecto para los fans de Ian Rankin, Val McDermid, J.D. Kirk y Stuart MacBride.

Disponible ahora en Kindle Unlimited: brinda por el peligro y empieza a leer hoy mismo.

Lo que dicen los lectores de la serie DCI Bone:

⭐⭐⭐⭐⭐ «He leído este libro literalmente de principio a fin sin parar». — A. Marchmont

⭐⭐⭐⭐⭐ «Otro gran libro de TG Reid que me mantuvo en vilo desde la primera palabra». — C. Robb

⭐⭐⭐⭐⭐ «Una obra maestra del misterio». — Val C.

⭐⭐⭐⭐⭐ «*Cae la noche* tiene todo lo que me gusta de una novela negra: personajes con los que puedes identificarte, una gran historia y el equilibrio perfecto entre la luz y la oscuridad». — Crime Fiction Review.
